



de

ZERO

MORGAN DARK

Lectulandia

Un enigmático ladrón.

Un misterio escondido durante años.

Y un internado elitista en el que nadie es quien dice ser.

Kyle Bradford es el estudiante más envidiado de Drayton College pero todo cambia cuando una peligrosa sombra empieza a acecharle desde la oscuridad. A partir de entonces su vida se desmorona. Convertido injustamente en el principal sospechoso de los robos que están aterrorizando a la alta sociedad, tendrá que demostrar su inocencia y para ello deberá encontrar al verdadero culpable: Zero, un delincuente infalible cuya identidad se oculta bajo una máscara de plata. Lo que Kyle ignora es que su enemigo guarda un secreto por el que está dispuesto a sacrificarlo todo.

Un *thriller* vertiginoso y arrollador que no podrás dejar de leer.

Lectulandia

Morgan Dark

Zero

Zero - 1

ePub r1.0

Ablewhite 02.12.16

Título original: *Zero*
Morgan Dark, 2015
Traducción: Oscar Guerrero Galán

Editor digital: Ablewhite
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

Los policías fueron los últimos en llegar. Cinco coches patrulla. Salieron del interior de los vehículos, algunos con la mano en su pistola reglamentaria, y se reagruparon con rapidez en las escaleras que conducían a la Ópera de Los Ángeles.

Para entonces los curiosos ya estaban allí. La mayoría de ellos eran personas de clase alta. Los exclusivos espectadores que, media hora antes, presenciaban el estreno mundial de Macbeth y que ahora hablaban entre ellos, conjeturando sobre el incidente que acababa de producirse.

Los periodistas también habían llegado. En cuanto la noticia se filtró, los redactores que estaban de guardia salieron en desbandada y ahora se agolpaban junto a la puerta principal, armados con sus cámaras y sus micrófonos. Entre ellos se encontraba una joven periodista recién salida de la facultad que informaba de lo sucedido para una televisión local.

—Al parecer se ha producido otro robo. Esta vez en la Ópera de Los Ángeles. La diadema Emperatriz, propiedad de la multimillonaria Marissa Grossman, ha desaparecido sin que haya, de momento, ningún testigo del robo. No se conoce aún la identidad del ladrón pero se cree que puede ser...

—¡Mirad! —gritó alguien entre el grupo de curiosos. Su dedo apuntó hacia la azotea de la Ópera.

Allí estaba. Vestido con un ceñido traje negro, una capucha cubriéndole la cabeza y el rostro oculto tras una máscara de plata de sonrisa congelada. Convertido en una sombra que se mimetizaba con la oscuridad de la noche. No había nadie que no supiera quién era o que ignorara lo que había hecho en los últimos meses aquel desconocido de mirada descarada. Y, aún así, su presencia despertó una extraña fascinación que absorbió de inmediato la atención y el interés de todos.

—¡Es él! ¡Sí, es él!

Los murmullos de alarma no tardaron en elevarse entre la masa de espectadores y los periodistas dirigieron los objetivos de sus cámaras hacia el tejado de la Ópera, dispuestos a captar una imagen lo más perfecta posible de aquel misterioso individuo. Los policías fueron los últimos en reaccionar y lo único que atinaron a hacer al principio fue poner algo de orden entre el improvisado público.

El temido ladrón de los cien millones de dólares. El mismo que llevaba seis meses robando objetos de incalculable valor. Un fantasma escurridizo que cometía robos imposibles y desaparecía sin dejar rastro.

Nadie sabía cómo se llamaba en realidad porque su verdadera identidad era una incógnita. En los medios de comunicación le habían bautizado bajo el apodo de «Zero» porque aquel era el nombre que más se acercaba a lo que sabían de él: nada. La policía, a falta de un mote mejor, le había seguido llamando así y, al final, el mundo entero había identificado a aquella sombra de la misma manera.

—¡Necesitamos más efectivos! Avisad a las unidades que estén por la zona para

que vengan aquí ahora mismo. ¡Rápido! —gritó el teniente Brown. Su voz salió ronca de su garganta. Crispada por la humillación y el enfado. Otra vez... Otra vez había vuelto a burlarles... ¿Cómo era posible?

El día anterior había llegado un mensaje a la comisaría enviado por el propio Zero en el que les avisaba de que su próximo objetivo iba a ser la diadema Emperatriz, una reluciente tiara de diamantes, rubíes y esmeraldas del siglo XVI. Aunque, como siempre, no decía cuándo se iba a producir el robo ni dónde.

No era la primera vez que el teniente recibía uno de esos avisos. La única diferencia era que aquella vez había hecho lo imposible por evitarlo. Había mandado a sus mejores hombres para que escoltaran a Marissa Grossman hasta el banco donde tenía guardada la diadema y luego de vuelta a su mansión. Había apostado patrullas de vigilancia y sensores con alarmas en cada rincón de la vivienda. Estaba convencido de que si el ladrón quería perpetrar el robo solo podía hacerlo en casa de los Grossman donde, en teoría, era más fácil llevarlo a cabo.

Pero no apareció. Zero no se presentó. La Emperatriz quedó a salvo y los agentes regresaron a la comisaría entre vítores. Por primera vez habían conseguido evitar uno de sus hurtos... O, al menos, eso creían hasta que el director de la Ópera les había llamado para decirles que la joya se había esfumado de la cabeza de su propietaria mientras se representaba el segundo acto de Macbeth. Bajo la butaca de Marissa Grossman habían encontrado una moneda de plata. La inconfundible firma del ladrón.

Desde la azotea, Zero contemplaba la escena que se desarrollaba en la entrada del edificio con absoluta tranquilidad. Estaba disfrutando con la cara de confusión que tenían los policías. No tenía ni la menor duda de que en aquellos momentos estarían preguntándose cómo lo había hecho, qué plan había ingeniado esta vez para llevarse la valiosa reliquia de la familia Grossman de un lugar lleno de gente, sin que pudieran detectarle.

Qué siguieran haciendo conjeturas. Jamás lo descubrirían.

Cinco minutos, calculó. Ese era el tiempo que tardarían los agentes en lanzarse hacia donde él estaba para atraparlo. Tenía el lapso justo para escabullirse de allí antes de que lo rodearan. Después, el teniente Brown y sus hombres lo buscarían por la ciudad, como siempre hacían. Entrarían en las casas. Registrarían los pocos locales que aún estaban abiertos. Crearían un auténtico revuelo con tal de localizarlo. Para cuando terminaran, Zero estaría ya muy lejos. Tal vez durmiendo plácidamente en su cama, como si él no tuviera nada que ver con la que mañana sería la noticia del día.

Así de fácil. Así de simple.

Otro robo impecable. El vigésimo en menos de seis meses. No estaba mal. Nada mal, de hecho. Se alejó del borde de la azotea y guardó en el interior de su traje la diadema Emperatriz para que estuviera a buen recaudo.

Solo entonces se dio cuenta de que no estaba solo.

Una silueta se interponía entre él y su única vía de escape, impidiendo su huida.

—Por fin nos encontramos en persona.

No hacía falta que estuvieran más cerca el uno del otro. Ni que la luz de la luna iluminara el rostro del recién llegado, velado tras un grotesco claroscuro. Zero sabía muy bien quién era. Reconocería aquella voz áspera entre un millón. ¿Su nombre? Dimitri Cooper. El mejor detective de Los Ángeles y el responsable oficial de su captura, designado expresamente por el Gobierno.

—Es un placer conocerte al fin, detective —dijo el ladrón, como si aquel encontronazo, lejos de ser un revés, fuera una excusa para mantener una agradable charla. Dimitri no respondió al saludo. Sacó su pistola y apuntó a Zero.

—Me temo que este va a ser nuestro primer y último encuentro. Me ha costado dar contigo aunque al final lo he conseguido.

Zero no se inmutó al ver que el arma apuntaba hacia él.

—Podríamos decir que soy poco sociable con la policía.

—Llevas robando medio año a gente inocente y todavía tienes el descaro de seguir con tus bromas —Dimitri le hizo una señal para que avanzara hacia él y sujetó su pistola con más fuerza—. Ya puedes ir acercándote para que te ponga las esposas. Y no intentes nada raro.

—¿Por qué debería intentar algo raro?

—¡Levanta las manos de una vez!

Zero obedeció.

—Ahora, empieza a andar si no quieres que te dispare.

Durante una fracción de segundo, el ladrón desvió la vista hacia el bolsillo derecho de su traje. Un pequeño objeto esférico se recortaba en su interior... No hizo ademán de cogerlo. Solo se lo quedó mirando, como si estuviera pensando en algo.

—¡Vamos! —bramó Dimitri.

Volvió a concentrar su atención en el detective y caminó despacio hacia él, analizando con calma el aspecto de su rival, tan diferente del suyo: un semblante que parecía cincelado en piedra, carente de emociones, y unos ojos de un gris metálico que le contemplaban igual que si pudieran taladrarle. Llevaba una gabardina que le llegaba hasta las rodillas y de un lado de su cinturón colgaba una placa de policía y la funda de su pistola reglamentaria.

Se detuvo cuando estaba a tan solo unos metros de él.

—Bien. Se acabó, por fin.

—Me temo que no —antes de que Dimitri pudiera moverse, Zero recortó la distancia que les separaba y le dio una patada a la pistola. El arma escapó de su dueño sin que este pudiera evitarlo y se perdió en la oscuridad. En un abrir y cerrar de ojos, se alzó como un coloso detrás del detective y lo agarró del cuello para evitar que diera un solo paso. Se había movido tan deprisa que parecía que el tiempo se había paralizado y que él era el único capaz de desplazarse de un lado a otro.

—Creo recordar que me estabas comentando algo de que me tenías atrapado o algo así.

—Eres rápido.

—No sería el ladrón de los cien millones de dólares si no lo fuera.

—Eso es cierto. Aunque tienes un fallo que supera tu rapidez.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es ese fallo?

—La excesiva confianza que tienes en ti mismo —Dimitri cerró su puño y lo estrelló con fuerza en el estómago de su enemigo. Zero lanzó un siseo de dolor, sorprendido, y se dobló sobre sí mismo, soltando de forma instintiva al policía. Ahora había sido él quien no había podido reaccionar—. ¿De verdad pensabas que iba a ser tan fácil?

Los ojos del ladrón desprendieron un brillo siniestro que hizo que el vello de la nuca de Dimitri se erizara y que sus pies retrocedieran. Nunca habían estado tan cerca. De hecho, dudaba que alguien hubiera conseguido acercarse tanto al legendario criminal. Pero ahora que les separaban unos metros, ahora que le tenía justo enfrente, sentía ganas de echar a correr y escapar de allí.

Llevaba demasiados años en el cuerpo de policía como para sentirse intimidado por un delincuente que encima ni siquiera iba armado. Y, sin embargo...

Había algo distinto en *él*. Su presencia. Su mera existencia. Aquel ladrón, fuera quien fuese, desprendía un aura... extraña. No sabría ni siquiera cómo definirla. Su forma de moverse, el control que ejercía sobre el ambiente que le rodeaba, resultaba inquietante, atemorizante. Atrayente... aunque tan sombrío como el cielo que cubría Los Ángeles aquella noche.

Mientras Dimitri se perdía en aquellos pensamientos, Zero aprovechó la ocasión para recuperarse del golpe que había recibido y contraatacar. Tan raudo como antes, se abalanzó sobre su rival, lo agarró del brazo, giró sobre sí mismo y lo proyectó por encima de su espalda. El agente cayó de costado y, durante unos segundos, vio solo una sucesión de estrellitas circulando por el interior de su cerebro.

Sus dudas le habían costado muy caras.

—No tendrías que haberte interpuesto en mi camino.

—Mi deber es detenerte. A ti y al resto que son como tú —Dimitri gimió. Le dolía el cuerpo entero. Y tenía una costilla rota. O dos. Seguro.

—Yo no soy como los demás.

—Sí, creo que eso lo he descubierto esta noche.

—Será mejor que dejes de perseguirme. Al final, el que saldrá herido serás tú.

—Eso tiene una fácil solución. Deja de robar, entrégate y no te volveré a molestar.

—Me temo que eso no es posible. Yo...

Las palabras de Zero quedaron suspendidas en el silencio. Algo distrajo su atención. Un pequeño objeto negro caído a los pies del detective. Su mano enguantada bajó como un relámpago hacia su bolsillo derecho. El objeto esférico que antes había en el interior había desaparecido y en su lugar quedaba un muñón de tela rota, con un desgarrón en la parte lateral. Sus hombros se contrajeron de forma

imperceptible.

—¿Qué pasa? Parece que te has cansado de pelear —se burló Dimitri. Aguantó el dolor con el mayor estoicismo y se levantó. No podía permitirse el lujo de sentarse en una esquina y quejarse. Tenía que detener al criminal al que llevaba meses persiguiendo. Avanzó y el tacón de su zapato se acercó peligrosamente a aquello de lo que el ladrón no apartaba la mirada.

—¡No!

El policía se detuvo, desconcertado. Bajó la vista hacia el objeto que estaba a sus pies. Intrigado, se agachó en el suelo y lo cogió.

—¿Qué demonios es esto?

—No lo toques —Zero ya no actuaba con la tranquilidad de antes. La tensión que desprendía su cuerpo era casi palpable—. ¡Suéltalo!

Como un felino, saltó sobre Dimitri. El golpe fue demasiado brusco y el objeto resbaló de las manos del detective. Describió un arco en el aire antes de precipitarse hacia el suelo.

Impactó en la superficie de la azotea con un chasquido que pareció un látigo restallando en el aire. Casi al mismo tiempo, Zero soltó un alarido que cortó la noche. Un sabor metálico inundó su boca y algo líquido empezó a resbalar por su barbilla. Sangre. Dejó escapar un gemido y cerró los párpados para contener el repentino dolor que atenazaba cada pequeña parte de su ser.

—Maldito policía entrometido —masculló. Su cabeza empezó a dar vueltas sin control y vaciló.

Dimitri lo sujetó, sin entender muy bien qué estaba pasando. El dolor que veía grabado a fuego en los ojos del ladrón no era ficticio. Zero estaba herido pero ¿cómo había ocurrido? Recordaba haber chocado con él aunque no con tanta fuerza como para dejarle en aquel estado...

En cualquier caso tenía que hacer algo. Quería atraparle y ese había sido su objetivo desde hacía seis meses. Pero no quería que su cadáver pesara sobre su conciencia. Ni el suyo ni el de ninguna otra persona. No podía dejarle así. Sacó de su gabardina un transmisor y empezó a dar órdenes sin apartarse de su presa ni un segundo.

—Atención, al habla el agente Dimitri. Necesito un equipo sanitario. Repito. Necesito un equipo sanitario. Tengo a un civil inconsciente en la azotea de la Ópera de Los Ángeles.

—¿Quién dices que está inconsciente? —farfulló Zero. El objeto que había resbalado de su bolsillo estaba a unos metros de él. Probó a dar unos pasos en su dirección. Dimitri le detuvo.

—Ni se te ocurra moverte —le agarró con más fuerza y añadió—. Ya te dije que este iba a ser nuestro primer y último encuentro.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Me temo que no te has visto en un espejo. Dudo mucho que puedas escaparte

tal y como estás —Dimitri no pudo evitar ver la parte irónica de toda aquella situación. Antes, Zero le había resultado escalofriante. Una presencia casi sobrenatural. Ahora, parecía un chiquillo indefenso y vulnerable...

Su mirada se detuvo en la máscara de plata. Se ajustaba al semblante de su propietario a la perfección, ocultando su rostro desde donde nacía el pelo hasta la barbilla. Tantas semanas persiguiendo a aquel individuo, tantas noches sin dormir por su culpa, y aún ignoraba quién se escondía tras aquel disfraz.

Sus dedos agarraron los enganches de titanio que mantenían la máscara sujeta al semblante de Zero. Este se revolvió en cuanto se percató de sus intenciones.

—¡No me toques!

—¿Tienes miedo de que descubra la verdad?

Dimitri soltó los seguros de titanio y la máscara de plata se descolgó de su sitio, dejando al descubierto la identidad del famoso ladrón. Se observaron en la oscuridad. Dos enemigos que se veían al fin cara a cara después incontables persecuciones y huidas. Ninguno dijo nada. Se limitaron a evaluarse mutuamente. El detective no daba crédito a lo que veía. Zero, por su parte, sentía una oleada de rabia ardiéndole la garganta, consumiendo su dolor y transformándolo en furia.

Habían descubierto su secreto... Habían descubierto quién era...

—No puede ser... —susurró Dimitri—. Yo te conozco...

Zero agarró la pistola de dardos tranquilizantes que llevaba escondida en la pierna. Antes de que el detective pudiera decir su nombre, antes de que tuviera opción de pronunciar si quiera una sílaba, le disparó en el cuello. El policía se desplomó en el suelo al segundo, hecho un fardo.

El ladrón se agachó a su lado y recuperó su máscara. La ajustó en su rostro de nuevo. Pero sabía muy bien que ya era tarde.

Lo sabe...

Seis agentes irrumpieron en la azotea. Entre ellos estaba el teniente Brown, dispuesto a vengarse del ridículo que le había hecho pasar Zero en casa de los Grossman costara lo que costase. Le apuntaron con sus armas.

—¡Ponga las manos donde podamos verlas!

Zero ignoró la orden y buscó el objeto esférico que había perdido. Estaba demasiado cerca del lugar en el que se encontraban los policías. Sería imposible recuperarlo sin que le acribillaran a tiros en el intento. Aunque si lo dejaba atrás... Si alguien lo tocaba... Dudó. ¿Qué debía elegir? Sabía que tomara la decisión que tomase, se arrepentiría. Así que optó por la salida menos mala de las dos posibles.

Sacó una de las bombas de humo que utilizaba solo en casos de extrema necesidad y la tiró contra el suelo. Una nube grisácea se extendió por la azotea, sepultando todo bajo una neblina tupida.

Para cuando se disipó, el objeto esférico seguía en el mismo sitio de antes. Pero Zero había desaparecido.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

Mis músculos gritaban de dolor. Mis pulmones ardían y mi corazón bombeaba sangre sin descanso. En mi cerebro existía un único pensamiento: correr. Correr para poder escapar. Lo demás, había quedado relegado a un segundo plano. La posibilidad de frenar mi carrera no estaba entre mis mejores opciones así que seguí adelante, sin detenerme.

Detrás, escuchaba sus pasos. Acercándose cada vez más rápido. Aceleré el ritmo, utilizando la última reserva de fuerza que me quedaba. Querían acabar conmigo. Lo sabía con absoluta certeza. Con la misma seguridad con la que conocía mi nombre. Y a pesar de que estaba casi atrapado y de que mis horas de vida se aproximaban a su final, no tenía miedo. Únicamente impotencia.

—¡Atrapadle!

Ignoré aquella funesta orden y me concentré en mis piernas. Un poco más. Solo un poco más. No faltaba nada ya. Tal vez... Tal vez con suerte podría salir con vida...

Me detuve en seco. Frené en cuanto vi el pronunciado precipicio que se abría delante de mí, cortando mi camino. La falla se hundía en las entrañas de la tierra, a más de quince metros, con el río serpenteando en lo más recóndito del desfiladero. Estaba atrapado. No había escapatoria.

Retrocedí pero el ruido de las pisadas de mis perseguidores interrumpió mi repliegue.

Estaban ahí, a mi espalda, observándome. Me observaban porque sabían, igual que yo, que estaba perdido. Si saltaba, lo más probable es que acabara matándome. Si retrocedía, ellos me atraparían. Era solo cuestión de tiempo que mi vida terminara, de una forma u otra... Entorné los párpados para contener las lágrimas que amenazaban con brotar de mis ojos.

Qué injusto... Ellos saldrían impunes y yo moriría. Seguramente no encontrarían mi cuerpo hasta pasados varios días y para entonces la verdad habría muerto conmigo.

No quería morir... Aún no... No *podía* morir. Si tan solo lograra llegar a la ciudad... Avancé hacia el borde del precipicio.

—¡No te muevas! —exclamó alguien—. ¡Quédate donde estás!

Relajé los hombros. Mantuve los ojos cerrados. No, no iba a dejar que me atraparan.

—¡He dicho que te quedes donde estás! —Escuché revuelo detrás de mí, como si mis perseguidores se estuvieran moviendo para detenerme antes de que fuera demasiado tarde.

Pero *ya* era demasiado tarde.

Levanté el pie derecho hacia el vacío, cogí impulso y salté. Escuché un grito. No entendí lo que decía. Solo podía oír el rugido del viento golpeando mis oídos mientras me precipitaba hacia la nada. La sensación de caída libre me removió el

estómago y sentí las náuseas asomando a mi garganta. Apreté los dientes con fuerza hasta que la mandíbula empezó a dolerme.

Luego, las heladas aguas del río me recibieron con un abrazo congelado que me cortó la respiración.

CAPÍTULO 2

Me enderecé en la cama de golpe. Mi caja torácica no dejaba de subir y bajar en busca de aire. Miré a mi alrededor. No había ni rastro de aquel desfiladero, tampoco de los asesinos que me perseguían. Estaba solo, a salvo, bien protegido en la seguridad de mi habitación con la única compañía de los pósteres de mis grupos de música favoritos. Me dejé caer sobre la almohada con un resoplido.

Ha sido solo una pesadilla. Solo eso.

La mayoría de las veces olvidaba lo que había visto mientras dormía en cuanto despertaba. No lo recordaba. Pero aquella noche había sido diferente. No habían dejado de asaltarme sueños raros. Me veía a mí mismo como si estuviera en una película, moviéndome sin que yo pudiera controlar mis acciones, hablando sin que pudiera medir lo que decía y, al mismo tiempo, sintiendo las emociones que dominaban al yo de mis sueños y viendo lo que él veía con la misma claridad con la que contemplaba todo a través de mis propios ojos. Era como si me introdujera en un cuerpo ajeno y me dejara llevar por una vida que no me pertenecía.

Absurdo, lo sé. Y, aún así... Parecía tan real que daba miedo.

Sacudí la cabeza para aclarar el embotellamiento que tenía y salí de la cama. Al desperezarme, noté una punzada de dolor en el cuello. Auch, debía de haber dormido con una mala postura. Genial... Lo último que me faltaba.

No había hecho más que ponerme en pie cuando la puerta de mi habitación se abrió de golpe y la figura regordeta de tía Jane se recortó en el umbral, agitando enfurecida una de esas revistas de prensa rosa que tanto le gustaban.

—¿¡Puedes creerlo!? ¡Esto es sencillamente vergonzoso! —prorrumpió—. No entiendo cómo el gobierno no hace nada de una vez.

Acostumbrado como estaba a sus entradas intempestivas, ni siquiera me molesté en hacerme el sorprendido. Daba igual si eran las ocho de la mañana o las diez de la noche, cuando algo le sorprendía o enfurecía sentía la imperiosa necesidad de desahogarse conmigo y la puerta cerrada de mi dormitorio no era ningún obstáculo para ella.

—Gracias por llamar a la puerta. Y sí, puedes entrar.

—Esto empieza a ser muy serio, Kyle —dijo tía Jane, haciendo oídos sordos a mis palabras. Se acercó a mí de dos zancadas. No dejaba de sorprenderme la rapidez con la que se movía a pesar de su voluminosa complexión—. Esta misma mañana hablaré con el secretario del presidente. ¡Esto es intolerable!

Para dejar constancia de su indignación sacudió una vez más la indefensa revista que ya empezaba a sufrir las consecuencias de sus embites y parecía un amorfo de páginas arrugadas. Ella era así. Tan escandalosa como exagerada. Pero yo la adoraba. Me daba igual que entrara hecha una furia a mi habitación o que amenazara con levantar un escándalo nacional.

La quería demasiado como para perdonarle cualquier cosa.

Tía Jane era la única familia que me quedaba. Mis padres murieron cuando yo tenía ocho años en un accidente de tráfico y ella, que era la mejor amiga de mi madre, me adoptó al poco de su muerte. Se había estado ocupando de mí desde entonces, criándome como si fuera su hijo y consintiéndome.

Aunque había sobrepasado la franja de los cuarenta hacía tiempo, seguía conservando la piel tersa e impecable de una veinteañera. Su gusto para vestirse la había convertido en musa de diseñadores y en portada de revistas internacionales y sus opiniones sobre qué debía ponerse quién en cada ocasión especial eran escuchadas con atención. Quitando eso su mejor ocupación era hacerse la manicura, asistir a cafés exclusivos con sus también exclusivas amigas e ir de compras hasta que su tarjeta VISA platino echara humo.

Podía permitirse eso y mucho más, por supuesto. Los Bradford habían sido una familia rica de la vieja Inglaterra y durante generaciones habían acrecentado un capital que hoy estaba entre los más destacados de los EE. UU. Eso me convertía no solo en su ojito derecho sino también en el único heredero de la ingente fortuna que tía Jane poseía.

—No puedes llamar al presidente sin un motivo de gravedad. De hecho, seguro que hay una ley que lo prohíbe —tercié. Desconocía si existía tal ley aunque si yo fuera el presidente y tuviera una tía como ella, tardaría menos de un segundo en presentarla ante el Congreso.

—¡Este es un motivo de gravedad!

Puse los ojos en blanco.

—Me refiero a un motivo de *auténtica* gravedad —enfaticé. Tía Jane abrió la boca para seguir con su ristra de quejas y amenazas pero cuando sus ojos se pararon en mi rostro, su enfado matutino se suavizó.

—Oh, Dios santo, Kyle. Tienes un aspecto horrible.

Preocupado, me acerqué al espejo que había en un rincón de mi habitación y contemplé mi reflejo. Mi piel, que por lo general tenía un color dorado, parecía estar cubierta por una capa de pintura blanca, mis ojos azules enmarcados por unas ojeras amarillentas y mis labios convertidos en una fina línea descolorida y sin vida. Si un fantasma hubiera estado a mi lado en aquel momento, incluso yo mismo habría dudado de quién era el muerto y quién el vivo. Me aparté del espejo.

—No es nada. Es solo que no he dormido muy bien esta noche —flexioné el cuello. Lo que no me vendría mal era un masajista... Tía Jane agarró mi cara y me observó como si fuera un espécimen en peligro de extinción.

—Estoy segura de que esto es por el estrés de volver a Drayton.

—Es posible.

Acaricié el uniforme que descansaba, perfectamente doblado, en la silla que estaba junto a mi cama. Me detuve un poco más en el escudo que adornaba la pechera de la chaqueta: un águila imperial con las alas extendidas, coronada por una aureola y un rimbombante marco dorado envolviéndola. En definitiva, una de esas insignias

que no pasan desapercibidas. Aunque, conociendo como conocía Drayton, estaba seguro de que ese fue el objetivo de quien diseñó aquel horrible escudo. No pasar desapercibido.

Desde hacía décadas Drayton College era el internado más prestigioso del mundo. Sus alumnos solo podían acceder a las exclusivas aulas si poseían un bonito pedigrí familiar de respaldo y los profesores tenían fama de ser lo mejor entre lo mejor. No era extraño que parte del sentido de su escudo fuera despertar envidia en el resto de colegios. Todo con tal de ser «la institución de referencia», tal y como afirmaba una y otra vez el director Lawrence.

—¿Y bien? —pregunté mientras me apartaba del impoluto uniforme—. ¿Qué era eso que tanto te ha indignado?

En cuanto mencioné el tema, tía Jane saltó como un resorte.

—Ah, Kyle, esto es horrible. Nosotros podemos ser los siguientes en cualquier momento.

Recién levantado y con el recuerdo de la pesadilla todavía reciente, mi cerebro no procesaba la información con la misma rapidez que de costumbre.

—¿Los siguientes en qué?

—Mira esto —estiró la revista lo mejor que pudo y me la plantificó en la cara.

En cuanto vi la fotografía que acompañaba el artículo de la primera página supe en seguida a qué se refería. En la imagen aparecía una silueta, recortada en la oscuridad, casi confundida en la negrura de la noche. La máscara de plata que cubría su rostro delataba la identidad de su propietario. Aferré la revista con más interés que antes y leí el titular. «La policía sigue sin encontrar a Zero. La diadema Emperatriz, desaparecida».

—¿No lo han encontrado aún? —pregunté.

—Parece que no.

Ignoré las lamentaciones de tía Jane y me concentré en el texto del artículo:

El robo se produjo hace poco más de un mes en la Ópera de Los Ángeles, durante el estreno de Macbeth, al que solo la alta sociedad de Los Ángeles asistía. Se cree que el suceso pudo ocurrir entre las 9 y las 9.45 de la noche, poco después de que empezara el segundo acto. Al igual que en anteriores ocasiones, la policía no tiene ninguna pista hasta la fecha acerca de...

—Aún me pongo mala al pensar que ese desalmado robó la diadema Emperatriz mientras estábamos viendo la representación. ¡Al lado de donde nos encontrábamos nosotros! —repuso tía Jane. Lanzó uno de esos suspiros teatrales que tanto le gustaban y añadió—. La pobre Marissa Grossman aún no se ha recuperado. No me extraña, por otro lado. Perder la diadema Emperatriz es algo irreparable.

Marissa Grossman era la madre de mi mejor amigo, Mike. Estuve con ellos poco antes de que la joya desapareciera y todavía seguía sin explicarme cómo había

llevado a cabo el robo Zero. Nadie podía entrar en la sala una vez que la representación empezaba. Y los pasillos estaban vigilados por acomodadores para que ningún intruso molestara a los invitados más ilustres. ¿Entonces? Estaba claro que, como todo lo relacionado con aquel misterioso ladrón, el hurto de la Emperatriz era un completo y absoluto enigma.

—Llamaré más tarde al senador Stevens para pedirle que haga lo posible por encontrar a ese Zero o como se llame. No voy a dejar que ponga un dedo en mis joyas. Ni hablar. ¿Qué haría yo si me quita los pendientes de mi madre o el collar que me regaló mi abuela? ¡No podría dormir en años! Por favor... Es un simple criminal de poca monta. No sé por qué tardan tanto en atraparlo.

—Pues para ser de poca monta lleva cien millones de dólares robados...

—Eso es lo de menos, Kyle —de pronto, soltó un grito. ¿Se habría dado cuenta de que no tenía el teléfono privado del senador y que no podría hacer su tan ansiada llamada? En lugar de eso me encontré con su reloj de pulsera a dos centímetros de mi rostro—. ¿¡Has visto qué hora es!?! Jovencito, será mejor que te arregles cuanto antes. Vas a llegar tarde el primer día de clase como no aligeres. Seguro que Jack ya te está esperando abajo con el coche preparado.

Le aseguré que me vestiría rápido y que no tardaría nada en salir de mi habitación. Pero en cuanto se marchó y volví a quedarme solo, releí una vez más la noticia sobre el robo de la Ópera. Tía Jane tenía razón. ¿Cómo era posible que la policía aún no hubiera dado con Zero?

CAPÍTULO 3

El viaje hasta Drayton fue tranquilo. Las intermitentes lluvias de los días pasados habían quedado atrás y, entre las nubes grisáceas, el sol empezaba a abrirse camino. Fui adormilado la mayor parte del trayecto, con la cabeza apoyada en la ventanilla. Cuando quise darme cuenta Jack, nuestro chófer, ya estaba introduciendo las cuatro contraseñas en el panel que había junto a la entrada del internado para que el sistema que protegía el colegio nos reconociera.

Había alarmas incluso entre los árboles y, aunque se esforzaban por pasar desapercibidos, unos guardias uniformados revisaban desde la distancia cada vehículo que entraba.

Decían que Drayton College era uno de los lugares mejor protegidos del país. Al fin y al cabo, entre sus muros estudiaban los hijos de las mayores fortunas del planeta y nadie quería que algo malo pudiera ocurrirle a los adolescentes más cotizados por los secuestradores y los criminales. Aún así, tuve la impresión, mientras repasaba los alrededores, de que la seguridad del internado era más férrea que el curso pasado. ¿Había más cámaras de vigilancia? ¿Sensores adicionales?

La verja que custodiaba la entrada se abrió de par en par para dejarnos paso y nuestro coche se puso de nuevo en movimiento. Nos adentramos por un camino empedrado, escoltados por frondosos cipreses y verdes praderas que se abrían a ambos lados de nosotros, y ascendimos una pendiente. El edificio principal de Drayton College se recortó en el horizonte. Una enorme mansión de estilo victoriano, de fachada oscura, tejado de altos torreones y ventanas apuntadas.

Recordaba la primera vez que la vi. Estuve a punto de echarme a llorar, de hecho. Quedarme encerrado en aquel palacete casi un año entero, lejos de tía Jane, no se me antojó el mejor plan del universo. Ahora era diferente. Drayton formaba parte de mí. Un lugar que me conocía y que yo conocía. Que me gustaba y en el que me sentía como en casa.

Si no fuera por los exámenes, sería mi lugar preferido de la Tierra.

Jack detuvo el coche junto a la puerta principal, esquivando con habilidad los vehículos que atestaban el lugar. Estaba todo tan concurrido como las calles de Los Ángeles en hora punta. La diferencia era que en la ciudad veías coches de cualquier tipo. En Drayton solo te encontrabas con los modelos más caros y ostentosos que salían de las fábricas, incluso con aquellos que pensabas que no existían. ¿A quién se le ocurría aparecer con un deportivo rojo que parecía sacado de una carrera de Fórmula 1? ¡Eh! ¿Acababa de ver un coche cubierto de cristales de Swarovski? Suspiré. Algunos no sabían qué hacer para llamar la atención. Era absurdo.

Localicé entre los vehículos el Mustang rojo de Neal. Al menos, el suyo era uno de los más discretos. Lo que me sorprendía era que siguiera teniendo la licencia para conducir después de la carrera que hicimos antes del verano. Mike y yo no podíamos decir lo mismo. En fin... Los había con suerte.

—Bajaré su equipaje, señor —dijo Jack. Abrió la puerta del conductor y salió disparado hacia el maletero.

Me puse la chaqueta, ajusté la corbata alrededor de mi cuello para aparentar una presencia algo decente y me apeé yo también. El dolor que tenía en el cuello había empezado a remitir. Me quedaba una ligera molestia aunque nada que no pudiera soportar. Mejor así. Quería empezar la temporada de polo en perfectas condiciones para revalidar nuestro título de campeones.

Jack dejó las maletas junto a mí y me miró como siempre hacía cuando llegábamos a Drayton. Con tristeza. No hacía falta que me dijera con palabras lo que estaba pensando.

—Yo también te echaré de menos.

—Si necesita que venga a por usted en algún momento, no tiene más que llamarme —le abracé. Seguramente no le vería hasta que volviera a recogerme cuando terminara el curso—. Cuídese.

—Y tú no dejes que tía Jane te lleve demasiados días de compras.

Jack sabía que no me gustaban las despedidas así que para no alargar demasiado el momento, me dio una última palmadita de consuelo y regresó al asiento del conductor. Un minuto después, el coche era un puntito negro que se alejaba de vuelta a Los Ángeles.

Empecé a subir los escalones que conducían al internado, arrastrando las dos maletas que llevaba de equipaje. La fachada relucía. Seguro que el director Lawrence la había mandado lavar a conciencia para recibir a los inquilinos después de las vacaciones de verano. Las vidrieras tenían un aspecto igual de immaculado. Sin una mácula de suciedad. Podía imaginarme el trabajo que habían tenido las personas que trabajaban en Drayton para dejarlas así.

Mientras hacía mi análisis de rigor algo llamó mi atención. En el segundo piso, asomado a una de las ventanas, había un hombre. Seguramente, en otras circunstancias, aquello no tendría la menor importancia. Pero la insistencia con la que me estaba observando, como si no hubiera nada más además de mí, me hizo detenerme antes de que hubiera terminado de subir los escalones.

No era un alumno. Eso seguro. Entre otras cosas porque no llevaba puesto el uniforme de Drayton sino una gabardina gris encima de un feo y desgastado jersey que parecía tener más lavados que puntadas. ¿Tal vez fuera un profesor nuevo? Había oído decir que habían contratado a alguien para que se ocupara de las clases de Historia Contemporánea de América después de que nuestro antiguo profesor, el señor Jones, se rompiera la pierna esquiando.

Aún así...

Puede que fueran alucinaciones mías. Pero había algo en el rostro de aquel tipo que no me gustaba. Parecía llevar acoplado en la cara un gesto de frialdad contenida, cargado de odio, que decía sin palabras: «te aborrezco, tú sabes que te detesto». ¿A qué venía esa miradita asesina?

—Veo que ya está de vuelta, señor Bradford —el rostro siempre amable del director Lawrence se interpuso entre el par de ojos que seguían mis movimientos desde la ventana y yo.

—Buenos días, director —estreché su mano.

—Espero que haya tenido un verano tranquilo.

Repasé mis vacaciones. No había ido a Los Hamptons como todos los años. Me había quedado en Los Ángeles porque tía Jane no se encontraba muy bien para viajar. Otro de sus ataques de reuma. Aún así, no me lo había pasado mal... Dos o tres familias aristocráticas aburridas, invitaciones para tomar el té, cenas benéficas, Rachel o Anna, o, puede que incluso Rachel y Anna.

—Sí, bastante tranquilo, director. Sin demasiadas novedades.

—Me alegro —sonrió, igual que lo haría un anciano entrañable. Lawrence era así siempre. Trataba a cada uno de los alumnos de Drayton con una benevolencia infinita. Como si fuera incapaz de ver lo malo de cada uno de nosotros. Nunca le había visto enfadarse ni gritar a nadie. Ni siquiera cuando Mike, Neal y yo armábamos alguna de nuestras picias habituales o suspendíamos de nuevo. Algunos decían que era demasiado magnánimo. Yo, en cambio, agradecía aquella actitud paternal.

—Ah, por cierto. Ya he visto que han contratado a un nuevo profesor para sustituir al señor Jones. ¿Sigue escayolado?

—¿Un sustituto? Ah, no, creo que ha debido de confundirse. Jones se ha incorporado esta misma mañana. Ha tenido una recuperación muy rápida, por suerte para nosotros. De hecho, acabo de tomar café con él y está mejor que nunca.

—Vaya, pensé que el profesor nuevo venía a sustituirle a él.

—¿Profesor nuevo?

—Sí, ese... —Alcé el brazo para señalar al hombre de la gabardina gris. Pero mi dedo apuntó un ventanal vacío en el que no había nadie. Tan solo las cortinas blancas que enmarcaban el cristal—. ¿Qué...?

—Me temo que ha sido una confusión sin importancia. No se ha contratado a nadie este año —concluyó Lawrence. Me recompensó con otra de sus sonrisas, tan empalagosa como el algodón de azúcar recién hecho. Aunque por debajo de aquel gesto percibí una sombra de nerviosismo que antes no estaba—. Y ahora si me disculpa, señor Bradford, voy a seguir dando la bienvenida al resto de alumnos.

—S... sí, por supuesto —el director se despidió con una inclinación y zigzagueó entre los coches. No tardé en perderle de vista.

Alcé la mirada una vez más y recorrí todas y cada una de las ventanas del segundo piso. No encontré a aquel extraño individuo con cara de malas pulgas por ningún lado...

CAPÍTULO 4

El vestíbulo estaba atestado de chicas y chicos vestidos con el uniforme de Drayton que corrían de un lado a otro para saludar a amigos o simplemente para contar a quien quisiera escuchar cómo había sido su verano en Los Hamptons, Acapulco o cualquier otro destino al que hubieran ido durante las vacaciones. Rostros bronceados, un cierto tufillo a protector solar que todavía permanecía como un recuerdo y estrechones y besos en las mejillas por doquier.

Entre los grupitos de veteranos y novatos localicé alguna que otra cara conocida. Dominique Larsson, hijo de un magnate francés dedicado a la alta cosmética; Vladímir Lavrov, uno de los pocos descendientes vivos de la dinastía Romanov; Gabriella di Palma, la hija predilecta del mafioso más poderoso de Italia...

Mike apareció en el extremo opuesto del vestíbulo antes de que pudiera empezar a saludar a mis compañeros. Neal marchaba detrás de él, atusándose la cabellera engominada. Ver a mis dos mejores amigos me hizo olvidar el mal rollo que me había dado el hombre de antes.

—¿Qué pasa, tío? Te has hecho de rogar. Llevamos esperándote una eternidad — Mike y yo chocamos los puños como siempre hacíamos y luego hice lo mismo con Neal.

—No he tardado tanto, exagerado. ¿Hace mucho que habéis llegado?

—Nah. Media hora, más o menos. Aunque Neal ya ha armado el primer lío del curso.

—¿Qué queréis que le haga? Me gusta aprovechar mi tiempo en cosas productivas.

—¿Y qué has hecho esta vez? —pregunté. Neal balanceó entre sus dedos un paquete de cigarrillos. Lo dejó en mi mano—. ¿Póquer?

—Sí. Acabo de ganar cien pavos y suministro de tabaco para un mes.

—Espera a que te lo encuentre Lawrence. Ya sabes que le encanta recordarnos que fumar está prohibido en Drayton. Te pondrá un castigo como descubra tu maravilloso suministro.

—Ni lo sueñes. Ese viejo inútil nunca ha encontrado mis escondites. Cuando ha aparecido para estropear mi buena racha con las cartas, mis ganancias ya estaban a buen recaudo —señaló el paquete que me había dado—. Si necesitas más, tan solo tienes que decírmelo.

—Gracias, tío —Mike, Neal y yo siempre estábamos juntos. Formábamos parte del mismo equipo de polo, asistíamos a las mismas clases, íbamos a las mismas fiestas... El periodo más largo que habíamos pasado separados había sido este verano y, la verdad, es que después de más de un mes sin verles me alegraba tenerlos de nuevo junto a mí—. Os he echado de menos, chicos.

—Y nosotros a ti. Los Hamptons ha estado muy aburrido. Mike no dejaba de quejarse.

—¿Qué querías que hiciera? El pasatiempo más divertido que he tenido estas vacaciones ha sido perseguirte a ti con la moto de agua.

Mientras hablaban, me fijé en ellos. Eran muy diferentes entre sí. Mike, con sus ojos color miel y su pelo rubio envejecido, parecía un querubín renacentista. Daba la impresión de que no había roto un plato en su vida y que era el típico hijo modélico que no había causado problemas a sus padres, más allá del color de corbata que tenía que ponerse cada día. Nada más lejos de la realidad. Él era el que siempre contaba los mejores chistes verdes, el que se inventaba los planes más locos y el que nos metía en los embrollos más alucinantes.

Neal, por el contrario, tenía el cabello castaño, ojos oscuros y tez aceitunada. Cualquiera diría que se pasaba el año tomando el sol porque nunca perdía el color cobrizo de la piel. Ni siquiera en invierno. Su gran fuerte era el juego. Y pobre del que se atreviera a retarle a una partida de póker o de *Black Jack*. Yo hacía años que había dejado de intentar ganarle.

—Ah, por cierto, Kyle —Mike miró a Neal de reojo y algo en aquel intercambio no me dio buena espina. No tardé en descubrir qué era—. Supongo que no te has enterado aún pero... nos han puesto en habitaciones separadas este año.

—Eso es imposible —contesté. Mike y yo habíamos compartido dormitorio desde que entramos en Drayton. Aquella era la discreta forma que tenía Lawrence de agradecer a tía Jane las generosas contribuciones económicas que hacía al internado. Y no había razón para que eso cambiara después de los varios miles de dólares que mi madre adoptiva se había gastado para arreglar la biblioteca—. Seguro que no lo has mirado bien.

—No, tío. No es ningún error.

Me tendió una copia del listado de habitaciones. Era una tabla con dos columnas. En la de la derecha figuraban los nombres de los alumnos, organizados por cursos. En la de la izquierda, aparecía el número de cuarto. Busqué mi apellido en la sección de «Duodécimo Grado». No tardé en dar con él. Era el sexto empezando por el principio. Eché un vistazo al apellido que figuraba junto al mío... Y me quedé mudo por la sorpresa.

—No podía haberte tocado una compañía mejor, Kyle —Neal soltó una sonora carcajada—. ¡Te lo vas a pasar genial!

—No tiene gracia —mascullé.

—Tal vez podamos cambiarlo de alguna forma —comentó Mike.

—Sabes muy bien que las habitaciones son inamovibles una vez que Lawrence las asigna —lancé un bufido—. No puedo creer la suerte que he tenido. ¿En qué está pensando el director este año? Estaba convencido de que me iban a poner contigo.

—Y yo. Hasta ahora nunca nos habían separado.

Neal no podía dejar de reír. Se agarró a una de las columnas que rodeaban el vestíbulo y continuó desternillándose a mi costa.

—Cien pavos a que Kyle aparece con un lapicero clavado una de estas mañanas.

O descuartizado. Con un compañero de habitación así cualquiera sabe.

—¡Eh! —me quejé yo.

—Vamos, Kyle. Teniendo a *ese* compañero en la cama de al lado, yo me andaría con cuidado. Es el tío más raro de Drayton.

Más carcajadas. Ahora incluso Mike se reía a mandíbula batiente. Estupendo. Aquello estaba rematando mi mal humor.

—¡Callaos! —exclamé. Cogí mis dos maletas con toda la dignidad que pude y eché a andar hacia las escaleras que conducían al primer piso.

No quería reconocerlo delante de ellos pero era verdad que mi compañero no estaba entre lo mejorcito de Drayton. Aunque tampoco podía ser tan horrible... ¿no?

CAPÍTULO 5

Me detuve frente a la puerta cerrada de mi habitación. Estaba al final del pasillo, aislada del resto y pegada a la salida de emergencia. El cuarto del rincón. El que nadie quería nunca. *Otro magnífico motivo para odiar el desastroso principio de curso que estoy teniendo.* Aunque, a decir verdad, me preocupaba más lo que me iba a encontrar dentro o, mejor dicho, a quién me iba a encontrar. Revisé la chapa metálica que había a la derecha, con mi nombre y el de mi compañero de habitación. *Estupendo, Kyle...*

Tiré del picaporte y entré.

Len Lu alzó la vista del flamante ordenador de última generación que tenía apoyado en las rodillas a modo de gélida bienvenida. No me saludó ni me preguntó qué tal había ido el verano. Se me quedó mirando antes de arrugar el entrecejo. Al parecer, yo no era el único disgustado con el compañero que me había tocado...

Haciendo balance creo que lo poco que podíamos tener en común Len y yo era el color de pelo. Y ni siquiera. Porque el suyo era de un negro más oscuro que el mío, herencia de sus antepasados asiáticos. Por lo demás, éramos muy diferentes.

Según decían, la empresa que dirigía el padre de Len estaba entre las multinacionales más punteras en la fabricación de ordenadores y sus novedades levantaban una enorme expectación entre los grandes entendidos. Una vez escuché que los laboratorios de la Lu Corporation podían desarrollar y fabricar cualquier componente electrónico por muy avanzado que fuera. No sé si sería verdad o no...

Lo sorprendente era que ni siquiera la fama de su familia hacía que Len fuera más sociable. No se relacionaba con nadie. Comía solo y en clase se sentaba en la primera fila, donde nadie tomaba asiento jamás. No tenía amigos. Ni asistía a ninguna fiesta. Tampoco salía con ninguna chica. Era como un fantasma. A cambio, ostentaba el título del mejor y más brillante alumno que tenía Drayton. Antisocial y encima empollón. La combinación perfecta para ser lo opuesto a mí.

—¿Qué tal, Len? Parece que vamos a compartir habitación hasta final de curso — arqueó las cejas. Esa fue toda su respuesta. No pronunció una sola palabra. Luego, centró su atención en la pantalla de su portátil como si yo no estuviera allí.

Encajé su desplante con un disimulado ademán de disgusto y aproveché el incómodo silencio que se abrió entre nosotros para examinar mi nueva habitación.

Los dormitorios de Drayton no eran espaciosos. Tenían lo justo para que te sintieras cómodo sin creer que estabas en un hotel de cinco estrellas. Dos camas al fondo, un largo escritorio para compartir, armarios en los extremos y varias estanterías para apilar los libros del curso junto a la entrada.

Lo mejor eran las vistas. Todas las habitaciones daban a la parte posterior del edificio y desde las ventanas podías contemplar las explanadas de césped y los bosques de pinos que rodeaban el internado. E incluso, si tenías buen ojo como yo, llegabas a ver el campo de polo que se extendía a unos kilómetros de distancia.

Por eso, yo siempre escogía la cama que estaba al lado del ventanal. Me gustaba dormirme viendo Drayton. Aunque, aquel año ya podía ir olvidándome. Len se había adueñado del lado del dormitorio que yo quería y no parecía dispuesto a renegociar su recién adquirido territorio. Podía haber avisado, por lo menos. Bueno, no iba a empezar a lamentarme otra vez.

Me senté en la cama que quedaba libre y comprobé lo mullido y cómodo que era el colchón. No estaba mal. Sobre mi mesilla había una carpeta con el sello de Drayton. Sabía muy bien lo que contenía. La normativa del internado (hmmm... si no me equivocaba había incumplido cada una de las reglas que aparecían en aquel papel) y la lista de profesores, con el prestigioso palmarés que cada uno de ellos tenía en su haber bien destacado en letras cursivas. Además, por supuesto, de los horarios de las clases.

Retórica y comunicación en público, Economía bursátil, Protocolo... Por mucho que en Drayton se esforzaran por convertir a sus alumnos en los futuros dueños del universo, a mí las asignaturas me parecían un suplicio. La única que se salvaba era Hípica. Al menos, tendría una materia que se me daba bien en todo aquel infierno. Me tumbé en mi cama y dejé caer al suelo el horario de las clases.

Fue entonces cuando vi el sobre negro que descansaba sobre mi almohada, con mi nombre escrito en letras doradas.

CAPÍTULO 6

Cogí el sobre con curiosidad y lo examiné por los dos lados. No había remitente, ni sellos de correos ni tampoco dirección de envío. Tan solo mi nombre y apellido garabateados en la parte superior. ¿Cómo había ido a parar a mi habitación si ni siquiera tenía la dirección postal de Drayton por ningún lado?

—¿Cuándo han traído esto? —le pregunté a Len. No se inmutó. Sus dedos continuaron ametrallando el teclado—. ¿Me has oído?

De nuevo, el silencio. Mi paciencia inicial dio paso a la irritación. Golpeé la pantalla del ordenador de Len.

—¿Estás sordo? Te estoy hablando.

Nos miramos desafiantes, como si estuviéramos retándonos. Su antipatía hacia mí quedó patente en cuestión de segundos.

—Te he escuchado muy bien —escupió. Sus ojos rasgados me contemplaron con hostilidad.

—Pues al menos podrías contestar.

—No tengo por qué.

—Normalmente, cuando alguien hace una pregunta, lo lógico es que el otro responda —estaba haciendo un esfuerzo por controlarme y no estamparle el puño en la cara. No es que le hubiera preguntado el número de su cuenta corriente o algo así.

—Que yo sepa no soy ni tu niñera ni tu criado. Si quieres saber quién te ha traído ese estúpido sobre, pregunta a otro. ¿O es que acaso crees que solo estoy pendiente de los regalitos que traen tus admiradoras?

—Tan solo lo preguntaba por si acaso lo sabías.

—Pues no, no lo sé. Y si no te importa tengo cosas que hacer más importantes que hablar contigo, chico popular-sin-mi-nadie-puede-hacer-nada.

Y, sin decir más, retomó su absurda tarea. Fuera cual fuese. A pesar de todo, este había sido el intercambio verbal más largo que habíamos sostenido desde que nos conocíamos.

—Bicho raro —farfullé.

—¿Te he dicho ya que no estoy sordo?

—¡Piérdete, Len!

Otro desafío visual y, después, cada cual desvió la atención hacia otro lado. La convivencia iba a ser muy complicada...

Inspeccioné el sobre de nuevo. No era muy habitual que recibiéramos correo el primer día de curso. Por lo general, las cartas llegaban unas semanas más tarde y la mayoría de ellas eran misivas sin importancia, acumuladas en nuestros casilleros durante el verano. Ofertas de suscripciones caducadas o promociones atrasadas que acababan en la basura. Pero aquel sobre negro no tenía aspecto de llevar un panfleto de últimas ofertas en su interior. ¿Y si era un mensaje urgente de tía Jane que Lawrence había dejado sobre mi cama mientras estaba abajo en el vestíbulo?

Preocupado, rasgué la solapa.

Dentro, había una nota. Un minúsculo rectángulo, con los bordes irregulares de haber sido arrancado de algún otro sitio, y dos líneas escritas a mano. Sin firma, ni fecha. Me llamó la atención el papel en el que estaba escrito el mensaje. Más fino que los pliegos habituales. Traslúcido y ligero. Con un tacto suave, liso como una lámina de cristal.

Leí en voz baja la nota:

—«Ahora no hay marcha atrás. El juego ha empezado...».

Gruñí. *Es increíble*. Mike y Neal no se habían quedado a gusto con las risas que se habían echado antes y me habían mandado aquel estúpido mensaje para seguir recreándose en mi mala suerte. Seguro que estarían afuera aguantando las carcajadas y esperando a ver mi cara para continuar con la broma.

Me levanté enfurecido y abrí la puerta de la habitación.

—Esto no tiene ninguna...

Mi voz reverberó en el solitario pasillo. No había nadie. Ni rastro de Mike y Neal. Tampoco se escuchaba ninguna carcajada sofocada que pudiera delatarles en caso de que estuvieran escondidos. Encima de que me hacían perder el tiempo se esfumaban para que creyera que no habían sido ellos.

Fantástico...

Arrugué el pequeño trozo de papel hasta convertirlo en una bolita y lo tiré a la papelera con una canasta perfecta. Ya les recordaría a Mike y Neal que odiaba ese tipo de novatadas. ¿Es que acaso no lo sabían ya?

No volví a acordarme de aquella nota.

Y esa fue mi primera gran equivocación.

CAPÍTULO 7

Cuando terminé de deshacer mi equipaje y de esconder el paquete de tabaco que me había dado Neal en el bolsillo de mi abrigo para que nadie lo viera, era casi la hora del almuerzo. Len no me había vuelto a dirigir la palabra. Seguía apoltronado en un rincón, más interesado en su ordenador que en entablar conversación conmigo. No pude evitar echar de menos a Mike.

El primer día que llegábamos a Drayton, nos poníamos algún disco que nos gustara a los dos a todo volumen y empezábamos a deshacer nuestras maletas mientras tarareábamos la letra de alguna canción. Con Len aquel plan quedaba descartado por completo.

Resoplé.

Sería mejor que fuera a buscar a mis amigos para ver si ellos habían tenido mejor tino que yo con sus compañeros.

Salí de mi habitación y recorrí el largo corredor en el que estaban los dormitorios masculinos. Los de las chicas estaban en el ala este, separados de los nuestros por una enorme puerta maciza que se cerraba cada noche con el toque de queda. Por supuesto, teníamos prohibida la entrada a aquella zona de Drayton a cualquier hora aunque siempre había alguien, como yo, por ejemplo, que se saltaba aquella norma...

Estaba pensando en la última vez que me metí a escondidas en el sector de las chicas cuando noté un escalofrío. Una sensación extraña, lo más parecido a un presentimiento, me hormigueó en el espinazo.

Alguien me está observando.

Me di la vuelta. Giré sobre mí mismo varias veces, despacio. Lo percibía. Tenía un par de ojos clavados en la nuca. Y, sin embargo, a mi alrededor solo veía las puertas cerradas de las habitaciones y los cuadros de paisajes pastoriles que adornaban las paredes.

Retomé mi camino aunque con más prisa que antes, mirando por encima de mi hombro cada dos por tres.

No tenía ni la menor duda...

... Alguien estaba pendiente de mí...

... Desde las sombras...

Cuando localicé la puerta de la habitación de Mike, la golpeé con los nudillos, impaciente. No me gustaba sentirme observado. Menos aún si no podía ver a la persona que estaba detrás de aquel escrutinio.

—¿Pasa algo, Kyle?

Di un respingo cuando escuché la voz de Mike. Llevaba una pila de jerseys en la mano y un pantalón colgado del hombro. Al verme parado, contemplando el pasillo, se asomó fuera de su dormitorio para ver qué estaba observando con tanto interés.

—No, no es nada, tío. Solo he venido a hacerte una visita. ¿Qué tal tu cuarto?

—¡Es genial! Pasa.

Seguí a Mike. Pero antes de cerrar la puerta eché una ojeada fuera, con una ligera sensación de malestar invadiéndome.

CAPÍTULO 8

Después de pasar la tarde entrenando en el campo de polo, volvimos al internado cuando ya había anochecido. Engullí mi cena en un tiempo récord y mi entrecot con judías desapareció de mi plato en un suspiro. Mis amigos se lo tomaron con más tranquilidad.

—Por cierto, ¿os habéis enterado? —preguntó Neal. Había empezado a comerse sus natillas pero como yo tenía aún hambre no le quitaba el ojo de encima.

—¿De qué tendríamos que habernos enterado? —contestó Mike—. Si vas a decirnos que Ryan ya no sale con Charlotte, ya lo sabemos. Nadie dejaba de hablar de ello en Los Hamptons.

—¿Ya no salen juntos? —pregunté. Aquellas eran las consecuencias de no pasar las vacaciones donde lo hacían los demás. No te enterabas de nada.

—Bah, Ryan se lio con la mejor amiga de Charlotte.

—¿En serio?

—No, no, no me refería a eso —se interpuso Neal. Vio pasar a nuestro lado a Gregory Melbourne y le cazó al vuelo—. Eh, sabandija. Me debes aún 40 pavos. No creas que me he olvidado.

—S... sí. Lo sé. Tan solo... estoy esperando a que mi madre me mande más dinero.

—Más te vale, perdedor —en cuanto se vio libre de nuevo, Gregory se escabulló lo más rápido que pudo—. ¿Cómo se atreve a deberme dinero?

—¿Otra partida de póquer?

—Sí, le he ganado tres veces seguidas después del almuerzo. Es un inútil —se quejó Neal. Hizo un aspaviento y se inclinó hacia delante antes de seguir hablando—. Lo que os iba a decir es que este curso Lawrence ha redoblado la seguridad en el internado. Ha contratado más guardias para que vigilen los alrededores y ha cambiado las contraseñas de las puertas de entrada.

Así que no eran imaginaciones mías, después de todo.

—¿Y cómo sabes eso?

Neal se recreó en nuestro interés, satisfecho porque estaba al corriente de algo que nosotros ignorábamos.

—Lawrence se lo contó a un amigo de mi padre. Y este se lo ha contado a mi madre esta mañana por teléfono. Por lo que he podido enterarme el director ha reforzado el internado entero para que sea tan infranqueable como un fuerte blindado. Han estado trabajando todo el verano para que estuviera listo antes de que llegáramos nosotros. ¿No os parece raro?

—Y que lo digas —intervino Mike—. Drayton es uno de los lugares más seguros del mundo. ¿Para qué necesitamos más vigilancia?

—No sé de qué os extrañáis —comenté yo—. Lawrence siempre ha sido un poco maniático. No me extraña tanto que...

Como si hubiera averiguado que estábamos hablando de él, la voz del director de Drayton salió por los altavoces que había instalados por todo el edificio, interrumpiendo mi frase y acallando el resto de conversaciones.

—Estimados alumnos, tan solo quería darles la bienvenida un año más a esta nuestra honorable institución. Espero que su estancia en Drayton sea tan satisfactoria como lo fue la mía hace cincuenta años y que aprovechen el curso para aprender y formar nuevas amistades —una pausa. Lawrence la aprovechó para aclararse la garganta—. También quiero hacerles un aviso importante. Ya saben que el toque de queda marca la hora de regreso a sus habitaciones. Este curso, sin embargo, se adelantará una hora. Y nadie, absolutamente nadie, podrá incumplir los horarios establecidos. Por tanto, deberán estar en sus camas antes de las ocho de la noche. Ni un minuto más, ni un minuto menos. El incumplimiento de esta norma supondrá la expulsión inmediata y definitiva de Drayton.

Como era propio de él, el director suavizó sus amenazas con un dulce y educado «buenas noches». Aún así, el efecto de sus palabras fue inmediato. Primero, llegaron los murmullos de desaprobación y las quejas. Alguno incluso levantó la voz y entonó un «no es justo». Aunque, al final, las lamentaciones dieron paso a las prisas y todos engulleron sin dilación lo que les quedaba de cena para regresar a sus habitaciones antes de que llegaran las ocho y los avisos del director se hicieran reales. El comedor empezó a descongestionarse a una velocidad sorprendente.

Mike silbó entre dientes.

—Vaya, vaya, parece que va a ser verdad lo que dice Neal. Lawrence está más severo que nunca.

—Ya os lo había dicho.

Mis amigos terminaron lo poco que les quedaba de cena y salimos nosotros también del comedor. Se me hizo raro que Mike no entrara en la misma habitación que yo pero me dije a mí mismo que acabaría acostumbrándome.

Me despedí de ellos y continué por el pasillo en solitario.

No había hecho más que girar el recodo que conducía a mi cuarto cuando vi a Len.

Estaba de pie, delante de la puerta de emergencia que lindaba con nuestra habitación, vestido de calle y descalzo para no hacer ruido al andar. ¿Qué hacía fuera? Faltaba poco para que sonara el nuevo toque de queda impuesto por Lawrence. ¿Es que acaso no había escuchado lo que acababa de decir el director?

No es que yo fuera el mejor ejemplo de cómo se debían respetar las reglas ni el más indicado para dar consejos a los demás sobre lo que no se debía hacer porque había incumplido la totalidad de las normas habidas y por haber. No obstante, una cosa es que te amenazaran con un castigo temporal y otra muy diferente que te expulsaran definitivamente. Salir de Drayton por la puerta de atrás era algo así como una vergüenza familiar. Y ninguno queríamos regresar a casa con la tan temida carta de expulsión. Ni siquiera yo.

Aunque, al parecer, a mi compañero parecía traerle sin cuidado.

Volvió la cabeza y echó una ojeada a su espalda para asegurarse de que nadie le estaba viendo. Retrocedí y me escondí para que no se percatara de mi presencia. No sé por qué lo hice. En realidad, no tenía por qué ocultarme. Pero algo me llevó a hacerlo. Un acto reflejo, supongo.

Me asomé de nuevo, con más disimulo que antes.

Len había abierto la puerta de emergencia. El viento le agitaba el pelo, arremolinando su flequillo. Lo último que vi de él antes de que la portezuela volviera a cerrarse fue su espalda, mientras bajaba los escalones que conducían al exterior.

CAPÍTULO 9

Len no había vuelto aún. Había pasado una hora desde que le vi salir y desde entonces no había regresado. Empezaba a preocuparme. No es que fuéramos los mejores amigos por siempre jamás pero tampoco quería que le pasara algo y que nadie diera la voz de alarma hasta el día siguiente.

¿Qué estaría haciendo tan importante? ¿Tal vez tenía una afición nocturna que yo desconocía?

Podría ser...

Lo cierto era que, a pesar de que llevábamos estudiado en el internado desde pequeños, no sabía nada de él. Tal vez le gustaba pasear de noche cuando los demás dormíamos. O puede que hiciera ritos de vudú al anochecer. ¿Quién sabe? Con Len cualquier cosa era posible. Por algo se había ganado el apodo de Loco Len el primer año que pasamos en Drayton.

Está bien. Le daría media hora más. Si para entonces no había regresado avisaría a Lawrence.

Me tumbé en mi cama para hacer tiempo. Sentí el abrazo de las sábanas y el mullido colchón bajo mi cuerpo y mis músculos se relajaron. Los párpados empezaron a pesarme. Luché contra el sueño pero, al final, caí rendido. Mi habitación de Drayton se desvaneció y, en su lugar, apareció una minúscula estancia.

Debía ser un sótano o algún lugar subterráneo porque casi no se veía nada. La única ventana que había era un rectángulo enrejado situado en el linde de la pared con el techo que dejaba pasar a duras penas un débil rayo de luna del exterior. En un rincón distinguí una pila de cajas de cartón y, junto a ellas, una puerta de metal, oxidada.

Estoy soñando. Esto no es Drayton.

Tuve aquel pensamiento nítido en mi interior. Sabía que lo que estaba viendo no era real, igual que la gente que me persiguió la noche anterior. Todo era parte de un sueño. Pero aquello no hizo que me sintiera más cómodo.

De repente, me moví.

No fue un movimiento controlado, de esos en los que eres consciente de que tu cerebro le ha dado una orden a tu brazo. Simplemente, vi por el rabillo del ojo cómo mi mano se desplazaba. Era yo quien me movía. Y, a la vez, no lo era.

Con una deliberada lentitud, saqué un objeto del interior de la chaqueta que llevaba puesta. Lo alcé lo suficiente como para que la escasa luz de fuera lo iluminara. Era una esfera. Una esfera de cristal. Negra. Perfecta. Del tamaño de una manzana. Fría como el hielo. Dura como un diamante. De una belleza arrebatadora.

La examiné, haciéndola girar entre mis dedos.

Tenía algo extraño. Te dabas cuenta con solo mirarla. Como si su perfección no perteneciera a este mundo. Su negro interior era tan insondable, tan infinito y absoluto, que parecía un pozo de pura oscuridad. Escalofriante. Turbador. Y también

estaba aquel brillo que desprendía... Un resplandor sobrenatural que hacía que te removieras incómodo.

Vibró entre mis dedos. Noté cómo su superficie se agitaba, convulsionándose. Estaba cambiando. Algo estaba surgiendo en su interior... Parecían, ¿letras? Entrecerré los ojos para ver mejor. Sí... unas letras doradas. Del color del oro puro.

He estado esperando mucho tiempo.

Pero la espera ha merecido la pena.

De pronto, sentí un aliento helado que parecía salir de ninguna parte y de todas a la vez. Me quedé paralizado. Congelado. La oscuridad se cerró a mi alrededor, engulléndome. Y la esfera y aquella estancia desaparecieron.

CAPÍTULO 10

Abrí los ojos. Por un momento, no supe dónde me encontraba. Parpadeé y, en la semipenumbra que me envolvía, fui ubicándome poco a poco. *Drayton... Mi habitación... Otra pesadilla... Bien. Todo controlado.* Me incorporé y comprobé mi mano. Vacía. Sin embargo, por alguna razón, seguía sintiendo el frío de aquella esfera atravesando mi piel como un afilado punzón.

En la cama de al lado, Len dormía. ¿A qué hora habría vuelto de su excursión nocturna? Ni siquiera le había escuchado llegar. Aunque si seguía allí significaba que Lawrence no le había pillado. Me dije a mí mismo que la próxima vez le preguntaría cuál había sido su truco. Tal vez yo también podía ponerlo en práctica algún día.

Miré la hora en el reloj que adornaba mi mesilla. Era temprano. Ni siquiera había amanecido. No recordaba haberme despertado tan pronto en los años que llevaba estudiando en el internado. Pero ni se me pasó por la cabeza volverme a dormir. No quería cerrar los ojos para encontrarme de nuevo con aquella escalofriante esfera...

Me di una ducha rápida, me vestí con el uniforme de Drayton y bajé a desayunar.

Había tan solo dos alumnos más en el comedor, sentados en las mesas más alejadas de la puerta. Dejé mis cosas en el primer sitio libre que encontré y cogí una bandeja. Gabriel estaba sirviendo el desayuno a una alumna que acababa de llegar. Me coloqué detrás de la chica y esperé a que terminara antes de tender mi bandeja vacía al cocinero de Drayton.

—Vaya, señor Bradford. Hoy ha venido muy pronto —Gabriel me caía bien. Era un buenazo. Un enamorado del cine antiguo que te sabía deletrear los nombres y palmarés de los maestros de las películas mudas y que siempre tenía un tema de conversación para charlar contigo por los pasillos.

—Está bien cambiar las viejas costumbres de vez en cuando —dejó en mi bandeja un plato humeante que yo me apresuré a examinar.

—Tortitas con nata, una fina capa de chocolate fundido y acompañamiento de frutos rojos —anunció con solemnidad. En otras palabras: tortitas recién hechas al estilo Drayton. Volví a darle las gracias y regresé a mi mesa.

Conforme iba dando cuenta de mi comida, el comedor empezó a bullir de actividad y las mesas se llenaron en cuestión de media hora. Mike apareció poco antes de que empezaran las clases. Los madrugones no eran lo suyo. Se sentó a mi lado y dejó la bandeja con su desayuno junto a la mía.

—Tengo tanto sueño que no voy a poder resistir ni una hora —me dijo con un bostezo—. Cuando estábamos de vacaciones me levantaba siempre al mediodía. Y hoy mi despertador ha sonado a las siete y media. Esto es una injusticia.

—Veo que te has levantado de muy buen humor hoy.

—Sí, genial. ¿Y tú? ¿Qué tal tu primera noche con Loco Len?

No le conté a Mike lo que había pasado el día anterior. Daba igual. ¿A quién le importaba realmente lo que hiciera mi compañero?

—Tan estupenda como puedes imaginarte. No deja el ordenador ni un segundo — un grupito de chicas pasó adrede delante de mí, lanzándome miraditas significativas. Siguieron de largo y después dieron la vuelta sobre la marcha para repetir una vez más su paseo. Las observé antes de saludarlas y me recompensaron con un coro de risas nerviosas.

—Bueno, míralo por el lado positivo. Mi compañero es Bryan Thompson.

—¿Y? Al menos Bryan es un tipo enrollado. Sabe un montón de música.

—Sí, y ese es precisamente el problema. No deja de escuchar la radio. Voy a acabar odiando hasta a mis grupos preferidos —Mike cortó su tortita por la mitad y se llevó un pedazo a la boca.

—Por cierto, aún no te he preguntado. ¿Qué tal está tu madre después de lo que ocurrió en la Ópera? Por lo del robo y demás. Casi no hemos podido hablar desde que pasó.

—Fatal. Esa diadema era su joya favorita. Fue su regalo de aniversario. La había sacado del banco expresamente para esa noche y ahora no deja de llorar. Es culpa de ese maldito Zero... Si pudiera encontrarle te juro que le haría pagar con creces el daño que le ha hecho a mi madre.

No supe qué decir. Nunca antes había visto tan furioso a Mike.

—Esperemos que la policía le encuentre de una vez —acerté a decir, al fin.

—Eso espero —dijo mientras rociaba sus tortitas con sirope—. Ayer estuvo la policía en mi casa de nuevo. Les estuvieron preguntando cosas rutinarias a mis padres. Ya sabes, dónde estaba la diadema antes del robo, qué estuvimos haciendo antes de ir a la Ópera...

—Oye, tal vez sepan ya algo de Zero.

—Pues en realidad... Bueno, tal vez solo fuera un farol. Los policías dijeron que ya sabían quién era.

Me enderecé en mi asiento.

—¿Ah, sí?

—Eso dijeron. Aunque yo no me lo creo. Piénsalo. Si supieran quién es, ¿por qué no le han detenido ya para poder recuperar lo que se ha llevado? Ya ha pasado bastante del robo.

—En eso tienes razón. ¿Y no le dijeron a tus padres nada más?

—No soltaron prenda. Y mi padre fue bastante... persuasivo —apuntó mi mejor amigo como si quisiera decir «consigue siempre aquello que quiere... cueste lo que cueste»—. Yo creo que querían tranquilizar a mi madre. La pobre está a base de tisanas.

—La próxima vez que hable con tía Jane, le pediré que mueva algunos hilos para saber cómo va la investigación.

—¡Eso sería genial! Aunque mejor no se lo digo a mis padres. Seguro que mi querido papaíto querrá sonsacarle lo que sabe en cuanto la vea en Drayton dentro de unas semanas.

—¿Y eso?

—No me digas que lo has olvidado.

—¿Olvidar el qué?

Mi amigo dio un golpecito impaciente en la mesa.

—¿Es que este verano se te ha borrado de la memoria la agenda de eventos? Dentro de dos meses es la cena de Acción de Gracias. Ya sabes, esa a la que vienen los padres a saludar a Lawrence y a comprobar que el internado en el que han dejado a sus hijos sigue siendo tan exclusivo y perfecto como de costumbre.

—Maldición —solté. Tía Jane no se perdía ninguna de esas fiestas y las explotaba al máximo para presentarme a su larga, larguísima, lista de contactos—. Este año voy a escaquearme como sea.

—¿Qué dices, tío? No puedes dejarme solo ante el peligro. Además, el año pasado ya lo intentaste y tía Jane te estuvo buscando por Drayton hasta que al final dio contigo.

Lo que Mike había pasado por alto es que cuando tía Jane me encontró yo estaba «entablando amistad» con Alexandra Meyer, una de mis compañeras de clase de Literatura.

—Va a ser horrible —farfullé.

—La buena noticia es que este año va a venir mi padre y podrás conocerle en persona.

Aquello sí llamó mi atención.

—¿Lo dices en serio?

—Absolutamente. Me ha prometido que vendría.

A pesar de que Mike y yo éramos amigos desde pequeños, no había tenido muchas ocasiones de toparme con Adam Grossman en persona. Siempre estaba de viaje, encerrado en su despacho o en importantes reuniones.

—Vaya, al menos tendré algo interesante que hacer. Al fin conoceré a tu todopoderoso padre.

—No es para tanto, puedes creerme.

Una musiquilla que parecía de un cuento de Navidad salió por los altavoces. Mike y yo nos quejamos a la vez. Por muy absurdo que sonara, aquel sonido marcaba el principio de las clases en Drayton.

—Oh, no —murmuré. Engullía a prisa el último trozo de tortita que me quedaba en el plato—. ¿Qué clase tenemos ahora?

Mike sacó de su cartera una carpeta y comprobó los papeles que había en el interior sin dejar de masticar.

—Mmmm... Ocho de la mañana. Clase de Química en el laboratorio —contestó, con la boca llena.

—¿Química a primera hora?

—Ajá. Lawrence ha puesto el horario de este año para amargarnos.

Lo que todavía no sabíamos es que aquella mañana no iba a ser tan aburrida como

pensábamos.

CAPÍTULO 11

Amelia Brooks, nuestra profesora de Química, era una sesentona de cara anodina que llevaba, cualquier día de las semana, el pelo recogido en una coleta y que vestía con faldas hasta los tobillos y trajes de chaqueta anticuados. Lo que menos me gustaba de ella era su voz. Monótona, aburrida y monocorde. Daba la impresión de que se pasaba las clases recitando sutras. Uno detrás de otro.

Después de una hora aguantando aquel suplicio, había convertido mi recién estrenado cuaderno en una sucesión de dibujos tontos. Al menos, no era el único que estaba entrando en fase crítica. Mike tenía la barbilla apoyada en su mochila y los párpados medio cerrados. Y Neal estaba sacando brillo por enésima vez a la estilográfica de oro que le regaló su madre en su último cumpleaños, aburrido.

Lo único que me impedía dormirme en aquellos momentos era la absurda conversación que mantenían en la mesa de la penúltima fila, la que estaba justo delante de la nuestra.

—¿Os habéis fijado? El tinte caoba hace siglos que no está de moda. ¿Cómo se le ocurre llevar ese color tan horrible?

—Tienes razón.

—Es inaceptable.

—Y que lo digas.

—Seguro que es alguna de las nuevas que ha llegado este curso. Desde luego, con gente como esta, el nivel de Drayton va a bajar muchísimo. Lawrence debería hacer algo al respecto.

—Sí.

—Bien dicho.

La que llevaba la voz cantante de la tertulia sobre quién era apropiado o no para estar en el internado era Miranda Williams. Como no podía ser de otra forma.

Sus ojos verdes y su impresionante cuerpo de modelo Vogue la habían convertido en la reina indiscutible de Drayton. El sector masculino soñaba con salir con ella aunque solo fuera una tarde y el femenino le rendía pleitesía.

Pero aunque fuera la encarnación más perfecta de Barbie Malibú ella y yo nunca habíamos estado en sintonía. ¿La razón? Miranda era la persona más caprichosa, superficial y egoísta que conocía.

—Si mal no recuerdo, tú llevabas ese mismo color antes del verano —dije. Llevarle la contraria me pareció el mejor entretenimiento a mi alcance. Se dio la vuelta, ofendida, y me dedicó una mueca altanera.

—Sí, Kyle. Pero ahora el caoba está pasado. No hace falta más que mirar las revistas de moda —contestó. Y para remarcar sus palabras se atusó la cabellera rubia. El próximo fin de semana, las peluquerías de los alrededores no darían abasto para atender a las alumnas de Drayton que habían decidido teñirse de rubio y olvidar el caoba—. ¿Y os habéis fijado en sus zapatos? Ni siquiera son de marca. Yo jamás

llevaría algo que no tuviera un diseño exclusivo, por supuesto.

—Por supuesto —repetí yo. Me sacaba de mis casillas. No soportaba aquel tono de niña malcriada con el que hablaba. Ni la forma que tenía siempre de salirse con la suya. Ni sus estúpidas exigencias.

Supongo que esperaba que le dijera que sus zapatos de quinientos dólares eran magníficos. No lo hice. Al ver que no iba a seguirle la corriente como hacía el 99% del mundo, se revolvió, molesta.

—¿Te has levantado de mal humor, Kyle?

—En realidad, estaba de un magnífico humor hasta hace... mmm —miré mi reloj — cinco minutos.

El tiempo justo que había tardado ella en dirigirme la palabra. El grupo de admiradoras que acompañaba a Miranda me fulminó. Me había atrevido a replicar a su líder... Imperdonable. Solo Lauren, la inseparable mejor amiga de la reina Malibú, pasó de largo mi comentario.

Físicamente, era una copia exacta de Miranda. Llevaba el pelo del mismo rubio platino, peinado como ella, y los labios pintarrajeados con ese gloss pegajoso que yo encontraba repulsivo. Incluso el largo de la falda del uniforme era idéntico. Muy por encima de la rodilla para dejar al descubierto las perfectas piernas que tenían ambas.

Aún así, por mucho que se esforzara en mimetizar a su amiga, Lauren era tan solo una discreta sombra a su lado. Retraída y tímida. La típica persona que pasaba desapercibida en cualquier lugar y circunstancia. Casi parecía que le daba reparo intervenir en una conversación por miedo a meter la pata y que pensarán mal de ella.

—Me sorprende que te hayas fijado en que estoy de mal humor —arremetí una vez más—. Pensé que estarías demasiado concentrada destripando a las que no pertenecen a tu pandilla...

Lauren sonrió al escuchar mi comentario y sus mejillas se tiñeron de un color rosado cuando sus ojos se encontraron con los míos. Miranda, en cambio, no fue tan considerada.

—Bah, ¿qué sabrás tú, Kyle? No tienes ni idea de moda así que tus opiniones no valen de nada —sacudió la mano como si estuviera apartando una mosca y me dio la espalda para reanudar su monólogo sobre colores de cabello y zapatos de firma.

—Es un caso perdido —susurró Neal mientras hacía girar su estilográfica sobre la mesa.

—Y que lo digas —añadí yo.

—Si dejara de preocuparse tanto por el color de pintalabios que le queda mejor, sería perfecta —masculló Mike con una vocecilla melosa. Neal y yo le miramos de reojo, sorprendidos. Estaba irreconocible con aquel gesto bobalicón que tenía pegado a la cara.

Iba a preguntarle a qué venía aquel repentino interés por Miranda cuando un mensaje parpadeó en la pantalla de mi teléfono móvil, distrayendo mi atención:

—«¿Estás preparado, Kyle Bradford?».

Hmmm... ¿perdón? Agarré el móvil y releí el mensaje. *¿Quién me hacía aquella absurda pregunta a aquellas horas de la mañana?* Comprobé el número desde el que había sido enviado aquel SMS. Solo figuraba una palabra. Oculto. Nada más. ¿Tal vez fuera algún tipo de publicidad? No tuve opción de comprobarlo:

—«Este es el principio del juego».

Aquello terminó de dejarme a cuadros. ¿De qué narices va esto? Si lo que pretendían era venderme algo lo estaban haciendo de pena. Iba a dejar mi teléfono sobre la mesa cuando me percaté de algo. Releí la última palabra del mensaje. Juego. La nota que estaba en mi habitación el día anterior también mencionaba un juego...

—Eh, chicos, dejad de enviarme estos estúpidos mensajes. Me da igual si estáis aburridos o no. Si queréis entreteneros dedicaos a los crucigramas, ¿de acuerdo?

—¿Qué dices?

Alcé mi móvil.

—El mensaje que me acabáis de mandar. Y el sobre que dejasteis en mi habitación ayer. No tiene gracia.

—Nosotros no hemos dejado nada en tu cuarto —intervino Neal.

—Ni tampoco te hemos enviado ningún mensaje —confirmó Mike.

—¡Vamos!

—Hablo en serio.

Mi móvil sonó de nuevo, acallando mis quejas:

—«Este curso va a ser interesante... Kyle Bradford».

Y, entonces, los fluorescentes que iluminaban el laboratorio se apagaron de golpe, con un chasquido, y todo se sumió en las tinieblas.

El apagón fue tan repentino que incluso yo di un brinco en mi asiento. Los cuchicheos se propagaron con rapidez entre mis compañeros y alguno soltó una carcajada nerviosa al verse rodeado de oscuridad por los cuatro costados. Me pareció escuchar a Miranda entre el barullo, diciéndole a Lauren que fuera a comprobar los fusibles porque a ella no le apetecía levantarse.

—No os preocupéis —apuntó la profesora Brooks—. Habrá sido un corte del exterior. No hay por qué alarmarse.

Levanté mi teléfono móvil e iluminé con él mi alrededor. El laboratorio estaba aislado en el sótano, sin ventanas por las que entrara la luz del día así que casi no podía ver más allá de un palmo. Y, sin embargo, a pesar de la negrura, a pesar de las voces de mis compañeros y de las lamentaciones de la profesora Brooks, me di cuenta perfectamente de que algo o alguien se estaba moviendo detrás de mí.

Me volví de inmediato y escudriñé el laboratorio, utilizando la pantalla de mi teléfono como guía. El enorme armario acristalado en el que guardábamos los tubos de ensayo me devolvió mi reflejo y el maniquí que teníamos con una reproducción del cuerpo humano emergió de la negrura como un grotesco espectro. Más allá de eso no había nada fuera de lo normal...

Estaba a punto de girarme de nuevo cuando una sombra se deslizó a mi derecha.

—Neal, ¿eres tú? —murmuré.
—¿Qué dices? —preguntó mi amigo.
—Vamos... Deja de intentar asustar a las chicas.
—No estoy intentando asustarlas.
—Te acabo de ver.
—No me he movido de mi sitio.

Palpé la mesa. Su estilográfica estaba junto a mi cuaderno y él a unos centímetros de mí. No se había movido. Aquella sombra no era de Neal. ¿De quién sería? Antes de que pudiera seguir pensando en ello, escuché una respiración pausada junto a mi oído...

No pude avisar a nadie.

Una mano me agarró y tiró de mí con fuerza. Llegué a ver un destello plateado antes de caer derribado y golpearme el hombro contra el suelo del laboratorio. La sombra pasó por encima de mí. Se movió por detrás de Mike y Neal de forma tan sigilosa que ninguno de los dos percibió su presencia y, después, se fundió en la oscuridad, con la misma rapidez con la que había aparecido.

Cuando las luces volvieron a encenderse, yo seguía en el suelo, alucinado todavía con lo que acaba de ocurrir.

—¡Kyle! ¿Qué haces ahí? —Mike saltó de su asiento y me ayudó a ponerme en pie.

—Yo... había alguien. Aquí mismo.

—¿Alguien?

—Sí, estaba detrás de nosotros. ¿No le habéis visto?

—Yo no he visto nada.

—Eh, tíos —dijo Neal. Se enderezó, rígido como una tabla, y empezó a revisar la mesa, esparciendo el contenido de su cartera por la superficie.

—¿Qué te pasa? —preguntó Mike.

—No está.

—¿El qué no está?

—Ha desaparecido.

—¿De qué hablas?

Neal abrió los brazos y los dejó caer a ambos lados de su cuerpo.

—Mi estilográfica no está. Ha desaparecido.

—No puede ser. Has debido de mirar mal. Tal vez se haya caído.

Se agacharon en el suelo e inspeccionaron palmo a palmo el espacio que había debajo de nuestra mesa.

—Tiene que estar por aquí —decía Mike—. Ya verás como la encontramos...

Enmudecieron de pronto.

—¿Qué pasa? —pregunté al ver su reacción.

Ninguno de los dos me contestó. Estaban absortos en un pequeño objeto que descansaba en el suelo, entre ambos. Me acerqué más para ver qué era. Una moneda

de plata con una frase grabada en el borde. «Los fantasmas del pasado siempre vuelven».

—Ha sido él —susurró Neal.

—¿Qué...?

—Es su moneda.

—Sí, es la que deja siempre. La misma que había junto a la butaca de mi madre cuando la diadema desapareció.

—¿De qué estáis hablando? —Parecía que yo era el único de los tres que no entendía nada de nada.

—Ha sido él —repitió Neal. Pegó un puñetazo en el suelo y, por primera vez, todos los ojos de la clase se volvieron hacia nosotros—. ¡Zero ha estado aquí!

CAPÍTULO 12

Durante el resto del día, no hubo otro tema de conversación en Drayton que no fuera el misterioso robo de la estilográfica de Neal. En los pasillos, en las clases. Incluso en el comedor se formaban corrillos para hablar de los últimos rumores, la mayoría de ellos inventados sobre la marcha. Nadie quería perder la oportunidad para dar su opinión y comentar el asunto con quien fuera.

Lawrence movilizó al equipo de seguridad para que buscaran la estilográfica y él mismo se encargó de registrar el laboratorio junto a un par de profesores. Aunque sin mucho éxito...

—¿Creéis que fue realmente él? —preguntó Mike durante la cena. Se llevó el tenedor a la boca y nos miró, expectante.

—Vamos —contesté, con escepticismo—. Nadie puede entrar en Drayton. Ni siquiera Zero. La seguridad de este sitio es de lo mejor que existe. Y más aún después de los cambios que hizo el director antes de que empezara el curso.

—También el Museo Metropolitano de Nueva York era inaccesible y Zero ha robado allí en dos ocasiones en el último mes.

—Y no os olvidéis del manuscrito de la Biblioteca Nacional —apuntó Neal—. Se llevó aquel trozo de papel que valía cientos de miles de dólares como si nada.

—Lo que no termino de entender es lo de la moneda de plata.

—Es lo que siempre deja en el lugar del robo, ¿no?

—Sí, sí. Pero ¿qué significa la frase que está grabada en el borde? Ya sabes, esa de «los fantasmas del pasado siempre vuelven» —a pesar de mis reservas, tenía que reconocer que yo también me había hecho esa misma pregunta. Tampoco podía dejar de pensar en los mensajes que había recibido antes del robo... Si no habían sido Mike y Neal, ¿quién me los habría mandado?

—Puede que sea solo para despistar a la policía —murmuró Neal. Dobló su servilleta y la dejó sobre la mesa—. Tal vez es una especie de Robin Hood. Ya sabéis. Roba a los ricos para dárselo a los pobres.

—Ese Zero roba a los ricos para quedárselo él. Nada de lo que se ha llevado hasta la fecha se ha vendido.

—A mí lo que más me preocupa es la reacción de mi madre cuando se entere que he perdido la estilográfica que me regaló —Neal se quedó con la mirada perdida, como si estuviera imaginándose la regañina que le esperaba de forma anticipada. Suspiró, más desanimado que antes—. Creo que voy a esperar unos días antes de decírselo.

—Yo por si acaso voy a guardar el reloj que me dio mi padre en la caja fuerte de mi habitación. No estoy dispuesto a que ese ladrón vuelva a robarnos. Ya hizo bastante con la diadema de mi madre.

—Sigo diciendo que es imposible que sea Zero el que ha robado la estilográfica de Neal —repetí.

Pero ni Mike ni Neal parecían tan convencidos como yo y siguieron dándole vueltas al tema.

—Ah, señor Bradford. Por fin le encuentro.

Gabriel se acercó a nosotros empujando un carrito cargado de platos limpios. Se detuvo a nuestro lado, resoplando por el esfuerzo.

—El director Lawrence acaba de llamarme.

—¿Pasa algo? —pregunté.

—No lo sé... Solo me ha dicho que quiere verle en su despacho ahora mismo.

—¿A mí?

—Sí, eso ha dicho.

—¿En qué lío te has metido esta vez? —me preguntó Mike.

—No lo sé.

Y era cierto. Repasé lo poco que había hecho en los dos días que llevaba en Drayton. ¿Había incumplido alguna norma? No, a menos que bajar el primero a desayunar se hubiera incorporado a la lista de «Comportamientos reprobables».

A pesar de ello, Lawrence no te llamaba a menos de que hubieras cometido alguna infracción y fuera a condecorarte con un bonito castigo. No era de los típicos a los que les gustaba tener una charla amistosa de vez en cuando. Si quería verme en su coto de caza particular tenía que haber algún buen motivo. Aunque yo no tuviera ni idea de cuál podía ser.

No era necesario que nadie me hiciera de guía para saber cómo llegar al despacho del director. Segunda planta. Final del pasillo. Había aguantado demasiados sermones a estas alturas en aquella estancia como para olvidar dónde se encontraba.

La puerta estaba cerrada.

Levanté el brazo con los nudillos preparados para llamar. Pero mi movimiento se quedó a medio concluir. Del interior, me llegaron voces. Lawrence no estaba solo. Pensé en irme y volver después cuando no estuviera ocupado. Sin embargo, los fragmentos de conversación que escuché a través de la puerta me hicieron cambiar de opinión.

—¿Habéis encontrado algo? —decía el director.

—De momento no —contestó su interlocutor. Su voz sonaba con un deje extraño, gutural y rudo, como si fuera de Texas o de algún estado sureño.

—En todos los años que llevo como director de esta institución jamás, y digo jamás, se había producido un incidente semejante. Es una mácula en la trayectoria impecable de Drayton.

—El problema es que, mientras el ladrón siga aquí, ninguno de sus alumnos estará a salvo.

—Sí, sí. Lo sé. Y, créame, me inquieta saber que mis estudiantes pueden estar en peligro por culpa de... de... —suspiró, como si estuviera cansado.

—Por eso es necesario que lo atrapemos antes de que decida huir.

¿Qué? El ladrón... ¿estaba todavía en Drayton? ¿Cómo estaban tan seguros? Al

fin y al cabo, quien quiera que hubiera robado la estilográfica de Neal podía estar ya a cientos de kilómetros. Pero, por lo que se veía, Lawrence no albergaba las mismas dudas que yo.

—Exacto, exacto. Atrapar al ladrón es nuestra prioridad. Atraparle y encontrar lo que ha robado, por supuesto.

—Mis hombres están recorriendo cada palmo del internado en busca de esa estilográfica de oro. Darán con ella tarde o temprano.

—Espero que sea más pronto que tarde. La madre del señor Morrison es una mujer de carácter aunque no lo parezca. No me gustaría tener que enfrentarme a ella. En la medida de lo posible.

—En cuanto a la moneda...

—Ah, sí. La moneda de plata que ha aparecido en el laboratorio.

—Sí, esa. La guardaré yo de momento. Si no le parece mal...

—No, no, faltaría más. ¿Cree que puede ser auténtica? Me refiero a si puede ser de... él.

—Ya sabe cuál es mi respuesta, señor director. Y ahora si me disculpa, voy a seguir con la búsqueda.

—Por supuesto.

Las voces se silenciaron y el ruido de unos pies arrastrándose en mi dirección sustituyó la conversación.

Me retiré de la puerta justo antes de que se abriera. Lo suficiente para que nadie sospechara que había estado con la oreja puesta. Del despacho salió un tipo enjuto, de aspecto lobuno. Le hubiera reconocido aunque no llevara esa espantosa gabardina que parecía acompañarle a todos lados.

Era el mismo que vi el día anterior, asomado a la ventana del segundo piso.

Cuando reparó en mi presencia, las aletas de su nariz se inflaron y las comisuras de sus labios se curvaron hacia abajo. Rezongó por lo bajo y siguió adelante, golpeándome adrede con el hombro cuando pasó a mi altura. Muy bien... No era don Simpatía. Obviamente.

—Ah, señor Bradford. Le esperaba. Adelante, pase —dijo Lawrence desde el interior del despacho—. ¿Lleva mucho tiempo ahí fuera?

Si me estaba preguntando de forma indirecta si había escuchado algo de su conversación no iba caer en la trampa.

—No, qué va. Acabo de llegar.

El despacho del director no había cambiado nada en los años que llevaba estudiando en Drayton. La misma mesa del siglo XVIII con patas en forma de esfinge. Los retratos de los rectores que habían dirigido el internado, incluido, por supuesto, el del actual, colgados en las paredes. No había ordenadores ni aparatos de última tecnología. Tan solo una vieja máquina de escribir arrinconada en una esquina y una pluma manchada de tinta por el uso.

A la derecha se alzaba una segunda puerta, con el escudo del internado grabado

en las jambas. El archivo. El lugar en el que se guardaban documentos confidenciales e información de extrema importancia sobre los alumnos que estudiaban o habían estudiado en Drayton. Seguro que lo poco que había de mí en aquel lugar eran quejas de profesores.

—Disculpe que le haya hecho esperar, señor Bradford —se excusó Lawrence. La irritación con la que había hablado antes se había desvanecido. Aquello me llamó la atención. Era sorprendente la rapidez con la que se desprendía del mal humor...—. Bueno, supongo que se estará preguntando por qué le he llamado.

Pues sí. Para ser sinceros.

—Como bien sabe, los alumnos de los últimos cursos tienen permitida la salida del internado durante los fines de semana. Siempre y cuando vuelvan antes del toque de queda.

Claro que lo sabía. Todos en Drayton estábamos deseando cumplir los diecisiete para salir del colegio aunque solo fuera una tarde.

—Y supongo que también sabrá que no es necesaria una autorización previa por parte de mi persona o de cualquiera de los profesores de Drayton para ello.

—Sí, señor. Lo sé.

—Sin embargo, me gustaría hacer una excepción con usted. A partir de ahora no podrá cruzar estos muros sin mi autorización expresa y firmada. En caso contrario, será amonestado y expulsado en caso de que lo crea conveniente.

Había algo en el tono de su voz que me puso a la defensiva. Sus palabras no dejaban lugar a la queja o a la negociación a pesar de que se trataban de una clara injusticia. Si mis compañeros no necesitaban autorización, ¿por qué yo sí?

—¿Y a qué se debe esta excepción, si puede saberse? —mi pregunta sonó tajante. No me convencía aquella «nueva norma solo válida para mí».

—Es una decisión tomada por motivos de seguridad. Nada más.

—¿Por motivos de seguridad? —repetí. No estaba entre mis planes escaparme de Drayton si era eso lo que temía Lawrence. Me enderecé en mi asiento, dispuesto a renegociar—. No entiendo por qué debería...

Lawrence no me dejó acabar la frase. Se levantó de su sillón de piel y contempló el paisaje que se extendía más allá de la ventana de su despacho. Aspiró una bocanada de aire como si quisiera valorar si el aire de Drayton era lo suficientemente puro para sus alumnos.

—¿Sabe? Los rosales que traje de Francia el año pasado han enfermado. Una lástima. Eran mis preferidos. Este clima tan cálido no les va muy bien. Son flores más bien de tierras húmedas como las francesas.

—Director Lawrence —empecé a decir yo. Si creía que cambiando de tema de conversación me iba a dar por vencido se equivocaba—. No estoy de acuerdo con este cambio. Creo que...

—El toque de queda ya ha sonado. Le sugiero que regrese a su dormitorio y descanse para las clases de mañana.

—Antes me gustaría que habláramos sobre lo que acaba de comentarme, director.

—Buenas noches, señor Bradford.

Y señaló la puerta para darme a entender que la conversación había terminado.

CAPÍTULO 13

De vuelta a mi habitación no dejé de maldecir a Lawrence. ¿Qué le pasaba? No le había dado razones para que me tratara como un presidiario encerrado en una jaula. El curso pasado no había suspendido más asignaturas de las que acostumbrada ni tampoco había armado ningún escándalo.

Bajé los escalones que llevaban a la primera planta dando zancadas, dejando constancia de mi enfado, y abrí el portón que conducía a los dormitorios de los chicos de un empujón. No existía ningún motivo para que me limitara las salidas o me obligara a avisarle de los movimientos que hacía. ¡Y ni siquiera se había dignado a darme una explicación! Hablaría con él de nuevo. Le haría entrar en razón y...

Escuché unos pasos a mi espalda.

Refunfuñé. Seguro que era Lawrence. Habría recapacitado sobre lo que acababa de decirme y me habría seguido para decirme que lo lamentaba mucho.

Me volví, dispuesto a encararle de nuevo.

Pero detrás de mí no estaba el director.

Medio oculta entre los recovecos del pasillo, había una figura, más alta y delgada que Lawrence, con la pierna apoyada en la pared. La oscuridad envolvía su rostro impidiéndome reconocer sus facciones aunque no había duda de que me estaba observando a través de la distancia que nos separaba. Lo notaba. Igual que el día anterior. El mismo presentimiento que tuve cuando me dirigía a la habitación de Mike volvió a invadirme.

¿Quién podía ser?

Me vino a la cabeza lo que había pasado en el Laboratorio. Aquella sombra que nos había acechado...

Me di la vuelta y seguí andando, más nervioso que antes. Lo tétrico de la situación me estaba dando muy mala espina así que cuando llegué a mi habitación, me precipité al interior y cerré tras de mí. Tal vez estaba equivocado... Tal vez aquella silueta no tenía nada que ver conmigo...

Un golpe en la puerta.

Di un respingo y contuve a duras penas el grito que amenazó con escapar de mi garganta. Me tapé la boca con la mano.

Otro golpe más.

Llamaban.

Alguien estaba llamando a la puerta...

Con unos golpes mecánicos y amortiguados.

Y entonces la oí. Una risa. Tan siniestra que me congeló la sangre. Cavernosa. De ultratumba.

—¡Mike! ¡Neal! Como seáis vosotros os juro que os arrepentiréis de esto —grité. Como contestación recibí otra de esas lúgubres carcajadas.

—No soy ninguno de tus amigos. Ellos están durmiendo plácidamente en sus

camas —algo en aquella voz me hizo estremecerme. Ambigua, dura, sepulcral. Ni siquiera podía decir si era de hombre o de mujer. Aunque sí estaba seguro de que no pertenecía ni a Mike ni a Neal. Una gota de sudor resbaló desde mi sien hasta mi mejilla.

—¿Quién eres?

—Ya lo averiguarás. Muy pronto... Mientras tanto, disfruta del espectáculo que he preparado especialmente para ti, Kyle Bradford.

Otra vez aquellos pasos. Esta vez, alejándose. El ruido se fue perdiendo en la lejanía hasta que dejé de oírlo. Aún así, no me moví. Me quedé donde estaba. Inmóvil. Pendiente de que aquellas pisadas regresaran. No lo hicieron. No volví a escucharlas.

Solo cuando estuve seguro de que no había nadie al otro lado, me asomé fuera de la seguridad de mi habitación. No había ni rastro de aquella sombra. Había desaparecido, como si nunca hubiera existido.

Clavada en la puerta de mi dormitorio, escrita en aquel papel fino tan extraño que acompañaba el mensaje que había aparecido el día anterior en mi habitación, había una nota.

—«El cerco se cierra a tu alrededor. Ahora sospechan de ti».

Reculé, con las piernas temblorosas.

¿Qué... qué demonios estaba pasando?

CAPÍTULO 14

Otra vez. Otro sueño. Me sumergí en él casi sin darme cuenta. No pude hacer balance de mi segundo día en el internado. Ni siquiera de pensar en aquella sombra ni en el papel que había dejado en la puerta. Mi cuerpo flotó a la deriva nada más acariciar las sábanas.

Estaba tumbado en una cama. Diferente a la que había en mi habitación de Drayton. Dura, casi como una tabla. Intenté moverme y un latigazo de dolor me atravesó. Gemí y noté que los ojos se me llenaban de lágrimas. Me dolía el cuerpo... Mucho.

Supe dónde estaba cuando vi las máquinas que tenía a mi lado y reparé en la mascarilla de oxígeno que cubría mi nariz y mi boca. Un sostenido pitido marcaba mis pulsaciones. Demasiado débiles.

Un hospital.

Me llegó el bisbiseo de unas voces. Se escuchaban distantes aunque no lo suficiente como para no entender lo que decían.

—Está muy grave —era una voz masculina, rasposa y cansada—. No sé si sobrevivirá a esta noche.

Un suspiro. De mujer.

—Ya veo. Esto es muy desafortunado.

—Debería ir pensando en avisar a los servicios sociales por si acaso muere.

—Sí, por supuesto.

—Tan joven... Es una pena. Debió de sufrir una caída muy fuerte.

—Oh, sí. Tremenda. No sé imagina. Estaba subiendo una escalera, perdió el equilibrio y cayó. Los niños que estaban con él me avisaron en cuanto ocurrió pero no pude hacer nada ya...

Algo tembló cerca de mi brazo derecho. Bajé la vista. Era aquella esfera negra. En el interior flotaban de nuevo unas letras doradas.

Miente... Miente... Miente... No ha sido un accidente.

El hospital en el que me encontraba se desvaneció y el escenario cambió. Aparecí en otro lugar. Una estancia. Larga. Con ventanas a un lado y una interminable ristra de literas al otro. Delante de mí había un grupito de niños. Uno de ellos, el más mayor a juzgar por su estatura y la pelusilla que se formaba en su bigote, sujetaba algo. Me fijé mejor. Era la esfera...

—Eh, ¿por qué no la rompes con esto? —preguntó uno de los niños. Le tendió una piedra.

—¡Bien pensado!

—No... —susurré con un hilo de voz—. Por favor...

La piedra golpeó el cristal de la esfera y un fuerte crujido tronó en la sala, por encima de las risas de los demás niños. Después, llegó el dolor. Un dolor lacerante que me atravesó, me retorció los pulmones y me hizo chillar.

Acabé desplomándome en el suelo y las tinieblas se cernieron una vez más sobre mí.

CAPÍTULO 15

Me desperté gritando a pleno pulmón y pateando a diestro y siniestro. Estaba sudando. Me faltaba el aire. Y aquel dolor punzante... Lo sentía. Seguía dentro de mí. También escuchaba las risas de aquellos niños y el ruido de la esfera al chascarse... Las imágenes volvían y volvían. Una y otra vez. Las veía dentro de mi cabeza incluso aunque cerrara los ojos con fuerza y pensara en cualquier otra cosa...

—¿Estás bien? —Una mano se posó en mi espalda con suavidad. Enfoqué el rostro que estaba junto al mío. Len. Tenía el semblante lívido. Mortalmente pálido—. Es... estabas soñando. Yo... he intentado despertarte pero... no podía. No dejabas de gritar.

—Sí, estoy bien... —Me abracé las rodillas. La esfera... La esfera rompiéndose... Sentí un estremecimiento—. En realidad, no lo sé...

Len arrancó la manta de su cama y me la echó por encima.

—¿Qué haces?

—Estás tiritando —respondió. Era cierto. Temblaba. Ni siquiera me había dado cuenta.

—No sé qué me ha pasado... —Me arrebujé en la manta de Len—. Mmmm... siento haberte asustado.

—No pasa nada. Al menos, has dejado de temblar.

—Sí, gracias, por cierto.

—No ha sido nada —una sonrisa caracoleó en su boca. No una de esas muecas forzadas que me dedicaba tan a menudo sino una sonrisa sincera.

Era la primera vez que hablábamos sin que nos gritásemos o nos lanzáramos dardos envenenados y nuestra repentina elocuencia nos sorprendió a los dos. Nos miramos y soltamos una carcajada. Puede que, después de todo, Len Lu no fuera mal tío.

—¿Hace mucho que tienes pesadillas? —me preguntó. Parecía más tranquilo que antes. Seguía teniendo la cara blanca aunque, al menos, había recuperado algo de color. Se sentó en su cama y apoyó los codos en los muslos.

—No, qué va. Han empezado hace unos días. Y es curioso, ¿sabes? De pequeño no recuerdo haber tenido ningún mal sueño y ahora... En cuanto cierro los ojos veo imágenes raras.

—¿Qué tipo de imágenes?

—Gente persiguiéndome, un bosque interminable, una celda en un sótano, un hospital... —mis palabras debían de sonar estúpidas. Y, sin embargo, Len me escuchó sin interrumpirme. Me gustó aquello—. También hay una esfera.

—Una... ¿esfera?

—Sí —recordé su perfección sobrenatural, el color oscuro de su superficie y las letras doradas—. Es... preciosa. Y, al mismo tiempo, hay algo que resulta...

—Inquietante.

—Sí, exacto. Inquietante es la palabra exacta.

Len carraspeó y apartó la mirada como si estuviera ansioso por romper nuestro contacto visual.

—Cuando era pequeño yo también tenía pesadillas cada noche. Aunque, a diferencia de ti, yo soñaba todos los días lo mismo. Estaba encerrado en un cubo rectangular del que no podía salir. El agua empezaba a filtrarse en el interior, cubriéndome poco a poco. Aparecía una persona al otro lado y yo la llamaba con desesperación para que me sacara de allí. No movía un dedo para ayudarme. Se quedaba parada, contemplándome mientras me ahogaba. No conseguí que desapareciera aquella pesadilla hasta que salí del orfanato.

—¿Orfanato? Creía que tus padres estaban vivos.

—Y lo están. Pero pasé cinco años en un hospicio. Mi familia no tenía dinero para mantenerme. Estábamos casi en la ruina así que los servicios sociales se hicieron cargo de mi custodia. Separarme de mis padres fue muy difícil aunque aún más estar allí dentro... en ese sitio —se agitó, incómodo—. Era una pequeña cárcel, plagada de niños desesperados y hambrientos como yo.

Jamás hubiera dicho que Len Lu, el hijo del magnate de la electrónica, escondiera aquella historia. Tal vez por eso tenía una personalidad tan extraña.

—¿Qué? Pensabas que había sido un niño rico toda mi vida, ¿eh?

—Sí, algo así.

—Pues ya ves que no —abrió los brazos como queriendo decir «así son las cosas».

—¿Y cómo conseguiste sobrevivir en el orfanato?

Se mordisqueó el labio, reacio a contestar. Temí haber hecho la pregunta equivocada en el momento equivocado.

—Un amigo —susurró, al fin—. Mi mejor y único amigo —sus ojos ascendieron desde su regazo hasta mi rostro. Y se quedaron allí. Detenidos—. Fue él quien me ayudó.

No quiso seguir hablando. Tenía la impresión de que su revelación llevaba consigo una verdad que no estaba dispuesto a descubrir. Le dejé tranquilo. No hice más preguntas y cambié de tema para romper la repentina quietud en la que habíamos caído.

—Tiene que ser divertido ser el hijo del dueño de la Lu Corporation. Apuesto a que tu casa está plagada de chismes electrónicos —aproveché para echar un vistazo al portátil de Len, que descansaba sobre su mesilla con la tapa abierta. En la pantalla había un sinfín de símbolos matemáticos y comandos. No tenían aspecto de ser una simple hoja de cálculo de esas que utilizaba yo para resolver los deberes de Economía. Se trataba de algo más complejo. Bastante más—. Manejas códigos informáticos muy avanzados. ¿Te enseñó tu padre?

—No. Aprendí yo solo.

—¿Tú solo? —repetí—. ¡Tienes que estar de broma!

—En absoluto. Siempre me ha gustado la informática. Desde que era un crío. Silbé entre dientes.

—Tienes que ser un auténtico cerebritito si has aprendido sin ayuda —y lo decía en serio. No me consideraba un negado con los ordenadores pero aquello me superaba con creces—. Es curioso. No sabía que te gustaba tanto la informática.

—Pues ya lo sabes.

—¿Y qué más se te da bien? —No es que estuviera intentando ser amable. Realmente tenía curiosidad por saber más cosas de Len—. Te he visto saliendo del internado por las noches. ¿Haces ejercicio o algo así...?

Se puso en pie como si algo le hubiera agujoneado por detrás.

—¿Qué has dicho? —su pregunta sonó tan cortante como una espada—. ¿Qué acabas de decir?

—Te estaba preguntando si haces deporte.

—No, acabas de decirme que me viste saliendo de Drayton por la noche.

—Sí, eso también...

—¿Qué viste exactamente?

—Te vi salir de la habitación.

—¿Escuchaste algo?

—¿A qué viene esto?

—¿¡Escuchaste algo!?! —gritó Len.

—¡No! —exclamé. Su sonrisa sincera y su cara de preocupación se habían esfumado. En su lugar, volvía a estar el mismo Len de siempre. Arisco, desagradable e insondable. Le di un empujón para que se apartara de mí—. ¿Qué te pasa?

Levantó el mentón y una sombra atravesó fugaz sus ojos.

—Será mejor que no te metas donde no te llaman, Kyle.

No dijo más. Agarró su ordenador y salió de la habitación, dejándome pasmado con lo que acababa de ocurrir.

CAPÍTULO 16

Todavía con el pelo empapado después de la ducha que me había dado nada más levantarme de la cama, me vestí con mi uniforme y cogí mi cartera. No había vuelto a ver a Len. No había regresado... Solo le había preguntado si hacía deporte. ¿Tan grave era? Tal vez tuviera un síndrome de doble personalidad al estilo Jekyll y Mr. Hyde que yo ignoraba. O puede que fuera un caso de bipolaridad grave. Al final, iba a resultar que estaba durmiendo con un loco de verdad...

Al menos, el incidente con Len me había ayudado en algo. Había conseguido borrar el malestar que me había dejado la pesadilla y me encontraba mejor que antes. Mi recién recuperada tranquilidad se mantuvo hasta que me acerqué a la puerta de mi habitación y recordé lo que había pasado la noche anterior en el pasillo, la presencia de aquella figura que me había perseguido... Entonces, volví encresparme.

Salí de mi cuarto, cauteloso. La notita había desaparecido. No seguía clavada en el sitio donde la vi la última vez. En cambio, apoyado en la pared estaba aquel tipo. El de la gabardina gris.

—¿Puedo ayudarte en algo? —le pregunté.

No me contestó. Aunque, después de la simpatía que me había demostrado el día anterior, no esperaba menos. Cerré con llave mi habitación y me encaminé hacia mi clase de Estadística. En cuanto me puse en movimiento, el hombre me siguió, pisándome los talones. Me paré antes de llegar a las escaleras.

—No me gusta que me sigan, ¿sabes?

—No te estoy siguiendo —respondió mi interlocutor con aquella voz áspera—. Te estoy vigilando.

—¿Ah, sí? ¿No me digas, James Bond? —Eché a andar una vez más y él hizo lo mismo. Volví a detenerme—. Oye, me estás empezando a molestar.

Sin respuesta otra vez.

—¡Te estoy diciendo que te largues y me dejes tranquilo!

—Me temo que no voy a hacer tal cosa.

Estaba a punto de mandarle a un lugar poco recomendable cuando me fijé en la pistola que llevaba en la cintura y en la placa que colgaba de su pantalón, bien amarrada en el cinturón. Había tenido demasiados encontronazos por conducción temeraria como para no reconocer aquel trozo de metal reluciente con las palabras «Policía de Los Ángeles» grabadas en letras azules. ¿*Un poli?* ¿*En Drayton?*

—Ahora es algo entre tú y yo, ¿verdad, chaval?

Ladeé la cabeza, sin saber qué había querido decir con aquello.

—¿De qué estás hablando?

—Deja de hacerte el inocente. Esa treta es inútil conmigo.

—No estoy intentando nada. Ni siquiera sé quién eres, tío.

—En ese caso deberías refrescar tu memoria. Soy el detective Dimiri Cooper. Te suena de algo mi nombre, ¿no es cierto?

¿Realmente me sonaba de algo? Pues no, para ser sinceros. Dimitri palmeó su placa. Más que un gesto cariñoso me pareció una amenaza no hablada.

—Nunca pensé que te atreverías a hacer lo que hiciste ayer sabiendo que yo estaba aquí desde el primer día. Supongo que llamar la atención es algo que no puedes evitar.

—¿Lo que hice ayer?

—Me refiero a lo que ocurrió en el laboratorio... El robo de la estilográfica —contestó—. Haremos esto más difícil si es lo que deseas. Aunque ya te advierto que el resultado será el mismo. Esta vez no dejaré que escapes.

Aquello sonó como la letra de una canción macabra. ¿De qué iba esta escenita de poli malo? Hasta la fecha, mi lista de delitos se limitaba a algún que otro incidente aislado sin importancia. Quitando eso, mi expediente estaba limpio. No es que fuera un angelito pero tampoco necesitaba vigilancia las 24 horas.

Y, aún así, no conseguí que Dimitri Cooper se separara de mí en todo el día.

Fuera donde fuese, él estaba allí. Bajaba las escaleras y él bajaba también. Cruzaba los pasillos y él me seguía. Cada vez que iba de una clase a otra, aparecía a mi lado, igual que un molesto moscardón que se empeñaba en atormentarme la existencia.

Al final de la tarde, estaba tan agobiado con su presencia que me estaba volviendo loco.

—¿Vas a seguirme también a los vestuarios? —le solté después del entrenamiento de polo.

Dimitri compuso un mohín, como si le diera igual que tuviera que entrar en un habitáculo cargado de sudor y vapor de duchas con tal de que no me saliera de su campo de visión. Su insistencia me puso de los nervios.

—No me hace gracia que entres ahí dentro. Tengo mi privacidad, ¿sabes? Podría denunciarte por invasión de la intimidad.

A juzgar por la expresión que puso Dimitri, supe que había dado en el blanco.

—No me pienso mover de aquí así que no intentes nada raro, Bradford —me advirtió.

—Sí, sí —farfullé, con desgana. Me interné en el vestuario y cerré la puerta. *Será pesado el tío.*

—¿Sigue ahí? —preguntó Mike. Se quitó la camiseta y la dejó en el banco de madera en el que estaban el resto de sus cosas. Había ganado abdominales durante el verano. Seguro que más de una se volvería loca si le viera sin la parte de arriba del uniforme.

—Sí, por desgracia —tiré al suelo mi bolsa de deporte y me agaché junto a ella para sacar mi toalla—. Aunque todavía no sé por qué me está siguiendo.

—Tal vez haya sido tu tía.

Mmmm... Sí... Tía Jane era muy capaz de enviarme a Dimitri. Podía imaginarme la secuencia. Habría escuchado que Zero estaba en el internado. Se habría puesto

hecha un basilisco. Y, seguidamente, le habría dado alguno de sus ataques de hipocondría. ¿Conclusión? Me había mandado a alguien para que no se separara de mí y me protegiera. Muy típico de ella... La conocía y sabía que si tenía la sospecha de que yo corría un mínimo, minúsculo, peligro, podía convertirse en la persona más sobreprotectora del universo entero.

No obstante, eso no quitaba que aquella vez se estaba pasando. ¿Mandarme a un guardaespaldas avinagrado solo porque habían robado en el internado? Si realmente Zero estaba en Drayton (cosa que seguía dudando) el único peligro que corría era que me birlaran algo de lo poco que había traído en el equipaje.

—Mike tiene razón —intervino Neal. Aunque hacía menos de 24 horas que su estilográfica había desaparecido, parecía más concienciado con su pérdida. Por suerte para nosotros, solo se había quejado de la bronca que le echaría su madre dos veces en toda la mañana. Un récord—. Seguro que ha sido ella. ¿Quién si no habría pedido a ese tipo que te vigilara?

—No hay muchos candidatos, desde luego —reconocí. Me quité el pantalón y la ropa interior y me metí en la ducha que estaba junto a la de mi amigo. Mike no tuvo reparo alguno en echar de la siguiente a un chaval albino que jugaba como suplente en el equipo. Se escabulló de su sitio tan pronto como mi amigo se lo pidió.

—Deberías preguntarle a Miranda si sabe algo.

—¿A Miranda? —repetimos Mike y yo.

—Sí, ella tiene oídos en cualquier partes. Sabe todo de todos. Tal vez se haya enterado qué quiere ese tal Dimitri.

—Muy gracioso —cogí mi esponja y se la tiré a Neal en la cara mientras él se reía a más no poder.

—¡Eh, tío, que estaba seco!

Cuando terminamos de ducharnos y nos vestimos de nuevo con nuestros uniformes, había pasado casi una hora. Fuera, estaba anocheciendo. Pero Dimitri seguía en el mismo sitio de antes.

—Decididamente, voy a llamar a tía Jane para decirle que despida a este tío.

—Vete por la puerta de atrás —sugirió Mike—. Nosotros nos encargaremos de él.

—Gracias, tíos.

—No te preocupes. Ya estamos más que acostumbrados. ¿O es que acaso has olvidado quién te cubre las espaldas cuando estás saliendo con alguien y tienes citas extraoficiales con alguna de sus amigas?

Salí del vestuario y me escaqueé de la vigilancia de Dimitri. Neal y Mike le estaban entreteniéndole mientras tanto, preguntándole no sé qué sobre su placa. Tendría que agradecerles después su ayuda. Regresé al edificio principal dando un rodeo y nada más llegar a la entrada, saqué mi teléfono móvil y marqué el número de tía Jane.

—¡Kyle, cariño! No sabes cuánto te echo de menos. La casa está tan vacía sin ti... ¿Qué tal en Drayton?

—Bien —repliqué yo con sequedad. Decidí ir directo al grano—. Sabes que no

me hace gracia que mandes a alguien para que me siga y mucho menos sin avisarme.

Se quedó callada.

—¿A qué viene eso ahora, Kyle?

—Por favor, tía. Lleva persiguiéndome el día entero. En serio, aquí estoy bien protegido. No tienes de qué preocuparte.

—¡Ya sé que en Drayton estás bien protegido! No habría elegido ese internado para ti de no ser así.

—Pues no entiendo por qué has mandado al tipo este. Dimitri, o como se llame.

—Yo no he contratado a nadie, Kyle.

¿Por qué seguía negándolo?

—Mira, si has escuchado lo de Zero, no hagas caso, ¿de acuerdo? Dudo mucho que fuera él quien robara la estilográfica de Neal.

—¿Cómo? ¿Qué estilográfica?

—La de Neal Morrison —contesté yo, como si aquello fuera una obviedad—. Te has enterado, ¿no?

—¿Enterarme de qué?

—Del robo, ¿de qué iba a ser?

—¿¡Qué!?! ¿Se ha producido otro robo, querido? ¡Es intolerable! Después de que hablé con el senador el día que tú te marchaste.

Aparté el móvil de mi oído unos centímetros. No sabía nada del robo. No sabía nada en absoluto...

—Dime que conoces de algo a un tal Dimitri Cooper.

—No me suena. ¿Es alguno de los nuevos ricos? Si quieres puedo invitarle a la fiesta de año nuevo y me lo presentas. ¡Me encanta conocer a tus amigos!

Mi enfado inicial estaba dando paso a una velocidad asombrosa a la preocupación. Si Dimitri no estaba en Drayton por encargo de mi tía, ¿por qué me estaba vigilando? ¿Qué hacía en el internado?

—Kyle, ¿ocurre algo?

Oh, no. ¡Había un loco persiguiéndome! Y encima iba armado. Tenía que avisar a alguien... Pensé en contárselo a tía Jane aunque cambié pronto de idea. Si lo hacía, sería capaz de mandar a la guardia nacional con tal de protegerme. El rostro afable de Lawrence acaparó mi mente. Él era el máximo responsable de Drayton y siempre se comportaba como un padre con cualquiera de nosotros. Me ayudaría. Sabría qué hacer.

Era la persona que necesitaba.

CAPÍTULO 17

Llegué casi sin aliento al despacho del director. La puerta estaba entreabierta unos centímetros, lo suficiente como para que se filtrara la luz del interior por la minúscula rendija que quedaba con el marco. La empujé con el dedo y me asomé.

—¿Director Lawrence?

La mesa desde la que Sebastian Lawrence dirigía Drayton estaba vacía.

Miré hacia atrás. No me fiaba. Dimitri podía aparecer en cualquier momento. Mike y Neal no podían retenerle para siempre. Y prefería no quedarme allí de pie para que me encontrara de nuevo. Además, no había mucha diferencia entre esperar dentro o quedarme como una estatua vigilante junto al umbral. Entré. Cerré la puerta y me dejé caer en el sillón que había para las visitas con un bufido. Tenía las pulsaciones disparadas.

Descubrir que aquel tipo que había salido de ninguna parte había estado siguiéndome todo el día, y encima armado con una pistola, me había dejado intranquilo. Una cosa era que tía Jane le hubiera contratado. Otra muy distinta que me estuviera siguiendo sin un motivo aparente y además con aquella insistencia tan enfermiza. ¿Cómo le habían dejado entrar en Drayton? ¿Quién era en realidad? ¿Qué es lo que quería? ¿Y por qué narices tardaba tanto Lawrence en regresar?

Intenté tranquilizarme. No iba a ganar nada poniéndome más nervioso. Respiré hondo y expulsé el aire, despacio. *Mucho mejor.*

Para distraerme mientras esperaba a que el director volviera, me dediqué a inspeccionar su mesa. No dejaba de sorprenderme lo ordenado que era. Los papeles estaban pulcramente colocados, puestos en montoncitos homogéneos, algunos incluso archivados en bandejas metálicas.

Lo único que parecía fuera de su sitio era una carpeta marrón, de cartón, que rompía la estricta colocación imperante.

No tenía nada de especial. De hecho, carecía del lujo que rodeaba cualquier sencillo objeto dentro del internado. Tampoco se trataba de un expediente académico ni de un informe oficial porque en ambos aparecía siempre el escudo de Drayton y aquel archivador estaba desnudo por completo. Solo tenía unas letras en la parte inferior, escritas con la caligrafía florida del director... Me incliné hacia delante para leer lo que ponía.

Era mi nombre y mi apellido.

Kyle Bradford.

Arrugué el entrecejo, extrañado. ¿Por qué tendría Lawrence aquella carpeta con mi nombre sobre su mesa?

Sabía que no estaba bien hurgar entre las cosas ajenas pero tenía cierta curiosidad morbosa por saber qué contenía. ¿Mis calificaciones? ¿Algo relacionado con mi familia? Estaba solo así que no habría mucho problema si echaba una ojeada rápida y salía de dudas... ¿Quién iba a enterarse? Miré por encima de mi hombro para

comprobar que la puerta seguía cerrada y abrí la carpeta.

Fotografías.

El archivador estaba lleno de fotografías. Y todas tenían algo en común que no tardé en descubrir. Yo. Mi cara salía en cada una de las imágenes. La mayoría no tenían demasiada resolución, como si el fotógrafo las hubiera sacado a escondidas. Junto a tía Jane el día que fuimos a la recepción del embajador. Vestido con esmoquin en una cena benéfica. Tumbado en la cubierta de un yate tomando el sol. Estaba viendo cuanto había hecho durante el verano capturado en rectángulos de 10 por 30.

¿Qué significa esto?

La carpeta también escondía en su interior una llave, pegada con cinta adhesiva en la cara interna de la tapa posterior. La arranqué con cuidado de su sitio y la examiné. No mediría más de tres centímetros. En la parte superior, había una etiqueta. Apenas podía leerse «Archivo»...

¿El archivo de Drayton?

Volteé la cabeza hacia la puerta que estaba a mi derecha. La cerradura tenía más o menos las mismas dimensiones que la llave.

¿Qué tendría que ver el archivo del internado con aquellas fotografías?

CAPÍTULO 18

Los cerrojos se abrieron con un suave clic. Empujé el picaporte y busqué a tientas el interruptor de la luz. Cuando la lámpara que pendía del techo del archivo se encendió y mis ojos se acostumbraron al repentino flogonazo, miré a mi alrededor.

Solo había estado una vez allí. Una mañana que Lawrence me castigó ordenando papeles viejos que llevaban años formando polvo. Aún así, recordaba muy bien el aspecto que tenía entonces la estancia. Como también sabía que la sala que estaba delante de mí no tenía nada que ver con aquella.

Seguía siendo la misma habitación circular rodeada por los cuatro costados de libros y documentos pero la mesa que ahora ocupaba el centro no estaba antes. Ni tampoco las pantallas y los ordenadores. Ni los mapas que pendían de unos caballetes, con chinchetas de colores clavadas. Ni la máquina que emitía pitidos de vez en cuando como si estuviera recogiendo alguna sintonía.

Me acerqué a las pantallas. La que estaba a la derecha, mostraba el aula en la que yo tenía clase de Economía, Matemáticas y Lengua. En la siguiente podía ver una panorámica del gimnasio en el que se impartía Educación Física. En la de la izquierda, el laboratorio de Ciencias. En otra, el comedor.

Cámaras de vigilancia. Fue lo primero que pensé. Aunque, hasta donde yo sabía, dentro del internado nunca había habido ningún sistema de grabación. Lawrence lo consideraba «un atentado contra la confianza fraternal de la institución». ¿Habría cambiado de opinión durante el verano? Tal vez tuviera que ver con aquello que comentó Neal de que el director había duplicado la seguridad antes de que empezara el curso.

De cualquier modo, había algo extraño. Al igual que las fotografías, las pantallas tenían algo en común. Me agaché junto a la que mostraba la imagen del aula de Economía y demás somníferos intelectuales. Curiosamente, no se veía la clase entera. Solo un pupitre, situado al fondo de la sala. Entorné los ojos.

Aquel pupitre era el *mío*.

Y lo mismo ocurría con el resto. La cámara del comedor enfocaba la mesa junto a la ventana en la que solía sentarme con Mike y Neal. La del laboratorio el banco que ocupaba para hacer los experimentos de Química. Y así sucesivamente. Todas ellas mostraban algún lugar en el que yo me encontraba a lo largo del día. Puede que otra persona no se hubiera percatado de aquel detalle. A mí me resultaba tan obvio que era difícil de ignorar.

En el extremo opuesto del archivo había tres pantallas que estaban aisladas del resto. ¿Estarían también relacionadas con algún espacio que conocía? Lo que vi me dejó atornillado al suelo.

Mi habitación.

Desde distintos ángulos pero siempre *mi habitación*. Mi cama, la puerta de entrada e incluso mi escritorio junto al ventanal. ¿Qué significaba aquello? O los

instaladores habían coincidido de forma sorprendente o, realmente, algo estaba ocurriendo.

El eco de unas voces en el pasillo que conducía al despacho de Lawrence me arrancó de mi estupor. Reconocí al momento el tono pausado del director de Drayton mientras hablaba con otra persona que no pude identificar. Pero lo más preocupante no era eso. Se estaban acercando. Sus palabras sonaban cada vez más claras.

Oh, Oh.

Ahora sí estaba metido en un buen lío.

CAPÍTULO 19

Tuve los segundos justos para cerrar la puerta del archivo antes de que Lawrence irrumpiera en el despacho y me viera donde no debía estar. No me dio tiempo a sacar la llave de la cerradura para devolverla a su sitio. Ni a dejar la carpeta que estaba sobre la mesa como la había encontrado. ¿Y si el director la veía y se daba cuenta de que yo estaba allí?

—... le creo, amigo mío. A veces, estos jóvenes te sorprenden cuando menos te lo esperas.

Una pequeña pausa siguió a aquellas palabras. Aguanté el aliento por miedo a que alguien pudiera escucharme. Me sentía como un criminal que se escondía de los tipos buenos para que no le pillaran. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Mis otras opciones eran pésimas. Y no podía dejar que Lawrence me viera en el archivo porque estaría firmando mi expulsión definitiva.

Acabé por resignarme.

Alguien se movió por el despacho con unos andares acelerados y el suelo de madera crujió bajo sus pies.

—¡No puedo creer que le haya perdido con tanta facilidad! —exclamó el interlocutor del director—. Estaba justo delante de mí y, de repente, se ha evaporado.

Aquel acento tejano... La imagen de Dimitri acudió a mi mente como si mi cerebro hubiera establecido la conexión con el propietario de aquella voz de manera automática. ¡Era él! Estaba seguro.

—No debe preocuparse. No es tan fácil esconderse en Drayton. Es todo cuestión de acostumbrarse a sus pasillos retorcidos y a sus estancias.

—¡Ya lo sé! Pero me molesta que Bradford me haya dado esquinazo como si yo fuera un novato. En cuanto he entrado en el vestuario, él ya se había marchado. Ha utilizado a sus amigos para distraerme.

—La paciencia es la mejor arma para mantener vigilado al señor Bradford. Es un alumno un tanto... particular.

Un momento. ¿¡Lawrence sabía que ese policía me estaba siguiendo!?

—Seguramente, estará con alguna chica. No sería la primera vez. Tiene una debilidad especial por... el género femenino.

—Me preocupa más su debilidad por aquello que no le pertenece.

—Por ese motivo estamos los dos aquí.

—Así es.

¿Cómo?

—¿Y qué hacía antes de que el señor Bradford se escabullera? Pensé que estaría aquí, en el archivo.

—He preferido cambiar de estrategia para mantenerle más controlado. Como sabe he estado observando cada movimiento suyo a través de las cámaras desde que llegó el primer día de curso. Le puedo asegurar que no le he quitado el ojo de encima ni un

segundo. Y, a pesar de ello, no he conseguido nada. Ese maldito niño sabe disimular bien. Cualquiera diría que es un chico normal. Así que he pensado que lo mejor es que le siga hasta que descubra su punto débil.

—¿Le va a seguir todo el día? —inquirió Lawrence, sorprendido.

—No se preocupe. Tengo una orden judicial, si es lo que quiere.

—No, no es eso. Es solo que me parece un poco exagerado el dispositivo de vigilancia que han instalado alrededor de Kyle. Primero las cámaras, los mapas para analizar sus pautas de comportamiento, los micrófonos... Y ahora esto. Parece un preso de alta seguridad más que un simple adolescente.

—Kyle Bradford *no* es un simple adolescente —corrigió Dimitri, haciendo especial hincapié en la palabra *no*—. Es más peligroso de lo que nadie cree.

—Yo tan solo veo a un muchacho malcriado al que le hacen falta menos caprichos y más mano dura.

—En eso se equivoca. Ese chaval esconde algo más que frivolidad. Y ayer mismo se lo demostró, como seguro que no habrá olvidado.

—Oh, sí, el desgraciado incidente del laboratorio.

—El mismo.

—Bien, bien, amigo, si el detective más laureado de los EE. UU. está convencido de que uno de mis alumnos más desastrosos es un sujeto peligroso, no voy a ser yo quien le contradiga. No habría aceptado su presencia aquí ni tampoco las cámaras y los micrófonos que ha instalado en Drayton si no me hubiera dado un buen motivo para ello.

—Y yo le agradezco la confianza que ha depositado en mí, director. Le aseguro que esto dará sus frutos.

—Eso espero. Por el bien de Drayton confío en que lo consiga.

Escuché la respiración de Lawrence cerca de la puerta tras la cual estaba yo. Me eché hacia atrás de forma instintiva.

—Nada es lo que parece, ¿no cree? —dijo. Volvió a alejarse y yo solté el aire que había estado almacenando en mis pulmones.

—¿Por qué lo dice?

—Es solo que me sorprende toda esta situación. ¿Quién hubiera pensado que el peor alumno de Drayton era en realidad el temido Zero?

CAPÍTULO 20

Me quedé tan estupefacto que caí en una especie de *shock* temporal. Cuando al fin conecté con la realidad, me atraganté por la sorpresa. ¿¡Qué!?! ¿¡Creían que yo era Zero!?! Pero ¿a quién se le había ocurrido semejante tontería? Se estaban equivocando por completo. ¡Yo no había robado nada en mi vida! ¡Nada en absoluto...!

—Le puedo asegurar que Kyle Bradford es Zero —decía mientras tanto Dimitri—. Yo mismo le quité la máscara de plata cuando intentaba escapar de la Ópera de Los Ángeles después de robar la diadema Emperatriz y vi su cara. El rostro de ese mocoso Bradford.

—Sí, sí. Es solo que... En fin, no sé. Estaba convencido de que el ladrón más buscado del mundo sería alguien más... ¿cómo decirlo? Inteligente. Entiéndame. No hace falta más que ver las calificaciones del señor Bradford. Lleva suspendiendo desde que entró en Drayton y no se puede decir que sea hábil en nada. No destaca en ninguna asignatura y lo único en lo que parece ser un auténtico maestro es en derrochar la fortuna de su madre y en salir con la mitad de las alumnas de este internado mientras está a escondidas con la otra mitad.

—También a mí me sorprendió que fuera él. Pero aunque nos cueste creerlo, ese niño ha robado algunos de los objetos más caros y valiosos que existen. Tenemos que encerrarle cueste lo que cueste.

¿Había dicho encerrarme? ¿En la cárcel? ¿¡Qué!?!

—¿Por qué cree que lo estará haciendo? —preguntó Lawrence—. Me refiero a los robos. Al fin y al cabo, Kyle algún día será tan rico como para vivir sin dificultades económicas durante el resto de su vida. Incluso aunque arrastre tras de sí sus caros caprichos.

Asentí, satisfecho por aquella observación. Al menos, al director le quedaba un mínimo de sentido común.

—Quién sabe. Estos niños ricos han tenido desde pequeños cuanto han querido. Puede que lo esté haciendo para divertirse.

—¿Cómo un pasatiempo?

—Sí, exacto. Una forma de buscar algo de adrenalina en su monótona vida de adolescente malcriado. Para alguien que lo tiene todo, debe ser difícil encontrar algo que le divierta y que no haya probado ya.

—Puede que tenga razón.

Dimitri dijo algo que no logré entender. Pegué más el oído a la puerta para no perderme ningún retazo de la conversación.

—¿A qué se refiere con raro? —preguntó Lawrence.

—Después de descubrir que Zero era Kyle Bradford estuve investigando más a fondo su pasado por si acaso encontraba alguna relación entre su infancia y su presente. ¿Sabe lo que encontré?

Silencio.

—Nada —respondió, al fin, Dimitri.

—¿Qué quiere decir con nada?

—Justo lo que ha entendido. En los archivos civiles no hay información sobre el pasado de Kyle. Ni siquiera sobre la identidad de sus padres. Todo ha desaparecido. Los datos más antiguos que encontré son de cuando Kyle tenía ya diez años.

Aquello debía ser algún tipo de broma. ¿Cómo era posible que no existiera nada, absolutamente nada, de mí hasta que tuve diez años? ¿Qué pasó con mi vida hasta ese momento? Tía Jane nunca me había contado eso. Nunca me había sentado en una silla para decirme «Kyle, querido, tus documentos de nacimiento y los de tus padres han desaparecido». La posibilidad de que me hubiera estado mintiendo surcó como un rayo mi cerebro. Me apresuré a desterrar aquel pensamiento. Ella nunca haría eso. Jamás.

—¿No le parece extraño? —preguntó Dimitri.

—Pues sí, la verdad. Aunque puede que haya sido un fallo informático y que los ficheros se hayan traspapelado.

—Lo dudo. El sistema está protegido por claves de seguridad que solo conocen las personas que tienen acceso autorizado. La posibilidad de que los archivos se eliminen por equivocación es minúscula.

—Todavía hay algo que no entiendo. Si tan convencido está de que Kyle es Zero, ¿por qué no le ha detenido ya? Ha pasado más de un mes desde que la diadema Emperatriz desapareció.

Dimitri chascó la lengua.

—¿Cree que no lo he intentado? Pero mi testimonio no sirve para encerrar a un Bradford en la cárcel. Necesito algo más. Por eso le estamos vigilando. Si encontramos una prueba, tan solo una, en su contra, ningún tribunal negará su culpabilidad a pesar de la protección de su familia. Y es cuestión de tiempo que cometa alguna falta. Cuando eso ocurra yo estaré allí para inmortalizar su equivocación. Será el fin de Zero.

—¿Y si no comete ningún error? Hasta ahora no ha dado ningún paso en falso.

—Lo cometerá. Puede estar seguro. Ninguna persona puede eludir la vigilancia a la que está sometido Kyle ahora mismo. Antes no sabíamos quién era y eso nos volvía ciegos ante sus equivocaciones. Ahora no será tan fácil. Él es humano, como nosotros. No aguantará la presión aunque sea el mejor ladrón de la historia.

Apoyé la espalda en la pared. Ya entendía por qué habían endurecido la seguridad del internado. No era para protegernos. Todo había sido para evitar que yo escapara. Habían convertido Drayton en una cárcel para mí. Y lo mismo pasaba con lo que me había dicho Lawrence. Tenía que avisarle de mis salidas para que no me perdieran de vista en ningún momento.

Dimitri soltó una carcajada. Era la primera vez que le oía reír y su risa me resultó tan hosca como su voz.

—Además, tengo otro as en la manga que estoy dispuesto a utilizar si mi plan falla.

—¿Ah, sí?

—Verá. Cuando desenmascaré a Zero, conseguí algo más que su identidad. Aquella noche, perdió algo que parecía muy valioso para él. No sé muy bien qué es, aunque de algo sí estoy seguro: estaba desesperado por recuperarlo. Si, por algún motivo improbable, no consigo una prueba definitiva en su contra utilizaré ese objeto para conseguir una confesión. No podrá recuperarlo de otra forma que no sea mediante una declaración jurada. Como ve, el robo de la diadema Emperatriz no salió tan bien como él había planeado. Se llevó la valiosa joya de la familia Grossman, es cierto. A cambio, nos dejó algo aún más importante.

—Un desliz que lamentará amargamente mientras está en la cárcel.

—Exacto.

—¿Y qué pasa con el robo de ayer? ¿Cree que Kyle, quiero decir, Zero, está detrás de la desaparición de la estilográfica de oro del señor Morrison?

—No tengo ni la menor duda. La moneda de plata, el *modus operandi*... Todo apunta a que es Zero el que se la llevó. Y Kyle Bradford estaba allí cuando se produjo el robo. Demasiada casualidad, ¿no cree?

—¡No voy a tolerar que se cometa un solo delito más en este internado! Los padres de mis alumnos son personas importantes e influyentes y si esto llegara a la prensa...

—Kyle Bradford estará en prisión antes de que eso ocurra. Se lo puedo asegurar. Los periodistas no sabrán nada. Yo me encargaré de ello. Saldrá a la luz cuando tenga la prueba que necesito para inculparle.

El reloj de Drayton dio las seis y sus campanadas retumbaron por el edificio. Estaba tan confundido, tan asustado y atónito, que ni siquiera reaccioné ante aquel sonido.

—Bien, Sebastian, ¿qué le parece si revisamos las cámaras y localizamos a ese granuja? —propuso Dimitri—. No puede haberse volatilizado.

—Estoy de acuerdo —contestó Lawrence—. No podemos dejar que Kyle siga sin vigilancia...

Aquello sí consiguió espabilarme. Si querían ver las cámaras de seguridad, significaba que tenían que entrar en el archivo en el que yo estaba escondido y entonces...

CAPÍTULO 21

Reculé para apartarme de la puerta y me volví sobre mí mismo. Busqué a la desesperada algún escondite. ¿Detrás de una de las estanterías? Me verían a través de los libros. ¿Debajo de la mesa? Demasiado obvio. Vamos, vamos. ¿Dónde podía ocultarme? Si me encontraban allí, en aquel lugar, Dimitri me metería en la cárcel bajo la excusa de que yo era Zero sin excusas de por medio.

¡No, no y cien veces no! No estaba dispuesto a pasar entre rejas varias décadas por algo que yo no había hecho. Tenía que huir. Debía concentrarme y buscar una escapatoria.

Bien, Kyle. Veamos...

Salir por la puerta era una locura porque me daría de bruces con Lawrence y Dimitri. Descartado. Esconderme estaba visto que no iba a dar resultado. Descartado también. Esperar a que ellos entraran para luego salir de puntillas tampoco me parecía una posibilidad...

Los tics tacs de mi reloj de pulsera me recordaron a los tambores que precedían las ejecuciones públicas. ¡Rápido! La salida... La salida...

Mis ojos se detuvieron en la ventana que había junto a la entrada del archivo, al lado de las pantallas que mostraban lo que ocurría en mi habitación. No era muy grande. Tendría como mucho un metro cuadrado. Eché un vistazo a través del cristal. El despacho estaba en el segundo y último piso de Drayton por lo que la distancia hasta el suelo no impresionaba demasiado. Aún así, sabía perfectamente que una caída desde allí podía acabar bastante mal y no me apetecía pasar una temporada indefinida en el hospital. Por desgracia, mis opciones se reducían a salir por aquella ventana o... salir por aquella ventana.

Las voces de Lawrence y Dimitri me llegaron con más nitidez que antes.

—Ah, parece que he dejado la llave en la cerradura —decía el director—. No recuerdo ni siquiera cuándo la he metido...

¡Oh, no! ¡Iban a entrar de un momento a otro!

Sin pensarlo más, abrí la ventana y me encaramé al alfeizar. Saqué las dos piernas al exterior y agarré el marco, procurando no mirar abajo. Tragué saliva y volví a convencerme de que aquella era la mejor alternativa que me quedaba si quería escapar.

Por encima de mí sobresalía la techumbre del internado. Alargué el brazo para medir la distancia. Mis dedos llegaron sin problema a la primera ristra de tejas. No estaba tan lejos como había supuesto y bastante más cerca que los dos pisos que me separaban del suelo. De pronto, trepar al techo se me antojó un plan menos peligroso que descender hasta el suelo. Y más rápido.

Muy bien... Allá vamos.

Apoyé el pie derecho en uno de los ladrillos de la fachada y mantuve el izquierdo sobre el poyete para no perder el equilibrio. La puerta del archivo se abrió en ese

mismo instante. Lawrence y Dimitri entraron en la estancia, hablando entre ellos. Mi cuerpo estaba todavía en una posición complicada, ocupando parcialmente la ventana. Si se daban la vuelta me encontrarían y mi catálogo de mentiras ingeniosas no podría encubrir la verdad por mucho que lo intentara.

Dimitri hizo ademán de volver la cara hacia mí y, durante una milésima de segundo, todo se detuvo. Me quedé parado, sin saber qué hacer. Mi cerebro reaccionó en el último momento. Me impulsé hacia arriba, utilizando cada músculo de mi cuerpo en aquel ascenso.

En cuanto mi cintura sobrepasó la primera línea de tejas, subí las piernas por el lado izquierdo y enrosqué las manos a la gárgola que tenía más próxima para no caer al vacío. Noté un dolor punzante en los dedos pero apreté los dientes y me ahorré cualquier amago de queja. La figura que me servía de agarre observaba mis movimientos como si desaprobara mi pobre intento de escalador.

Cuando llegué por fin a lo más alto del tejado, aún me costaba creer que estuviera de una pieza.

—Revise las cámaras de su habitación —dijo Dimitri—. Ya me encargo yo de las demás.

—Está bien —contestó Lawrence—. ¿Le importa que cierre la ventana? Este sitio parece un congelador.

Escuché el portazo que dio el director. La conversación se silenció y yo me quedé a solas con mi compañera gárgola. No habían reparado en mi presencia. Estaba a salvo. Al menos, de momento... Me tumbé cuan largo era, jadeando por el esfuerzo. Había faltado poco. Demasiado poco.

Pero aún no había pasado lo peor, ni mucho menos.

Sentí que se me revolvían las tripas solo de pensar en lo que acababa de escuchar. Creían que yo era Zero. La policía estaba en Drayton para atraparme. Tenía cámaras vigilándome. Iba a acabar en la cárcel... ¿Cómo me había metido en semejante lío? ¡Yo no era el ladrón de los cien millones! Podía jurarlo delante de un tribunal o de quien hiciera falta.

Tampoco entendía por qué Dimitri vio mi cara cuando le arrancó la máscara a Zero en la Ópera. Aquella noche estuve con tía Jane hasta que se produjo el robo y la señora Grossman empezó a gritar. Ni siquiera me moví de mi asiento. Luego, volví a mi casa sin detenerme en ningún otro lugar. Y también estaba el asunto de los papeles. ¿Qué era aquello de que no había información sobre mí en los archivos civiles?

No entendía lo que estaba ocurriendo...

Aunque, bien pensado, no era tan difícil salir de aquella encerrona. Se trataba de un malentendido, después de todo. No tenía nada que ocultar. Podían vigilar me si querían. No iban a encontrar ninguna prueba que demostrara que yo era Zero porque no era Zero. Así de simple.

Esperaría. Sí, eso. Actuaría con normalidad. Sería yo mismo. Dimitri acabaría

dándose cuenta de que había cometido una grave equivocación y yo me libraría de las acusaciones que ese engreído policía estaba vertiendo sobre mí.

No tenía nada que temer.

Nada en absoluto.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 22

Westlake Village era una pequeña ciudad aledaña a Los Ángeles que no llegaba a los nueve mil habitantes y que no contaba con ningún atractivo turístico. Pero era el lugar civilizado más cercano a Drayton y eso lo convertía en el reducto perfecto para los alumnos del internado.

Cuando llegaba el fin de semana, ninguno de los estudiantes de último y penúltimo curso que tenían permiso para salir desaprovechaba la ocasión (salvo que tuviera algo importantísimo que hacer), y la mayoría de las excursiones acababan en Westlake. La minúscula población se transformaba por completo. Las tiendas abrían hasta las doce y los bares y garitos no echaban el cierre hasta la madrugada. Las discotecas revivían y los vecinos se volcaban para recibirnos.

Aquel fin de semana de mediados de octubre, Westlake estaba aún más animado que de costumbre. La calle principal bullía de actividad así que tuvimos que abrirnos paso entre el gentío utilizando el claxon. Aparcar el Mustang de Neal nos estaba costando un triunfo. Eso sin contar con que los restaurantes hacía horas que no tenían mesas disponibles.

Después de dar cuatro vueltas a la ciudad, con las tripas rugiéndonos como una sinfonía, Neal dio de pronto un volantazo y se lanzó como un depredador hacia el espacio que acababa de dejar libre un descapotable amarillo. No era muy grande y casi no podíamos abrir las puertas pero, al menos, habíamos conseguido estacionar. Y eso ya era algo.

Salí del coche sin poder creer la suerte que habíamos tenido.

—Eh, Kyle. ¿Ese de ahí no es el que siempre te está siguiendo? —preguntó Mike. Su dedo apuntó hacia el vehículo negro que estaba parando en doble fila justo detrás del Mustang de mi amigo. Reconocí al conductor. Dimitri...

Habían transcurrido dos meses desde que escuché aquella conversación en el despacho de Lawrence. Nada había cambiado. No se habían vuelto a producir robos. Tampoco había recibido ninguno de esos crípticos mensaje. Ni había visto a aquella sombra de nuevo, acechándome. Aún así, yo seguía vigilado, con mi insufrible perseguidor pegado a mí casi las 24 horas. ¿Estaría esperando a que me transformara en Zero en plan Superman para poder echarme el guante? Porque, desde luego, dudaba mucho que hubiera encontrado algo reprochable en mi conducta, más allá de lo habitual.

—Vaya, tío. ¿Aún no te has podido librar de ese poli malhumorado? —dijo Neal.

—Olvidaos de él —repuse, con un tono más tajante de lo que era habitual en mí. No me apetecía hablar de Dimitri. Entre otras razones porque mis amigos ignoraban el verdadero motivo por el que el detective me seguía sin darme tregua. Había decidido no contárselo. Ni a ellos ni a nadie. Prefería fingir que no había estado en el archivo oyendo cómo me acusaban de ser Zero. Era la mejor forma de pasar por alto el control enfermizo al que me estaban sometiendo. Hacer que como si aquello no

estuviera sucediendo. Decidí salirme por la tangente para que la conversación no siguiera girando en torno a Dimitri—. Esto está más concurrido que nunca, ¿eh? Seguro que vamos a pasarlo muy bien.

—Bueno, ¿y adónde vamos? —preguntó Mike—. Esta noche es la primera que salimos de Drayton. Deberíamos aprovecharla a tope.

—Podríamos ir al Nino's. ¿Qué os parece? Los del equipo de polo están ya allí.

El Nino's era una discoteca pequeña, sucia y fea que ostentaba el honor de ser uno de los pocos sitios de Westlake en los que se escuchaba buena música. Incluso para los novatos, resultaba fácil identificar aquel garito. Tan solo había que buscar un antro destartado con una fila de más de cincuenta personas en la puerta.

Aquella noche, sin embargo, la cifra superaba fácilmente las setenta almas.

—Oh, tío, ¿tenemos que esperar esa cola? —se quejó Neal.

—¿Qué dices? Pareces nuevo —le espetó Mike. Se acercó al tipo que custodiaba la entrada. Delante de él había un cordón rojo que impedía que los más avispados pudieran colarse—. ¿Qué hay, Johnny? Parece que hoy vais a hacer pleno, ¿eh?

—Y que lo digas. El jefe está encantado. Aunque... —Nos miró a los tres—. No sé si vais a poder entrar. Hay muchas personas esperando...

—Seguro que hay hueco para nosotros —Mike agarró la mano de su interlocutor como si fuera a estrechársela e hizo resbalar un billete de cien dólares antes de apartarse de nuevo. Johnny lo guardó en su bolsillo con la habilidad de quien está acostumbrado a aquel tipo de transacciones.

—Vaya, qué casualidad. Acaban de salir tres personas —no me molesté en comprobar sus palabras porque sabía que eran una mentira barata. Quitó el cordón y se hizo a un lado para hacernos pasar—. Divertíos, chicos.

—Gracias.

Así de fácil. Cien dólares y estabas dentro. Sin esperar fila. Esa era la solución que más le gustaba a Mike. Cuando atravesé el umbral del Nino's, escuché la voz de Dimitri detrás de nosotros.

—Necesito entrar —le decía a Johnny.

—Lo siento, abuelo. Esto está lleno. Espere la fila si quiere pasar.

¿¡Abuelo!?! Solté una carcajada y me perdí entre la multitud mientras Dimitri seguía discutiendo con el de la puerta.

CAPÍTULO 23

El Nino's era una explosión de gente y luces de neón. La música estaba a tope y las paredes vibraban con el marcado ritmo que salía por los altavoces. Ver el ambiente y cruzarme con alguna que otra cara femenina consiguió que olvidara mis preocupaciones y que me sintiera pletórico.

—Eh, voy a por algo de beber —le dije a Mike por encima de la música. Neal ya se había adueñado del centro de la pista de baile y saltaba de un lado a otro como loco.

—Tráeme algo.

En la barra, sirviendo chupitos como todas las noches, estaba Patrick Neville.

—¡Eh, Patrick!

—Ky... Kyle. ¿Q-q-q-ué tal va todo?

—Genial, tío. El Nino's está muy animado y eso siempre me sube la moral.

—¿Quieres q-q-q-que te ponga a-a-a-algo? —me preguntó.

—Dame dos de esos —señalé con la cabeza el chupito verde que bebía una pareja a mi lado. No tenía ni idea de lo que podía ser pero me gustaba el color.

—C-c-c-claro —fue a coger un vaso limpio del fregadero. Lo hizo con tanta torpeza que se le resbaló y acabó estrellándose en el suelo.

—¡Patrick! —gritó enfurecido el dueño del Nino's desde el otro lado de la barra—. Es el cuarto vaso que rompes esta noche. ¿Cuándo vas a dejar de destrozarme la vajilla? No necesito más gastos por tu culpa.

—Lo... l-l-l-lo siento...

—No quiero escuchar más lo sientos saliendo por esa boca tuya. Procura que no se te caiga ni uno más.

Patrick asintió, cabizbajo y con el rostro congestionado por la vergüenza. Repitió la misma operación que antes aunque, esta vez, el vaso llegó sano y salvo hasta su destino.

—Será torpe. Todavía no sé por qué le contraté —oí que mascullaba el dueño del Nino's.

En Drayton la mayoría podíamos vivir sin preocuparnos por cuánto costaba la matrícula. Aunque también los había que para seguir estudiando en el mejor internado del mundo tenían que rascarse el bolsillo. Patrick estaba entre ellos. De hecho, algunos decían que era su tío, Charles Neville, el famoso arquitecto, quien pagaba cada mes parte de la cuota de su sobrino porque sus padres no podían permitírselo.

Lo que no terminaba de entender era por qué había elegido el Nino's, de todos los sitios disponibles en Westlake, para ganarse el dinero extra que necesitaba. No es que Patrick fuera mal tío. Pero, desde luego, no encajaba para nada como camarero en una discoteca. Tenía una forma de ser que superaba el calificativo de tímido y lo elevaba a otro estrato superior, muy por encima. Le costaba lo indecible integrarse en

las conversaciones y cada vez que tenía que hacer alguna exposición en clase terminaba en el servicio, vomitando el desayuno o lo que hubiera comido aquel día. Y cuando estaba nervioso, no paraba de tartamudear.

—Yo... l-l-l-lo s-s-s-siento, Kyle —sus manos temblaban mientras me servía los chupitos. La mitad del líquido se derramó por el camino.

—No pasa nada. Ese viejo de Thomas es un gruñón. No le hagas caso.

—Ya... bueno, yo, eh, es que n-n-no soy m-m-muy bueno en esto. Tal vez d-d-debería buscar otro trabajo.

No quise desanimarle.

—Puede que cambiar de aires te venga bien.

—¿T-t-tú crees?

—Sí.

Una chica morena con minifalda se abrió paso entre la gente, desesperada por conquistar un trozo de barra. Me fijé en ella. Era guapa...

—Con toda la gente que hay hoy seguro que Patrick tarda en atenderte —le dije cuando llegó a mi altura. Arrugó el entrecejo, contrariada, e intentó en vano llamar la atención de Patrick para que la atendiera. Empujé uno de los chupitos hacia ella. Lo había reservado para Mike pero seguro que mi amigo entendería el sacrificio. Después, le pediría otro a él—. Invito yo.

—Gracias —me lanzó una miradita juguetona. Le devolví el gesto, acompañado por un significativo guiño.

Todo iba a las mil maravillas. Tenía un chupito de una bebida verde aún sin identificar y estaba coqueteando con una chica que estaría entre las más guapas de la discoteca. No tenía queja alguna... Al menos, hasta que apareció Robert Griffith. Y entonces mi noche se convirtió en un desastre mayúsculo.

CAPÍTULO 24

Noté que alguien me daba con fuerza en el hombro. Un manotazo que me proyectó hacia delante y me hizo clavarme el borde de la barra en las costillas. Me volví y me encontré de frente con la última persona del universo con la que me apetecía cruzarme aquella noche.

—¿Qué tal estás, Bradford?

Se me atragantó el chupito.

—Bien, Griffith. ¿Y tú?

Robert Griffith era casi tan alto como yo pero tenía el doble de musculatura que un servidor. De hecho, sus brazos parecían dos troncos de árbol comparados con los míos. Llevaba el pelo cortado casi al cero y sus marcadas facciones germánicas le conferían un aspecto intimidatorio que invitaba poco a la conversación pacífica. Arrastraba tras de sí un aire de matón insolente que busca pelea hasta en un jardín de infancia.

Nunca nos habíamos llevado demasiado bien. Aunque, para ser sincero, no recordaba cuándo empezó nuestra enemistad. Sí, él era alumno de Rockland y yo de Drayton. Y todos sabíamos que las relaciones entre los dos internados nunca habían sido demasiado fluidas. Se decía que aquel que no superaba la prueba de acceso a Drayton acababa recayendo en Rockland, como segunda alternativa de consuelo, y la rivalidad entre los dos colegios era legendaria.

También había influido en nuestra poco fructífera relación el hecho de que Griffith y yo mantuviésemos desde pequeños una competencia feroz por ser los mejores jugadores del campeonato nacional de polo. Y que le quitara a su novia años atrás, durante una fiesta en mi casa. Sin olvidar el coche que Robert me destrozó después de eso...

—Qué casualidad que nos hayamos encontrado aquí, ¿verdad? Yo también tengo el fin de semana libre en Rockland y he venido a Westlake para pasar la tarde. Estaba bailando y de repente te he visto aquí —hizo una pausa como si quisiera saborear su próxima palabra—. Solo.

No se trataba de una casualidad y los dos lo sabíamos. Me había estado esperando.

—Una maravillosa coincidencia, sí. Yo diría que demasiado fortuita incluso.

Griffith entornó los ojos. Estaba colocado por delante de sus amigos para demostrar que era el macho alfa de la manada. El resto de los compinches que siempre le acompañaban permanecían detrás de él, respetando su descarada demostración de liderazgo.

—¿Sabes? Hay una cosa que me hace perder los estribos. ¿Puedes imaginarte cuáles?

Le di un trago a mi chupito.

—Y yo qué sé, Griffith —contesté, sin mucho interés.

—Pues para tu información, me molesta mucho que hagan daño a mi familia. Bastante, de hecho.

—Pues vale —me limité a responder. ¿Y qué tenía que ver aquella milonga conmigo? No me importaba su vida lo más mínimo.

—Has hecho daño a mi hermana —me soltó.

—¿Hmmm?

—¿Es que acaso se te ha olvidado lo que pasó antes del verano?

Ah... ya...

Antes de las vacaciones, durante la fiesta de fin de curso, tuve la mala fortuna de flirtear con la chica equivocada. Una de las populares de Rockland que, para mi desgracia, también era la hermana de Robert Griffith. Una pequeña metida de pata, por mi parte, lo reconozco. Cuando le aseguré que no iba a salir con ella, empezó a lloriquear de forma tan grandilocuente que a mí me dio un ataque de risa. Sí, aquello también fue una metida de pata. Cuando se le pasó la llantina me prometió que se lo diría a su hermano. Y había cumplido su palabra, por lo que se veía.

—No sabía que te habías convertido en un matón a sueldo. No te va mal el papel...

—Yo también lo creo. Sobre todo si la persona con la que tengo que ajustar cuentas eres tú, Bradford —pronunció mi apellido como si estuviera recubierto de veneno—. Ya le avisé a mi hermana que no debía acercarse a ti. Pero no me escuchó. Me dijo que eras el mejor chico que había conocido. ¡El mejor! —Robert escupió en el suelo, junto a mi zapato—. Tú nada más que sabes romper corazones. No tienes sentimientos por nada ni por nadie.

—¿Y tú sí? —repuse con una risotada—. ¿O es que acaso te crees mejor que yo? Porque te recuerdo que no soy yo precisamente el que va pegando palizas por ahí.

—Solo me molesto en golpear a los de Drayton porque sois una pandilla de nenazas.

—Y los de Rockland sois unos segundones. ¿Quién crees que perdió el campeonato de polo el año pasado?

Aquello terminó de rematar el enfado de Robert. Apretó la mandíbula y su rostro se quedó más cuadrado de lo normal.

—Este año no tendréis tanta suerte.

—Eso ya lo veremos. Y te voy a decir algo más. No sabía que era tu hermana. Aunque si lo hubiera sabido, me habría dado igual.

—Serás...

Robert echó el brazo hacia atrás dispuesto a dejarme la cara igual que un mapa. Capté su movimiento a la perfección, como si supiera cuál iba a ser su reacción exacta de antemano.

Y entonces ocurrió algo extraño.

Agarré su puño cuando lo dirigía hacia mi pómulo y lo detuve. Tiré de él, giré sobre mí mismo y lancé Griffith por encima de mi espalda hasta derribarlo en el

suelo. Me moví en cuestión de segundos. Agarrar. Empujar. Y derribar. Todo en una.

Aquel movimiento estilo Bruce Lee habría sido normal para un experto en artes marciales o para alguien que había entrenado en un gimnasio. El típico cinturón negro que sabía cómo moverse y atacar. Pero daba la casualidad de que yo *no* era ni una cosa ni la otra. De hecho, no había aprendido a pelear en mi vida y lo poco que sabía había sido a base de ojos morados y ensayo error.

Así que...

¿Cómo había conseguido hacer aquella llave y desarmar al rompehuesos de Rockland como si fuera un principiante?

CAPÍTULO 25

Los de Rockland, incluido su líder, se habían quedado tan asombrados como yo y, durante unos instantes, ninguno movió un dedo. Robert fue el primero en reaccionar. Se puso en pie, vociferando como un energúmeno.

—¿Qué estáis haciendo? ¡Id a por él y darle su merecido!

Dicho y hecho. Sus cuatro acompañantes interpretaron la orden como un «vía libre para machacar a Kyle» y avanzaron hacia mí a modo de jauría. Uno incluso se quitó el jersey amarillo de Rockland y lo tiró al suelo para que no se ensuciara con mi sangre. *Qué amable por su parte...* Dudaba que las ansias de patearme el trasero que podía leer en sus rostros estuvieran motivadas por el golpe que acababa de pegarle a su líder. Me daba la impresión de que, más bien, me tenían ganas desde hacía tiempo y que esta solo había sido una buena excusa para encubrir sus intenciones bajo un velo de dignidad.

La gente se apartó para dejarnos espacio, formando un *ring* improvisado. Los gritos de «pelea, pelea» sustituyeron las risas y las conversaciones, eclipsando incluso la música que salía por los altavoces.

El primero de los ataques no se hizo esperar. El que se había quitado el jersey se acercó a mí con los puños preparados. Él sí sabía pelear. No hacía falta más que ver la seguridad con la que me encaraba.

Estoy perdido. No tengo ninguna posibilidad.

Estaba pensando en el labio partido que tendría al día siguiente cuando volvió a ocurrir. Mi cuerpo reaccionó de forma automática. Me desplacé hacia la derecha y mi mano se cerró igual que una garra en torno a la muñeca de mi contrincante. Me moví aún más rápido que antes. Con absoluta precisión. Sin que mi mente tuviera que planear nada. Era como si hubiera apretado un botón de pilotaje automático.

Aferré por el cuello a aquel chaval que antes parecía tener todas las papeletas para dejarme para el arrastre unas cuantas semanas y le derribé en el suelo con un golpe seco. Le sujeté donde estaba, aplastando mi pie contra su abdomen para que no pudiera levantarse.

¿Qué...?

A mi alrededor todos me miraban, boquiabiertos. Incluso Patrick, que ni siquiera pestañeaba de tan patidifuso como estaba. El poco alcohol que había tomado me subió por la garganta y me asfixió la tráquea.

¿Cuándo he aprendido a pelear de esta forma?

Asustado, retrocedí.

¿Cómo lo he hecho?

El Nino's empezó a dar vueltas. Tenía una sensación extraña en la boca del estómago y un agudo pinchazo me perforaba la base del cráneo. Cada vez me costaba más mantener el equilibrio. Me agarré a la barra en busca de apoyo pero mis piernas fallaron.

Al final, caí al suelo, inconsciente.

CAPÍTULO 26

Tenderetes de colores, guirnaldas navideñas, bullicio y, sobre todo, el olor a manzana de caramelo. Solo conocía un lugar que oliera así. Una mezcla entre aroma dulzón y arena removida por decenas de pies. La feria que se celebraba en Westlake el día de Navidad.

¿Qué estoy haciendo aquí?

—Eh, Kyle. ¿Ves por algún lado a Neal? Creo que le hemos perdido.

Me volví hacia la persona que me estaba hablando. Mike. Detrás de nosotros, marchaba el resto del equipo de polo, riendo por algún chiste que uno de ellos había contado.

—Ya sabes cómo es —dije—. Se habrá entretenido con alguien por el camino.

—Es increíble —se lamentó Mike—. Después dirá que no le esperamos nunca para montar en el Gran Martillo. ¿Cómo quiere que lo hagamos si siempre desaparece cuando menos te lo esperas?

—Iré a buscarle.

—De acuerdo. Pero no tardes. Quiero subirme en las atracciones varias veces.

Estoy soñando otra vez...

Desanduve mis pasos y, mientras caminaba, me fui fijando en las casetas que se alzaban a ambos lados del camino de tierra. La mayoría eran puestos de escopetas de juguete trucadas y otros tantos de golosinas y algodones de azúcar gigantes. También había atracciones. Nada demasiado espectacular y con aspecto de tener bastantes años de funcionamiento encima. Saludé sin detenerme a varios compañeros de Drayton y divisé en la fila de la noria a Miranda y a sus amigas, tan estupendas como siempre. Aún así, por mucho que miraba a diestro y siniestro, no conseguía localizar a Neal.

Iba a darme la vuelta cuando reparé en la minúscula carpa que se erigía al final de la feria. No la habían decorado con colores vivos y Santa Claus colgados como el resto. Era negra completamente. Y en el interior no se veían juegos para pasar el rato ni nada por el estilo. Solo una mujer, sentada en un taburete alto con una mesa circular al lado.

Levantó la cabeza, como si supiera que la estaba mirando. Tenía el cuello tan arrugado que me recordó a uno de esos perros Shar Pei. La túnica granate que llevaba puesta le llegaba hasta los pies y el fajín bordado que le ceñía la cintura acentuaba el cuerpecillo escuálido y enfermizo que se ocultaba bajo aquella tela.

—¿Quieres que te lea el futuro, joven? —me preguntó. Hablaba igual que una abuela cariñosa lo haría con su nieto. Sonrió y dejó al descubierto una ristra de dientes negros y desiguales—. Tengo lo que necesito aquí para conocer lo que te deparará el mañana.

Señaló la mesa. Sobre la superficie había cartas de quiromancia y algunos huesos de vete tú a saber qué animal. Rechacé su oferta con una sacudida. Prefería encontrar a Neal para poder volver con Mike y los demás. No me apetecía escuchar a una

anciana improvisando sobre la marcha para sacar algunos dólares extra.

—Lo siento, señora —dije, con la mayor cortesía—. Creo que voy a...

De pronto, el semblante de la pitonisa se transformó. Su mandíbula se descolgó de su sitio unos centímetros y sus párpados se abrieron más allá de lo que creía posible. Irguió el espinazo como si acabara de recibir un latigazo y sus ojos se clavaron en mí, horrorizada.

Seguí la dirección de su mirada. Llevaba puesta una cazadora y la camiseta que Mike y Neal me regalaron el día que me nombraron capitán del equipo. Pero no era eso lo que contemplaba la mujer. Guardada en el bolsillo interior de la chaqueta estaba la esfera negra. Su superficie cristalina sobresalía ligeramente de su escondite, lo suficiente para que se viera desde el exterior.

—Tú... —susurró—. Eres uno de los portadores.

El tono trémulo de su voz hizo que se me encrespara el vello.

La anciana se levantó de su taburete con tanta prisa que incluso trastabilló con sus propios pies. Temblaba y su cuerpo se convulsionaba como si fuera una hoja. Estaba aterrorizada. Espantada con mi presencia.

Me acerqué para tranquilizarla. Quería asegurarle que no iba a hacerle daño. Pero en cuanto vio que me aproximaba a ella soltó un grito agudo.

—¡No me toques! ¡No me toques! —Sentí que la esfera vibraba en el interior de mi chaqueta y que el frío que desprendía se clavaba en mis costillas. La mujer volvió a gritar, más fuerte que antes—. ¡Aléjala de mí! ¡Aléjala!

Estaba fuera de sí y sus ojos se habían transformado en dos pequeñas bolitas inyectadas en sangre.

—Su poder no puede ser controlado por seres humanos. Te corromperá. Y acabarás hundido en las tinieblas como aquellos que hicieron lo mismo que tú antes. Recuerda lo que digo, hijo. Muy pronto no podrás escapar de la oscuridad.

Mis dedos se crisparon alrededor de la esfera. Las palabras que había pronunciado la pitonisa se repitieron dentro de mí, acompañadas por un eco burlón.

Te corromperá... Te corromperá... Acabarás hundido en las tinieblas.

CAPÍTULO 27

Abrí los ojos. El techo que tenía encima no era el del Nino's. No tenía focos ni luces destellantes sino una cenefa de motivos florales adornándolo y gruesas vigas atravesándolo de un extremo a otro. ¿Seguía soñando?

A mi alrededor solo veía una cortina blanca que me cercaba por los cuatro costados, una mesa con tres frasquitos de cristal y una silla. Del respaldo colgaba el abrigo y la camisa que llevaba puestos en Westlake. Bajé la vista. Estaba desnudo de cintura para arriba, con unas ventosas azules pegadas en el pecho. Alguien me había tumbado en una camilla articulada, dejando mis brazos estirados a ambos lados de mi cuerpo.

—Eh, ¿de qué va esto? —Me incorporé—. ¿Dónde estoy?

Hice memoria. El Nino's, la chica de la minifalda, el chupito de color verde, la discusión. Y también la pelea...

—¡Señor Bradford, ya ha despertado!

Enfoqué el rostro de la mujer que estaba junto al cabecero de mi cama. Era Natalie, la enfermera de Drayton, con su pelo rizado recogido bajo una cofia blanca y una bandeja con medicamentos entre las manos. Se acercó a mí.

—No tendría que haberse levantado tan precipitadamente —me sujetó con suavidad y me obligó a recostarme de nuevo—. Necesita descanso.

—Estoy en la enfermería del internado —dije, más por informarme a mí mismo que por preguntar.

—Así es. Parece que sufrió un desmayo estando en Westlake y sus amigos le trajeron aquí —me explicó Natalie. Su voz era dulce, la de una persona que estaba acostumbrada a tratar con niños quejicas que se inventaban historias cada dos por tres para faltar a clase.

—¿Me desmayé? —repetí.

—Le hemos hecho unas cuantas pruebas y todo está bien. Seguramente, fue una bajada de tensión o exceso de cansancio. No tiene de qué preocuparse. Tiene un cuerpo muy fuerte —empezó a quitarme las ventosas—. El señor Grossman y el señor Morrison han estado con usted hasta ahora mismo. Acaban de marcharse al comedor para tomarse un café. ¿Quiere que les avise para que sepan que ha despertado?

—Por favor.

Natalie apartó la cortina blanca y salió de la enfermería. Diez minutos después, la puerta por la que había salido ella volvió a abrirse.

—¡Eh, colega! —Mike se sentó en el borde de la camilla y entrechocó los puños con conmigo—. ¿Se puede saber qué te puso Patrick para beber? Nos has dado un buen susto.

—No lo recuerdo muy bien. ¿Algo verde?

—Pues será mejor que no vuelvas a tomar nada verde, tío. Te ha sentado fatal —

puntualizó Neal—. Estábamos bailando y de pronto todos empezaron a gritar. Cuando nos acercamos, te vimos allí tirado. Patrick estaba contigo pero tenías la cara tan blanca que pensamos que la habías palmado.

—Robert Griffith no dejaba de decir que te habías desmayado porque te había golpeado —dijo Mike—. ¿Fue eso lo que pasó?

—No, ni siquiera me rozó. Es un mentiroso —ignoraba qué aspecto tendría yo pero el de Mike y Neal no era muy bueno. Estaban pálidos y demacrados, como si les hubiera pasado por encima un camión. Mi escenita en el Nino's les había dejado preocupados—. Oye, ¿por qué no vais a descansar un poco? Seguro que estáis cansados.

—Ni hablar nos quedamos contigo.

—Natalie ha dicho que no ha sido nada —antes de que empezaran a quejarse de nuevo, levanté el dedo y corté sus protestas—. Estoy bien. En serio. Marcharos y dormid unas horas. Me encuentro mucho mejor.

Y era cierto. Me sentía con fuerzas como para correr la maratón de Nueva York y llegar el primero con ventaja. Aún así, me costó convencerles por lo menos media hora más. Cuando al fin logré que regresaran a sus habitaciones, me quedé con Natalie, ayudándola a colocar medicamentos en los estantes.

Lawrence se presentó en la enfermería poco después de aquello. A pesar de que era bastante tarde, iba vestido a lo *dandy*. No le faltaba ni siquiera un pañuelo de seda anudado al cuello. Dimitri marchaba detrás de él. Aunque su apariencia dejaba bastante que desear en comparación con la del director. ¿Por qué nunca se quitaba esa gabardina gris?

—Me he enterado de su pelea, señor Bradford —me dijo Lawrence nada más verme.

—Mmmm.

—Déjeme decirle que me ha decepcionado.

—¿No me diga?

—Esperaba un comportamiento más digno viniendo de usted.

Más digno. Tal vez hubiera preferido que estuviera robando...

—Debe entender que Rockland es una institución que ha mantenido con Drayton unas relaciones inmejorables desde hace años y no es de mi agrado que haya peleas entre alumnos de un internado y otro.

La verdad, me costaba calificar las relaciones entre Drayton y Rockland como «inmejorables» cuando desde hacía años competían por el puesto de colegio más elitista.

—La próxima vez espero que sea más responsable y respete el nombre de Drayton más de lo que ha demostrado esta noche. Y por si acaso aún no se ha acordado, no me avisó de que iba a salir, tal y como le dije.

Le miré de soslayo. Tenía razón. Lo había olvidado por completo. ¿Significaba eso que estaba expulsado? Lawrence respondió a mi pregunta sin que yo la formulara

en voz alta.

—No se lo tendré en cuenta por esta vez. Pero a partir de ahora no habrá más segundas oportunidades, ¿entendido? Espero que aproveche esta noche para recapacitar sobre lo que hizo en Westlake. Podrá dejar en mi despacho por escrito sus disculpas a lo largo de la semana —se encaminó hacia la puerta—. Ah, señor Bradford.

—¿Sí?

—Quiero verle en clase mañana a primera hora. No firmaré ninguna autorización para que pueda faltar.

Y, así, sin más, se marchó, dejando a Dimitri riendo por lo bajo.

—¡Piérdete, Lawrence! —rugí. Grité tan alto que no me quedó la menor duda de que el director me había escuchado. No me importó. Ahora que sabía lo que pensaba realmente de mí, me daba igual que supiera lo que yo pensaba de él.

El detective se sentó en la silla que había junto a la puerta. Parecía contento. Aunque no sabía muy bien por qué.

—¿Has dormido bien o tienes semejante cogorza que no te mantienes en pie?

—Las he tenido peores. ¿Y tú? ¿Me has echado de menos?

—Ni lo dudes —contestó con tono mordaz—. Parece que tus amigos te quieren bastante. Me gustaría saber si seguirían teniéndote en tan alta estima si descubriesen la verdad sobre ti... Porque después del espectáculo que has dado en Westlake, mis sospechas están aún más confirmadas que antes.

—¿A qué viene eso?

—Estaba en el Nino's cuando empezó la pelea. Le había mostrado mi placa al tipo de la puerta y me había dejado entrar justo detrás de vosotros. No te fijaste, por supuesto. Estabas demasiado ocupado coqueteando con esa chica de la minifalda —¿qué era eso que estaba pintado en su cara? ¿Sarcasmo?—. Pero cuando apareció ese tal Robert Griffith y te vi esquivar su golpe y lanzarle por los aires me di cuenta de algo. Aquel fue el mismo movimiento que utilizó Zero para desarmarme la noche que nos encontramos en la Ópera de Los Ángeles. Una extraña casualidad, ¿no te parece?

Que existiera una relación entre lo que había ocurrido en el Nino's y Zero me hizo tragar saliva a duras penas. De nuevo, todo parecía estar en mi contra. ¿Por qué, maldita sea? Al menos, ahora sabía el motivo por el que Dimitri estaba tan feliz...

—Ha sido una simple coincidencia.

—Sigue insistiendo en tu «supuesta» inocencia si eso te hace más feliz. No creo que tus vanas excusas puedan durarte mucho más.

—Disculpe, señor Bradford —Natalie se acercó a nosotros, titubeante. Me miró y luego eché una ojeada rápida a Dimitri, incómoda por la atmósfera de animadversión que flotaba entre nosotros—. Acaban de dejar esto en la puerta para usted.

Me tendió un paquete. Estaba envuelto en un burdo papel de embalar y pegado en la parte de arriba había un sobre. De color negro. Con mi nombre escrito en la solapa. En letras doradas. Lo arranqué de su sitio.

O mucho me equivocaba o ese sobre era igual que el que estaba en mi habitación cuando llegué a Drayton. El mismo color. Incluso el mismo tamaño. Sí. No había duda. Eran idénticos. O, al menos, lo suficientemente parecidos como para que resultaran semejantes. Rasgué la solapa y saqué la nota que había dentro:

—«Nada desaparece sin dejar rastro».

¿Era un acertijo o algo así? Cogí el paquete. Tal vez el mensaje tenía algo que ver con el contenido...

—Vaya, incluso te llegan regalos de tus admiradores cuando estás en la enfermería. Qué bonito... —comentó Dimitri. Le dediqué una mirada helada que él me devolvió con la misma intensidad. Natalie se esfumó de nuestro lado antes de que la discusión entre el detective y yo se recrudeciera—. ¿Y qué te han regalado? ¿Una máscara de plata, tal vez?

—Por si no lo sabías, las máscaras me dan alergia, detective.

Le di la espalda y me alejé. Dimitri se recostó en su silla con un gruñido, sin apartar sus ojos grises de mí.

Dejé el sobre encima de un repisa y rompí el papel de embalar que protegía el paquete. Una caja. Negra, lacada, sin adornos de ningún tipo y con un sencillo broche cerrándola. Eso era lo que había bajo el envoltorio. Tiré del cierre y levanté la tapa.

Dentro, tan radiante y perfecta como el día que la vi por primera vez, estaba la estilográfica de oro de Neal.

CAPÍTULO 28

Lo primero que pensé fue que la mezcla de medicamentos y chupitos verdes no había causado un buen efecto en mi organismo y me estaba haciendo ver alucinaciones. Sin embargo, cuando saqué la estilográfica de la caja y me cercioré de que era la auténtica, el sudor empezó a perlar mi frente. ¿Cómo había aparecido en aquella caja, como salida de la nada?

El *shock* inicial dejó pasó a la preocupación. Miré a la persona que estaba sentada junto a la puerta de la enfermería. Dimitri. Se había agenciado un periódico y estaba leyendo la sección de política. De vez en cuando alzaba la vista hacia mí...

Sentí que el fondo de la garganta se me secaba. Si se le ocurría preguntar qué había en la caja... Si descubría que yo tenía la estilográfica... Ya podía darme por acabado. El objeto robado en las manos del primer sospechoso. La prueba definitiva. Mi fin. No quería ni pensar cómo me sentaría el traje de presidiario.

Tenía que huir. No. No. No. Si huía creerían que había sido yo. De acuerdo. ¿Qué otra cosa podía hacer? Hablar con Lawrence y contarle la verdad. Eso. Le diría que alguien me había dejado un paquete con la estilográfica dentro. Podía pedirle incluso que se la devolviera a Neal y así todo quedaría resuelto. ¡Sí! Aunque... La última vez que había acudido a él en busca de ayuda no me había encontrado con un recibimiento demasiado caluroso...

Antes de que pudiera entrar en un estado de pánico total, el sonido de mi teléfono quebró el silencio de la enfermería. En la quietud parecía tener amplificadores. Rebusqué en el bolsillo de mi pantalón. No quería apartarme de la estilográfica bajo ningún concepto así que la mantuve bien sujeta mientras tanto.

Cuando di con el aparato por fin, me lo llevé al oído.

—Buenas noches, Kyle Bradford. ¿Te ha gustado mi regalo? —Aquella voz... Algo tintineó en mi cerebro—. Supongo que lo habrás abierto ya. Es la caja negra lacada que tiene la estilográfica de oro de tu amigo Neal dentro.

Enmudecí. ¿La persona que estaba al otro lado del teléfono era la misma que me había mandado aquella caja negra? ¿La misma que había convertido mi delicada situación de primer sospechoso en un campo de minas?

—Por lo que veo te ha debido de gustar mucho porque te has quedado sin respuesta.

Me obligué a reaccionar.

—¿Tú eres...?

—Sí, soy yo quien te ha dejado el paquete en la enfermería para que Natalie lo encontrara y te lo diera.

—¡No sabes lo que has hecho! —Miré de reojo a Dimitri. No estaba tan cerca de mí como para escuchar la conversación. Aún así, bajé la voz hasta convertirla en un susurro—. Si querías devolverle la estilográfica a Neal tendrías que habérsela dado a él directamente. ¡No a mí! Ahora me has metido en un buen lío.

—La cuestión es que no quiero devolverle nada al señor Morrison. Tienes a la policía pegada a los talones. Te están vigilando. ¿Qué crees que pasará si descubren que tienes la estilográfica?

—Pensarán que la he robado yo —contesté sin pensar.

—Exacto. Y eso es precisamente lo que busco —y como si quisiera burlarse de mí dejó escapar una carcajada que explotó en mi oído. Espera... Conocía aquella risa. No era la primera vez que la escuchaba. Aunque la última vez la había oído a través de la puerta cerrada de mi dormitorio, sonaba igual de tétrica por teléfono.

—Eres tú... —susurré—. El que me persiguió hasta mi habitación.

—Veo que todavía recuerdas nuestro primer encuentro. Esa es una magnífica noticia. ¿Por qué no te asomas a la ventana para que podamos presentarnos?

Hice lo que me dijo. Rodeé la repisa en el que había dejado el sobre y me aproximé al ventanal.

En seguida le vi.

Subido en lo alto de un árbol que estaba justo delante de la enfermería. Ataviado de negro, con una capucha cubriéndole la cabeza y el teléfono móvil por el que estaba hablando apoyado sobre su oreja. En la cara llevaba una máscara. Pero no cualquier máscara. Era de plata. La había visto muchas veces. En la televisión, en los periódicos, en la revista que tía Jane me había enseñado con la noticia sobre el robo de la diadema Emperatriz...

No puede ser...

Sujeté el teléfono con más fuerza.

La persona con la que estaba hablando... El propietario de aquella risa mezquina...

Era Zero.

Nos miramos. Yo con la barbilla temblorosa y el pulso marcado en mi garganta. Él con el cuello ligeramente torcido, como si me estuviera estudiando.

—Por tu cara de desconcierto intuyo que no sospechabas que era yo el que te había hecho llegar la estilográfica... ¡Vamos! No era tan difícil. Te dejé incluso un mensaje de bienvenida sobre tu cama el primer día de clase. ¿Cómo no iba a enviarte un pequeño obsequio para desearte una pronta recuperación?

—¿De verdad eres el auténtico Zero? —pregunté con voz insegura.

—Pues claro que sí. Dudo que haya muchas personas que puedan saltarse la seguridad de Drayton y entrar sin que nadie se percate de ello.

—¿Qué... es lo que quieres?

—Te lo explicaré. Últimamente, Dimitri me está poniendo el trabajo muy complicado. Cada vez me tiene más acorralado y si no voy con cuidado acabará dando conmigo y mi reputación se verá arruinada. Para evitar que eso ocurra he decidido desviar su atención de mí, utilizando para ello a otra persona como señuelo...

Sentí que el suelo se tambaleaba bajo mis pies de forma peligrosa.

—Ese señuelo eres tú, por supuesto —no pude contestar. Ni siquiera abrir la boca. Estaba demasiado aturdido—. He tenido que dejar alguna que otra prueba falsa en el camino de Dimitri para que picara el anzuelo aunque ha sido más fácil de lo que había previsto... Ahora, está convencido de que tú eres yo. En otras palabras. Has dejado de ser un sencillo adolescente para convertirte en su principal objetivo. No está mal, ¿eh? Y mientras él cree que tú eres Zero, yo puedo trabajar con más tranquilidad. Está tan pendiente de ti que ni siquiera se da cuenta de que yo existo.

Así que era eso. Las pruebas apuntaban en mi contra porque Zero se estaba encargando de que fuera así...

—Por supuesto, todavía existe una pequeñísima posibilidad de que tenga sus dudas así que para evitar que su férrea convicción pueda tambalearse, iré dejando aquello que robe en tu camino hasta que te descubra. Eso terminará de persuadirle de que tú eres Zero, ¿no crees? —volvió a reír.

—¿Y qué pasa conmigo? ¿Dónde encajo yo en ese maravilloso plan? ¿O es que acaso no has tenido en cuenta lo que me va a pasar a mí?

—Esa pregunta tiene una respuesta muy simple. Lo más seguro es que te acusarán de ser Zero y acabarás en la cárcel durante los próximos... hmmm... cincuenta años. Bueno, míralo por el lado positivo. Tal vez para entonces la esperanza de vida del ser humano haya aumentado y puedas volver a ver la civilización antes de morir.

Aquello no podía estar pasando. Estaba soñando. Sí. Como todas las noches. Me pellizqué el brazo para asegurarme pero lo único que sentí fue un intenso dolor. Estaba despierto. ¡Estaba despierto!

—¿Por qué yo?

—Alguien tenía que ser. Además, pareces un tipo interesante. Será divertido ver cómo intentas librarte de mis regalos mientras evitas a la policía... Conozco Drayton mejor que tú. No te resultará fácil escapar de mí.

—¡No voy a ser yo quien acabe en la cárcel!

—¿Ah, no? —preguntó Zero—. Eso ya lo veremos.

—Eres un pedazo de... —mi frase terminó con una sonora palabrota—. ¡No te saldrás con la tuya!

—¿Y qué vas a hacer para impedírmelo? Nadie ha logrado detenerme hasta la fecha. Y me temo que tú no vas a ser el primero. Yo ganaré la partida y tú acabarás en prisión. Ese es el futuro que te espera y no podrás cambiarlo. Prepárate, porque lo mejor está por llegar, Kyle Bradford. Este es mi juego y tú te convertirás muy pronto en el perdedor.

Cortó la llamada y saltó de la rama en la que estaba encaramado como si fuera un gato bien entrenado. Cayó al suelo sin despeinarse si quiera y levantó una última vez su semblante enmascarado hacia mí. No podía ver la expresión que se ocultaba detrás de aquella máscara. Tampoco hacía falta. Sabía que una mueca artera estaba dibujada en su boca.

CAPÍTULO 29

Un espejo. Había un enorme espejo delante de mí. Mi reflejo acaparaba su pulida superficie, mostrándome mi propio yo. Tenía el semblante tenso, crispado. Estaba enfadado. Muy enfadado. Estrellé mi puño contra el cristal. El espejo se desquebrajó y mi imagen quedó fraccionada de forma grotesca.

—Será solo un pequeño cambio de planes. Solo eso —susurré—. Recuperaré la esfera. Como sea. La traeré de vuelta. Corregiré la equivocación que cometí en la Ópera. No dejaré que Dimitri me acorrale de nuevo.

Mis brazos ascendieron y coloqué un objeto metálico sobre mi rostro. Era una máscara. Una máscara plateada con una sonrisa moldeada en ella y dos pequeñas aberturas por las que solo se veían mis ojos azules. Se amoldaba a mis facciones como si estuviera hecha expresamente para mí. A medida. Sin errores.

Intenté gritar y escapar de aquella visión. Alejarme de aquella imagen de mí mismo contemplándome con tranquilidad en el destrozado espejo. Con la máscara plateada de Zero sobre mi cara.

CAPÍTULO 30

Cuando desperté paseé los dedos por mis mejillas y mi frente. No estaba. La máscara no estaba. No llevaba puesto aquel diabólico trozo de metal. Tampoco veía el espejo por ningún sitio. *Otra pesadilla*. Menos mal. Por un momento había creído que... Exhalé una bocanada de aire y paseé la vista por la habitación.

Entraba demasiada luz en la estancia. ¿Qué hora sería? Len no estaba en su cama. Y tampoco su uniforme. Ni su cartera. Miré mi reloj. Las 12.30. ¿¡Las 12.30!?! Genial... Me había quedado dormido. No había ido a clase. Ni siquiera había escuchado el despertador.

Tampoco me parecía tan raro.

Llevaba casi 72 horas sin pegar ojo y estaba agotado, con las fuerzas absorbidas por el cansancio. Era incapaz de apartarme de la cabeza a Zero. Sus amenazas. La caja negra. Dimitri. Pasaba la mayor parte del día esperando a que la policía apareciera en cualquier momento para detenerme. Y por las noches me quedaba en vela mientras daba vueltas y vueltas al embrollo en el que estaba metido sin yo quererlo.

Había escondido la estilográfica en la cisterna del retrete de la enfermería sin que Dimitri me viera para que el «regalo» de Zero estuviera lejos de mí, a salvo de miradas indiscretas que pudieran acusarme de ser el ladrón. Aún así...

Has dejado de ser un sencillo adolescente para convertirte en su principal objetivo...

... Está tan pendiente de ti que ni siquiera se da cuenta de que yo existo...

... Acabarás en la cárcel durante los próximos cincuenta años...

Ahora que sabía que Zero me observaba conforme me hundía en el fango, me sentía más vulnerable que nunca. Me parecía que incluso Drayton estaba más siniestro que de costumbre. Los pasillos sombríos. Ruidos extraños por doquier. Las escapadas nocturnas de Len también me daban malas vibraciones y no dejaba de espíarle por la ventana de nuestra habitación cada vez que salía.

No quería convertirme en la marioneta de Zero. No quería que se saliera con la suya. Pero ¿qué podía hacer para evitarlo?

Hablar con tía Jane era una locura. Ella me ayudaría, por supuesto, aunque, como recompensa, Dimitri aprovecharía la maniobra en mi contra. Creería que estaba intentando aprovecharme de mis influencias para hacerme la víctima y librarme así de la cárcel. Solo le daría más motivos de los que ya poseía para que me considerara un criminal de primera categoría.

La segunda alternativa era pedir ayuda al propio Dimitri. Aún guardaba los mensajes que me había mandado Zero como prueba. La gran pregunta era ¿cómo podía demostrar que fue él quien los mandó? Había sido lo suficientemente hábil como para utilizar un número oculto así que no tenía forma de vincular los SMS con él. Y lo mismo pasaba con los sobres. Sin un remitente escrito no valían de nada.

Y eso me llevaba a la tercera opción de mi escaso repertorio: recurrir a mis amigos. Aunque esta era, sin duda, la peor opción de todas. Zero me estaba inculcando de sus robos para librarse él. ¿Qué más estaría dispuesto a hacer? Cualquier cosa, tal vez. Y si Mike y Neal se veían implicados, puede que llegara a utilizarlos de la misma manera que estaba haciendo conmigo... No iba a permitirlo. Si no podía protegerme a mí mismo, al menos les protegería a ellos.

Así pues solo me quedaban dos últimas posibilidades: o frustraba el plan de Zero o me dejaba encerrar por Dimitri. Y, obviamente, pasar el resto de mi vida en prisión por un delito que yo no había cometido no se me antojaba el mejor plan de futuro.

Tenía que encontrar al ladrón antes de que acabara conmigo.

No me iba a dejar derrotar con tanta facilidad.

Lo que no tenía tan seguro era por dónde debía comenzar...

Abrí el último cajón de mi mesilla. Allí, arrugado, estaba el mensaje que Zero había dejado junto a la estilográfica de Neal. La única pista que tenía de momento, después de que tirara a la basura la primera de aquellas notas y de que la segunda se esfumara de mi puerta.

—«Nada desaparece sin dejar rastro».

Si había algún doble significado escondido detrás de aquella frase yo no conseguía descubrirlo. Tampoco es que me pareciera que dijera nada demasiado relevante. Y por más que cambiaba de orden las palabras para comprobar si se formaba algo nuevo, no lograba crear nada que tuviera algo de sentido.

De hecho, lo más interesante que veía era algo en lo que ya reparé la primera vez: el papel en el que estaba escrito aquel mensaje.

Lo examiné al trasluz. No se trataba del típico folio blanco que utilizabas para garabatear una nota a prisa cuando llegabas tarde a clase o querías decirle a alguien que te comprara cereales para el desayuno. Ni mucho menos.

Y aquello me dio qué pensar.

Siendo poco común, no debía ser fácil comprarlo. Pensemos. ¿Cuántas tiendas podrían venderlo? No muchas. O, por lo menos, no tantas como para perder la cuenta. Si centraba mi búsqueda en esa dirección tal vez podía descubrir algo de Zero...

Lo mejor es que sabía muy bien a qué sitio acudir primero.

CAPÍTULO 31

En Drayton no te aburrías aunque pasaras dentro nueve meses seguidos. Sin embargo, había un inconveniente: las compras. ¿Qué pasaba si llegabas al internado y te dabas cuenta de que te habías olvidado el cepillo de dientes en casa? ¿O si necesitabas comprar algo urgente?

No podías salir a Westlake para solucionar el problema en la primera tienda que encontraras si no cumplías los requisitos de edad de Lawrence. Y tampoco era muy recomendable que el aliento te oliera a ajo cada día de la semana solo porque el cepillo de dientes no había embarcado en tu maleta con el resto de tus pertenencias.

Afortunadamente, en el mejor colegio del mundo estaba todo inventado.

Dentro del edificio principal había una tienda propia donde se vendía cualquier objeto que los quisquillosos alumnos pudieran necesitar. Eso sí. A un precio solo apto para privilegiados.

Un reproductor de música último modelo que costaba 3000 dólares, un pintalabios de marca que ascendía a más de 280 dólares o un balón de fútbol americano fabricado con piel tratada con los más complejos y sofisticados procesos cuyo valor no bajaba de los 900 dólares. Incluso las revistas que se vendían —*Mundo Yate*, *Mansiones con encanto*, *Moda exclusiva*, etc.— daban una ligera noción del nivel adquisitivo que necesitabas para comprar alguno de los productos que se exhibían en los estantes.

Por supuesto, también atendían pedidos especiales si lo que buscabas no estaba entre sus existencias. ¿Querías un jabón con perlas de oro que valía 600 dólares? Sin problema. En menos de un día, llegaba a Drayton desde alguna de las tiendas ultraselectas que había en Los Ángeles.

Pero yo no había ido hasta allí para conseguir un balón de fútbol ni para hacer un pedido especial...

—¿Te saltas las clases para ir de compras? —me preguntó Dimitri. Se acercó al escaparate de la tienda y repasó los objetos que había expuestos. Debió de ver algún precio que rompió sus esquemas porque puso una cara de espanto que bien podría haberse immortalizado en una fotografía.

—Sí —respondí.

—No me extraña que Lawrence diga que eres un alumno nefasto.

—Te he oído.

—Lo sé, mocososo. No lo habría dicho si no estuviera seguro de que me escuchabas alto y claro —se apoyó en la pared y encendió un cigarrillo. ¿Qué parte de «prohibido fumar en Drayton» no había entendido?—. Te esperaré aquí fuera mientras pierdes el tiempo.

—Muy bien —dejé al detective dándole caladas a su cigarrillo y pasé a la tienda.

Me sorprendió lo cambiado que estaba el lugar. Había más estanterías de las que recordaba y los productos se agolpaban en los repisas como si aquello fuera una

exposición de variedades. También habían renovado el mobiliario y el mostrador donde estaba la caja registradora había dejado de ser una mesa anticuada de madera para transformarse en una superficie reluciente, de estilo minimalista.

Lo único que no había cambiado era Sally.

—¡Señor Bradford!

Rondaría la treintena aunque su rostro aniñado, cubierto de pecas, la hacía parecer más joven. Por eso muchos novatos la confundían con una alumna más y se sorprendían cuando se plantaba a su lado y les ayudaba a encontrar aquello que necesitaban.

No había nadie que conociera mejor los objetos raros y excéntricos que existían en el mercado. Y eso la convertía en la candidata más idónea para averiguar algo más sobre el papel en el que estaba escrito el mensaje de Zero.

—¿Necesita que le ayude en algo? —me preguntó. Miró a ambos lados y bajó la voz. No sé por qué lo hizo. No había nadie más que nosotros en la tienda—. Puedo traerle cualquier cosa que quiera de Los Ángeles antes que a los demás. ¿Tal vez algo especial para Halloween?

—Qué amable por tu parte —contesté—. Aunque ahora mismo estoy servido de chismes caros e inservibles.

Sally pareció decepcionada.

—Sin embargo —continué diciendo—, necesito tu ayuda para otro asunto.

—¡Por supuesto, señor Bradford!

—Kyle. No hace falta que seas tan formal conmigo —Sally dejó escapar una risita tonta. Saqué la notita del sobre y se la tendí—. ¿Sabrías decirme dónde se puede comprar este papel?

Sally cogió la nota y pasó un dedo experto por la superficie. La examinó despacio, palpándola con cuidado. Cuando terminó su análisis asintió, como si estuviera confirmando alguna hipótesis previa.

—Es papel vitela —sentenció. *Eh, vale*. Me quedé tal cual—. No se vende en muchos sitios porque fabricarlo es muy costoso. En la Edad Media, era el papel que se empleaba en los libros de las clases altas pero luego dejó de utilizarse hasta casi desaparecer. Ahora parece que, con lo que está pasando estos últimos meses, está más de moda...

—¿Qué quieres decir?

Sally se colocó las gafas de pasta sobre el puente de la nariz.

—¿No lo sabes? El papel vitela es el que utiliza Zero para avisar de sus robos. Envía siempre a la policía una nota diciendo qué objeto robará. Nunca especifica cuándo así que algunos dicen que lo hace solo para reírse de las autoridades.

Ignoraba aquello. Aunque, parecía lógico. Al fin y al cabo, el mensaje que yo había recibido era también de Zero.

—¿Estás segura de que es papel vitela?

—Sí. De hecho...

—¿De hecho? —insistí yo.

—Tal vez sea solo una simple casualidad pero estoy casi convencida de que este papel lo he vendido yo.

Encajé su afirmación con una mueca de estupor. ¿Acababa de decir que aquel papel vitela o como se llame lo había vendido ella? Le pedí que volviera a inspeccionar la nota por si acaso se había equivocado. Esperé impaciente. Cuando terminó, llegó a la misma conclusión de antes.

—Sí, no hay duda. Es el mismo que vendí yo cuando volvimos de las vacaciones de verano.

—¿Cómo estás tan segura?

—El fabricante al que le compré el papel fabrica cada pliego a mano y eso hace que el color y la textura sean muy diferentes de los industriales. Su vitela es inconfundible. Por supuesto, también es más caro.

—Ya —susurré.

—No es muy habitual que alguien pida este tipo de cosas en Drayton porque casi nadie utiliza hoy en día este papel para escribir. Aunque, a decir verdad, aquí hacen encargos muy extraños.

Conforme Sally hablaba me fui percatando de lo importante que era lo que me estaba diciendo. Si ella había vendido aquel papel, sabría quién lo compró... ¿no?

—¿Quién fue? —pregunté, tan rápido que las palabras salieron atropelladamente de mi boca—. ¿Quién compró el vitela?

Sally me miró, sorprendida ante mi repentino arrebató de interés, y parpadeó detrás de sus gafas.

—Necesito saber quién hizo el encargo —repetí yo con más vehemencia que antes.

—No puedo decírtelo, Kyle. Es una norma estricta del internado. Nunca podemos revelar la identidad de nuestros clientes ni lo que cada uno de ellos compra.

Odiaba cuando se ponía en plan madre. Aquello no solo complicaba las cosas sino que me estaba haciendo perder un tiempo valiosísimo. Pero tenía que sonsacarle la información a cualquier precio.

Y sabía cómo hacerlo.

Sally llevaba enamorada en secreto de mí desde hacía años. Eso o era una psicópata que guardaba una fotografía mía debajo del mostrador que procuraba esconder cuando yo estaba cerca. Era mi momento de aprovechar aquella pequeña ventaja.

—Querida Sally, supongo que podremos hacer una excepción —musité. Pronuncié cada palabra de la frase con un tono especial, a medio camino entre la seducción y la persuasión.

—Bue... bueno, yo... es una norma que no puedo... incumplir —tartamudeó Sally. Su rostro estaba tan encendido que ni siquiera se veían sus pecas y sus ojos no se apartaban de mis labios.

—Siempre hay una primera vez para todo —volví a decir con tono cándido—.
¿No crees?

—Sí... supongo...

Su firme reticencia empezaba a desquebrajarse.

CAPÍTULO 32

Casi la había convencido. Solo me faltaba algo más de... persuasión. Acoplé en mi cara aquella mirada que tía Jane siempre decía que podía enamorar a cualquiera y acaricié su mejilla con la punta de mis dedos. Sally contuvo un escalofrío y se inclinó hacia mí, anhelante.

—Será un secreto entre los dos. ¿Puedes guardar un secreto conmigo?

—S... sí.

—Bien —musité. Volví a acariciarla con ternura—. ¿Y bien? ¿Quién compró el papel?

—Lo cierto es que... —titubeé. Me acerqué más a ella para que sus vacilaciones terminaran de desaparecer de una vez por todas.

—¿Sí?

—Eh, fue... algo extraño —dijo, al fin. Miró una vez más a nuestro alrededor. ¿En qué momento se convencería de que estábamos solos?—. Por lo general, cuando alguien quiere comprar algo viene en persona o manda a alguno de los bedeles. En este caso fue diferente. Me hicieron el encargo con una llamada anónima. Alguien me telefoneó el mismo día que empezó el curso y me pidió tres pliegos de papel vitela. Ya está. No dijo más. Llamó muy temprano así que supuse que sería algo urgente. Hice el encargo lo más pronto que pude y el paquete llegó en el primer envío desde Los Ángeles. Lo extraño es que la caja en la que estaba guardado el papel desapareció de la tienda poco después.

Me enderecé.

—¿Desapareció?

—Sí, por eso digo que fue algo raro. Dejé la caja justo aquí —el dedo de Sally apuntó la esquina del mostrador— para colocar unas revistas y cuando regresé ya no estaba. En su lugar, habían dejado el importe exacto que costaba el pedido, hasta la última moneda.

Me di la vuelta y examiné la disposición de la tienda. Solo había una puerta y ninguna ventana. La persona que se había llevado la caja había entrado y salido por el mismo sitio sin que nadie la viera. Para conseguir eso tenías que ser muy hábil. Alguien acostumbrado a pasar inadvertido en cualquier lugar y circunstancia...

—¿A qué hora llegó el paquete?

—El primer envío sale de la ciudad a las 10 de la mañana más o menos. Debió de llegar aquí sobre las 11 —la hora encajaba. Zero tuvo tiempo de sobra para coger el vitela, escribir la nota y dejarla sobre mi cama antes incluso de que yo atravesara la puerta principal de Drayton.

—¿Y no viste quién fue? ¡Cualquier cosa! El color de su pelo, si era chico o chica...

—N... no pude verle bien.

—¿Estás segura? Por favor. Necesito que me ayudes a encontrar a la persona que

se llevó la caja.

—Te estoy diciendo la verdad, Kyle. No vi nada.

—¿Ni si quiera cómo iba vestido?

—No...

Dejé caer los hombros. Obviamente Sally no sabía más de lo que me había contado. De poco serviría que la presionara. Pero si ella, que era la que más próxima había estado del misterioso comprador, no podía ayudarme, nunca localizaría a quien fuera que encargó el vitela. La única pista que tenía para encontrar a Zero se perdería. Y jamás me libraría de las acusaciones que pesaban sobre mí.

Resoplé.

Y noté cómo se escapaba entre mis dedos la posibilidad de demostrar mi inocencia.

CAPÍTULO 33

Era casi la hora del almuerzo cuando me despedí de Sally y salí de la tienda. Estaba tan abatido que ni siquiera me incomodó el ademán de reproche que me dedicó Dimitri. Uno de esos que venían a decir sin palabras «vaya forma de hacer novillos».

Al llegar al vestíbulo, me crucé con algunos de mis compañeros que salían de clase. No vi por ningún lado a Mike y Neal. Tal vez habían ido al campo de polo para entrenar con el resto del equipo.

—Señor Bradford.

Me volví al escuchar mi nombre.

—Ah, buenos días, señor Napier —dije en cuanto reconocí a la persona que se aproximaba a mí, agitando alegremente la mano.

El señor Napier llevaba siendo el bibliotecario de Drayton desde hacía generaciones. Más años de los que Gabriel había estado en la cocina y de los que Lawrence ostentaba el puesto de director. Aquel hombrecillo que no mediría más de metro cincuenta y que se movía a la velocidad de una tortuga parecía una momia resucitada. No estaba muy seguro de la edad que tendría aunque a mí siempre me parecía que no bajaba de los cien. Eso sí. Su aspecto no cambiaba nunca. En todos los años que llevaba estudiando en Drayton su cara apergaminada y su cuerpo encorvado no habían sufrido ninguna variación.

—Joven Bradford, ¡qué alegría verle! ¿Qué tal ha ido su verano? Su tía ha sido muy generosa con su contribución anual. Gracias a ella hemos podido comprar un precioso ejemplar del siglo XIX y otro de principios del XX para nuestra colección privada. Sin duda, son dos volúmenes únicos. ¿Quiere verlos?

—Tal vez otro día, señor Napier —no era el mejor momento teniendo en cuenta el humor de perros que tenía. Señalé el montón de libros que el anciano acarreaba—. ¿Necesita ayuda con eso?

—No se preocupe. Casi no pesa —¿en serio?—. Por cierto, señor Bradford, recibí su nota esta mañana.

—¿Nota? ¿Qué nota?

—La que dejé en la puerta de la biblioteca.

—Yo no le he dejado ninguna nota.

—¡Claro que sí! Llevaba su firma y todo —repuso Napier—. Me ha costado un poco encontrar el libro que me pedía porque estaba en el fondo descatalogado pero ya he dado con el muy pillín. De hecho, creo que lo tengo en este montón...

¿De qué estaba hablando? O aquel anciano se había vuelto loco o era yo el que había perdido el juicio y no lograba seguir el hilo de aquella conversación.

—Espere un momento. Le estoy diciendo que...

El bibliotecario siguió en sus treces.

—No se inquiete, joven, y déjeme que busque lo que me pidió para que pueda llevárselo. Así no tiene que venir a la biblioteca después a buscarlo —dejó la torre libros en el suelo y empezó a rebuscar entre ellos. ¿Cómo tenía que decirle que yo no le había pedido nada?—. Ah, aquí está.

Me tendió un volumen de tapas rojas y lomo desgastado. Pegado con cinta adhesiva a la cubierta delantera había un sobre. Negro... Con letras doradas...

Antes de que el señor Napier dijera nada, lo cogí y saqué la nota que había en el interior. Escrita en papel vitela, por supuesto. Las primeras dos líneas del mensaje eran una sencilla petición al señor Napier para que encontrara un libro titulado *La verdad sobre una mentira*, asegurándole que «pasaré a recogerlo cuando terminen las clases». Justo debajo estaba mi firma. No cualquier garabato. No. *Mi* firma. Una copia exacta.

Al final, había una última frase. «¿Sabías que los libros esconden secretos?».

—Si le digo la verdad no sabía que guardáramos este ejemplar en nuestro depósito —decía mientras tanto el bibliotecario—. Y es muy extraño porque le aseguro que conozco cada título que hay en los estantes de Drayton.

Agarré el libro. Me llamó la atención lo poco que pesaba. *Demasiado* poco. Y no era pequeño, precisamente. Tendría al menos 800 páginas y la consistencia de una pluma. Lo abrí por la primera página y entonces entendí qué era lo que no encajaba.

Estaba hueco.

Y cuando digo hueco me refiero a que alguien había perforado las páginas hasta abrir una oquedad cuadrada en el centro. Incrustada en ese espacio había una caja negra lacada.

Me tembló la mano.

—¿Se encuentra bien, señor Bradford?

No presté atención al anciano. Mis sentidos estaban centrados en la caja. Pequeña, un cubo perfecto. No había duda de que era pareja a la que había recibido en la enfermería. La última vez me había dado de bruces con la estilográfica robada de Neal. ¿Qué me encontraría esta vez? Dudé. No estaba seguro de si quería descubrirlo, la verdad.

Me armé de valor y levanté la tapa. Una gargantilla descansaba en el interior, apoyada sobre una plataforma azul cobalto que hacía destacar aún más su reluciente superficie.

CAPÍTULO 34

Hasta donde yo sabía no se había producido ningún robo desde la desaparición de la estilográfica. Así que no entendía por qué Zero me había mandado aquella gargantilla si lo que pretendía era inculparme de sus desfalcos. ¿Estaría jugando al despiste?

Me tumbé en mi cama y abrí de nuevo la caja lacada. El collar no era demasiado espectacular. Tan solo tenía una rosa de nácar con una piedra reluciente en el centro. Un diamante, tal vez. Miré la parte posterior. Nada. Ninguna inscripción.

Aún así, tenía la impresión de que algo se me estaba escapando. Zero no era de los que daban un paso sin un motivo. Se había tomado la molestia de dejar una nota en la biblioteca, hacer que el señor Napier me diera el libro... ¿solo para distraerme?

Len entró en la habitación cargado con su ordenador. Escondí la caja con la gargantilla dentro del bolsillo de mi pantalón para que mi compañero no la viera y fingí que estaba admirando la decoración de la pared. Aquello era lo último que me faltaba para rematar el día a lo grande. Len, el amistoso y sociable Len, acusándome de que tenía una sospechosa joya. En un intento por aparentar naturalidad, me tumbé en la cama y apoyé el codo sobre la almohada.

—¿Has decidido saltarte las clases hoy para quedarte tumbado? —murmuró mientras dejaba el ordenador en su escritorio. Me molestó el tono de su pregunta. Punzante y malicioso.

—¿Puedo saber porqué eres así conmigo? Unos días me tratas a patadas. Y otros eres el tipo más enrollado que conozco.

—Por nada en particular.

—Oh, sí. No hay ninguna razón. Por supuesto —me di la vuelta para no tener que seguir viéndole—. Eres la persona más rara que conozco, tío...

—Estimadas alumnas. Estimados alumnos —la voz del director de Drayton salió alta y clara a través de los altavoces. Su intervención evitó que nuestra conversación subiera al siguiente nivel y empezáramos a discutir en serio—. Como bien saben, uno de mis principales cometidos como director es asegurar su bienestar. Es para mí un honor que sus familias hayan confiado en mi persona para guiarles en esta importante etapa de sus vidas. Por eso, y para no faltar a esta misión, mi deber es castigar las infracciones que se produzcan dentro de estos muros.

Me incorporé. *¿Adónde quieres ir a parar, Lawrence?*

—No puedo permitir que se produzcan faltas graves, desacatos... ni robos. Por eso me gustaría, ante todo, condenar los recientes incidentes. Me apena que se traicione el principio de compañerismo que impera entre ustedes y que se atente contra nuestros valores.

—¿De qué va este mensajito ahora?

Len enarcó las cejas.

—¿Me estás diciendo que no sabes lo que ha pasado?

—No. He estado... ocupado esta mañana y no he ido a clase.

—Pues has debido de estar muy ocupado para no enterarte. No se habla de otra cosa hoy. Me sorprende que tus amigos no te lo hayan contado.

—Ya te he dicho que he estado ocupado —y tampoco había visto a Mike y a Neal.

—Pues para tu información, ha habido otro robo —en cuanto escuché la palabra «robo» mi cuerpo sufrió una descarga.

—¿Ah... sí?

—Sí, en clase de Literatura. Fue como la vez anterior. Se fue la luz, todo se quedó a oscuras y cuando regresó la corriente, el ladrón había desaparecido. Dicen que ha sido *él* de nuevo porque han encontrado otra moneda de plata.

Me daba pavor formular la pregunta que estaba rondándome.

—¿Y qué... han robado? —pregunté, al fin.

—La gargantilla de Lauren —respondió Len.

CAPÍTULO 35

Ahora entendía qué era lo que no cuadraba. Sí se había producido un robo. Seguramente, mientras yo estaba en la tienda con Sally. Por eso no me había enterado. Y Zero me había hecho llegar el objeto robado igual que hizo con la estilográfica de Neal para situarme de nuevo contra las cuerdas.

¡Maldición! Sabía que aquella gargantilla escondía algo.

—Para preservar la integridad y la seguridad de los alumnos de Drayton College —continuaba diciendo Lawrence—, me veo obligado a tomar una decisión que en todos mis años como director nunca había puesto en práctica.

—¿Adónde vas? —me preguntó Len en cuanto me vio levantarme de la cama.

A deshacerme del collar de Lauren lo antes posible. Si me quedaba con él por más tiempo le estaría poniendo mi cabeza en bandeja a Dimitri.

—Voy a almorzar —mentí. Abrí mi armario y saqué del interior mi abrigo y mi bufanda. Me los puse. No hacía frío pero yo me había quedado destemplado después de enterarme de dónde salía la gargantilla con la que había estado jugueteando como si tal cosa—. ¿Qué? ¿Quieres venir conmigo, Loco Len? Seguro que Mike y Neal estarán encantados de compartir mesa contigo.

—No tengo ni la menor duda —respondió Len con retintín—. Aunque me temo que voy a declinar tu amable oferta. Tengo una infinidad de planes mejores.

—Muy bien —le esquivé y me encaminé hacia la puerta.

—Una decisión que me apena pero que considero necesaria para desenmascarar a la persona que está poniendo en peligro a Drayton y a sus alumnos —explicaba de fondo Lawrence—. Dentro de cinco minutos iniciaré un registro de las habitaciones.

Me quedé con la mano suspendida en el picaporte de la puerta. ¿Un registro? ¿¡Acababa de decir un registro!>? Estuve a punto de soltar un grito. No sé muy bien si de miedo o de desesperación. Me contuve. *Que no cunda el pánico*. Tampoco era tan terrible. Todavía podía deshacerme de la gargantilla antes de que el director llegara.

Mi habitación era la última. Así que mientras revisaban los dormitorios de mis compañeros, podría salir por la puerta de emergencia y enterrar la joya en algún lugar oculto. Luego, volvería y... Un momento... El registro empezaría por el principio del pasillo... ¿no?

—Por deferencia hacia las damas, comenzaremos por el sector de los caballeros —me sorprendí a mí mismo mordiéndome con insistencia la parte interior de mis carrillos mientras escuchaba con atención. No me detuve ni siquiera cuando noté el sabor de la sangre—. Por la habitación del señor Bradford, y su compañero, el señor Lu.

Mi particular termómetro de alarma subió en picado y una señal de peligro empezó a parpadear en mi subconsciente. *Estoy perdido. Ahora sí que estaba completamente perdido*. No tendría tiempo de sacar la gargantilla. Lawrence estaría en mi habitación antes de que pudiera mover un dedo. Y si salía despavorido delante

de sus narices, sería lo mismo que pintar una diana enorme en mi frente con la palabra culpable en el centro.

Estaba acorralado, con la joya que buscaban en mi poder.

Un batallón de imágenes asaltó mi cerebro. Lawrence entrando en mi habitación. Lawrence revisando mis cosas. Lawrence encontrando la gargantilla... Lawrence mirándome con satisfacción... Llegados a ese punto dejé de verle a él y empecé a verme a mí mismo. Encerrado en la cárcel.

Apreté la caja lacada.

¿Sabrían que yo tenía el collar? Lo dudaba... Había sido muy cuidadoso. Después de despedirme del señor Napier, había regresado a mi habitación directamente sin que Dimitri viera lo que había en el libro y, una vez dentro, no había sacado la gargantilla de su caja para evitar que las cámaras me filmaran. Aunque supongo que eso era la de menos.

Lawrence estaba desesperado por encontrar al ladrón y proteger el buen nombre de Drayton. Y un registro era la mejor forma de desenmascarar al culpable. Tarde o temprano habría acabado haciéndolo. La desaparición de la estilográfica podía pasar por una simple casualidad. Con un segundo robo, la situación cambiaba. También resultaba lógico que mi habitación fuera la primera del repertorio dado que yo me había convertido en el candidato estrella a ser Zero.

Pero... Aún así... Yo no había robado la gargantilla. ¡No tenía nada que ver con el robo! Aunque cualquiera le explicaba eso a Dimitri con las ganas que tenía de echarme el guante.

Si tan solo me hubiera deshecho de la gargantilla antes...

Tenía que hacer algo para evitar que aquel registro se convirtiera en mi perdición. Aún me quedaban unos minutos para encontrar una solución. ¡Lo que fuera!

Piensa, Kyle. Piensa...

¿Qué tal si tiraba el collar a los jardines de Drayton? Al menos, conseguiría alejarlo de mí bastante. Atravesé la habitación de dos zancadas y corrí las cortinas. No tardé en arrepentirme. Dos hombres vestidos de policías estaban escondidos entre los árboles, observando mi ventana. Si lanzaba cualquier cosa por allí, les tendría sobre mí en un abrir y cerrar de ojos.

Retrocedí.

Al otro lado de la puerta, se escuchaba el ir y venir del resto de alumnos que se apresuraban a ordenar sus dormitorios y, por encima del barullo, la voz de Lawrence, que se acercaba peligrosamente a mí. *Oh, no. Oh, no.* Todo iba de mal en peor. En realidad, todo iba de lo peor hacia lo francamente horrible.

Estaba tan alterado que ni siquiera me había dado cuenta hasta ese momento de que Len había escondido su ordenador detrás de su cama a toda prisa con la cara tan desencajada como la mía. Un lugar un tanto extraño para un objeto inofensivo... ¿A qué venía tanto secretismo?

¡Olvídate de él, Kyle!

Cierto. Tenía cosas más importantes de las que ocuparme. Como, por ejemplo, salvar mi pellejo. Aparté mi atención de Len e hice recuento del número de cámaras que había en mi dormitorio. Además de la que estaba instalada junto a la ventana, había una segunda en la puerta y otra sobre mi cama. El resto estaban fuera de aquellas cuatro paredes. Bien. Al menos sabía cuáles eran los puntos débiles de la estancia.

Paseé de un lado a otro, desesperado. Y mientras lo hacía una idea apareció como un relámpago en mi cerebro... Era una locura pero ¿podría funcionar?

Solo había una forma de saberlo: intentarlo.

CAPÍTULO 36

Lawrence llamó a la puerta con unos firmes toquécitos. Aspiré una bocanada de aire, despacio, y la solté por la boca. Había llegado el momento de la verdad. Len fue a abrir pero yo me adelanté.

—Buenas tardes, director Lawrence —saludé. *¡No te olvides de sonreír, Kyle!*, me recordé a mí mismo. Y mis labios se curvaron en una sonrisa.

—Oh, señor Bradford, espero no llegar en mal momento —repuso. Sabía que aquella frase iba con doble sentido y me mordí la lengua para no contestar algo de lo que me arrepentiría más adelante. Vaya... Estaba aprendiendo a controlarme.

—Por supuesto que no. Usted es siempre bienvenido —contesté. Dimitri, apostado al lado del director, se me quedó mirando.

—Te veo muy abrigado, Bradford. ¿Pensabas ir a algún lado?

—Es la hora del almuerzo. Estaba de camino al comedor cuando he escuchado el aviso. Espero que no haya ningún problema.

—Podrá ir a almorzar en cuanto termine con el registro —intervino Lawrence—. Estoy seguro de que no tardaré mucho.

—No lo dudo —me retiré para dejarles espacio con una fingida actitud de despreocupación.

—¿Le importa que haga yo el registro de esta habitación? —preguntó Dimitri.

—Eh, no. Por supuesto. No hay ningún problema.

Len dejó de ordenar su parte del cuarto y se situó junto a mí, diligente. Parecía tan indiferente con la presencia de Lawrence y Dimitri como con el resto del mundo que le rodeaba aunque había algo en la forma con la que cambiaba el peso de un pie a otro que me llamó la atención. Tampoco entendía por qué no apartaba la vista del lugar en el que había guardado su ordenador...

Dimitri empezó a revisar mis cosas. A conciencia. Debajo de mi cama, las repisas en las que dejaba mis libros, entre las sábanas, cada uno de los papeles que estaban sobre mi escritorio. Movía y removía todo con lo que se topaba. Algunas veces se detenía y golpeaba el suelo con la punta del pie en busca de compartimentos ocultos. No estaba encontrando lo que tanto ansiaba y una mezcla de decepción e irritación se reflejaba en su semblante.

—Si quiere puedo continuar yo el registro —sugirió Lawrence.

—No. Yo me encargo. Nunca se sabe dónde puede esconder un ladrón su botín.

Si creía que había escondido algo entre las pertenencias de Len es que no me conocía lo suficiente. Ni siquiera yo era tan mezquino. No me había acercado más de un metro a la parte de la habitación que ocupaba mi compañero. Me crucé de brazos con tranquilidad. Que revisara todo lo que quisiera entre los trastos de Len.

Pero, curiosamente, mi compañero no parecía tan dispuesto a que Dimitri examinara sus cosas. Su cuerpo se tensó como una ballesta en cuanto el detective empezó a registrar su escritorio y sus ojos no dejaban de ir y venir del escondite de su

portátil. De los dos era yo el que debería estar más nervioso y, sin embargo, era él quien daba la impresión de estar al borde de un ataque al corazón....

Dimitri terminó al fin su registro. No encontró el ordenador y eso tranquilizó a Len un poco.

—Bien, parece que todo está en orden —dijo Lawrence. Se dio la vuelta para marcharse. Dimitri no le siguió.

—¿Me permites comprobar una última cosa, Bradford?

—Sí —contesté con cierto recelo. *¿Qué querría ahora?*

—Su abrigo.

—¿Perdón?

—Me gustaría ver su abrigo.

Empecé a sudar.

¿Lo había descubierto?

¿Sabía donde estaba escondida la gargantilla?

Los dedos de Dimitri se flexionaron para invitarme a que cumpliera su orden. Lawrence seguía la escena desde el umbral de la puerta, impávido.

—Vamos, Bradford. No tengo el día entero —insistió el detective.

Obedecí.

En cuanto tuvo mi abrigo en su poder, las manos de Dimitri se dirigieron directamente a los bolsillos interiores y de ahí a los exteriores. Palpó cada centímetro de tela... hasta que los músculos de su cara se contrajeron de repente. Había encontrado algo. Lo pude ver en el brillo que destelló en sus ojos.

—Vaya, vaya —dijo— ¿Qué tenemos aquí?

No contesté. Mantuve el rostro sereno. No podía permitirme el lujo de cometer ninguna estupidez que me delatara. Pero, por dentro, el corazón me palpitaba con tanta fuerza que parecía que iba salirse de mi pecho. Conté mis inspiraciones para sosegarme. El entrenador Cleave siempre decía que era lo mejor antes de un partido aunque ni con esas conseguí relajarme.

Dimitri sacó lo que acababa de encontrar en mi bolsillo y lo alzó para admirarlo. Un paquete de tabaco. El que me había dado Neal después de que ganara la partida ilegal de póquer. Con las prisas por esconder la gargantilla se me había olvidado que estaba allí.

—¿Cigarrillos? —preguntó Dimitri, estupefacto.

—¡Señor Bradford! —Lawrence le arrebató el paquete a Dimitri, contrariado—. Me decepciona usted. Jamás pensé que trajera al internado tabaco. Sabe que soy tajante con este asunto.

—Sí, lo sé. Yo... —Estaba tan preocupado por el collar de Lauren que no sabía muy bien qué decir. Mientras se centraran en aquel estúpido paquete de tabaco y me dejaran tranquilo todo iba bien. Pero si le daba a Dimitri por seguir indagando...

—Tendré que imponerle un castigo severo por esto.

—Eh, claro. Por supuesto.

Dimitri me agarró. Lo hizo con tanta fuerza que sus dedos se clavaron en mi piel.

—¡Basta ya de tonterías! ¿Dónde está la gargantilla que has robado esta mañana?

—Yo no he robado nada —contesté.

—¿De verdad pretendes que me trague esa mentira?

Tiró mi abrigo al suelo y, sin pedir permiso a Lawrence, empezó a cachearme de arriba abajo. Revisó mi uniforme e incluso me hizo desprenderme de la bufanda para palparla y asegurarse de que no había escondido nada ahí. Seguí su registro sin moverme, temiendo que fuera capaz de captar mi nerviosismo. *Que no siguiera revisando. Por favor. Que no siguiera...*

Dimitri acabó dándose por vencido. Lo poco que encontró fue mi teléfono móvil y un envoltorio de chicles a medio terminar que guardaba para compartir con Mike y Neal después del entrenamiento de la tarde.

—Daré con la prueba que necesito, Bradford —me susurró al oído. Su amenaza llevaba impresa el odio más profundo que puede existir.

—Buena suerte —contesté yo.

Salió de la habitación hecho una furia y Lawrence le siguió, convertido en su perrito fiel.

CAPÍTULO 37

Me costó moverme del sitio en el que me había dejado Dimitri. Estaba tan agarrotado por la tensión que no conseguía despertar a mis músculos. Tampoco Len reaccionaba. Se había quedado a mi lado, más tieso que yo. Sus piernas parecían tener entidad propia y no dejaban de convulsionarse. Los dos reconocimos el mismo sentimiento reflejado en nuestros respectivos rostros: miedo.

Se alejó de mí, incómodo, como si creyera que podía descubrir sus secretos con tan solo mirarle. Sacó su ordenador del sitio en el que lo había metido y lo abrazó con fuerza. Su preciada posesión volvía junto a él y eso apaciguó su perjudicada compostura.

No me quedé para comprobar si iba a seguir adorando su portátil o no. Aún tenía algo que hacer. Para Len había pasado lo peor. Para mí, no. Debía deshacerme de la gargantilla de Lauren antes de que el detective cambiara de opinión y volviera a entrar en mi habitación.

Cogí mi abrigo y salí. Dimitri y Lawrence se habían quedado junto a la puerta de emergencia, en un rincón, cuchicheando entre ellos. Me deslicé por el pasillo para que no me vieran y bajé los escalones que conducían al vestíbulo.

Al fondo, divisé la puerta de la enfermería.

Estaba entornada y había un letrero pegado en el marco. «Vuelvo enseguida». Natalie había salido. Y no había cerrado con llave. Por fin un giro a mi favor... Empezaba a pensar que mi mala racha iba a durar para siempre.

Entré a hurtadillas.

Recordaba muy bien la última vez que había estado allí dentro. Y la conversación que tuve con Zero. Me paré junto a la ventana desde la que le vi encaramado al árbol del jardín. Observándome. Riéndose de mí... Sacudí la cabeza. No era el mejor momento para deprimirse. Encontraría su punto débil. Todos teníamos uno. Incluso él.

Me encerré en el lavabo de la enfermería. Allí escondí la estilográfica de Neal después de que Zero la dejara en la puerta para mí. Y allí escondería la gargantilla de Lauren. Era el único lugar seguro en el que podía pensar en aquellos momentos.

Me apoyé en la pared y me quité el zapato del pie derecho. Lo enderecé hasta dejarlo en vertical y del interior cayó un amasijo plateado. Aquello que Dimitri quería encontrar y yo estaba desesperado por esconder.

La gargantilla de Lauren.

La había colocado en la punta, donde descansaban mis dedos, para que no me molestara al andar y pasara desapercibida. Aún así, cuando Dimitri estaba haciendo su maldito registro, la flor de nácar no dejaba de clavarse en mi pulgar. Pero había logrado disimular lo suficiente para que no reparase en ello.

Meter la gargantilla allí dentro no había sido muy complicado. La había dejado caer en el interior de mi zapato mientras fingía que me abrochaba los cordones. La

caja lacada había quedado en el fondo de mi papelera. Dimitri la había visto. Aunque, por suerte para mí, no le había dado la menor importancia.

Aparté la tapa de la cisterna del retrete y la dejé en el suelo. Dentro, estaba, tal y como yo la dejé, la estilográfica de Neal. Encajé la gargantilla en el interior y volví a colocar todo en su sitio.

Los dos objetos más buscados en Drayton, oro y diamantes, encerrados en un retrete...

Un poco irónico, la verdad. Pero, al menos, había conseguido salvarme del segundo asalto de Zero.

CAPÍTULO 38

Deshacerme del collar de Lauren no solucionaba la totalidad de mis problemas. Ni mucho menos. Aún tenía que enfrentarme al callejón sin salida al que me había conducido el papel vitela. Porque, con o sin gargantilla, no sabía qué hacer. Perdida mi primera y única pista, había perdido también el débil rastro del ladrón. ¿Cuál debía ser mi siguiente paso?

Estuve dándole vueltas a aquello mientras almorzaba solo en el comedor (Mike y Neal estaban en sus habitaciones soportando el registro de Lawrence y yo me había tenido que conformar con comer mis tallarines sin más compañía que las dos sillas vacías de mis amigos) y también durante las primeras dos horas de clase de la tarde. Si alguien me hubiera preguntado de qué había estado hablando el profesor Bracken en Protocolo no habría sabido qué contestar.

Tan absorto estaba que, de camino a mi siguiente clase, no fijé en que iba chocar con alguien hasta que mi cuerpo impactó con una espalda ajena y tuve que agarrarme a la pared para no acabar de bruces en el suelo.

—¿Es que acaso estás ciego? —Era Miranda. El golpe la había lanzado contra la barandilla de la escalera, haciéndola perder el equilibrio y caer hacia atrás con un sonoro culetazo.

—Lo siento. Estaba pensando en otra cosa.

—Como siempre.

Lauren se apresuró a ayudarla. Iba sin maquillar, algo insólito, y sus ojos parecían dos globos llorosos y enrojecidos.

—¿Estás bien, Lauren? —pregunté. Miranda se enderezó con dignidad y se alisó la falda para que estuviera impecable después de su estrepitosa caída.

—Está así por su gargantilla. No ha dejado de llorar desde que desapareció.

—Es que era muy importante para mí —gimoteó Lauren—. Fue un regalo de mi padre y la tenía mucho cariño.

Sentí un punzada de culpabilidad. Si supiera que yo conocía la ubicación exacta de su preciada gargantilla...

—Bueno, no te preocupes —dije, conciliador—. Ya verás como la encuentran.

—Lo dudo —intervino Miranda—. Ha sido Zero quien se la ha llevado y ya sabemos que aquello que se lleva nunca regresa.

Lauren ahogó un sollozo. No había nada como el consuelo de una amiga.

—Aún así —tercié yo, dispuesto a llevarle la contraria a Miranda—, puede que esta vez haya una excepción.

—Si tú lo dices...

—Lo que no entiendo es cómo pudo quitármela —lloriqueó Lauren. Por lo que se veía la pérdida de su gargantilla le había afectado más que a Neal la desaparición de su estilográfica—. Tú estabas conmigo, Mir, y lo viste igual que yo. No entró ni salió nadie de la clase. Lo único que noté fue que alguien me tocaba el cuello y ya está.

¿Cómo lo hizo? Es imposible que Zero abriera y cerrara la puerta sin que nos diéramos cuenta.

—Déjalo ya. No vas a conseguir nada por más que le des vuelta —repuso Miranda con voz hastiada. Lauren rompió a llorar.

—¿Cómo quieres que lo deje, Mir? ¡Era mi preferida! ¿Por qué no se llevó otra de mis joyas?

Aquella pregunta se repitió en mi interior. *Otra de mis joyas... Otra de mis joyas... Sí...* ¿Por qué habría robado Zero la estilográfica de Neal y la gargantilla de Lauren, precisamente? Drayton estaba lleno de hijos ricos que tendrían en sus habitaciones posesiones más valiosas. Así que, ¿por qué esas y no otras?

Me estaba dejando algo importante por el camino...

Según lo veía yo la estilográfica de Neal y la gargantilla de Lauren no tenían nada en común. No pertenecían a la misma persona, no eran ni mucho menos parecidos, ni siquiera compartían la misma utilidad. Dos objetos sin ninguna conexión aparente. Aunque... Había algo que sí tenían en común.

Zero robó la estilográfica cuando estábamos en clase de Química. Y, unas semanas después, se había llevado la gargantilla de Lauren mientras ella estaba en clase de Literatura. Eso quería decir que los dos hurtos se habían producido en un escenario similar: un aula de Drayton. El internado era bastante grande y lo más seguro es que Zero podría haber cometido los robos en otros lugares. El comedor, los pasillos, las propias habitaciones... Pero no. Había elegido siempre un aula. ¿Por qué?

Además, Lauren había dicho que nadie entró ni salió de la clase del señor Tucker y estaba seguro de que lo mismo ocurrió en el laboratorio. Eso solo podía significar que Zero ya estaba dentro cuando se produjo el robo y, al mismo tiempo, nadie reparó en su presencia. Algo raro teniendo en cuenta que no pasaba precisamente desapercibido... Y tampoco es que hubiera muchos escondites donde ocultarse entre probetas y armarios acristalados.

¿Cómo lo había hecho entonces? No tenía sentido. A menos que... Zero no llamara la atención porque *no* iba disfrazado. No llevaba aquel traje negro ni tampoco la máscara. Estaba integrado como uno más de la clase. Por eso nadie se percató de que estaba allí y pudo llevar a cabo los robos con tanta facilidad.

Pero si fuera cierto, si efectivamente Zero hubiera conseguido engañarnos a todos de aquella forma, al menos una cosa era segura.

El ladrón de los cien millones era alguien de Drayton.

CAPÍTULO 39

Aquella posibilidad no era ningún un disparate. Encajaba, si te parabas a pensarlo detenidamente. Cuadraba a la perfección. En primer lugar, ¿por qué me había elegido Zero para ser su chivo expiatorio? Puede que solo fuera una elección al azar aunque lo dudaba. Si me había elegido a mí era porque me conocía de algo. Tal vez porque habíamos coincidido en algún sitio. ¿Una clase? Sí, podía ser.

Tampoco resultaba descabellado ocultarse en Drayton. Un internado de élite no estaba entre los primeros lugares en los que buscarías a un ladrón. Seamos sinceros... Había mucha gente que estaba convencida de que pertenecer a la alta clase te hacía más *snob* que el resto de la humanidad, menos propenso a cometer estupideces. ¿Había mejor disfraz que los prejuicios sociales para pasar desapercibido?

Y también estaba aquello que había dicho Zero cuando hablamos en la enfermería. *Conozco Drayton mejor que tú*. No era la primera vez que estaba en el internado. Y eso era obvio porque se movía por su interior con la misma facilidad que yo. Sabía igualmente que el señor Napier era el bibliotecario y que me entregaría el libro con la gargantilla en cuanto me viera lo cual implicaba que estaba al tanto de quién era quién dentro del colegio.

Si analizabas todo junto, los fragmentos se ensamblaban entre sí sin fisuras.

Solo había un ligero matiz... Los profesores que habían presenciado los robos eran diferentes y, hasta donde yo sabía, Tucker no había estado con Amelia Brooks en el laboratorio ni viceversa.

Eso quería decir que...

Era un alumno.

Zero era un alumno de Drayton.

No solo se había escondido en el internado sino que también *fingía* que estudiaba en el internado.

Cualquiera de mis compañeros de clase podía ser el ladrón. ¿Tal vez ese chaval que siempre se sentaba en una esquina? ¿O puede que fuera aquella chica a la que recordaba vagamente por haber besado en primero o en segundo? ¿Quién sería?

Y había algo más.

Zero estuvo en clase de Química y en la de Literatura los días que se produjeron los robos.

Pero en Drayton no todos teníamos las mismas materias durante el curso. Variaba en función de las asignaturas que cada cual elegía antes del verano. Por lo que el número de personas que coincidían en ambas clases no era tan alto... Menos de diez seguro.

En otras palabras... Podía reducir mi cerco alrededor del ladrón si cruzaba los resultados y encontraba las coincidencias.

CAPÍTULO 40

Los viñedos y la seguridad de sus alumnos eran dos de las obsesiones de Lawrence. La tercera era la asistencia a clase. Me encuentro mal y no puedo ir al examen de Matemáticas Aplicadas había dejado de ser una excusa. Mi madre me ha firmado una justificación para no tener que ir a Educación Física, tampoco funcionaba.

Y luego estaban los controles, por supuesto. El director obligaba a los profesores a pasar lista antes de empezar las clases para cerciorarse de que nadie se tomaba el día libre. Quien no pisaba el aula, recibía una bonita falta en su expediente. Diez faltas suponían la expulsión de Drayton un mes (sí, sí, ya lo sé. Yo estaba alcanzando ese peligroso límite en los últimos días). Gracias a este sistema resultaba fácil saber quién había estado en clase y quién no.

Y eso era justo lo que necesitaba para encontrar a Zero.

Si comparaba la lista de Química de la señorita Brooks con la de Literatura del profesor Tucker podría saber qué alumnos habían asistido a esas asignaturas los días que se produjeron los robos. Y, aún más importante, descubriría quiénes habían coincidido en ambas.

Dejé a Miranda y a Lauren con la palabra en la boca y me precipité escaleras arriba. Pasé por delante del portón que conducía al ala este donde dormían las chicas y subí los escalones que llevaban a la segunda planta. El despacho de Lawrence estaba al final del corredor. Pero yo me detuve antes de llegar allí. Frente a la puerta de cristal que se abría a la derecha.

La sala de profesores.

Ahí era donde se guardaban las listas que buscaba.

Lo difícil sería entrar.

Decidí probar suerte y tiré del agarrador. Cerrada. Las clases no habían terminado aún así que los profesores estarían abajo, en las aulas. Tenía que encontrar otra forma de meterme dentro. ¿Tal vez una ventana como hice en el archivo? Aunque, bien pensado, aquella actuación acrobática salió bien de milagro. Quién sabe si correría la misma fortuna esta vez. Mejor no tentar al destino de nuevo. Por si acaso...

Me estaba devanando la cabeza para encontrar una manera de entrar cuando escuché unos pasos que se acercaban. Se me iluminó el rostro. ¡Un profesor! Estupendo. Me bastaría con inventar alguna excusa para seguirle al interior del despacho y coger las listas.

Pero cuando vi al final del pasillo a Gabriel, la poca esperanza que había recuperado se desvaneció en la nada.

—Señor Bradford. Me ha asustado —como siempre, iba vestido con su uniforme blanco y su gorro de chef. En las manos, llevaba una bandeja cubierta con un trapo rojo. No sabía qué podía haber debajo aunque, a juzgar por el olorillo que desprendía, tenía que ser algo para comer. Me rugió el estómago—. Me sorprende

que no esté en clase a estas horas. ¿Espera a algún profesor?

—¿Qué? No... —pensé mejor mi respuesta. Si no estaba esperando a un profesor, ¿cómo iba a justificar mi presencia allí?—. Quiero decir, sí. Es que he vuelto a suspender y quería saber cuándo iba a ser el examen de recuperación. ¿Y tú, Gabriel? ¿También has venido a ver a alguien?

—No, exactamente. En realidad, paso todos los días por aquí después de la hora del almuerzo.

—¿Ah, sí?

Alzó la bandeja para que pudiera verla mejor. No era necesario. Me había fijado en ella muy bien. Y también en el maravilloso olor que desprendía desde hacía un rato.

—Me gusta dejarle al director Lawrence algunas galletas recién orneadas para la hora del té. Es una vieja costumbre, ¿sabe usted? Algo que hacían en mi colegio. «Un estómago satisfecho es un buen director». O, al menos, eso decían cuando yo estudiaba.

Dudaba que aquella frase tuviera algo de verdad. Lawrence era un hipócrita con o sin galletitas de buenas tardes.

—Será mejor que deje esto y vuelva a la cocina. Tengo que preparar la cena.

Me hice a un lado para dejar pasar a Gabriel. Pero, para mi sorpresa, el cocinero se detuvo delante de la puerta de cristal que yo había estado contemplando con desesperación. Debió de percibir mi desconcierto porque se apresuró a explicarse.

—Oh, sí, ¿no se lo había dicho? También dejo algunas galletas en la sala de profesores —me confesó. Hinchó el pecho con orgullo—. Me han dicho muchas veces que les encantan así que procuro dejarles una pequeña ración.

Ni siquiera escuché su explicación. Me importaba más la llave que Gabriel acababa de sacar de su chaqueta y estaba introduciendo en la cerradura mientras hablaba.

—Déjame que te ayude —me apresuré a decir. Me acerqué como un rayo. Agarré el tirador y abrí la puerta, tocando la llave de Gabriel con los dedos. En vez de hacerme a un lado, me quedé en el umbral—. Puedo dejar las galletas de los profesores dentro si quieres mientras tú vas al despacho de Lawrence.

—Ah, no me gustaría entretenerle, señor Bradford.

—¡No es ninguna molestia! No tengo nada mejor que hacer hasta que terminen las clases.

—No está bien que un alumno se encargue de estas tareas.

—¿Y quién se va a enterar, Gabriel? —Abrí los brazos como si quisiera abarcar el solitario pasillo—. Aquí no hay nadie más que tú y yo.

Era la misma jugada que había utilizado con Sally. Sin embargo, con Gabriel no resultó tan efectiva.

—No se preocupe. Puedo hacerlo yo solo —y entró, dejándome a mí atrás.

Estúpido.

No podía permitir que aquello terminara así. No después de saber que dentro de ese despacho estaba la solución a mis problemas. Busqué en mis bolsillos algo que pudiera utilizar. Lo único que tenía a mi alcance era el paquete de chicles que Dimitri había encontrado durante el registro... Aquello me dio una idea.

Me aseguré de que Gabriel no podía verme, saqué los chicles, rompí por la mitad el envoltorio en el que estaban guardados, hice una pequeña bolita de cartón y la metí en el agujero en el que encajaba el cerrojo de la puerta.

—Bueno, ya está —anunció el cocinero cuando terminó su entrega de galletas. Salió de la estancia con la bandeja menos poblada que antes y cerró la puerta—. Será mejor que vaya a dejarle esto a Lawrence. Nos veremos en la cena, señor Bradford.

—Hasta luego, Gabriel.

Me lancé hacia la sala de profesores en cuanto echó a andar por el pasillo.

CAPÍTULO 41

La bola que había hecho con el paquete de los chicles había actuado como tope, impidiendo que el cerrojo encajara en su sitio. Gabriel no se había dado cuenta pero con aquel sencillo tapón la puerta no se había cerrado del todo. Bastaba con empujarla para que cediera.

Y eso fue precisamente lo que hice yo.

Aún así, tenía poco tiempo.

No sabía cuánto quedaba para que terminaran las clases o si Dimitri aparecería de un momento a otro para retomar su noble cometido de vigilancia. Tampoco me fiaba demasiado de Gabriel. Si no me veía en el mismo lugar en el que me había dejado, existía la posibilidad de que sospechara de mí.

Empecé a abrir los cajones que fui encontrando a mi paso uno por uno. ¿En cuál de ellos estarían las listas? Tendría que ir probando hasta dar con el correcto. Uno, dos, tres... No fue hasta el sexto cuando me topé con lo que estaba buscando. Una ristra de carpetas de colores, cada una de ellas con el apellido de un profesor escrito a máquina en un lateral. En el interior, las listas de asistencia.

Localicé la carpeta de la profesora Brooks más o menos hacia la mitad. La saqué, dejando un pequeño hueco para saber dónde tenía que colocarla después. Recorrí el resto de apellidos hasta dar con los que empezaban por T. Timothy. Terenci. ¡Tucker! Ahí estaba. Hice exactamente lo mismo que con la anterior y cerré el cajón.

Abrí primero la carpeta de Brooks. Las hojas de asistencia estaban organizadas por fechas. Al principio, las más recientes. Al final, las más antiguas. No fue complicado dar con la del día que se produjo el robo de la estilográfica de Neal. Saqué la hoja de asistencia y la dejé en mi regazo. Repetí la misma operación con la carpeta de Tucker.

Pero, para mi desesperación, el profesor de Literatura no era tan ordenado como Amelia Brooks. Sus hojas de asistencia estaban todas mezcladas.

Ojeé los papeles a la carrera, leyendo las fechas lo más rápido que podía. 16 de octubre. 8 de septiembre. 4 de noviembre. 20 de octubre. ¿Dónde demonios estaba la de hoy? Vamos, vamos... Empezaba a perder los nervios cuando la encontré, al fin. Era de las últimas.

Ya está. Ahora solo tengo que salir de aquí.

Coloqué las dos carpetas en sus respectivos sitios y doblé las hojas hasta convertirlas en pequeñas cuartillas. Después, quité la bolita de cartón de su sitio y salí del despacho justo antes de que Gabriel apareciera al final del pasillo.

—Oh, señor Bradford. ¿Todavía sigue aquí?

—Sí, no ha llegado ningún profesor aún —respondí—. Seguiré esperando. No te preocupes por mí.

Y para acompañar mis palabras coloqué un gesto angelical en mi cara.

CAPÍTULO 42

Mientras bajaba las escaleras, estiré las dos listas lo mejor que pude. Con las prisas las había arrugado tanto que habían quedado hechas un amasijo de celulosa. Sujeté una en cada mano para poder verlas a la vez. Aún no podía creer que las hubiera conseguido.

Las contemplé como si fueran la llave del paraíso. Si mis suposiciones iban bien encaminadas, uno de los nombres que estaba escrito en esos papeles era el de Zero. Su verdadera identidad se encontraba a mi alcance.

Llegué a la planta baja, torcí por un solitario pasillo que se abría a mi derecha y me escurrí en la primera aula vacía que encontré. Lawrence y Dimitri debían de seguir con los registros de habitaciones porque no había vuelto a verlos. Y mis compañeros estarían en la última clase de la tarde. Así mejor. Me ahorraría interrupciones.

Me senté en el suelo, con las piernas cruzadas, y apoyé los dos folios en mis rodillas. Entraba algo de luz del exterior así que ni me molesté en encender los fluorescentes del techo.

Había llegado el momento de desenmascarar a Zero.

Según las listas, en clase de Química había tan solo diez alumnos, contándome a mí. En la de Literatura, dieciséis. No estaba mal. Como era de esperar, yo solo figuraba en uno de los papeles. Lo mismo ocurría con Sawyer Payne y Abdel Maalouf que faltaron a clase de Literatura porque enfermaron de anginas aquel día, y con Dominique Lombard, que no estuvo en Química por colitis. Eso eliminaba tres nombres además del mío.

Quedaban 22.

A esto había que sumar que no todos los que tenían clase de Química asistían también a Literatura. Fui descartando a aquellos que no aparecían en las dos listas. Ricardo Morales, eliminado. Nathaniel Gibson, eliminado. Marlene Friedman, eliminada. 8 en total. ¡8! Lo cual significaba que...

Había reducido mi lista de candidatos a ser Zero a tan solo 7 nombres.

El primero era Graham Taylor. *Demasiado bajito*. Había visto al ladrón desde la enfermería y sabía que tenía una estatura casi tan alta como la mía. Y Graham no mediría más de metro sesenta. *Eliminado*.

El segundo candidato era Dominique Lefebvre. Hijo de un reputado crítico gastronómico, Dominique era un chaval regordete, de mejillas sonrosadas y andares tranquilos. *Imposible. No puede ser él*. Entre otras cosas, porque Zero era delgado y atlético. *Eliminado también*.

No había llegado al tercer nombre cuando escuché un chirrido metálico desentonando en el silencio. Agudicé el oído. ¿Qué era ese ruido? Levanté la cabeza y eché un vistazo a mi alrededor. Había anochecido. La clase había quedado engullida por la negrura de la noche. Entorné los ojos para ver mejor y, a través de la

penumbra, localicé de dónde procedía aquel sonido.

La puerta seguía cerrada, como yo la había dejado al entrar. Pero el picaporte estaba girando sobre sí mismo, emitiendo un quejumbroso lamento metálico.

CAPÍTULO 43

La puerta se abrió despacio, poco a poco, y una silueta se recortó en el umbral. Me levanté para ver de quién se trataba. ¿Lawrence? ¿Dimitri? No era ni uno ni otro. Lo supe en cuanto percibí el resplandor metálico que salía de la cara de la persona que estaba en la entrada del aula. Un brillo plateado...

—Zero —murmuré.

Su cuerpo, enfundado en aquel ajustado traje, ocupaba parcialmente el hueco de la puerta, y sus dedos descansaban sobre el picaporte, tocándolo solo con las yemas. No era lo mismo verle a través de una ventana que tenerle al lado. Imponía. Y mucho. Todo de negro, con aquella pose desafiante que le hacía parecer imbatible y la máscara plateada sobre la cara. La capucha proyectaba una sombra sobre sus ojos, confiriéndole un aspecto aún más temible.

Había algo en él que me daba escalofríos.

Intenté que no se notara el efecto que estaba causando en mí y me enderecé, aparentando una seguridad en mí mismo de la que, en aquellos momentos, carecía.

—¿Te has cansado de mandarme paquetes y has decidido aparecer en persona? ¿O es que acaso no tienes bastante con hacerme la vida imposible que además quieres matarme de un infarto?

—No está entre mis planes acabar con tu vida —su voz también sonaba más aterradora en persona que por teléfono. Igual de ambigua aunque tan escalofriante que parecía salir de la mismísima oscuridad. Empujó la puerta y esta se cerró con un leve portazo—. Así estaremos más tranquilos, ¿no te parece?

Avanzó hacia mí. Había algo de felino en su forma de desplazarse. Medía cada uno de sus movimientos, como si estuviera al acecho. Con las piernas flexionadas y los hombros rectos. Preparado para el ataque. Pero, debajo de aquella demostración de autocontrol, se entreveía algo más. Estaba inquieto. Me percaté al ver la rigidez de su cuerpo.

Su atención se desvió hacia mi mano y sus ojos se quedaron fijos en un punto concreto. ¿Qué estaba mirando con tanta atención? Caí en la cuenta enseguida. Las listas...

—Estás siendo muy molesto —musitó.

—¿Ah, sí? Pues entonces he conseguido mi propósito —menuda fanfarronada. Tenía el agua al cuello y los dos lo sabíamos. Aún así, me negaba a aceptarlo delante de él. Zero no contestó a mi provocación. Se olvidó de los papeles por un instante y volvió a mirarme. Estábamos tan próximos el uno del otro que podía oír su respiración. Incluso me llegaba el olor que desprendía. Una mezcla que me recordó a algo afrutado. Conocido...

—Dame las listas que has robado.

—Ni lo sueñes —puse los brazos en jarra—. ¿Acaso temes que descubra quién eres y se lo diga a Dimitri? Porque ya sé que tu verdadero nombre está en estos

papeles.

Otro silencio, esta vez más largo y tenso que el anterior. *¡Chúpate esa! He acertado de lleno, ¿verdad? ¿Sigues creyendo que puedes manejarme a tu antojo?*

—No lo voy a repetir. Dame las listas —exigió.

—Ya te he dicho que no —el aire que respirábamos se vició, contagiado por el nerviosismo de Zero y por el mío propio. Era como si la atmósfera que nos rodeaba se hiciera más plomiza con cada segundo que pasaba.

—¿Tienes miedo? —le pregunté.

—¿Lo tienes tú? —repuso.

Antes de que pudiera abrir la boca, se abalanzó sobre mí, dispuesto a conseguir las listas.

CAPÍTULO 44

Zero impactó contra mí y una descarga de dolor me recorrió el tórax. Mi cabeza subió al extrarradio y bajo de nuevo, igual que si me hubiera montado en una lanzadera. Lo siguiente que noté fue que alguien me obligaba a abrir la mano y que las listas escapaban de entre mis dedos. Estaba arrebatándome la única pista que tenía sobre su identidad. Me estaba quitando lo poco que había conseguido para frustrar su plan.

Si dejaba que se las llevara, se acabaría todo para mí.

Ni hablar. Ya se ha reído bastante de mí.

No lo dudé.

Doblé la rodilla y le di una patada. El golpe le debió de pillar con las defensas bajas porque trastabilló hacia atrás. Los papeles resbalaron de su mano y quedaron tendidos entre ambos.

—Lástima que Dimitri no pueda ver esto. Estoy seguro de que le habría encantado.

—Necio entrometido —susurró Zero. Se masajeó al muslo. Vaya, vaya. Por lo que se veía, mi patada no había sido tan mala. Aunque me temo que no tan buena como su placaje. Me dolía el esternón como si me hubiera golpeado una bola de cemento.

—Y tú eres un miserable egoísta. Aunque supongo que eso ya lo sabías, ¿no?

—Yo nunca fallo. Mi plan no fracasará. Contigo husmeando o sin ti, es lo de menos.

—¿Eso crees? Qué raro... A mí me parece que estás demasiado nervioso como para creerte tus propias palabras.

Eché a correr como si estuviera poseído. Ni siquiera sé de dónde saqué las fuerzas. Solo recuerdo que me tragué el dolor y salí disparado hacia las listas. Al ver mi movimiento, Zero se apresuró a detenerme. A pesar de que él era muy rápido, fui yo el primero que llegó hasta el trofeo. Alargué el brazo para atrapar los papeles... Y entonces el ladrón les dio una patada. Salieron despedidos, lejos de mi alcance.

Me empujó por detrás, haciéndome tropezar, y caí de bruces. Pasó por encima de mí, dispuesto a terminar lo que había empezado.

—No tan rápido.

Le cogí del tobillo y Zero acabó con sus huesos en el suelo igual que yo.

—¡Basta ya, Kyle! —gritó fuera de sí.

Parpadeé, sorprendido. ¿Kyle? ¿Acababa de llamarme... Kyle? Vale, era mi nombre. Lo sé. Pero nunca me había llamado así. Siempre había dicho «Bradford» o «Kyle Bradford» como si quisiera mantener una distancia entre ambos. ¿Por qué ahora me llamaba solo por mi nombre de pila? Zero también debió de darse cuenta de aquello porque soltó una maldición.

Su titubeo no duró mucho, sin embargo.

Me dio una puntapié que me hizo ver las estrellas, se desembarazó de mí y se levantó del suelo. Intenté agarrarle de nuevo aunque esta vez mi intento no tuvo el mismo efecto que antes. Me esquivó, cogió ambas listas del suelo y se precipitó hacia la ventana. Golpeó el cristal con el codo, resquebrajando el vidrio, rompiéndolo en trocitos.

Volvió la vista hacia atrás una sola vez antes de saltar al exterior.

CAPÍTULO 45

Corrí hacia la ventana rota y me asomé fuera. Zero se alejaba a la carrera, atajando por la explanada del jardín en dirección al bosque de pinos que rodeaba el internado. Estaba escapando. Huía. ¿Ah, sí? Eso estaba por ver.

Subí la pierna derecha al alféizar y salté como siempre hacía yo las cosas. Sin pensar. Aterricé en los rosales que había debajo con los dos pies a la vez. Sin demasiada elegancia pero, al menos, toqué sobre firme y pude mantener el equilibrio. Eso sí. Destrocé por lo menos seis de las valiosas flores de Lawrence en el descenso.

No me detuve a evaluar los daños. Zero era ya un puntito lejano que se adentraba en la marea de árboles así que tenía que darme prisa si quería alcanzarle.

Esquivé los arbustos que delimitaban las praderas de Drayton y me interné en el bosque. Por un momento, pensé que le había perdido. No le veía por ningún lado. Tardé unos interminables minutos en localizarle. Desplazándose entre la vegetación. Brincando de un lado a otro como si hubiera nacido para eso.

Fui tras él.

Con cada paso que daba, el follaje se hacía más tupido. Los árboles se entrelazan entre ellos, formando una bóveda vegetal que ni siquiera la luz de la luna conseguía atravesar. Mis pies se desplazaban por la tierra húmeda, machacando a su paso cuanto encontraban y esquivando las piedras y troncos caídos que iban cruzándose en mi camino.

Mientras corría procuré orientarme. Si no me equivocaba, avanzábamos en paralelo al edificio principal, justo por detrás del campo de polo.

¿Qué pretendía Zero?

Estaba tan distraído intentando descubrir las intenciones del ladrón que no pude esquivar la rama hacia la que iba directo. Me golpeó de lleno y me hizo un arañazo desde la parte alta de la nariz hasta el final de la ceja. Otra herida de guerra que añadir a mi largo repertorio de la noche.

De pronto, Zero cambió de rumbo. Adapté mi carrera sobre la marcha y le seguí. El linde del bosque se veía al fondo y, por encima del traqueteo de nuestros pasos, escuché el relincho de un caballo. Nos estábamos aproximando a los establos. Si su propósito era utilizar alguno de los animales para escaparse de Drayton antes de que pudiera atraparlo, no iba a permitirlo.

Apreté el paso.

Mis piernas se movieron más rápido y me puse en paralelo con Zero. Aproveché la oportunidad para hacerle un corte de mangas en la cara. No conseguí mantenerme a su altura para poder repetir mi jugada aunque me conformé con mi primer intento. Al menos, los entrenamientos con el equipo de polo me habían servido para rivalizar con él en velocidad...

Salimos del bosque uno detrás del otro.

Estaba convencido de que iba a entrar en los establos pero, antes de llegar, viró el

rumbo una vez más y corrió en dirección contraria. ¿Es que acaso quería volverme loco? ¿Adónde iba ahora? Tal vez me había equivocado y lo que pretendía era llegar a pie hasta la verja en la que terminaba el perímetro del internado...

No fue hasta que vi la colina y el edificio solitario que la coronaba cuando me di cuenta de adónde se dirigía.

La capilla abandonada...

Desde donde yo estaba, los tabiques exteriores casi no se veían. La vegetación los había engullido, sitiando los muros de raíces y ramas. La torre del campanario estaba torcida y agrietada, sin la campana que en su día debió de albergar. El techo parecía a punto de desmoronarse como un castillo de naipes.

Había oído todo tipo de rumores sobre aquel lugar desde que empecé a estudiar en Drayton. Algunos decían que, años atrás, un alumno había muerto de forma trágica allí y que desde entonces había sido condenado por aquel accidente. Otros, en cambio, hablaban de un profesor que se había suicidado dentro, después de que su amor no correspondido por una de sus alumnas se descubriera y acabara con su carrera académica.

Daba igual la versión que hubieras escuchado. La mayoría creían que aquella iglesia que se alzaba delante de nosotros como una bandera solitaria clavada en un promontorio escondía algo oscuro en su interior. Y que por eso llevaba abandonada tantos años.

Yo siempre había pensado que aquella historia era el típico cuento de terror que los veteranos contaban a los novatos para meterles miedo el primer día de clase. Pero Neal me dijo una vez que, poco después de que entráramos nosotros en Drayton, había oído ruidos extraños que salían de las entrañas del edificio.

Lo que nadie podía negar era que aquel sitio tenía algo... no sabría cómo describirlo. Tal vez lúgubre era el adjetivo más adecuado. O puede que tétrico encajara mejor con el ambiente que se respiraba allí. Daba la impresión de que flotaba alrededor de la capilla una aura extraña, tóxica.

¿Por qué Zero iba hacia allí? Creía que quería huir, no esconderse en una construcción en ruinas en la que sería fácil dar con él.

A menos que tuviera otro plan en mente que yo desconocía.

CAPÍTULO 46

Entró en la iglesia y, durante unos instantes, le perdí de vista. Sus pasos quedaron silenciados por las paredes de la capilla y en la quietud de la noche solo quedó mi agitado resuello y mis pies golpeando la hierba. Bajé el ritmo y me detuve junto a la entrada.

No sabía qué me iba a encontrar al otro lado o si el ladrón me habría tendido una trampa así que pegué la espalda contra el muro exterior y esperé, con el oído atento.

Nada. Ni un solo ruido.

Decidí arriesgarme y me asomé por la puerta entreabierta. Por fuera la iglesia parecía más grande. En realidad, podías abarcar casi todo el interior de una simple ojeada. Una nave central que terminaba en un viejo altar y otra más pequeña que cruzaba la principal hasta conformar una planta en forma cruz. Los extremos de las naves laterales eran lo único que quedaba fuera de mi alcance.

No se veía a Zero por ningún lado.

Avancé por el pasillo central sin dejar de mirar a izquierda y derecha. Los bancos de madera habían sido arrancados de su sitio y dos de ellos tenían garabatos en el respaldo. La vidriera que adornaba el frontal había perdido varios cristales y el silbido del viento sonaba desfigurado, como si un espectro soplara a través de ellos. La pintura que antaño decoraba el retablo había sufrido los estragos de las humedades hasta quedar reducida a manchones deformes.

A pesar de ello, la estructura estaba casi intacta. No había ninguna pared agrietada y en una de ellas en la que se había abierto una oquedad, alguien la había arreglado con emplaste. Tampoco hacía mucho que se habían cambiado las vigas que sujetaban el techo. Curioso... ¿Por qué Lawrence se tomaba la molestia de arreglar la estructura y no se preocupaba de limpiar, aunque solo fuera un poco, el interior?

Por el rabillo del ojo capté una silueta moviéndose. Me volví de inmediato. Una sombra de rostro plateado salió de detrás de una estatua y giró a la izquierda por uno de los extremos de la nave lateral, desapareciendo como un espectro antes de que tuviera oportunidad de lanzarme sobre él.

Me puse alerta y recorrí lo que me quedaba del pasillo central. No era necesario apresurarse. Sabía hacia dónde había ido Zero y la capilla era pequeña. No había sitios donde esconderse y aún menos por donde huir. Sería fácil dar con él.

Encaré el lugar por el que le había visto escabullirse. Era un callejón sin salida que terminaba en una pared de ladrillo. En su día, debió estar decorada con alguna imagen religiosa. Ahora tenía como únicos habitantes varios enjambres de arañas que se agolpaban en las esquinas. A ambos lados había dos tapices, raídos y descoloridos. Uno que representaba a un ángel empuñando una espada y el otro a un demonio montado a caballo.

Lo que me dejó sin habla, implantado al suelo, no fue eso sino Zero. O, mejor dicho, no encontrar a Zero. Porque delante de mí no había nadie. Tan solo aquel muro

desnudo. Ni rastro del ladrón.

—¿Cómo...?

Me di la vuelta sobre mí mismo varias veces. ¿Cómo era posible? ¿Cómo diantres era posible!? Le había visto girar a la izquierda, le había visto internarse en aquel rincón. Y ahora no estaba.

¡Tranquilízate, Kyle!

Nadie podía desvanecerse así como así. Ni siquiera Zero. Tenía que estar escondido en algún sitio. Seguía en la iglesia aunque yo no pudiera verle.

¿Tal vez hubiera alguna trampilla en el suelo? Me agaché y aporreé la superficie entarimada para localizar cualquier sonido hueco. Por más golpes que daba, aquello sonaba tan sólido como una piedra. Me puse de nuevo en pie.

Vale, nada de trampillas.

Los tapices llegaban hasta el suelo y ocupaban varios metros de ancho. Podían ocultar una puerta, perfectamente. Miré detrás en busca de algún gozne, una abertura, ¡algo! Lo poco que encontré fue un murciélago muerto y un par de bichos tan grandes como mi puño.

Toqueteé las paredes. Revisé el techo. Examiné el resto de la capilla. Cada centímetro. Detrás del altar. Debajo de los bancos destrozados. Las pilastras que sostenían la techumbre.

No encontré nada.

Zero había desaparecido.

CAPÍTULO 47

Lawrence se cruzó de piernas. Estaba sentado justo frente a mí, con su escritorio de patas de esfinge entre ambos. Su semblante era tan inescrutable que no pude descifrar qué sentimiento dominaba en su interior.

—Lo mejor es que me diga la verdad, señor Bradford.

Otra vez. Había escuchado esa misma frase cinco veces ya. Al menos podía cambiar el discurso...

Las manecillas de mi reloj marcaban las ocho y cuarto de la noche. ¡Las ocho! Cuando había vuelto al internado, después de que Dimitri diera conmigo en la capilla abandonada, no eran ni las siete.

Había sido él quien me había arrastrado, literalmente, hasta la silla en la que estaba sentado. Al parecer, mientras yo perseguía a Zero por el bosque, él había puesto patas arriba Drayton para localizarme. Perder a su «principal sospechoso» había encendido todas sus alarmas y no había dudado en armar un revuelo con tal de encontrarme. Tres cuartos de hora después dio conmigo en la iglesia, mientras yo tanteaba el suelo y las paredes por quinta vez. Para entonces, estaba tan furioso que me había sacado del interior casi en volandas.

Tal vez por eso no había puesto ningún impedimento cuando Lawrence se había ofrecido para someterme a un interrogatorio exhaustivo a fin de descubrir con exactitud en qué había invertido aquellas horas que había estado sin vigilancia.

—Ya se lo he dicho —respondí, aburrido—. Ha sido Zero.

—Mire, señor Bradford. Me gustaría entender lo que ha pasado esta tarde. Nada más. No voy a amonestarle.

—Me da igual si me amonesta o no. Le he contado cuanto ha pasado desde el principio hasta el final. ¿Qué más quiere que haga? —Lawrence se masajeó el puente de la nariz.

—¿De verdad pretende que crea que Zero le atacó y que luego huyó?

—¡Sí! Eso es justo lo que ocurrió.

—Ya —masculló, poco convencido—. ¿Y que usted le persiguió por el bosque hasta la capilla abandonada?

—Sí. ¡Exacto!

—Da la casualidad, señor Bradford, que hemos revisado los alrededores después de su... «incidente» y no hemos encontrado una sola prueba que confirme sus palabras. Nada que indique que Zero estuvo con usted.

Lancé un bufido. Pues claro que no había pruebas. ¡Era el maldito Zero de quien estábamos hablando! Si dejara huellas a su paso no sería el mejor ladrón del mundo.

—Le conozco desde hace muchos años, señor Bradford. Le conozco a usted, conozco de lo que es capaz... y también de lo que no es capaz. Y mentir nunca ha sido uno de sus fuertes. ¿Por qué insiste ahora en ensuciar su reputación y la de su familia con invenciones imposibles de creer?

¿Cómo tenía la desfachatez de decirme que me conocía!? Si me conociera sabría que yo no tenía nada que ver con Zero. Si realmente me conociera no se habría plegado a los deseos de Dimitri ni habría instalado en mi habitación cámaras por cada rincón. Di un puñetazo en la mesa y el tintero que contenía la pluma del director se volcó.

—¡Usted no sabe nada de mí! —le espeté. Lawrence se echó hacia atrás, sorprendido por mi reacción.

—Señor Bradford...

—¡No! —exclamé—. Le estoy diciendo la verdad y usted no me cree. Pero sí cree a otras personas que van diciendo mentiras sobre mí.

El rostro del director se contrajo.

—Me temo que no le entiendo.

—¿Ah, no? —Aquello me enfureció aún más—. Déjeme que le refresque la memoria. ¿Le suena de algo el nombre de Dimitri Cooper? Sí, exacto. El policía que lleva persiguiéndome desde que he llegado a Drayton. ¿Y qué me dice de las pantallas que tiene guardadas ahí? —pregunté, apuntando hacia la puerta que conducía al archivo.

—¿Cómo sabe usted eso?

No iba a responder a su pregunta porque hacerlo habría significado revelar muchas cosas que prefería dejar enterradas donde estaban. Además, tampoco tenía sentido que siguiera discutiendo con Lawrence. No iba a ganar nada. Mi prioridad era otra. Ya tendría ocasión de ajustar cuentas con él.

Me levanté de mi silla y me encaminé hacia la salida.

—¿Adónde cree que va? —me soltó Lawrence.

—A cualquier sitio en el que no tenga que aguantar sus falsedades, director.

CAPÍTULO 48

Dimitri me estaba esperando fuera. Me miró de arriba abajo en cuanto salí del despacho, deteniéndose en los desgarrones de mi camisa y en el araño que me cruzaba la cara. Sí, lo sé. No debía de lucir mi mejor aspecto... Pero tampoco hacía falta que se recreara en ello.

—Por lo que se ve, no puedo despistarme ni un segundo porque cuando lo hago siempre intentas escapar. ¿Tienes miedo, acaso?

No era recomendable ponerse irónico conmigo cuando estaba de mal humor. Me detuve en seco, con toda mi rabia cargándose en mi interior.

—¿Por qué debería tener miedo? Que yo sepa, no es ningún delito salir del internado. ¿O es que va a acusarme de ser Zero por pasear por el jardín?

—Estoy empezando a cansarme, chaval —dijo Dimitri. Sus ojos grises desprendieron un brillo peligroso—. Estoy harto de tu insolencia y de tus caprichos. Si fuera por mí, si no estuvieras protegido por la familia Bradford, ya estarías cumpliendo condena. Aún así, te advierto algo. Acabaré contigo. Cerraré este caso. Y cuando lo haga iré a la cárcel para reírme de ti —me llegó una bofetada de su aliento, mezcla de tabaco rancio y regaliz amargo. Arrugué la nariz—. Eres solo un cobarde que huye cuando se siente acorralado.

—¡No estaba huyendo! Perseguía a Zero. Lo que pasa es que estás tan obsesionado con que yo soy culpable que no ves nada más allá de eso.

—¡No me vengas con estas, Bradford! —Dio un paso hacia mí y yo me eché hacia atrás de forma instintiva—. Te vi y los dos lo sabemos. Te tuve a tan solo un palmo de distancia. Te reconocí. El niño mimado de Los Ángeles que acaparaba todas las revistas del corazón por sus excesos y sus extravagantes caprichos. Tú eres el ladrón de los cien millones.

—Zero está jugando contigo.

—¿En serio? —replicó Dimitri, con un deje burlón—. Desengáñate. En esta historia, tú no eres el héroe. Eres el villano. Así que deja de hacerte la víctima de una vez.

—No. Eso es lo que tú quieres hacer creer a todos. A Lawrence, a la policía, al gobierno. ¡A todos! Pero yo soy inocente. Y voy a demostrártelo.

—Muy bien. Como quieras. Al final, terminaré atrapándote.

Y eso significaba que ya podía ir olvidándome de protagonizar otra aventura como la que había tenido aquella tarde.

CAPÍTULO 49

Mientras regresaba a mi habitación, con Dimitri reintegrado en su papel de sombra vigilante y mi enfado aún latente, intenté buscar una explicación a lo que había pasado en la capilla. Todavía no lo entendía. No conseguía comprender qué tipo de truco había utilizado Zero para darme esquinazo. Había revisado el edificio de arriba abajo y no había encontrado nada. ¿Es que acaso había estado mirando en el sitio equivocado?

Podía ser...

Tal vez lo que necesitaba era hablar con alguien que conociera la iglesia mejor que yo. Alguien que la hubiera visto antes de que se convirtiera en la ruina que era ahora y que supiera dónde se había escondido Zero.

El problema era que, quitando a Lawrence, no había muchas personas que llevaran en el internado tantos años... ¿O sí? Un nombre apareció en mi mente casi al segundo.

El señor Napier.

Me olvidé de que iba hacia mi habitación y cambié el rumbo.

—¿Adónde vas ahora? —me preguntó Dimitri.

—A la biblioteca. Necesito hablar con alguien.

La biblioteca de Drayton tenía dos plantas y una infinidad de libros de todas las épocas y temáticas. En el centro mesas corridas para que pudiéramos trabajar y en los laterales salas de estudio con ordenadores. A mí siempre me había parecido que era el lugar más apacible del internado. En parte por el silencio que reinaba en su interior a cualquier hora del día.

Dimitri se quedó embobado cuando entramos, como si nunca hubiera visto un lugar así. Por fin, un muestra de emoción.

—¿Impresionado?

Se encogió de hombros, intentando aparentar indiferencia.

—No demasiado.

—Quédate aquí admirando el paisaje si quieres. Yo voy a hablar con el señor Napier.

Me dirigí al mostrador desde donde el arrugado bibliotecario controlaba el lugar. Dimitri se pegó a mí, como si temiera que fuera a aliarme con el anciano para escaparme una vez más.

—¡Qué alegría verle de nuevo, joven Bradford! ¿Cómo lleva la lectura del libro que me pidió?

¿Se refería al libro que escondía en su interior la gargantilla de Lauren y que a punto estuvo de costarme una condena en prisión?

—Muy bien, gracias. Hoy he venido para pedir su ayuda en otro asunto.

—Pues ha acudido al lugar perfecto. Le ayudaré en lo que pueda. Ya sabe que le tengo mucho aprecio.

Sí, pero últimamente la gente que me tenía aprecio no estaba siendo de gran utilidad. Y si no que se lo dijeran a Lawrence. Aunque, al menos, podía afirmar sin miedo a equivocarme que Napier no era Zero. Solo con imaginarme a aquel viejo haciendo piruetas para robar la diadema Emperatriz me entraba la risa floja. Demasiado heavy.

—¿Conoce la capilla abandonada? La que está junto al acantilado.

—La construyeron cuando yo ya estaba trabajando aquí aunque no he ido muchas veces, si lo soy sincero. El antiguo director, el barón Rochester, solía visitarla a menudo. A Sebastian, en cambio, nunca le gustó y por eso decidió cerrarla. A mí me parece que es uno de los lugares más misteriosos de Drayton. Pero si está interesado en la vieja iglesia tengo un libro que tal vez le pueda ayudar más que yo. Déjeme ver... —Se acercó a su ordenador y trasteó con él—. Ah, sí. Aquí está. Ilustre historia de Drayton. Si mal no recuerdo tiene una sección muy detallada sobre la construcción del internado. Seguro que encuentra algo de información...

Entorné los ojos con un súbito interés.

Si existía algún tipo de escondite, puede que se mencionase en aquel libro. No perdía nada echándole una ojeada. Y tal vez así no solo descubriese cómo me había engañado Zero sino también por qué había elegido la capilla para ocultarse. ¿Tendría alguna relación con aquel edificio?

—Me gustaría verlo.

CAPÍTULO 50

Una hora más tarde estaba sentado en la sala de lectura de la biblioteca con un libro pintarrajeado entre las manos. Había elegido la mesa más alejada del resto, junto a las estanterías del fondo, para que nadie me molestara aunque, por el momento, no había encontrado nada de interés.

Fotografías de Drayton cuando todavía estaba en construcción, retratos de las personas insignes que habían pasado por sus aulas y textos y más textos sobre la historia del internado. Más allá de eso, no había ninguna mención a la capilla abandonada. Tenía la impresión de que estaba perdiendo el tiempo.

Aún así, decidí no desanimarme y seguí pasando páginas.

Había llegado casi al final del libro cuando la encontré. Una pequeña fotografía de la iglesia.

Cualquiera hubiera dicho que no se trataba del mismo edificio. La construcción que aparecía en la imagen era preciosa. Limpia, iluminada, sin malas hierbas ni muros derribados. Las vidrieras estaban en perfecto estado y la puerta no colgaba de los pernios desangelada.

Leí el pie de foto:

—«La iglesia de San Jorge se construyó en 1988, financiada en su totalidad por uno de los alumnos más célebres de Drayton: Richard Blake».

No era tan vieja, después de todo. Yo había nacido tan solo cuatro años más tarde. Junto a la imagen había dos párrafos. Algo sobre cuándo empezaron la construcción, el dinero que costó y, de nuevo, el nombre de Richard Blake:

—«El encargado de escoger la ubicación y de dirigir los trabajos de construcción fue Richard Blake. También diseñó el edificio, ayudado por su esposa, Allison».

Así que él era el benefactor y el constructor...

Tamborileé con los dedos sobre la cubierta del libro. Si había alguien que conocía la estructura del edificio y que podría ayudarme era ese tal Richard Blake.

Tenía que contactar con él.

Conseguiría su teléfono en el listín y le llamaría. Me haría pasar por un aplicado alumno de Drayton interesado en el pasado del internado. Al menos, eso era mejor que contarle la verdad. «Hola, ¿el señor Blake? Sí, encantado. Me llamo Kyle Bradford. Verá, tengo un problema y creo que usted podría salvarme. Zero, ya sabe el ladrón de los cien millones, ha convertido mi vida en un infierno y necesito que me ayude a librarme de él antes de que acabe con mis huesos en la cárcel. ¿Sería tan amable de atenderme?». Aquello no sonaba muy prometedor. La versión del alumno listillo que busca información para su próximo trabajo de matrícula de honor me parecía mejor opción.

Pero había algo en aquel apellido, Blake, que me sonaba. Tenía la impresión de que lo había escuchado antes aunque no conseguía recordar dónde... Muy bien. Antes de hacer mi llamada investigaría un poco más la vida de ese tal Richard Blake.

Puede que encontrara algo que me sirviera.

CAPÍTULO 51

Además de innumerables de libros, la biblioteca de Drayton albergaba una estancia independiente, aislada del resto por unas paredes acristaladas, que hacía las veces de hemeroteca. En el interior había filas enteras de repisas, en las que se amontonaban periódicos antiguos y revistas apolilladas, y un ordenador que conectaba con los fondos digitalizados.

La estancia estaba casi vacía. En un rincón había un chico medio dormido con el codo sobre un cuaderno abierto. No parecía muy interesado en lo que estaba haciendo.

—¿Vas a utilizarlo? —le pregunté, señalando el ordenador.

—No, qué va —respondió—. Yo ya he terminado.

Tomé asiento. Dimitri, que seguía sin entender qué hacíamos allí, empezó a revolotear por la sala, distraído. Tecleé el apellido «Blake» en la base de datos de la hemeroteca. El ordenador tardó poco en localizarme los veinte primeros resultados. Artículos de prensa, en su mayoría. Me fijé en las fechas. El más antiguo era de 1981. Siete años antes de que se construyera la capilla.

Empecé a leer uno por uno los titulares. «El matrimonio Blake asiste al baile de fin de año en el hotel Plaza». «Richard Blake, el hombre más poderoso del mundo». «Las acciones de la Blake Company siguen en ascenso». «De humilde granjero a multimillonario: la historia de Richard Blake». «Richard y Allison Blake, más enamorados que nunca». Y así un largo etcétera.

De acuerdo. Los Blake eran muy ricos y también la pareja de moda del momento. Pero aquello seguía sin decirme nada. Pasé por alto los demás artículos hasta llegar a uno de los últimos. Comprobé la fecha. Era de hacía nueve años. Después de eso solo encontré unas pocas noticias más. No tardé en descubrir por qué. «El matrimonio Blake muere en trágicas circunstancias». ¿Qué? Me acerqué más a la pantalla y amplíé el artículo para poder leerlo:

Richard y Allison Blake han muerto esta madrugada en el incendio que ha consumido su mansión de Cotton Hill, al norte de California. El incidente se produjo pasada la medianoche cuando, por causas desconocidas, la casa en la que vivía el matrimonio estalló en llamas. Los bomberos intentaron apagar el incendio y salvar a los ocupantes de la vivienda pero, cuando llegaron, ya era demasiado tarde. El único superviviente ha sido el hijo de la pareja, Jayson Blake, de ocho años, que ha sido ingresado en el hospital con heridas leves.

¿Muerto? Maldije mi mala suerte. Ya podía ir diciendo adiós a la ayuda de Richard Blake. Estupendo... ¿Cuándo iba a salir algo bien a la primera?

Decepcionado, repasé por encima el resto de titulares.

La noticia del fallecimiento había acaparado todos los medios de comunicación más importantes. *The New York Times*. *The Washington Post*. *Financial Times*... Ningún periódico había obviado el incidente. «Trágica muerte en Cotton Hill». «La desgracia cae sobre la familia Blake». «Adiós sentido al matrimonio Blake». «Sigue la búsqueda de los cadáveres». Espera. Volví sobre el titular que acababa de leer. *Sigue la búsqueda de los cadáveres*. ¿La búsqueda?

Ha transcurrido una semana desde la muerte del matrimonio Blake. A pesar de ello, el equipo de bomberos desplazado a Cotton Hill aún continúa la búsqueda de los cadáveres. La violencia del incendio está dificultando la recuperación de los cuerpos, como bien nos ha informado Henry MacDonald, responsable de las labores de rescate. «Está siendo un trabajo difícil», explicaba ayer. «La intensidad de las llamas ha desintegrado los esqueletos hasta hacerlos irreconocibles». Por el momento, se han encontrado casi en su totalidad los restos de Allison Blake. Menos suerte se está teniendo con los de Richard Blake pues solo se ha localizado un fragmento de extremidad que los especialistas han identificado como parte del cuerpo del magnate.

Me removí en mi asiento. ¿Qué tipo de incendio podía calcinar dos cadáveres de aquella manera? La respuesta a aquella pregunta estaba en el siguiente artículo. «La muerte de los Blake no fue un accidente».

Tres meses después de que el matrimonio Blake falleciera en su mansión de Cotton Hill parece que la verdad sobre su misteriosa muerte empieza a salir a la luz. Tras un largo proceso de investigación que ha durado semanas, George Bernard, jefe del equipo investigador que lleva el caso, ha hecho unas declaraciones que nos han dejado con el corazón en un puño. «La muerte del matrimonio Blake no fue algo fortuito», ha dicho durante la rueda de prensa celebrada esta mañana. «Encontramos restos de gasolina y productos químicos en la vivienda y todo apunta a que se utilizó este material para hacer que el incendio fuera más devastador y consumiera los cuerpos». Cuando se le ha preguntado por unos posibles culpables, Bernard no ha querido hacer declaraciones. «Tenemos que seguir investigando. Es pronto para hacer conjeturas».

Aquella historia era cada vez más macabra. Pero aún me quedaban unas cuantas noticias sin leer...

Tras meses de incertidumbres y conjeturas, se han hecho públicos los resultados de la investigación sobre la muerte de los Blake y la verdad nos ha

sorprendido y aterrorizado. Los análisis forenses han demostrado que Allison Blake no murió a causa del fuego sino por un disparo que acabó con su vida aquella fatídica noche. Todo apunta a que fue su marido, el magnate multimillonario Richard Blake, quien pudo asesinarla delante del hijo de ambos antes de provocar el incendio que consumió la vivienda y suicidarse, dado que no se han encontrado restos de terceras personas entre las ruinas de la mansión. Una revelación que a muchos nos ha costado creer pero que ha quedado refrendada por las declaraciones de los tres socios de Blake quienes han afirmado ante el juez que en los últimos años el empresario había perdido el juicio y estaba medicándose con fuertes antidepresivos. Los resultados de la investigación han abierto las dudas sobre qué clase de persona era en realidad Richard Blake. ¿Un degenerado? ¿Un desequilibrado? ¿Un paranoico? Parece que ni siquiera los ricos se libran de la máscara de asesinos.

Me aparté del ordenador con peor cuerpo que antes. Había que estar muy loco para matar a tu esposa delante de tu hijo pequeño y luego quitarte la vida. ¿Qué mente podía maquinar algo así? No había descubierto nada de la capilla pero no quería seguir leyendo más artículos relacionados con aquel crimen.

Me levanté de mi asiento y salí de la hemeroteca.

No me di cuenta de que había una última noticia relacionada con los Blake. Era la más reciente, publicada en *The New York Times* apenas siete años atrás. El titular habría dado que pensar a cualquiera. «El hijo de los Blake encontrado muerto».

CAPÍTULO 52

La historia de los Blake me había dejado un poso de malestar. Ni se me pasó por la cabeza pararme a cenar algo. Meterme un trozo de comida en la boca era lo que me faltaba para que las tripas se me revolvieran del todo. El resto de Drayton, en cambio, no compartía mi ayuno voluntario. Las mesas del comedor estaban abarrotadas y Gabriel servía un plato tras a otro a una velocidad extraordinaria. De lejos, vi a Mike y a Neal entre el gentío, sentados en nuestra mesa habitual. No me apetecía hablar así que pasé de largo sin decirles nada.

Acababa de dejar atrás el refectorio cuando me topé de bruces con Patrick Neville. No nos habíamos vuelto a ver desde lo que ocurrió en Westlake.

—Ho... hola, Kyle.

—¿Qué hay, Patrick?

Examinó con timidez el rasguño que me cruzaba la cara.

—¿Has t-t-tenido otra pele-e-e-e-a?

—Más o menos —contesté—. Por cierto, aún no he podido darte las gracias. Mike y Neal me dijeron que fuiste el primero que me ayudó cuando perdí el conocimiento en el Nino's.

—Oh... No fue n-n-n-nada —esbozó una rápida sonrisa mientras manoseaba los botones de su chaqueta—. Lo que no sabía... es que p-p-p-p-pelearas tan bien.

Mi actuación en plan Kárate Kid debía haberle dejado asombrado. Igual que a mí, dicho sea de paso.

—Bueno, en realidad, Griffith es un estúpido engreído. Se lo merecía —prefería no pensar en lo bien que se lo pasaría Robert conmigo cuando volviéramos a encontrarnos. Porque dudaba mucho que el arrebatado karateca del otro día fuera a resurgir en mí otra vez. Al final, el que acabaría con una paliza sería yo.

—Ah, ¿te... te gusta la hist-t-t-toria de Drayton? —Patrick apuntó con el mentón el libro que tenía debajo del brazo. *Ilustre historia de Drayton*. Lo había cogido prestado con la esperanza de que pudiera encontrar algo sobre la capilla que hubiera pasado por alto antes.

—¿Esto? Es una tontería. Quería información sobre la vieja capilla abandonada pero no he encontrado nada.

—¿T-t-t-te refieres a la que está en el a-a-a-acantilado?

—Sí, la misma.

—Tal vez... yo p-p-p-pueda ayudarte.

—¿Cómo?

—Mi tío es arquitecto. No s-s-s-sé si has oído hablar de él... —¿Quién no había oído hablar de Charles Neville a estas alturas? Posiblemente fuera uno de los constructores más reconocidos del país—. Él s-s-sabe mucho de edificios antiguos. Puede que conozca l-l-l-la iglesia.

Me golpeé la frente con la mano. ¿Cómo no había caído antes? Aunque no fuera

el maestro de obras original, Neville era famoso por sus estudios sobre construcciones históricas. Podría ayudarme. O, al menos, decirme dónde era más probable que hubiera un rincón oculto. Y había estudiado en Drayton así que tenía que conocer la capilla. Tal vez incluso la hubiera analizado en los años que estuvo en el internado.

—¿Crees que le importaría que hablara con él?

—Eh, no. No creo. A mí tío le e-e-e-encanta hablar de su trabajo.

—¿Y cuándo podría conocerle?

—Yo... Voy a c-c-c-celebrar mi cumpleaños dentro de unos días en su c-c-c-casa.

Supongo que estará allí p-p-p-para...

No dejé que terminara de hablar.

—Cuenta conmigo.

CAPÍTULO 53

Miranda no había dejado de quejarse desde que salimos de Drayton. Y eso significaba que había estado escuchando sus lamentaciones desde hacía más de media hora. Empezaba a tener jaqueca.

—No entiendo por qué tenemos que venir a esta fiesta.

Bostecé aburrido.

—Nadie te ha pedido que vinieras.

—He venido porque tenía cierta curiosidad por saber cómo es la casa de Charles Neville. Además, hoy es sábado y podemos salir adonde queramos, ¿no?

—Pues entonces deja de quejarte.

—Miranda tiene razón, Kyle —apuntó Mike. La miró a través del espejo retrovisor antes de concentrarse en su cinturón de seguridad con excesiva urgencia. Carraspeó—. ¿Desde cuándo vamos a los cumpleaños de los marginados?

—Yo hubiese preferido quedarme en Drayton preparando la cena de Acción de Gracias de mañana —intervino Lauren. Tenía mejor aspecto. Al menos, había dejado de llorar la pérdida de su gargantilla y se había vuelto a maquillar al estilo Miranda—. Todavía quedan muchas cosas por ultimar.

—¡Exacto! —exclamó su amiga—. Como jefas del Comité Organizador de Eventos de Drayton, Lauren y yo somos las encargadas de planificar todas las fiestas que se celebran en el internado. Y a este paso no podremos terminar lo que falta. Mucho menos ahora que vamos a perder la tarde en el cumpleaños de ese como-se-llame.

—Nadie os ha pedido que vengáis —insistí yo.

—¿Y por qué tienes tanto interés en venir a esta fiesta? —preguntó Neal.

—Drayton estaba empezando a aburrirme y esta es una buena excusa para aprovechar el fin de semana y salir un poco —mentí. No iba a decirles que, en realidad, quería hablar con Charles Neville sobre la capilla abandonada. Aquello solo habría generado más preguntas.

—Después de lo que pasó en Westlake con los de Rockland entiendo que estar en Drayton te aburra —bromeó Neal. Simuló que agarraba a alguien del pescuezo y que le daba un puñetazo—. Seguro que Griffith todavía te tiene miedo.

—No tiene gracia, Neal.

—Oye, y ese arañazo que tienes en la cara, ¿te lo hiciste cuando peleaste con Robert?

—Eh, no... fue el otro día —cuando perseguía a Zero—. Me golpeé con el armario de mi habitación.

El resto del viaje transcurrió en relativa tranquilidad. Miranda siguió quejándose, por supuesto, aunque había aprendido a ignorarla tan bien que no me costó demasiado trabajo hacer oídos sordos a sus lloriqueos. Cuando llegamos a la mansión de Charles Neville, a las afueras de San Francisco, sus quejas quedaron sustituidas

por críticas punzantes.

—Ah, así que esta es la casa del famoso arquitecto —dijo, con la nariz pegada a la ventanilla. Arrugó el entrecejo, como siempre hacía cuando algo no le gustaba—. Es una auténtica horterada.

Dejé pasar su comentario y bajé del coche. Miranda tenía tantas ganas de llegar la primera para cotillear el interior de la vivienda que salió justo después que yo, con tanto ímpetu que arrolló al pobre Mike cuando este se disponía a abrirle con caballerosidad la puerta. Lauren me dedicó un mohín, entristecida, cuando vio que pasaba de largo sin tenderle mi brazo. Neal se apresuró a hacer los honores.

Dimitri aparcó a cierta distancia de nosotros. Seguro que Lawrence le había alertado de que tenía pensado salir de Drayton en cuanto yo informé al director. Aquella estúpida norma seguía fastidiándome. Al menos, no se me había olvidado avisarle como la vez anterior...

La casa de Charles Neville no era no tan impresionante como yo había pensado ni tan hortera como había dicho Miranda. De estilo colonial, con paredes color crema y ventanas enormes. Me recordó a las mansiones que aparecían en las series ambientadas en la Guerra de Secesión. La única nota discordante eran los arbustos que adornaban el jardín, recortados con extrañas formas de animales.

Seguí a mis amigos hasta la entrada. Patrick Neville nos dio la bienvenida en cuanto pisamos el recibidor.

—E-e-e-espero que no se os haya hecho demasiado largo el c-c-c-camino —estar rodeado de tantas personas le estaba poniendo nervioso y sus tartamudeos eran más frecuentes que de costumbre—. Eh, esto, bueno... A-a-a-acaba de llegar la tarta. Si queréis...

—¿Tienes algo de alcohol? —le interrumpió Neal—. Las tartas están ya muy vistas.

—Eh... no, alcohol n-n-n-no hay porque mi m-m-m-madre dice...

—¿No hay alcohol? —le espetó Neal. Refunfuñó e hizo ademán de darse la vuelta para marcharse por donde había venido—. Yo me largo de este bodrio de cumpleaños.

Le agarré antes de que pudiera escabullirse.

—Ahora que estamos aquí, no podemos marcharnos.

—¡Pero si no tiene ni siquiera una bebida decente! —exclamó Neal, indignado—. ¿Qué se supone que vamos a hacer? ¿Cantarle el cumpleaños feliz y ayudarle a soplar las velas de su enorme tarta de cumpleaños? ¡No contéis conmigo para eso!

—Tranquilízate —le dijo Mike—. Puede que encontremos la reserva privada del tío de Patrick y no tengamos que limitarnos a comer tarta.

Aquello pareció convencer más a Neal y, a regañadientes, aceptó quedarse. A Patrick se le iluminó de nuevo el semblante.

—Os... os a-a-a-acompañaré al salón.

Dimitri no nos siguió. Cuando me volví para asegurarme de que continuaba

donde le había visto por última vez, le vi recostado sobre su coche, fumando con parsimonia. Estaba dispuesto a acosarme en cualquier lado excepto en un cumpleaños. Tampoco me sorprendía. Seguro que ver globos y pasteles alteraba su flemático carácter.

Antes de perderme en el interior de la casa, me hizo un gesto como queriendo decir «me quedaré aquí, Bradford. Si intentas cualquier cosa rara, estaré a tu lado para ponerte las esposas».

No lo dudaba.

De camino al salón, me dediqué a inspeccionar la casa de Charles Neville. Las paredes estaban saturadas de fotografías. La mayoría eran de edificios. Algunos de estilo clásico. Otros más modernistas. No había un solo rincón que no tuviera una imagen, dibujo o similar con la firma del tío de Patrick colgado de una escarpia. Resultaba agobiante.

Me separé de mis amigos y me acerqué a nuestro anfitrión.

—Eh, Patrick. ¿No está tu tío? Me gustaría hablar con él.

—No tardará mucho en v-v-v-venir. Ha ido a San Francisco a hacer unas últimas c-c-compras. Él se ocupa de todo en casa pero s-s-s-siempre se deja cosas por hacer.

—¿Vives con él?

—Sí. Mi m-m-madre y yo. Mi tío nunca se c-c-c-casó. Así que cuando mis padres se divorciaron, nos vinimos a vivir aquí con él. Siempre se ha o-o-o-ocupado de que no nos faltara nada. A diferencia de mi p-p-p-padre...

Me fijé de pasada en una de las fotografías que colgaban en la pared. Charles Neville abrazando a su sobrino con una perfecta pose fotogénica acaparando el encuadre.

—¿Le has preguntado algo sobre la capilla abandonada que te comenté?

—Bueno, en r-r-r-realidad, sí.

—¿Y? —le apremié.

—Me dijo que, mmm..., tenía un viejo plano que d-d-d-dibujó cuando estaba estudiando en Drayton que podría s-s-s-servirte.

—¿En serio? —Noté un cosquilleo de impaciencia. ¡Un plano! No pude contener mi alegría. Seguro que Charles Neville, con toda la fama de perfeccionista enfermizo que tenía, habría hecho un dibujo extremadamente minucioso de la iglesia. Justo lo que necesitaba.

—Sí. Lo tiene guardado en su e-e-e-estudio. Más tarde te lo enseñaré. Supongo...

—¿Crees que me podría hacer una copia?

—No lo sé. No creo. Es un plano muy v-v-v-viejo. Y le tiene mucho cariño. Ni siquiera yo he p-p-p-podido verlo.

Aquello sí era un inconveniente. Charles Neville no me iba a dejar toquetear su querido plano para examinarlo con calma. Si tan solo pudiera verlo por mi cuenta...

—Oye, Patrick —no sabía muy bien cómo formular mi siguiente frase sin que mi interés resultara sospechoso—. Supongo que tu tío debe tener un estudio enorme para

guardar las maquetas de sus edificios y demás, ¿no?

—Sí, muy g-g-grande.

—Ya —respondí yo. Miré a mi alrededor y volví a preguntar—. ¿Y ese estudio tan grande está en esta casa?

—Sí, en la primera planta, al f-f-f-final del p-p-p-pasillo —contestó Patrick—. Nadie p-p-p-puede entrar. Ni siquiera las visitas. Es algo así como su e-e-e-espacio privado.

—Entiendo —comenté.

Automáticamente, mis ojos se desplazaron hacia las escaleras que llevaban al primer piso.

CAPÍTULO 54

Tal y como había previsto Neal, la fiesta de cumpleaños de Patrick estaba resultando un auténtico aburrimiento. Habían puesto música que fue popular en su día, aunque de aquello hacía ya más de cinco años, y ni siquiera el intento pobre de decoración ambiental, a base de confetis de colorines y globos, conseguía animar el entorno. Lo único interesante era la espectacular tarta de cumpleaños que medía por lo menos un metro de altura y que estaba rematada por un retrato en miniatura del sobrino de Charles Neville hecho en azúcar.

—Ya te lo dije —decía Neal. Estaba sentado en un rincón, bebiendo con cara de asco su zumo de naranja. Sin alcohol, por cierto—. Venir aquí ha sido una pésima idea.

—La próxima vez deberíamos limitarnos a asistir a los cumpleaños que sepamos van a ser de cierta categoría —comentó Miranda.

—Como el tuyo —puntualicé yo.

—Eso es.

Patrick se acercó a nosotros con una bandeja de canapés para que nos sirviéramos. Estaba esforzándose al máximo para que saliéramos de su fiesta encantados aunque por mucho que lo intentara no había nada que hacer.

—¿Os apetece otro c-c-c-canapé? —preguntó con timidez.

Miranda se apartó de la bandeja.

—Yo paso.

—¿Quieres t-t-t-tú, Kyle?

—Necesito ir al lavabo antes. ¿Me puedes decir dónde está?

—Si quieres te a-a-a-acompaño para m-m-m-mostrarte el camino...

—¡No! —mi contestación sonó tan tajante que hasta Mike me miró extrañado. Sonreí e intenté corregir mi error—. Quiero decir que es tu fiesta y es mejor que tú te quedes aquí.

—No m-m-m-me importa.

—Insisto —zanjé yo. Al ver que mi rostro no daba pie a seguir con la conversación, Patrick me indicó con todo lujo de detalles dónde podía encontrar el aseo—. Enseguida vuelvo.

—No tardes mucho. Quiero largarme de aquí cuanto antes —dijo Neal.

Me escabullí entre los invitados y salí del salón. En cuanto estuve lejos de los demás, subí de tres en tres las escaleras que conducían al primer piso. Pasé delante del servicio pero ni siquiera entré.

No tardé en localizar el estudio de Charles Neville. Al final del pasillo, tal y como había dicho Patrick. Me llamó la atención que la puerta estuviera abierta. Para ser un sitio al que nadie podía pasar no estaba muy protegido que digamos... Al menos, no tendría que hacer malabarismos para entrar como ocurrió en la sala de profesores.

Me escurrí dentro.

La decoración vanguardista, a base de maderas blancas y remates de acero, le daba un aspecto frío a la estancia. Tampoco es que hubiera muchos muebles. Solo estanterías y una enorme televisión anclada en un rincón. Nada demasiado acogedor.

¿Dónde estaría el plano de la capilla? Esperaba no tener que revisar cada palmo de la habitación. Si me entretenía, Patrick se daría cuenta de que mi excursión al aseo estaba durando más de lo normal.

Me acerqué a la primera repisa y examiné los ficheros de plástico que estaban apilados en las baldas. Todos tenían la misma pegatina en el lomo. Artículos de prensa. Ni los abrí. No estaba allí para echar una ojeada a un montón de recortes de periódicos.

En el estante contiguo había una hilera de cintas de vídeo. Cogí la primera de la ristra. *Museo de Historia Natural. 12 de abril. 00.00-00.30.* Saqué otra. *Banco de Grenoble. 20 de mayo. 01.04-01.45.* Y otra más. *Biblioteca Nacional. 4 de junio. 02.50-03.15.* Tampoco era eso lo que estaba buscando aunque me resultó curioso que un arquitecto guardara tantos vídeos en su estudio. ¿Para que los querría?

Iba reanudar mi búsqueda cuando la televisión que ocupaba el fondo de la habitación se encendió de repente y unas barras de contraste de colores aparecieron en la pantalla. Fue algo tan repentino que tiré al suelo la cinta que tenía en la mano. Miré el televisor, con una mezcla de confusión y extrañeza. ¿Habría apretado algún botón sin darme cuenta?

Las barras de colores se desvanecieron y en su lugar apareció una imagen en blanco y negro que mostraba una sala enorme, como un recinto de exposición lleno de vitrinas con objetos expuestos.

En la parte inferior había una silueta.

Se desplazaba por la estancia, como si estuviera a la caza de algo. De vez en cuando se paraba y examinaba alguna de las vitrinas. Su forma de andar me recordó a alguien. No establecí la relación hasta que vi la máscara plateada que llevaba en el rostro. Abrí los ojos tanto que noté cómo se me estiraban los músculos.

Zero.

Dejé la cinta en el lugar del que la había cogido y me acerqué a la televisión. Sí. No había duda. Aquella silueta era Zero. Incluso llevaba el mismo traje negro de siempre. *¿Qué significa esto?*

El ladrón se paró en mitad de la sala. Su mano derecha bajó hasta el bolsillo derecho de su traje y extrajo de él un pequeño bulto. La imagen no estaba muy nítida. Aún así, pude distinguir una forma redondeada entre sus dedos. Como si fuera una bola o... *Una esfera.* Sí. De color negro. Con un peculiar fulgor sobrenatural. Si no supiera que era imposible, diría que se parecía mucho a la que yo veía en mis pesadillas...

Un repentino movimiento en la pantalla me hizo aparcar aquella coincidencia y concentrar toda mi atención en la grabación. Zero se había echado a un lado y se escondía a prisa detrás de una de las vitrinas.

Cinco segundos después, una bala atravesaba el lugar en el que estaba antes.

Parpadeé, atónito por lo que acababa de ver, y apreté el botón de rebobinado para ver de nuevo la secuencia. Zero se encontraba de espaldas a la bala, examinando aquella esfera, y, sin previo aviso, se refugiaba tras la vitrina para salvar el tiro que, de seguro, le hubiera alcanzado. Había averiguado sin girarse si quiera que el proyectil se dirigía hacia él. ¿Cómo lo había hecho?

—¿Te estás divirtiendo? —preguntó una voz detrás de mí.

Mi dedo se quedó pegado al botón de rebobinar. Lentamente, volví la cabeza. Apoyado en la puerta del estudio, Patrick me observaba impertérrito.

CAPÍTULO 55

Difícilmente iba a inventarme una excusa convincente para justificar mi entrada sin permiso en el estudio de su tío así que ni siquiera lo intenté. Opté por decirle la verdad.

—Lo siento. Era algo urgente. Necesitaba ver los planos y...

—Los planos y algo m-m-m-más, por lo que veo —Patrick apuntó hacia la pantalla.

—Sí, bueno, eso también —murmuré yo—. En realidad, se ha puesto a funcionar sola...

Levantó el brazo para enseñarme el mando a distancia que sostenía entre sus dedos.

—¿Has sido tú el que la ha encendido?

—Sí.

—¿Por qué lo has hecho?

—¿Encender la televisión o e-e-e-espiarte mientras te dedicabas a m-m-mirar entre las repisas?

—Ambas cosas, supongo.

Me rodeó como si fuera un obstáculo en su camino y se acercó a la televisión. Zero había desarmado a los dos guardias de seguridad que le habían atacado por la espalda y estaba sacando de una de las vitrinas una cerámica que seguro costaba más que la casa en la que estábamos.

—Quería que v-v-v-vieras el vídeo. Hace f-f-f-falta tener un don especial para hacer e-e-e-esto, ¿verdad?

—Supongo —contesté. Mi opinión de Zero no era muy objetiva que digamos. Patrick se volvió hacia mí. Había un brillo raro en sus ojos...

—T-t-t-t-te he estado observando desde que has entrado aquí. Tampoco se puede decir que hayas sido muy discreto q-q-que digamos.

—Eh, no me malinterpretes —me defendí—. No soy de los que entran en los despachos ajenos.

—¿Ah, no? El 3 de febrero entraste en el d-d-d-despacho del director de Grengis Enterprise. El 6 de marzo en el del director r-r-r-regional de la multinacional Maroon. ¿Quieres que s-s-s-siga?

¿Eh? ¿De qué estaba hablando?

—Creo que me he perdido. El único despacho en el que he entrado sin permiso es este... Y en el de Lawrence —concedí—. Aunque ese no cuenta ahora.

—Kyle, n-n-n-no hace falta que finjas.

Decididamente, la forma con la que me estaba mirando Patrick no era normal. Sus pupilas iban y venían por mi rostro como si quisiera grabarlo a fuego en su cerebro. Di un paso hacia atrás para poner algo de distancia entre nosotros.

—No estoy fingiendo nada...

No dejó que terminara la frase. Me agarró y acercó su cara tanto a la mía que nuestras narices casi se rozaron.

—Siempre te he a-a-a-admirado. Desde que te vi por primera vez. Supe que eras especial, que tenías algo único que nadie más p-p-p-poseía. Perfecto. Superior —hablaba tan precipitadamente que me costó seguirle el hilo.

—¿Qué... estás diciendo?

—He recopilado durante meses cualquier cosa que e-e-e-estuviera relacionada contigo. R-r-r-recortes de prensa, revistas. Incluso le p-p-p-pedí a mi tío que utilizara sus contactos para conseguir copias de algunas g-g-g-grabaciones de seguridad. He visto los vídeos t-t-t-tantas veces que me los sé de memoria —soltó una risa loca que me preocupó más que su mirada—. Y cuando te vi pelear el otro d-d-d-día en el Nino's... Entonces fue cuando l-l-l-lo comprendí. El m-m-m-movimiento que hiciste para derrotar a Griffith... Es algo que solo te he v-v-v-visto hacer a ti. Fue el mismo que utilizaste con ese d-d-d-detective en la Ópera, ¿verdad? El vídeo de aquella noche es mi p-p-p-preferido.

¿Qué utilicé cuándo? Patrick interpretó mi desconcierto de forma equivocada.

—Puedes estar tranquilo —se apresuró a decir—. No l-l-l-le le diré a nadie lo que sé. Jamás haría n-n-n-nada que pudiera ponerte en peligro. Incluso me desharé de todo esto si tú m-m-m-me lo pides.

—¿Todo esto? Creía que este era el estudio de tu tío.

—Eh, no, no. El estudio de mi tío está en la p-p-planta de abajo.

—¿¡Qué!?! ¡Me has engañado! Me habías dicho que...

—Sí, bueno. No estaba muy s-s-s-seguro de que fueras a venir si te decía la verdad. Prefería contártelo todo después de que hubieras v-v-v-visto mi santuario... El lugar que he hecho para ti —¿¡acaba de decir que aquel sitio lleno de estanterías y vídeos lo había hecho... para mí!?! Por favor que hubiera escuchado mal—. Y cuando nos encontramos el otro día se me ocurrió que era la ocasión p-p-p-propicia. No sabes lo contento que estoy de que a-a-a-aceptaras mi invitación. Llevo horas ensayando lo que iba a decirte para no quedarme en blanco. N-n-n-no quería que creyeras que era un idiota...

Dejó de hablar, por fin. Sus ojos no se apartaron de mi cara. Cada vez me sentía más incómodo y tenía más ganas de echar a correr.

—Oye, ya es suficiente...

—Kyle, y-y-y-ya te lo he dicho. Conmigo no necesitas aparentar. Yo s-s-sé que tú eres Zero.

CAPÍTULO 56

Empujé a Patrick. Se tambaleó hacia atrás, sorprendido por mi reacción. No se esperaba que fuera a hacer algo así. Ni que le mirara como si acabara de dedicarme el más bajo de los insultos.

—¿Es que acaso has perdido el juicio? —bramé, tan alto que mi voz sonó como un trueno en mitad de una tormenta—. ¡Yo no soy Zero!

—Sé que Dimitri d-d-d-descubrió tu identidad en la Ópera. L-l-l-l-o sé todo. P-p-por eso quiero ayudarte. Mira —se acercó corriendo a una de las repisas y sacó de uno de los estantes un documento enrollado. Me lo tendió—. Lo he conseguido p-p-para ti.

Desenrollé el papel. Era un plano, dibujado con trazos finos hechos a lápiz.

—¿Qué es esto?

—La c-c-c-capilla del acantilado. Es lo n-n-n-necesitabas, ¿no?

—Así que era cierto que tenías un plano.

—Sí, p-p-p-por supuesto. Y si no lo hubiera t-t-t-tenido, habría hecho lo imposible para conseguírtelo. Se lo pedí a mi t-t-t-tío hace unos días. Pero se negó a dármelo —el rostro de Patrick se ensombreció—. M-m-m-me dijo que fue el primer boceto que d-d-d-dibujó y que era m-m-m-muy especial para él. No lo entendió. Se l-l-l-lo expliqué y sin e-e-embargo no me hizo caso. Esta m-m-m-mañana he entrado en su e-e-e-estudio y se lo he quitado. Para ti. Para que tú lo t-t-t-tuvieras. ¿Q-q-q-qué me dices? ¿Soy un buen d-d-d-discípulo?

Aquello terminó de asustarme del todo. Había robado el plano de la capilla a su propio tío solo porque pensaba que yo era Zero. Reculé hacia la puerta.

—Estás loco, ¿lo sabías? Tienes por ídolo a un ladrón. La persona a la que admiras está robando por medio mundo sin el menor arrepentimiento. ¡Es un criminal!

—¡No! Zero no es ningún delincuente. ¡Es un ser superior!

¿Superior? ¡Superior! No me molesté en contestarle. Tampoco quería seguir escuchándole. Abrí la puerta y me precipité al exterior, con el plano de la capilla en la mano. Lo último que escuché antes de salir de la casa fue a Patrick, llamándome entre lágrimas.

CAPÍTULO 57

No abrí la boca durante el camino de vuelta a Drayton. Hice el viaje quieto en mi asiento como una estatua, con la mirada perdida en el paisaje que pasaba delante de mí y sin prestar atención a los comentarios de mis amigos.

—Ha sido la tarde más aburrida de mi vida. Hacía siglos que no iba a un cumpleaños tan triste —decía Neal.

—Tienes razón —afirmó Lauren en voz baja.

—¿Habéis visto la decoración? —preguntó Miranda—. Globos. Ha puesto globos. ¿Podéis creerlo? Los globos están superpasados de moda.

—Y no había nada de alcohol —añadió Neal.

—Eso. Lo más fuerte que he bebido ha sido un zumo de piña colada —terció Mike.

—Horrible. Sencillamente horrible —zanjó Miranda—. Una pérdida de tiempo.

Preferí no intervenir. Había estado en la fiesta de cumpleaños aún menos que ellos y había salido de la casa como si hubiera fuego dentro después de lo que había pasado con Patrick. Apreté el plano de la capilla. Al menos, había conseguido algo de provecho.

—No os preocupéis —puntualizó Miranda, haciéndose la entendida—. La cena de Acción de Gracias de mañana no será tan patética. Además, siendo uno de los acontecimientos sociales más importantes de California tiene que ser perfecta. Ya sabéis que Lawrence solo invita a las familias de los alumnos. La élite de la élite.

—Bah, al final, lo único que no se hace en esa fiesta es dar gracias —concedió Neal—. Siempre se habla de negocios y cosas así.

—Espero que mi padre no acapare la conversación demasiado —farfulló Mike—. Sería tan típico de él...

—Es cierto —comentó Lauren—. Es la primera vez que viene a la cena, ¿no?

—Sí. Ya sabéis cómo es. No le gustan los eventos que se celebran en Drayton. Todavía no sé por qué ha decidido venir este año.

—Bueno, mejor para nosotros. Así podremos conocerle en persona —agregó Miranda—. Según la disposición que he preparado, tu padre estará sentado en nuestra mesa. Junto a la tía de Kyle, los padres de Lauren y los de Neal, y mi padre. ¿Veis? Así estaremos juntitos mientras cenamos. Siempre pienso en todo.

—Seguro —mascullé yo.

—Por supuesto, ya sabéis que antes de la cena está la recepción en el vestíbulo y habrá unos aperitivos ex-cep-cio-na-les. No como los hojaldres reseco que ha servido Patrick —de pronto, se inclinó hacia la ventana del coche y soltó un gritito—. Ah, mirad, por fin hemos llegado a Drayton.

—Estoy deseando echar un partido de polo. ¿Alguien se apunta? —Mike me dio un codazo y empezó a gesticular como si estuviera lanzando una pelota—. Eh, Kyle, ¿qué te parece si les damos un repaso a los pardillos? Será divertido.

—Yo con tal de que la gente olvide que hemos estado en la catastrófica fiesta de Patrick, me es suficiente —intervino Neal.

Lawrence nos esperaba junto a la puerta principal del internado. Tenía el rostro serio. Muy serio. Algo iba mal.

—Me alegro de que hayan vuelto tan pronto —dijo en cuanto bajamos del Mustang. Dimitri salió también de su vehículo y se cuadró a nuestro lado.

—¿Ocurre algo? —pregunté.

—Mientras estaban fuera, ha habido... otro incidente.

—¿Incidente? —repitió Miranda—. ¿Qué quiere decir con incidente?

Lawrence desvió la vista hacia Mike.

—Señor Grossman, debería volver a su habitación. Alguien... ha abierto su caja fuerte privada.

—¿Qué? —exclamó Mike. No preguntó nada más. Subió los escalones que conducían al internado de tres en tres y entró en el edificio como una exhalación. Neal, Lauren y Miranda fueron tras él.

Así que era eso. Había habido otro robo. El tercero.

—¿Ha sido Zero? —inquirí. Lawrence dejó escapar un suspiro.

—Había otra moneda de plata, sí.

—¡Eso es imposible! —rugió Dimitri. Se volvió hacia mí—. ¡Ni siquiera estabas aquí! ¿Cómo lo has hecho, Bradford?

—¡Yo no he sido! No me he movido de la mansión de los Neville. ¿Cómo quieres que robe algo a tanta distancia?

Dimitri dio un paso hacia mí pero Lawrence se interpuso en su camino.

—Agente, le he permitido mantener vigilado a Kyle Bradford por orden judicial y, hasta ahora, no me he opuesto porque estaba convencido de que tenía suficientes pruebas en su contra. Sin embargo, en vista de lo que está ocurriendo, es obvio que Kyle no es la persona que busca. No estaba con la señorita Alec cuando robaron su gargantilla y ni siquiera se encontraba en Drayton cuando han asaltado la caja fuerte del señor Grossman. Es imposible que sea Zero.

—Habrá utilizado algún truco... —se justificó Dimitri—. ¡Es él, estoy seguro de ello!

—No voy a tolerar esto ni un minuto más. Por su culpa, he dejado que se produzcan tres robos en Drayton y que se mantenga vigilado a un alumno inocente. Tiene dos días para desmontar las cámaras de vigilancia y abandonar el internado. Después de la cena de Acción de Gracias espero no tener que verle por aquí ni un segundo más.

Era la primera vez que escuchaba a Lawrence hablar con aquel aplomo. Estaba acostumbrado a verlo como un anciano quejumbroso y débil, que se plegaba a los caprichos de sus alumnos sin oponer resistencia. Aquel repentino cambio me había dejado boquiabierto.

En cuanto el director se dio la vuelta y se perdió en el interior del internado,

Dimitri se revolvió como una serpiente herida.

—Te descubriré antes de que pase el plazo que me ha dado. Puedes estar seguro de ello.

CAPÍTULO 58

Cada noche Lawrence se paseaba por el pasillo de nuestras habitaciones para comprobar que dormíamos. La señorita Winslow, nuestra profesora de Lengua Inglesa, hacía lo mismo en el sector de las chicas y, hasta que ellos no se retiraban, cualquier movimiento o cuchicheo podía ser motivo de castigo.

Así que esperé. Sin perder la pista de los andares del director, esperé.

Me pareció que se detenía un poco más junto a la puerta de mi habitación y, por un momento, temí que el viejo tuviera un sistema infrarrojo para saber si alguien dormía de verdad o fingía, como era mi caso. Al final, siguió su ronda y regresó por donde había venido.

Las luces se apagaron con un chasquido y el internado se sumió en un profundo silencio, interrumpido de vez en cuando por algún que otro crujido de suelos y paredes o por el sonido del viento zarandeando los árboles. Hacía un tiempo espantoso. Desde que habíamos regresado no había dejado de diluviar y, aunque ahora parecía que la lluvia había dado una pequeña tregua, el cielo seguía encapotado.

Mi estómago rugió, exigiendo algo de comida. No había probado ni uno solo de los canapés que Patrick me había ofrecido durante su cumpleaños y tampoco había bajado a cenar. No había reunido el valor suficiente para encontrarme con Mike. Entre otras cosas, porque cuando había vuelto a mi habitación tenía una cajita negra debajo de mi almohada, con el reloj que le habían quitado dentro.

Zero no solo había aprovechado nuestra ausencia para robar a mi mejor amigo sino que también se había colado en mi dormitorio para dejar otra trampa entre mis pertenencias. Supongo que con la esperanza de que a la tercera Dimitri lograra echarme el guante de una vez por todas. Por suerte, esta vez había podido esconder la caja sin demasiadas complicaciones. Había ido a la enfermería bajo la excusa de que me dolía la cabeza y, en cuanto Natalie se había despistado, había entrado en el aseo para dejar el reloj dentro de la cisterna.

Aguardé una hora más.

Estaba tan cansado que no me habría importado cerrar los ojos y echarme a dormir. Pero tenía cosas que hacer... Me agarré los párpados con la punta de los dedos para evitar que se me cerraran y empecé a contar en silencio para mantenerme despierto.

El único que dormía plácidamente era Len. Roncaba, con una pierna colgando entre las sábanas y el brazo enroscado alrededor de su ordenador. Desde el registro, pasaba las noches abrazado a su portátil, como si fuera un peluche de metal y cables. ¿Cuándo se iba a convencer de que se trataba solo de una estúpida máquina? Sus escapadas nocturnas también habían disminuido. Ya no salía todos los días. Ahora pasaba más tiempo encerrado en Drayton. En la biblioteca o en el comedor. Aunque, eso sí, tan solo como siempre.

Cuando el reloj marcó la una de la mañana, me levanté de mi cama.

Mientras me ponía los zapatos, revisé las cámaras de seguridad. ¿Me estaría observando Dimitri? Era humano y en algún momento tendría que levantar su vigilancia enfermiza para descansar. ¿O estaba tan obsesionado conmigo como para mantenerse en vela día y noche? Por si acaso, no me atreví a encender las luces y me desplacé entre las sombras para que las cámaras no captaran mis movimientos.

Cogí un jersey al azar del armario y me lo puse encima del pijama. Luego, agarré el plano que me había dado Patrick y salí de la habitación. Llegué de puntillas hasta la puerta de emergencia por la que había visto a Len escaparse tantas veces. Conducía a unas escaleras metálicas que terminaban en la parte de atrás del jardín.

No me lo pensé dos veces y empecé a bajar los escalones.

Cuando llegué abajo, miré a lo lejos, hacia la colina que se recortaba en el extremo opuesto de Drayton. Sería mejor que me pusiera en marcha. Aún me quedaba una caminata hasta llegar a la capilla de Richard Blake.

CAPÍTULO 59

La iglesia estaba tan solitaria como el día que perseguí a Zero. Aunque había que reconocer que daba peor impresión que entonces. Su aspecto decadente no hacía muy buena conjunción con el cielo plomizo y lluvioso que cubría Drayton.

Me adentré en el interior. ¿Estaría Zero escondido en algún sitio? ¿Y si aparecía de pronto y me atacaba? Le recibiría como se merecía, eso seguro. Pero prefería ahorrarme otra pelea con él. Todavía tenía el cuerpo dolorido y el arañazo de la cara me recordaba cada mañana que era mejor andarse con cuidado.

En un momento dado escuché un ruido detrás de mí y me volví como un resorte. Resultó ser un pájaro que huía de su lugar de reposo después de que mi llegada rompiera su sueño. Aleteó por encima de mí antes de posarse en una viga del techo para continuar durmiendo. Suspiré, aliviado, y seguí andando.

Llegué hasta el lugar en el que había perdido el rastro de Zero y me detuve delante a la pared desnuda escoltada por los dos tapices raídos.

Desplegué en el suelo el plano que me había dado Patrick para verlo mejor y busqué el espacio que correspondía a aquella parte de la capilla. Estudié cada sección trazada por Charles Neville y cambié el mapa de posición una y otra vez para orientarme. Pero por más que lo giraba y lo analizaba no conseguía encontrar la nave lateral.

No aparecía dibujada.

Y eso solo podía significar una cosa. No existía cuando el tío de Patrick estudiaba en Drayton. Era más reciente. Un añadido posterior. Guardé el plano e inspeccioné con más atención los tabiques. Efectivamente, alguien los había envejecido de forma artificial. A nada que te fijaras un poco podías ver la diferencia de años. La vez anterior no me había percatado pero ahora no albergaba la menor duda de que no eran tan antiguos como el resto del edificio.

Seguí explorando las paredes, confirmando lo que acababa de descubrir, hasta que escuché un sonido que me hizo parar mi escrutinio en seco. Presté atención. Eran pisadas. Golpeando el suelo de la iglesia. Aproximándose.

Me dio un vuelco el corazón.

Tal vez Dimitri me había estado vigilando incluso a aquellas horas de la noche y me había seguido. O también era posible que Lawrence se hubiera dado cuenta de que estaba despierto. O puede que... Puede que Zero estuviera volviendo a la capilla de nuevo. En cualquiera de los tres casos yo tenía desventaja. Lawrence me expulsaría bajo la excusa de incumplir las normas. Dimitri aprovecharía aquella oportunidad para confirmar que estaba intentando huir. Y si se trataba de Zero... bueno, él era imprevisible y eso le convertía en el más peligroso de los tres.

Lo mejor sería que me escondiera y comprobara primero a quién tendría que enfrentarme.

Corrí hacia los tapices que colgaban de la pared y retiré el que tenía un demonio

bordado. El espacio que había detrás no era muy amplio aunque sí lo suficiente como para ocultar mi cuerpo entero. Me encajoné en el minúsculo hueco y dejé caer la tela. Minutos después una sombra pasó delante de donde yo estaba escondido. Escuché un caminar lento y el frufu que hacía la ropa al andar.

Agarré un extremo del tapiz y lo levanté para poder ver quién estaba al otro lado de mi refugio.

La espalda de una persona se recortaba junto a la pared de ladrillo en la que terminaba la nave lateral de la capilla. No hacía falta que se diera la vuelta para saber que no se trataba de Lawrence, ni de Dimitri, ni de Zero. Llevaba un pijama de seda negro que me resultó familiar y un objeto cuadrado bajo el brazo. Un ordenador.

Pero no cualquier ordenador.

Era el portátil de Len, aquel que mimaba con tanto fervor. Subí la mirada hacia el cogote del recién llegado. Por eso me resultaba vagamente familiar aquel pijama de seda.

La persona que estaba frente a la pared de ladrillo era mi compañero de habitación.

CAPÍTULO 60

Len se puso de rodillas. Dejó su portátil en el suelo y posó ambas manos sobre el muro de la iglesia. Al principio, pensé que estaba estirándose o haciendo alguno de los extraños movimientos que le habían valido el apodo de Loco Len. Pero no. Sus dedos tanteaban una parte concreta de la pared, como si estuviera buscando algo.

Empujó uno de los ladrillos y, para mi sorpresa, este empezó a desplazarse hacia dentro.

Así, sin más.

¿Desde cuándo los ladrillos se movían con esa facilidad? O bien yo me había topado con los que estaban más sujetos o bien Len tenía una suerte que bien podía valerle el record Guinness.

En el lugar que antes ocupaba el ladrillo había quedado un hueco, no muy grande, y en el interior se veía un panel con diez teclas. Una por cada número, del cero al nueve. En la parte de arriba había una pantalla parpadeante con seis espacios vacíos.

En seguida lo comprendí todo.

Aquel era el mecanismo que había utilizado Zero.

No había interruptores escondidos, trucos de magia ni trampillas secretas. Se trataba de una clave, oculta tras un ladrillo falso, que yo había pasado por alto cuando revisé la capilla. Por eso, el ladrón había desaparecido antes de que yo pudiera dar con él.

Pero si aquel era el lugar por el que había escapado Zero y Len conocía su existencia...

Empecé a atar los cabos.

Al compartir habitación conmigo, resultaba más fácil para Len que para cualquier otra persona esconder la caja que contenía el reloj de Mike bajo mi almohada o dejar el sobre con el mensaje de Zero encima de mi cama sin que nadie le viera para más tarde fingir que no sabía de dónde había salido. No despertarme la mañana que me había quedado dormido para que no supiera nada del robo de la gargantilla. O incluso apagar mi despertador para que no sonara...

¿Significaba eso que él era Zero? ¿El ladrón de los cien millones había estado durmiendo en la cama de al lado todo aquel tiempo?

Debí de hacer algún ruido sin darme cuenta porque, de pronto, Len se volvió y miró detrás de él con suspicacia. Dejé caer el tapiz con rapidez para que no me viera y me pegué todo lo que pude al tabique. No podía dejar que me descubriera. Perdería la oportunidad de saber si él era realmente Zero. Y eso era lo último que quería que ocurriera.

Aguanté la respiración y esperé, con el corazón saltándome dentro del pecho, a que Len se asegurara de que no había nadie más que él en la iglesia.

Al final, decidió que lo que acababa de oír era tan solo un crujido sin importancia y su atención regresó al panel que ocupaba el espacio dejado por el ladrillo. Levanté

el tapiz que me escondía una vez más y me centré en las teclas que acariciaban sus dedos. 1. 2. 0... Los números iban apareciendo en la pantalla, colocándose en los huecos vacíos. Tan solo quedaban tres más...

De pronto, la pared de ladrillo empezó a moverse. Se desplazó hacia atrás y se detuvo a un metro de donde se encontraba originalmente. Una abertura dividió el tabique en dos y ambas partes se separaron. ¿Se estaba abriendo? Pero la clave no estaba completa. Había solo tres números y quedaban aún otros tres espacios vacíos. ¿Cómo era posible? Len parecía tan desconcertado como yo y reculó, extrañado.

La pared terminó de abrirse y una figura emergió del interior.

—Llegas tarde, Len.

Reconocí aquella voz al instante. Andrógina. Fría.

Zero.

CAPÍTULO 61

Allí estaba. Por mucho que lo viera, nunca terminaría de acostumbrarme al aspecto oscuro y salvaje que trasmitía. Como tampoco me habituaría al sentimiento que me sobrecogía cuando él estaba cerca... Una mezcla de ansiedad y rabia.

—No deberías abrir la puerta así —se quejó Len—. Por un momento he pensado que...

—He escuchado que venías y he decidido darte la bienvenida. Creía que llegarías más pronto, ¿qué ha pasado?

—Me he quedado dormido —Zero lanzó un bufido—. ¡No ha sido culpa mía! He estado esperando a que Kyle se durmiera para salir sin que me viera. Pero ha tardado una eternidad. No hacía más que dar vueltas en la cama. Me he quedado dormido mientras esperaba.

Menos mal que había dejado mi almohada tan bien colocada que en la oscuridad Len ni siquiera se había fijado en que yo tampoco estaba entre mis sábanas.

—Estará nervioso —murmuró Zero—. Ya no falta mucho.

Len se agitó.

—Es posible que esté empezando a recordar.

—¿Qué?

—No deja de tener pesadillas por la noche y le oigo hablar en sueños cada vez con más frecuencia. Eso sin contar lo que pasó en Westlake —susurró Len, tan bajito que tuve que hacer un esfuerzo para entender sus palabras. Zero chascó la lengua.

—¡Nuestro plan no puede fallar! Él es la mejor coartada que tenemos para que Dimitri no sospeche de nosotros —se le veía inquieto. Asustado. Detrás de la cuidada fachada de seguridad que me había mostrado, tenía miedo. De mí. Tuve un arrebato de orgullo propio.

—¿Crees que Dimitri sigue creyendo que es Zero?

—No lo sé. En cualquier caso, Kyle está siendo muy molesto. Más de lo que habíamos supuesto. No deja de husmear. Y después de lo que pasó con las listas...

—Menos mal que te diste cuenta de que las tenía.

—Sí, aunque no me lo puso fácil. Me persiguió hasta aquí para recuperarlas.

—¿Hasta aquí? ¿Quieres decir que vio el escondite?

—No lo creo. Conseguí despistarle.

—Eso espero. Porque si encontrara este sitio... Ya sospecha demasiado de mí como para que encima le demos otro motivo más para que siga indagando.

—¿Qué quieres decir?

—Kyle sabe que he estado saliendo de mi habitación por las noches.

—¡Len!

—¡No duerme nada! No es tan raro que me haya escuchado salir en algún momento. No es fácil ser su compañero de habitación, ¿vale? Además, no sabe que

vengo aquí. Tal vez piense que me estoy viendo con alguien.

Aquello fue lo primero que pensé, cierto. Aunque ahora sabía que estaba equivocado...

—Si llegara a descubrir la verdad...

—Estaríamos en un aprieto, lo sé.

—Peor aún. Lo que hemos hecho no habría valido para nada.

—Tenemos que impedir que nos descubra, al menos, hasta que hayamos terminado.

—Ya solo queda el último espectáculo. ¿Has traído todo?

Len se agachó en el suelo y recuperó su ordenador.

—Está aquí dentro.

—Bien.

—Hay que tenerlo preparado cuanto antes.

Y sin decir una palabra más, los dos atravesaron el umbral de la compuerta secreta y esta se cerró detrás de ellos, tan sigilosa como antes. Salí de mi escondite en cuanto se perdieron de mi vista, con la cabeza dándome vueltas como loca después de lo que acababa de oír.

Len no era Zero... Pero le estaba ayudando.

Había estado pendiente de mis movimientos.

Sabía lo que tramaba el ladrón y no había hecho nada para detenerle.

¿Por qué? ¿Tal vez porque me odiaba y quería hundirme a cualquier precio? Era una posibilidad... Nunca nos habíamos llevado bien. ¿O lo estaba haciendo para proteger a Zero? Puede que Len sí tuviera un amigo en Drayton por el que estaba dispuesto a arriesgarlo todo...

En cualquier caso, lo más importante no era eso. Me estaba acercando a ellos. Lo suficiente como para poner en peligro sus planes. Lo suficiente como para inquietar al mismísimo ladrón de los cien millones. Habían dado por hecho que sería más dócil y les había salido el tiro por la culata. Ahora temían mis reacciones más que ninguna otra cosa.

Si tan solo consiguiera descubrir qué estaban maquinando... Les desenmascararía a los dos antes de que dieran su siguiente paso. Y, entonces, Dimitri no tendría más remedio que admitir su equivocación.

Pero ¿cómo? ¿De qué forma podía descubrir lo que tramaba Zero? Ni siquiera era capaz de entrar en su escondite. Tan solo había visto tres de los seis dígitos que necesitaba y descubrir los que faltaban iba ser imposible porque las combinaciones eran inmensas.

Tendría que encontrar otro camino.

El rostro descompuesto de Len cuando Dimitri examinaba sus pertenencias me dio la pista que necesitaba. Tamborileé con los dedos sobre el tapiz del demonio y esboqué una sonrisa. Sí... Había llegado el momento de mover mis piezas y contraatacar.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO 62

La fiesta de Acción de Gracias se celebraba al día siguiente y Drayton se engalanó para la ocasión. Adornaron la fachada principal con insignias bordadas con el águila de alas abiertas que formaba parte del escudo del colegio, y de las ventanas y balcones colgaron banderolas doradas y verdes. Dentro, los pasillos se llenaron de centros de flores naturales y guirnaldas enroscadas a las columnas de mármol.

El vestíbulo donde se celebraba cada año la recepción previa a la cena, se cubrió con alfombras y las dos lámparas de araña que pendían del techo se abrigaron con esmero. Incluso la bóveda de cristal que cerraba el techo del recibidor se había limpiado para que no hubiera ni una sola gota sobre su superficie.

Aunque me costara reconocerlo, Miranda y Lauren habían hecho una labor fantástica con la decoración de aquel año. Se habían superado con creces.

A pesar de ello yo me mantenía alejado del entusiasmo generalizado y casi no prestaba atención a la transformación que estaba sufriendo Drayton ni a las carreras de última hora para rematar los detalles finales.

Mientras me abrochaba el chaleco del esmoquin, no dejaba de mirar a través del espejo a Len. Había regresado antes que él de la capilla aunque, como no había podido pegar ojo, le había escuchado entrar a hurtadillas en la habitación, pasadas las seis y media de la mañana. Se había metido en la cama y antes de arrojarse había iluminado mi rostro con su móvil para comprobar que estaba dormido.

Y yo que pensaba que Dimitri era el único que me vigilaba...

Estaba terminando de adecentarme cuando llamaron a la puerta. Len se alejó de su armario y abrió. Vestido con un traje gris oscuro y una pajarita ocre que hacía juego con el color de sus ojos, Mike le dedicó una mirada de desdén a modo de saludo. Lanzó un gruñido y le apartó a un lado para pasar al cuarto.

—¿Estás listo, Kyle? —me preguntó.

—Hola a ti también —masculló Len. Mike le ignoró.

—Sí —contesté. Me dejé por imposible. Los días que llevaba sin comer y durmiendo de mala manera me estaban pasando factura. Por mucho que lo intentara no iba a mejorar mi aspecto. Solo esperaba que cuando tía Jane viera las ojeras que tenía no pusiera el grito en el cielo. Mike se colocó a mi lado y revisó su atuendo con ojo crítico—. Oye, tío, siento lo de tu reloj.

—Sí, bueno. Parece que Zero tiene una fijación especial con mi familia. Primero la diadema de mi madre y ahora mi reloj. Y encima ha tenido la desfachatez de dejarme una de esas estúpidas monedas como premio.

Noté que Len se ponía alerta y pegaba el oído a nuestra conversación. Cómo no... Aquello le interesaba porque estaba en juego Zero.

—Por cierto, ¿dónde te metiste ayer? —me preguntó Mike—. No te vimos durante la cena.

—Bueno, digamos que tuve un encuentro que no pude eludir —mi amigo interpretó mi contestación a su manera. Me dio un codazo y soltó una risita.

—¿Y quién era ella? Seguro que fue una de las novatas de primero. Hay alguna bastante interesante.

—Y qué lo digas. ¿Has visto a esa pelirroja que va a clase de Alemán?

Mike siguió bromeando sobre quién había sido mi última conquista y yo le seguí el juego con mi mejor cara. No podía dejar que nadie, ni siquiera él, percibiera mi impaciencia. Al final, le pasé el brazo por los hombros a mi amigo entre risas y salimos de la habitación, sin despedirnos.

—¿Has visto eso? —preguntó Mike cuando cerré la puerta—. Estoy seguro de que Loco Len ni siquiera sabe cómo atarse una pajarita. ¿A cuántas fiestas crees que habrá ido? Me apuesto lo que quieras a que será el hazmerreír de todos hoy.

Ladeé la cabeza. Después de lo que había visto la noche anterior, ya no estaba tan seguro de que Len fuera tan tonto como aparentaba.

El pasillo de las habitaciones estaba abarrotado de alumnos que gritaban, bromeaban o hablaban entre ellos. Dimitri era el único que estaba quieto, colocado como una figurita de mazapán junto a mi dormitorio. Neal ya se había vestido con sus mejores galas y deambulaba de un lado a otro, jugueteando con un fajo de billetes que seguramente habría ganado en una de sus partidas ilegales.

—Vaya, vaya, por fin nuestro bello durmiente decide salir del castillo —bromeó—. Pues para tu información te perdiste el recital de insultos que le dedicó Mike a Lawrence ayer por la noche.

—Por favor... ¿vas a contarlo otra vez? —se quejó Mike.

—¿Cómo quieres que no lo cuente? Fue un espectáculo que ni yo habría superado. Estaba tan enfadado por el robo de su reloj que fue al despacho de Lawrence y le estuvo insultando hasta que se aburrió.

—No fue así.

—¿Ah, no? ¿No era tu voz la que se escuchaba desde el primer piso mientras le decías al director que era un incompetente?

Antes de que siguieran parloteando, decidí intervenir.

—Escuchad, necesito vuestra ayuda —Mike fue el primero en percatarse de que había dejado de reírme y de que estaba hablando con más seriedad que antes.

—¿Qué pasa?

—No puedo bajar con vosotros a la recepción. Tengo que ir a un sitio antes. Si alguien pregunta por mí —y ese alguien iba sobre todo por Dimitri—, decidle que no me encuentro muy bien. ¿Podrís hacerlo?

—No hay problema. Pero... —Mike miró a Neal, como si le pasara el testigo de la conversación.

—Lo que Mike trata de decirte es que estamos preocupados por ti. Últimamente estás muy raro. No dejas de desaparecer sin avisar, te saltas las clases y te comportas como si estuvieras paranoico. ¿Se puede saber qué te ocurre?

Aquella era una buena pregunta. ¿Qué me estaba sucediendo?

—Kyle —dijo Mike—, somos amigos desde que éramos pequeños y si necesitas nuestra ayuda, puedes contar con nosotros, ya lo sabes. Lo que no podemos hacer es ayudarte si no nos dices qué ocurre.

Tenían razón. Había estado evitando a mis amigos porque no quería involucrarles con Zero y no me había parado a pensar en lo extraño que tendría que resultarles a ellos.

—Os prometo que os lo explicaré todo más tarde. Ahora mismo es... difícil. Necesito que confiéis en mí. Por favor —el gesto de Mike se suavizó y Neal asintió.

—Está bien, Kyle. Y será mejor que no estés metido en algo chungo.

—Gracias, chicos. Gracias. Os debo una.

CAPÍTULO 63

S alí corriendo. Tenía poco tiempo para llevar a cabo mi plan. Si tardaba demasiado, Lawrence y Dimitri empezarán a sospechar. Creerán que mi ausencia en el vestíbulo no era normal y que me traía algo entre manos. Me buscarían hasta debajo de las piedras como pasó la última vez. Y ahora más que nunca necesitaba mantenerlos alejados de mí todo lo posible.

La única forma de conseguirlo era estar abajo en el vestíbulo con tía Jane lo más pronto posible. Mike y Neal me cubrirían si me retrasaba pero la excusa de «Kyle no se encuentra muy bien» no me iba a servir como tapadera una eternidad.

Atravesé a la carrera los pasillos de las habitaciones de los chicos, cruzándome por el camino con compañeros que contemplaban con envidia el traje a medida que llevaba puesto, y dejé atrás la puerta doble que daba paso a los dormitorios. De ahí, me encaminé hacia el sector este.

Las habitaciones de las chicas tenían una disposición diferente a la nuestra, formando un enorme rectángulo, con puertas a ambos lados y un espacio común en el centro que servía como punto de reunión. Conocía bien la distribución porque había estado en aquella ala prohibida antes. Varias veces. Unas cuantas, en realidad. Me había aprendido bien sus recovecos para saber por dónde tenía que escaparme si aparecía alguna profesora y me pillaba, así que me adentré en el pabellón sin que me temblara el pulso ante lo desconocido.

Como era de esperar, la expectación ante el primer gran evento del curso no solo afectaba a la sección masculina. La femenina estaba llena de chicas que correteaban frenéticas mientras terminaban de arreglarse. En cuanto me vieron entrar en su territorio, todos los pares de ojos se clavaron en mí. Primero, con asombro. Después, con nerviosismo. Ninguna hizo amago de avisar a algún profesor. De hecho, estaban tan concentradas en atusarse el pelo y en dedicarme miradas coquetas que ni siquiera abrieron la boca.

—Buenos tardes, señoritas —saludé con caballerosidad. Risas tontas y algún que otro aleteo de pestañas. Sonreí, un tanto incómodo ante el continuo escrutinio al que me estaban sometiendo, y me abrí paso entre ellas—. No se preocupen por mí. Sigán arreglándose. Yo solo estoy de paso.

—¡Es Kyle! —murmuraban a mi alrededor. Mi nombre se fue repitiendo como en un coro y sentí que mi rostro ardía.

Franqueé el descansillo y llegué hasta una de las puertas del fondo. Llamé con los nudillos. Pasaron solo dos segundos antes de que se abriera. Gisella Taylor arrugó el ceño al verme. El tiro de sus pantalones llegaba casi a la altura de sus rodillas y en su nariz se percibía la marca inequívoca de un *piercing*, el mismo que Lawrence le habría hecho quitarse el primer día de clase. ¿Alguien le había dicho que tenía que vestirse de gala para la cena de Acción de Gracias?

—¿Qué haces aquí? —preguntó. No parecía dispuesta a saludarme con un «hola,

¿qué tal va eso, Kyle?»—. ¿Es que acaso no lees los carteles de prohibido chicos que hay en la entrada?

—Necesito tu ayuda —contesté con un hilo de voz—. Urgente.

—Si estás buscando a una chica con la que pasar el rato, creo que has ido a parar al lugar menos indicado.

Fue a cerrar la puerta pero yo interpose mi pie.

—No estoy buscando esa clase de ayuda —mi interlocutora pareció entender el sentido de mis palabras y lanzó un suspiro.

—Está bien. Pasa.

Abrió de nuevo la puerta y, en cuanto estuve dentro de su dormitorio, la cerró con un manotazo. Las chicas que había dejado atrás estallaron en cuchicheos y sus voces llegaron hasta mis oídos a pesar del disco de heavy metal que sonaba en el reproductor de Gisella. Estaba claro que mi visita iba a originar un sinfín de rumores hasta final de curso.

—Bueno, ¿qué es lo que quieres?

—Necesito esto —saqué un papel doblado que yo mismo había garabateado horas antes. Gisella lo leyó sin inmutarse.

—¿Para esto venía tanta prisa?

—Lo necesito ahora mismo. ¿Puedes conseguirlo?

—Es posible. Todo depende de cuánto estés dispuesto a pagar por conseguirlo.

—Lo que quieras.

Un brillo de codicia cruzó el semblante de mi interlocutora.

—Sabía que iba a ser muy fácil hacer negocios contigo, Kyle.

No dijo nada más. Se dio la vuelta y se arrodilló a los pies de su cama. Metió la mano debajo y sacó un enorme arcón de madera. Lo abrió con solemnidad y yo me incliné hacia delante para ver qué había dentro. La caja estaba llena de medicamentos. Había desde aspirinas hasta cremas para el sol pasando por antibióticos y jarabes para la tos. Era una auténtica farmacia ambulante.

Porque, a pesar de su apariencia de estrella del *rock*, Gisella Taylor era la hija del dueño de Laboratorios Taylor S. A., uno de los mayores consorcios farmacéuticos del mundo. En sus fábricas se sintetizaban y distribuían más de la mitad de los medicamentos de EE.UU. y casi el 80% de los países de Europa y Asia vendían algún producto que llevaba el sello de Taylor S. A. estampado en sus envases.

Cada año Gisella traía decenas de productos escondidos entre su equipaje para posteriormente venderlos dentro del colegio de forma ilegal. Por supuesto, pagabas el doble de su precio por ellos aunque, al menos, tenías a tu alcance una aspirina de más cuando Natalie decidía que ya habías tomado demasiadas por un año.

—Parece que el negocio no va mal.

—No puedo quejarme —Gisella sacó un pequeño botecito del interior del arcón y lo balanceó para que yo pudiera verlo—. Aquí está. ¿Es esto lo que quieres?

Leí la etiqueta que estaba pegada en el envase.

—Sí. Eso es.

—Bien. Son 100 dólares.

—¿¡Cómo!?! ¿Es que acaso te has vuelto loca?

—Pensé que lo necesitabas urgente.

—Aún así...

—Pues son 100 dólares.

Nunca había sido muy bueno regateando y dudaba mucho que consiguiera superarla en cuestión de precios. Lancé un resoplido y saqué de mi cartera los 100 dólares que me pedía. Sabía que era un verdadero robo pero no tenía otro remedio.

—Toma —dijo Gisella en cuanto mi dinero llegó a su poder. Me entregó el bote y me observó con más interés que antes—. Debes de necesitarlo mucho si estás dispuesto a pagar semejante fortuna por algo que no vale ni diez dólares.

No necesitaba que nadie me restregara por la cara el timo en el que acababa de caer. Me di la vuelta y salí de la habitación, sintiéndome como un completo idiota. El corrillo de chicas seguía formado en el pasillo y su atención volvió a centrarse en mí en cuanto puse un pie fuera del cuarto.

—Vuelve cuando quieras, Kyle —proclamó Gisella. Su voz sonó ñoña y empalagosa, perfecta para que sus compañeras se formaran una idea equivocada del motivo que me había llevado hasta allí.

Guardé el bote en mi bolsillo con un resoplido y me alejé por el pasillo dando fuertes zancadas.

CAPÍTULO 64

En cuanto salí del pabellón de las chicas, me topé con Dimitri. No había sido tan atrevido como para seguirme hasta la habitación de Gisella así que mi pequeña escaramuza había quedado bien disimulada bajo una capa de simple escarceo amoroso.

—¿Ocupado en vigilarme?

—Ya sabes que es mi trabajo, Zero —si mi plan funcionaba, haría que se tragara sus palabras una tras otra. Le rodeé y seguí andando.

—¿Adónde vas?

—No tengo por qué decírtelo.

—¿Acaso no deberías bajar al vestíbulo de Drayton para la recepción?

—Después.

No le di más explicaciones. Si hablaba más le haría sospechar. Me olvidé de él y volví a mi dormitorio. Len no había terminado de arreglarse aún. Estaba discutiendo con su pajarita mientras intentaba ponérsela. Mike había acertado. No sabía cómo tenía que vestirse para ir a una fiesta. Cogí aire. *Ahora, Kyle. Es el momento.*

—¿Te echo una mano?

—No he pedido tu ayuda.

—Vamos. No seas tan desagradable. Solo intento ser amable —en otras circunstancias ya estaría gritándole en plena cara. Me contuve. Debía representar mi papel a las mil maravillas si quería tener éxito—. Al fin y al cabo, tenemos un curso entero para estar juntos y no tiene sentido que estemos discutiendo continuamente.

—Puedo apañármelas solo. No soy como tus amigos, Bradford, que no pueden hacer nada sin ti.

¿Qué sabrás tú de Mike y Neal, traidor?

—Sin embargo, nunca viene de más algo de ayuda cuando la necesitas, ¿no estás de acuerdo?

Le arranqué la pajarita. La había manoseado tanto en su pobre intento por colocarla en su sitio que había quedado hecha un amorfo.

—Déjame ayudarte con esto —Len siguió mis movimientos sin decir nada. Había una mezcla de preocupación, miedo e inquietud en su rostro. Cuando terminé, le di una palmadita—. Listo.

—Gra... gracias.

¡Falso hipócrita! Vas a lamentar lo que has hecho. Ya lo verás.

—Ah, necesito beber algo, ¿tú no? Esto de la cena de Acción de Gracias me está dando una sed espantosa.

Me acerqué a la repisa donde estaban mis libros de clase y cogí los dos refrescos que tenía escondidos detrás de mi cuaderno de Química. Los había comprado aquella misma mañana para tenerlo todo listo cuando llegara el momento.

Sin esperar respuesta, abrí las dos latas. Len había vuelto su atención hacia el

espejo y estudiaba la pajarita que yo había colocado en su cuello.

Aquella era mi oportunidad.

Sin sacar el bote de Gisella de mi bolsillo para que las cámaras de Dimitri no pudieran grabarme, arranqué la tapa y saqué tres píldoras del interior. Las dejé caer dentro del refresco de mi izquierda tan rápido que a punto estuve de verter el líquido sobre mis pantalones. *Serénate, Kyle.*

—¿Qué te parece si sellamos una tregua? Nada de malos rollos durante una temporada, ¿de acuerdo? —Dibujé un gesto amistoso en mi cara y le tendí la bebida en la que había metido los comprimidos a Len.

Mi compañero echó un vistazo a la lata. Estaba confuso. Podía verlo en sus ojos. No sabía si agarrarla o no y sus dudas estaban matando la poca paciencia que me quedaba en pie. *¡Cógela de una vez!* Después de unos instantes de vacilación, aferró el refresco.

Pero no se lo llevó a los labios.

—¿No bebes? —le pregunté.

—Hmmm —seguía dudando...

—Vamos —le insté—. Es por nuestra tregua.

Y, entonces, sonrió. Como aquella noche cuando me contó lo del orfanato. Entrechocó su lata con la mía y bebió un largo sorbo.

—¿Sabes? Nunca lo hubiera dicho —comenté. No apartaba mi atención de Len.

—¿El qué?

—Que tú y yo nos pudiéramos llevar bien.

Len abrió la boca para decir algo. Pero ninguna palabra salió de su garganta. Se agarró al marco de la puerta como si necesitara de repente un punto de apoyo.

—Pareces mareado. ¿Estás bien?

—Yo... —vaciló y tuvo que sentarse en una silla para no caer al suelo—. Me siento... un poco mal.

—¿No me digas? Eso es algo muy inoportuno —repuse. Reí con malicia. No pude evitarlo.

Len se dio cuenta.

—¿Qué... qué me... has hecho, Kyle?

—Es una verdadera lástima que te encuentres tan mal —me acerqué a su oído para que solo él escuchara mis palabras y nadie más pudiera ser testigo de lo que iba a decir—. ¿Qué tal terminó vuestra conversación anoche? Debió de ser agotador quedarse charlando hasta las seis de la madrugada, ¿no?

Una mueca de pavor surcó el semblante de Len.

—No... lo entiendes... Kyle, por favor...

—¿Qué tengo que entender? —murmuré, conteniendo a duras penas mi enfado—. Habéis intentado inculparme de algo que yo no he hecho solo para proteger vuestro pellejo. Habéis hecho que la policía me siga por Drayton. ¿Y todavía tienes la desfachatez de decirme que no lo entiendo? —Los párpados de Len empezaban a

cerrarse. Podía ver cómo se debatía entre el sueño y la vigilia con todas sus fuerzas —. Ah, por cierto, ¿quieres saber qué te he dado? Somníferos. Son los que utiliza tía Jane cuando tiene insomnio. La verdad, no entiendo mucho de medicamentos pero tengo buena memoria. Gisella me ha cobrado un riñón por ellos aunque creo que ha sido el dinero mejor invertido de mi vida. Nunca pensé que el efecto sería tan fulminante.

—No... no... Kyle —susurró Len. Había algo de desesperada súplica en su voz —. Por favor...

—No puedo creer que hicieras algo así —me levanté para alejarme de él. La expresión desolada de su rostro me estaba dando remordimientos.

Le dejé dando cabezazos y me acerqué a su ordenador. Estaba sobre su almohada, con la pila de libros que mi compañero de habitación acarrea siempre de un lado a otro a su derecha. Eso era lo que buscaba realmente... Lo que necesitaba para desenmascarar a Zero...

Len dejó escapar un gemido.

—No, Kyle... Nosotros... peligro... Nosotros...

Antes de que pudiera culminar su frase, se desplomó en la silla en la que estaba sentado. Sus palabras quedaron engullidas por el sueño.

CAPÍTULO 65

Me senté en mi cama con el portátil sobre las piernas. El logotipo de la Lu Corporation bailoteaba en la pantalla. Estaba encendido. Tenía todo el contenido que escondía el aparato a mi disposición. Solté una exclamación de alegría.

Pero cuando empecé a indagar por el ordenador y me di cuenta de que en el disco duro había cientos de miles de documentos y que ni siquiera sabía por dónde empezar mis pesquisas, mi optimismo se desinfló como un globo. Solo el escritorio estaba tachonado por más de 20 archivos, cada uno con un nombre diferente. *Proyecto alfa. Desarrollo móvil. Innovaciones Lu Corporation. Junta de accionistas.* ¿Cuál sería el que habían estado mirando Zero y Len la noche anterior? ¡No tenía tiempo para revisarlos uno por uno!

Debía que acotar la búsqueda si quería tener éxito. Me quité la chaqueta del esmoquin y me arremangué las mangas de la camisa. No había llegado tan lejos para echar marcha atrás.

Me metí en el buscador del ordenador. «Zero», tecleé en la franja blanca parpadeante. «0 resultados». Ni un solo archivo que contuviera la palabra Zero... Vale. Len era bastante cuidadoso. Probé suerte con otra. «Robo». «0 resultados». ¿Nada tampoco? Muy bien... «Ladrón». «0 resultados». «Joyas». «0 resultados». «Drayton»...

«1 resultado».

Justo debajo de la barra del buscador apareció una carpeta. Proyecto Drayton. Desplacé el ratón e hice doble clic para abrirla. Estaba llena de minuciosos diagramas y tomas aéreas del internado. Había fotografías de cada recodo del edificio: pasillos, escondites, habitaciones, aulas... Todo.

También encontré planos. No tan perfectos como el que Patrick me había dado de la capilla aunque bastante conseguidos. Uno de ellos era del laboratorio en el que desapareció la estilográfica de Neal. Lo reconocí no solo por la distribución sino también porque en un esquina alguien había escrito un número 1 seguido de una fecha. La misma en la que, si no recordaba mal, habían robado la estilográfica. Los otros eran del aula de Literatura y de la habitación de Mike. Y en ambos figuraba un número y una fecha que coincidía con los días en los que se llevaron la gargantilla y el reloj, respectivamente.

Los planos que había utilizado Zero para cometer sus robos.

Podía utilizarlos para demostrar la culpabilidad de Len... Pero no me servían de nada si lo que quería era acabar con el ladrón de los cien millones.

Tenía que seguir investigando.

Revisé el resto de ficheros que había en la carpeta en busca de cualquier cosa que pudiera ayudarme. Nada parecía de mucha utilidad... hasta que encontré un archivo que me llamó la atención. Llevaba el nombre de «*The End*». El final. ¿*El final de qué?* Abrí el documento y lo amplié en la pantalla. Otro plano. Al igual que los

anteriores, había unas palabras escritas en la esquina superior.

—«Vestíbulo. 8:00 PM».

Y, debajo, una fecha.

—«27 de noviembre».

Eh, un momento. *Hoy era 27 de noviembre...* Algo hizo clic en el interior de mi cerebro. Fue como si hubiera presionado un interruptor. Mis dedos quedaron suspendidos sobre el teclado. *27 de noviembre. Vestíbulo. 8:00 PM.*

La recepción previa a la cena de Acción de Gracias.

La misma que estaba celebrándose en aquellos momentos en el piso de abajo.

Zero tenía pensado aparecer delante de todos los padres y alumnos de Drayton en menos de media hora.

CAPÍTULO 66

Dejé a Len durmiendo y me precipité escaleras abajo. Dimitri no tardó en aparecer, bajando con la misma rapidez que yo del piso de arriba. Había estado siguiendo mis movimientos desde el archivo. *Lo suponía...* Por eso había sido extremadamente cauteloso con todo lo que había hecho.

Nos encontramos a medio camino.

—Te ha costado salir de tu madriguera —ignoré su comentario y le arranqué el cigarro que llevaba en la boca.

—En Drayton está prohibido fumar. Debería leer mejor la normativa.

Me asomé por la balaustrada del primer piso. Desde ahí tenía una panorámica completa del vestíbulo. Estaba lleno de padres que charlaban con sus hijos o con sus socios sobre la próxima fusión que harían, el último Ferrari que se habían comprado, o, simplemente, sobre las maravillosas vacaciones que habían pasado. Joyas caras, trajes de firma y bolsos de varios cientos de dólares por doquier. ¿Cuál de aquellos objetos querría Zero? Porque daba por hecho que si el ladrón tenía pensado aparecer sería para llevarse algo de valor. No tenía sentido que estando Dimitri allí fuera a darse una vueltecita amistosa.

Tía Jane me hizo señas desde el centro del vestíbulo. A su lado se erguía Juliette Morrison, la madre de Neal. Al igual que su hijo, tenía el pelo castaño y la tez morena, aunque sus facciones eran más marcadas. Debajo de sus ojos se extendían unos pronunciados cercos oscuros, como si tuviera unas eternas ojeras dibujadas. Mike y Neal estaban con ellas, con cara de aburridos.

—¡Kyle, cariño! —el vozarrón de contralto de tía Jane se elevó por encima del resto de invitados y algunos de ellos se volvieron con curiosidad. Disimulé la vergüenza y bajé los escalones antes de que siguiera llamándome «cariño». En cuanto llegué a su altura, se olvidó de sus acompañantes y me estrujó con fuerza. Después de los desastrosos dos meses de curso que había tenido, volver a encontrarme con ella me alegraba lo suficiente como para olvidarme de lo demás—. ¡Oh, querido! Por un momento he pensado que no ibas a salir a recibirme.

—Solo me estaba haciendo de rogar —respondí.

Dimitri aprovechó la ocasión y se fundió con el resto de invitados para poder vigilarme sin llamar la atención. Su gabardina deslucida no le ayudó en su noble cometido y la mayoría de los invitados que se cruzaban con él le miraban con desaprobación. Le dio igual. Siguió pendiente de mí y cuando un camarero se interpuso entre él y yo, le apartó con un manotazo.

—Estás divino, Kyle. Ese esmoquin te sienta muy bien. Me alegro de que nuestro sastre te lo terminara de confeccionar antes del verano.

—Gracias —contesté, un tanto avergonzado. Mike intentó disimular la risa. Le di un puntapié para que se callara.

—¿Cómo te has hecho esto? —Tía Jane pasó el dedo por el arañazo que me

surcaba la cara. Estaba casi curado pero aún me quedaba una marca enrojecida.

—Ah, nada —mejor no explicarle de dónde había salido aquella herida... Saludé a la madre de Neal—. Me alegra verla de nuevo, señora Morrison.

—Lo mismo digo, Kyle. Espero que mi pequeño Neal se esté portando como un caballero en Drayton.

—Oh, sí, por supuesto —le aseguré. Dudaba mucho que alguno de los tres pudiéramos llevar la etiqueta de caballeros tan alegremente.

Mientras intercambiaba con Juliette Morrison los típicos cumplidos y preguntaba por su familia, tía Jane desvió su atención de nosotros.

—¡Sebastian! —gritó de repente. Se abrió paso entre la gente y abrazó al director de Drayton. Me quedé al margen. Si me acercaba, tendría que soportar las falsedades de Lawrence y sus hipócritas comentarios y no me apetecía lo más mínimo.

—¿Has podido comprar lo que necesitabas? —me preguntó Mike. La madre de Neal estaba saludando a una de sus amigas de pilates y nos había dejado a los tres solos.

—Sí. Gracias por cubrirme.

—No ha sido nada, colega.

—Eh, ¿ese de ahí no es el padre de Lauren? —preguntó Neal. Señaló con el dedo uno de los corrillos de invitados que charlaba animadamente no muy lejos de donde estábamos nosotros. El que acaparaba el protagonismo de la conversación era un individuo fornido, casi calvo y con las piernas tan cortitas que parecía una enorme manzana sostenida por dos palos. Dan Alec. Lauren estaba junto a él, tan silenciosa como siempre.

—Será mejor que no te acerques mucho a él —me avisó Mike.

—¿Por qué lo dices?

—Se ha comprado un velero nuevo y no deja de hablar de lo maravilloso que es. Me temo que va a ser su tema de conversación estrella durante los próximos, hmmm, tres meses. Le encanta pavonearse delante de los demás.

Al lado de donde estaban Dan Alec y su hija localicé al señor y la señora Lu esperando en un rincón a que su hijo saliera a recibirlos. Lástima... El pequeño Len estaría durmiendo todavía en nuestra habitación como un lirón.

—¿Habéis visto a Miranda? —preguntó Mike. Estiró el cuello al tiempo que buscaba entre la gente la cabellera rubia de la diva de Drayton.

—No ha bajado todavía. Su padre lleva esperándola desde hace horas —afirmó Neal. Y no se equivocaba. Peter Williams estaba junto a la escalera, sin más compañía que el cóctel que tenía en la mano—. Seguro que sigue en su habitación, arreglándose para satisfacer las expectativas de sus admiradores.

—Cállate, Neal. Qué sabrás tú —le espetó Mike.

—¿A qué viene eso? Últimamente no haces más que defenderla. Le das la razón, te interesas por lo que hace...

—¿No haces tú lo mismo con Lauren?

—Eso... —Neal se sonrojó—. Al menos Lauren no es una pécora como Miranda.

—Lauren es una marioneta al lado de Miranda.

—Eh, dejadlo ya. No merece la pena —me entrometí yo. Ninguno de los dos me hizo caso y continuaron reprochándose a quién le gusta quién y por qué.

La llegada de una limusina negra que aparcó delante de la puerta principal fue lo que consiguió zanjar la discusión finalmente. Del interior del vehículo salió un hombre trajeado, con aspecto de ejecutivo de Wall Street.

El rostro de Mike se iluminó.

—¡Papá!

CAPÍTULO 67

Lo primero que me llamó la atención de Adam Grossman fue su estatura. Era más alto que yo, con una constitución de jugador de *rugby* profesional y unas extremidades musculosas que no parecían desentrenadas. Tenía unas prominentes entradas que dejaban al descubierto parte de su cráneo y bajo sus pobladas cejas se escondían unos ojos de un marrón oscuro. Distintos a los de Mike. Con un brillo más intenso.

Aunque no tuviera el porte y la elegancia de Lawrence ni tampoco el atractivo físico del padre de Miranda, sí era la clase de persona que no pasaba inadvertida. Tal vez por la seguridad con la que se movía, como si el universo fuera su patio de recreo y él ostentara el título de niño grande.

Mike se apresuró a presentarnos.

—Papá, este es Kyle Bradford. ¿Lo recuerdas? Te he hablado mucho de él.

—¿Cómo está, señor Grossman? Me alegra mucho conocerle al fin —le tendí la mano con cordialidad. Pero Adam no se movió. Tampoco apartó la atención de mi cara. Solo arrugó el bigote cuando escuchó mi nombre.

—Bradford, ¿eh?

—Sí, señor. Encantado...

—¿Nos hemos visto antes? —Una sombra de desconfianza cruzó el semblante de Grossman. Su mano seguía sin estrechar la mía. Miré a Mike, extrañado. A juzgar por su cara, él parecía tan estupefacto como yo con la reacción de su padre.

—Eh, no creo. Aunque he estado muchas ocasiones en su casa con Mike, nunca nos hemos encontrado en persona.

—Hay algo en ti que me recuerda a... alguien.

—Oh, Adam, qué alegría encontrarte aquí —tía Jane apareció a nuestro lado—. ¿Has conocido ya a mi hijo Kyle?

—Así que tu hijo, ¿eh?... —Grossman volvió a escudriñar mi rostro con un gesto más inquisitivo de lo que podía considerarse educado.

—Sí, mi pequeño y único heredero. ¿No te parece un encanto?

—Un muchacho fascinante, sin duda.

Cada vez que el padre de Mike hablaba de mí lo hacía de una forma extraña, alargando las sílabas y entonando las palabras con más fuerza. No me gustaba. Como tampoco me hacía gracia su forma de observarme, igual que si pudiera atravesar mi cuerpo y leer mi alma. Cambié el peso de un pie a otro. Su presencia me estaba incomodando y ni siquiera sabía muy bien por qué. Tía Jane captó mi malestar. Sus brazos se cerraron en torno a mí en actitud protectora.

—Tu hijo me recuerda a un viejo amigo.

—Imposible. Kyle no es hijo de ninguno de tus «viejos amigos» —la voz de mi madre adoptiva no sonó tan despreocupada como siempre, sino cortante, desprovista de emoción. El padre de Mike la taladró con la mirada y ella aguantó con firmeza el

embite. Una incómoda tirantez se formó a nuestro alrededor. Juliette Morrison, que observaba la escena haciéndose la distraída, se puso a la defensiva. Incluso me dio la impresión de que Dan Alec seguía desde la distancia nuestra conversación...

—Señor Grossman, es un placer tenerle de nuevo en Drayton —la llegada de Lawrence a nuestro círculo hizo que todos desviáramos la atención hacia él, incluido el padre de Mike—. Hace años que no nos vemos. Bienvenido una vez más.

—Gracias —respondió con sequedad Adam—. Según me han informado, parece que su gestión del internado este año no está resultando muy eficiente. Ha sido incapaz de impedir los tres robos que se han producido estos meses atrás.

—Parece que las noticias vuelan —a pesar de que le estaban acusando de inepto, Lawrence encajó aquella crítica con una elegancia envidiable—. No se preocupe. La policía está tras la pista del ladrón y no creo que tarden en dar con él.

—¿Es Zero?

Otro incómodo mutismo.

—Sí, parece que ha sido él.

—Esa escoria no tardará en ir a la cárcel —masculló Adam—. ¿No cree, señor Bradford?

—Por supuesto —respondí. ¿Por qué su pregunta iba dirigida exclusivamente a mí?—. Zero merece estar entre rejas.

—Eso es lo que yo opino.

—¿Le apetece una copa de champán, señor Grossman? —Volvió a la carga Lawrence—. He traído una caja entera de mi cosecha especial para la cena de Acción de Gracias. Y le puedo asegurar que no le va a decepcionar. Vayamos a probarlo. Por los viejos tiempos.

Lawrence engatusó a Grossman y le alejó de nosotros mientras seguía ensalzando su champán especial del 88. Mike les siguió.

—¿Te apetece suflé, querido? —preguntó tía Jane. Su voluminoso cuerpo se interpuso entre Adam Grossman y yo, haciendo que el contacto visual entre ambos se perdiera—. Está delicioso. Y puedes fiarte de mí. Soy toda una experta en suflés...

—¿Qué se supone que acaba de pasar? —la interrumpí.

—No sé a qué te refieres —repuso con vocecilla inocente.

—Vamos, no finjas que no ha pasado nada. ¡Has estado a punto de lanzarte a la yugular de Adam Grossman!

—Oh, no, yo nunca haría algo así. Es poco... chic.

—Tía Jane... —empecé a decir.

Las campanadas de Drayton retumbaron a nuestro alrededor. Ocho en total... Cuando el repiqueteo metálico se perdió en la lejanía, una voz se alzó por encima del resto, tan potente como sepulcral.

—Buenas noches, invitados de Drayton. Espero que estén disfrutando de esta agradable recepción.

Las conversaciones se silenciaron. El vestíbulo cayó en una súbita mudez.

Algunos se preguntaron entre ellos quién estaba hablando.

—Es para mí un placer estar aquí con ustedes en una noche tan maravillosa como esta, tan llena de *glamour*, dinero, y, sobre todo, tan adornada de bellas joyas. Habría sido una descortesía por mi parte no venir a admirar el paisaje.

Una figura encapuchada emergió en lo alto de la escalinata central del vestíbulo.
La inconfundible efigie de Zero.

CAPÍTULO 68

Las exclamaciones de sorpresa e incredulidad se elevaron entre los invitados. Algunos, los más precavidos, se quitaron las joyas y las guardaron en sus bolsos o en sus pantalones para que estuvieran a mejor recaudo. Otros, en cambio, se quedaron tan atónitos por la repentina aparición del ladrón más famoso del momento que no salían de su asombro.

—¡Es imposible! —Dimitri. Escuché su voz en medio del bullicio. Al momento le vi aparecer. Se cuadró delante de mí y me miró de arriba abajo antes de girar la cabeza hacia Zero—. Tú... ¿cómo...?

—¡Detective! Me alegra verte —el ladrón le saludó como si fueran viejos conocidos.

—¿Qué significa esto? ¿Otro de tus juegos, Bradford?

—Yo no tengo nada que ver con...

—¿Cómo se atreve? —me cortó tía Jane—. ¡No tiene ningún derecho a acusar a mi hijo de nada!

—Su hijo, señora, nos ha estado engañando a todos —explotó Dimitri—. ¿Por qué no les dices la verdad, eh? Seguro que esta gente está deseando escucharte.

La carcajada de Zero arrolló mi respuesta.

—Pobre agente Cooper. Ha caído en mi trampa con tanta facilidad que casi me da lástima. Usted mejor que nadie debería saber que cualquier prueba puede falsearse para que parezca verdad lo que en realidad no lo es. Y así engañar incluso a los que se creen más inteligentes que los demás. En otras palabras... Un robo es más fácil cuando se da a entender que otro es el ladrón. Y diez robos son aún más sencillos de perpetrar si la atención de la policía de Los Ángeles está pendiente de otra persona que no soy yo. ¿No te parece?

Ahora, incluso yo estaba perdido. ¿Diez robos? ¿De qué estaba hablando? Zero sacó un papel del interior de su traje. Bajó un escalón y se lo tiró a Dimitri.

—Es un listado con lo que he robado en Los Ángeles en estos últimos meses. En el Museo Nethercutt, en el observatorio Griffith, en la Central Library... Y un largo etcétera. Diez piezas, entre obras de arte y joyas. A esto hay que sumar, por supuesto, lo que he tomado prestado en Drayton.

Entreabrí los labios sin dar crédito. ¿¡Diez objetos robados en unos meses!?

—Estás mintiendo —bramó Dimitri. Cogió el papel que le había tirado Zero y lo leyó con rapidez—. No se ha dado aviso de la desaparición de ninguna de estas piezas.

—Eso es porque unas perfectas falsificaciones ocupan los emplazamientos de los originales para que nadie descubriera mi plan antes de lo previsto. Estoy seguro de que si compruebas la verdad de mis palabras verás que lo que tienen guardado es solo un puñado de yeso pintado y decorado.

—¿Qué es esto? ¿Una especie de broma pesada?

—Hablo muy en serio, detective. Estaban tan ocupados vigilando a Kyle Bradford que no han reparado en lo que estaba ocurriendo fuera de los muros de Drayton. Jamás en mi vida había robado con tanta facilidad —hizo una reverencia burlona—. Señor Bradford, ha sido un placer jugar con usted. Me alegra informarle que ha sido el mejor señuelo que he preparado jamás y que mi plan para que los demás creyeran que usted era yo ha sido un éxito. La cara del pobre agente Cooper es una buena muestra de ello.

—Yo... no puede ser —musitó Dimitri. No dejaba de leer y releer el papel que le había dado Zero—. Yo... yo te vi en la Ópera.

—Oh, eso. Uno tiene que empezar su coartada desde mucho antes de que arranque el espectáculo. Aquello solo fue un anzuelo que tú, detective, atrapaste como un auténtico principiante. No te pongas así, hombre. En realidad, esto ha sido por tu culpa. Si no me hubieras acorralado, no me habría visto en la obligación de utilizar al pobre e indefenso señor Bradford para que pudiera seguir ganándome la vida... honradamente.

—Maldito hijo de...

—Nada de palabrotas, Dimitri. Estamos en un colegio de élite, ¿recuerdas? Y ahora si me disculpan debo retirarme. Tengo otros lugares que visitar y... más piezas valiosas que robar.

Sacó del cinturón de su traje un objeto. Parecía una pistola... No. Más bien era una especie de lanzaproyectiles con un gancho en el extremo. Zero apuntó al techo y disparó. Un cable salió del cañón del arma y se clavó encima de nuestras cabezas, junto a la bóveda acristalada del techo. Me di cuenta de lo que planeaba cuando le vi apretar un botón y elevarse en el aire, remolcado por el artefacto que tenía en la mano.

Estaba huyendo.

Quería escapar de Drayton después de avergonzar a Dimitri delante de todos. Ese había sido su objetivo desde el principio. No quería robar nada, tal y como yo había creído.

Pero si le dejaba marchar y no le detenía, nada me garantizaba que, algún día no fuera a utilizarme como había hecho ahora. ¿Y si volvía a poner mi vida patas arriba para reírse de Dimitri de nuevo?

No, no estaba dispuesto a pasar por aquello una segunda vez.

Para cuando aquella conclusión terminó de formarse en mi cerebro, Zero estaba ya a casi tres metros del suelo. Suspendido en el vacío. Camino de su vía de escape. Así que hice lo primero que se me ocurrió. Me encaramé a una mesa, derribando a mi paso platos llenos de comida y copas de champán, y esperé a que Zero pasara por encima de mí. Salté lo más alto que pude y agarré su pierna en cuanto estuvo a mi alcance.

No iba a dejar que escapara. Antes le atraparía y me libraría de él para siempre.

CAPÍTULO 69

Mis pies se despegaron de la mesa y mi cuerpo ascendió, siguiendo la inercia que llevaba Zero. El cable dio una ligera sacudida ante el repentino aumento de peso pero continuó replegándose, subiéndonos a ambos. El ladrón miró hacia abajo justo cuando yo estaba planteándome si saldría vivo de aquella locura. Me pareció entrever un gesto de asombro en sus ojos y aquello sirvió para aligerar un poco mis dudas. Si al menos conseguía desconcertarle, tendría una pequeña recompensa.

Debajo de nosotros se escuchaban los gritos del resto de invitados. Identifiqué la voz de tía Jane, vociferando mi nombre. También la de Mike increpando a Dimitri para que hiciera algo. Supongo que tampoco faltarían los que pensaban que lo próximo que verían de mí sería un cráneo destrozado y una amasijo de carne y huesos.

Desde luego, estar colgado del vacío, suspendido en mitad del vestíbulo del internado, ganando altura con cada segundo que pasaba y viendo como todo a mi alrededor empequeñecía de forma alarmante no era una perspectiva muy agradable, siendo sinceros... Aunque ya no había marcha atrás. Si me soltaba, me mataría seguro. Solo me quedaba seguir ascendiendo y rezar para que no me cayera.

La mano de Zero se cerró alrededor de mi brazo. Al principio, creí que quería tirarme al vacío. Pero no se trataba de eso. Lo que estaba haciendo era aferrarme. Sujetarme con más fuerza.

—No te sueltes de mí —me dijo. No tardé en descubrir a qué venía aquella advertencia...

Un rugido, como de un motor poniéndose en movimiento a altas revoluciones, sonó por encima de nosotros. Empezamos a subir más deprisa. Mucho más deprisa. Lo que antes parecía un paseo tranquilo, se estaba convirtiendo en un ascenso del tipo montaña rusa en cuestión de milésimas. Miré hacia arriba. El techo se aproximaba a nosotros.

Cinco metros.

Tres metros.

Un metro...

¿Es que acaso quería que nos matáramos?

Zero soltó el cable un segundo antes de que nos estrelláramos. La velocidad que llevábamos nos propulsó, como si estuviéramos montados en una catapulta, y los dos salimos despedidos hacia arriba.

No me dio tiempo ni siquiera a cerrar los ojos. Tan sobrecogido estaba por la que se me venía encima que me quedé patidifuso, sin capacidad alguna para gritar de miedo o maldecir a los antepasados de la persona a la que estaba enganchado.

Me resguardarme detrás de Zero antes de que nuestros cuerpos atravesaran la bóveda del vestíbulo y esta estallara en mil pedazos.

CAPÍTULO 70

S alimos al frío de la noche convertidos en dos proyectiles humanos. El súbito cambio de temperatura me arrancó el aire de los pulmones y me dejó sin respiración. Mis piernas se desenroscaron sin yo quererlo de los tobillos de Zero, mis manos se desprendieron de las hebillas de su traje y cada uno salió en una dirección diferente.

Subí al menos dos metros por encima de la azotea de Drayton. Me detuve en el vacío... Y empecé a caer.

Fue una sensación extraña.

Mi cuerpo impactó contra el tejado y rebotó varias veces. Apreté los dientes y me hice un ovillo para que los golpes fueran menos dolorosos. Rodé y rodé hasta que, al final, me detuve, mareado de dar tantas vueltas.

Cuando me puse en pie, tambaleándome, me aseguré de que seguía de una pieza. Conservaba las extremidades y la cabeza en su sitio. Lo que no estaba tan perfecto era mi esmoquin. Había quedado destrozado, rasgado aquí y allá por los cristales de la bóveda. Eso y una brecha que me había hecho en la sien al caer y por la que bajaba un hilo de sangre formaba mi lista de daños graves. Lo demás estaba donde yo lo había visto la última vez que me miré al espejo. El balance no era malo, teniendo en cuenta la salida tan apoteósica que acababa de protagonizar.

—¿Es que acaso has perdido el juicio? —me gritó Zero. Había aterrizado a pocos metros de donde yo me encontraba y, por lo que se veía, estaba tan entero como yo. Con la única diferencia de que su traje no había sufrido tantos destrozos como el mío—. El cable estaba pensado para llevar a una persona no a dos. Hemos tenido suerte de que haya resistido lo suficiente y de que hayamos salido ilesos.

—El único que está mal eres tú. ¿A quién se le ocurre escapar así? ¿No pudiste pensar en algo más normal? No sé... Utilizar la puerta, por ejemplo. Si llego a saber que esto era lo que pretendías me hubiera quedado donde estaba, te lo puedo asegurar.

—¡Eso es lo que tenías que haber hecho! ¿Por qué siempre tienes que meterte en todo?

—¿¡Por qué!? Déjame darte una buena razón. ¡No estaba dispuesto a quedarme de brazo cruzados mientras tú huías!

Empezó a dolerme la garganta de tanto gritar.

—Está bien. Está bien. Tiempo muerto —dije—. Lo importante es que hemos sobrevivido. Milagrosamente...

—Milagrosamente —repitió Zero.

—Pero no creas que voy a darme por vencido. No descansaré hasta que te encierren y me asegure de que no vuelves a utilizarme.

—Jamás lo conseguirás.

—Eso ya lo veremos. Ahora, estamos los dos solos. Yo no tengo a nadie para que

me ayude y tú tampoco. Porque si esperas contar con el apoyo de Len Lu será mejor que vayas haciéndote otros planes.

Zero se puso en pie de un salto.

—¿Qué sabes tú de Len?

—Ah, vaya, se me había olvidado comentártelo —comenté con sarcasmo—. Tu amigo está durmiendo en su habitación, con una pequeña sobredosis de somníferos metida en el organismo. Cortesía mía, por supuesto. Gracias a eso he podido ver lo que teníais escondido en su ordenador. Bonitos planos, por cierto. Muy detallados. Supongo que fueron los que utilizaste en tus robos. Seguro que Dimitri se va a poner muy contento cuando los vea. Y dado que Len ha estado protegiendo el portátil como si su propia vida estuviera ahí dentro, no me extrañaría que hubierais escondido algo más que planos en su interior. ¿Tal vez algo que pueda resultarte... incómodo?

—¡Basta! —rugió Zero. Le estaba sacando de sus casillas. Por una vez yo controlaba la situación—. Dime dónde tienes el ordenador de Len.

—Escondido.

—¿¡Dónde!?! —su grito se proyectó hacia los solitarios jardines de Drayton. Eché la cabeza hacia atrás y me permití un gesto jactancioso.

—Ve y búscalos tú mismo. ¿No eres acaso el mejor ladrón del mundo?

CAPÍTULO 71

La rabia de Zero emanaba de su interior como un géiser en plena ebullición. Un rugido *in crescendo* brotó de su garganta. No estaba enfadado. Estaba furioso. *Vaya, pobrecito, parece que le ha dolido que yo tenga el dichoso ordenador y que su amigo se encuentre... indispuerto por mi culpa. Qué pena...*

Sabía lo que iba a pasar a continuación. Me preparé. Ya nos habíamos dicho lo necesario y solo quedaba saber quién derrotaría a quién. Era la primera vez que nos enfrentábamos de verdad. Sin palabras ni insultos. Y los dos sabíamos que no iba a haber una segunda vez.

Cuando Zero se lanzó a por mí, yo ya estaba listo para defenderme hasta el final. Su golpe fue más suave de lo que había temido. Resistí su arremetida sin tambalarme. Hice una cabriola y le pegué una patada en el estómago. Retrocedió.

Es igual que en Westlake...

Aproveché su debilidad y le estampé el puño en aquella estúpida máscara de plata que tanto odiaba. Algo crujió. Mis nudillos, supongo.

... estoy peleando sin pensar...

Agarró mi brazo izquierdo justo cuando iba a golpearle de nuevo. Demasiado tarde. El derecho se dirigía ya hacia su costado.

... estoy peleando como nunca antes lo había hecho.

Encajó otro buen rechazazo debajo de sus costillas y Zero resolló de dolor.

Me enderecé y miré al enmascarado que tenía frente a mí. Jadeaba, sujetándose el flanco, con las rodillas medio dobladas. No había conseguido tocarme aún... Ni uno solo de sus golpes me había rozado... En cambio, yo le había golpeado varias veces ya. Le estaba superando sin esfuerzo. ¿Era este el temido Zero, el que había conseguido desarmar sin esfuerzo a Dimitri en la Ópera?

No... Algo fallaba.

—Dime quién eres —susurré.

—No puedes saberlo aún —contestó con un hilo de voz—. Aunque...

—¿Aunque?

El aire cambió de dirección y me vino el olor afrutado de Zero. Otra vez tuve la sensación de que me resultaba conocido...

—No soy tu enemigo, Kyle. Si yo pierdo, tú pierdes. Y si tú pierdes... Yo también pierdo.

—No te entiendo —Zero rio. Aunque no lo hizo con aquella risa mezquina y tétrica.

—Ahora no tienes que entenderlo. Todo esto, todo lo que has vivido en estas semanas, es algo más complejo de lo que puedes imaginar.

Tenía miles de preguntas y, sin embargo, no pude formular ninguna. Mi oído captó un sonido que me hizo percibir el peligro antes de verlo. El chasquido de una pistola cuando le quitas el seguro. Lo siguiente que vi fue a Dimitri, con su arma

reglamentaria en alto. Apuntando a Zero.

—Da un paso y estás muerto.

Zero no se inmutó. Ni siquiera intentó protegerse o apartarse de la trayectoria de la bala. Contempló al policía con apasionado desinterés. Yo, en cambio, sí obedecí aunque sabía que la orden no iba dirigida a mí.

—Siempre nos encontramos en las peores circunstancias, agente Cooper —comentó el ladrón.

—Sube las manos —le ordenó Dimitri, pronunciando cada palabra por separado.

—¿Y qué pasará si no lo hago? —Le hice una advertencia con el pie. No era un buen momento para hacerse el valiente.

—Tan desafiante como siempre.

—Por supuesto que sí.

—Después de lo que has hecho esta noche, has demostrado que eres la persona más fría e inhumana que conozco.

—Oh, vamos, agente Cooper. Me halagas con tus piropos.

—¡Deja de reírte! —Dimitri desvió su atención hacia mí por primera vez—. ¿Estás bien, Bradford?

—Sí... eso creo —contesté.

—Bien —el detective miró de nuevo a Zero. Aunque esta vez percibí una llama de odio ardiendo dentro de sus pupilas—. ¿Cómo lo has hecho, maldito embustero? He estado persiguiendo al heredero de una de las familias más importantes del país convencido de que era culpable y resulta que todo había sido un montaje tuyo. Dime cómo lo has hecho.

—Ese es un secreto que no puedo desvelar.

—¿Te empeñas en seguir con tus misterios? Muy bien.

El detective sacó algo del interior de su gabardina. Una bolsa transparente, una de esas que utiliza la policía para proteger las pruebas de un crimen. Dentro había un objeto esférico... Negro... No más grande que una manzana... Sentí que el tiempo se paraba. Todo se detenía.

Era la esfera.

La esfera de mis sueños.

La misma.

Preciosa, perfecta... Y oscura, rodeada de un halo sobrenatural.

Existía. Estaba allí. No formaba parte de un sueño.

Era... real.

CAPÍTULO 72

La esfera lanzó un destello, como si nos hubiéramos reconocido mutuamente. No podía apartar la vista de ella. Estaba hipnotizado. Ni siquiera me percaté de que las luces que iluminaban la fachada de Drayton parpadeaban y que la oscuridad de la noche se había vuelto más tupida.

—¿La quieres? —le dijo Dimitri a Zero.

—¿Para qué querría esa cosa, agente? —repuso el ladrón—. A mí solo me interesan los objetos que puedo robar o que me sirven para robar. Y esa esfera no cumple ninguno de los dos requisitos.

—Pues parecías muy interesado en recuperarla cuando te la quité en la Ópera —volvió a insistir Dimitri—. ¿Acaso lo has olvidado?

—No, no lo he olvidado. Pero ese trozo de cristal no vale nada. Tan solo la quería porque su color hacía juego con mi traje. Nada más. Era un bonito adorno. Puedes quedártela, si quieres.

No. Zero estaba mintiendo. Podía notarlo en su forma de hablar. Quería recuperarla y estaba preparándose para hacerse con la esfera de un momento a otro.

Y no era el único...

Yo estaba reaccionando de la misma forma. ¿Por qué había puesto a mis neuronas a trabajar para encontrar alguna manera de distraer a Dimitri? ¿Y por qué notaba que mi cuerpo estaba más alerta ahora que aquel objeto esférico estaba cerca? Era de Zero, no mío. Y, sin embargo...

Dimitri también se dio cuenta de que el ladrón no estaba diciendo la verdad. Movi6 el brazo con brusquedad y dejó la bolsa con la esfera suspendida en el vacío que se extendía más allá del borde de la azotea.

—Muy bien. En ese caso, supongo que no te importará que la tire.

Un ligero malestar se abrió paso en mi interior. *No, no puede caer.* Miré la esfera. Se estaba balanceando con las sacudidas del viento. Si Dimitri soltaba la bolsa...

Zero se agitó a mi lado.

—Entrégame una declaración jurada en la que reconozcas que tú eres el responsable de los robos de los últimos meses y te la devolveré. Así de simple.

—Ya te he dicho que por mí puedes hacer lo que quieras con ella.

—¿Estás seguro? —preguntó Dimitri. Estiró más el brazo. Un sudor gélido perló mi frente. *¡No! No puedo dejar que caiga al vacío.*

—Seguro —zanjó Zero con firmeza.

Dimitri permaneció un poco más con la esfera suspendida en alto. Estaba indeciso. No sabía si tirarla o no.

Su desconcierto duró un instante.

Su mano se abrió.

Y la esfera se precipitó hacia abajo.

CAPÍTULO 73

Eché a correr. Esprinté hacia delante como si estuviera participando en la etapa final de una competición. No pensé en lo que me dolían las heridas que me habían hecho los cristales ni tampoco en el aire frío que taladraba el araño de mi cara. Solo albergaba un pensamiento en mi interior: tenía que coger la esfera antes de que se estrellara.

Zero se movió también. Salió de detrás de mí y se abalanzó sobre Dimitri aprovechando los segundos de confusión que habían seguido a mi repentina estampida. Por el rabillo del ojo vi cómo derribaba al detective en el suelo con las rodillas y se enzarzaban en una pelea en la que los puños y las patadas volaban en todas direcciones.

Me olvidé de ellos y me concentré en la esfera.

Caía demasiado rápido. No estaba seguro de que pudiera asirla a tiempo. Apuré el paso. Mantuve a raya mis pulsaciones. *Un poco más. Un poco más.* Estaba a punto de superar la línea del tejado. Me tiré hacia delante. Rocé la bolsa... Y resbaló antes de que pudiera aferrarla.

¡No!

Me asomé por el borde del tejado, agarrándome a uno de los canalones para no perder el equilibrio. La esfera seguía cayendo. Solo tendría una oportunidad más. Si no lo lograba escaparía de mi alcance y acabaría despedazándose contra el suelo. *No puedes dejar que eso pase.*

Me incliné más hacia delante hasta quedar colgando del tejado. De cintura para arriba suspendido en la nada. Extendí el brazo a la desesperada, con todos mis músculos estirados. *No falles.*

En el último momento, cuando ya pensaba que no lo conseguiría, atrapé una esquina de la bolsa con la punta de los dedos. Ni siquiera sé muy bien cómo lo hice. Simplemente, puse todo mi corazón y mi cabeza en agarrar aquella esfera costara lo que costase. Y lo conseguí.

Solté un silbido de alivio y la sujeté con más fuerza. Su contacto era tal y como lo había sentido en mis sueños. Frío. Helado como la nieve recién caída.

Me incorporé justo cuando Zero pegaba con el dorso a Dimitri y se encaramaba sobre su pecho como un gato furioso. Volvió a golpearle. Una. Dos. Hasta tres veces. El detective se quedó inmóvil. Debatiéndose entre las consciencia y la inconsciencia. Solo entonces Zero se levantó y se apartó de él, sofocado y boqueando en busca de aire.

Nos miramos. Luego, su atención se desvió hacia la esfera. Sus hombros se relajaron.

—No sé... —empecé a decir. Estaba confuso. No tenía ni la menor idea de por qué había salvado aquella esfera. Zero se acercó a mí.

—Dámela.

—¿Qué es?

—No es de tu incumbencia. Devuélvemela, Kyle —repitió Zero.

—¡Dime primero qué es! —repuse con firmeza—. Es la misma esfera que he estado viendo en mis sueños. ¡Estoy seguro! Necesito saber por qué está relacionada conmigo y contigo también. ¿Qué me estás ocultando? ¿Qué está pasando aquí?

El ladrón permaneció impassible. No parecía dispuesto a contestar.

—Por lo que veo no me dejas otra opción... —farfulló.

Y, sin decir más, asintió.

Aquel gesto no iba dirigido a mí. Para cuando caí en la cuenta, ya era tarde. Dos pares de brazos me sujetaron por detrás, con fuerza, y me inmovilizaron.

—¿Qué...?

No veía del todo a las personas que me tenían agarrado pero sí reparé en que llevaban algo en la cara. Una máscara. No de plata como la de Zero. Más sencilla. De color blanco. Así que era eso... Len no era el único aliado que tenía el ladrón en Drayton. Me sacudí, pateé y mordí lo que encontré a mi paso para liberarme.

—Es mejor que te estés quieto —dijo Zero—. Será más fácil.

—Con que no eras mi enemigo, ¿eh? ¡No debí confiar nunca en ti! —rugí.

Un trapo húmedo me tapó la boca y la nariz. El asfixiante olor que desprendía la tela me dejó atontado y mi vista empezó a nublarse. *Cloroformo...* No me quedaron fuerzas para seguir resistiéndome.

Intenté localizar entre la nebulosa que empañaba mi mente a Zero. Seguía observándome impertérrito a poca distancia, convertido en una sombra negra. No llevaba la máscara puesta. Se la había quitado. Por un instante me pareció reconocer sus facciones. Sí... Las había visto antes. No me eran completamente ajenas...

Pero me desmayé antes de que pudiera establecer una relación con el propietario de aquel rostro.

CAPÍTULO 74

Cuando recuperé el conocimiento, ya no estaba en el tejado. Alguien me había tumbado en el césped del jardín, con la cabeza apoyada sobre mi propia chaqueta. Intenté incorporarme. Todo empezó a dar vueltas así que me recosté de nuevo. Tenía un sabor agrio en la boca y la lengua tan pegada al paladar que no podía ni moverla.

—¡Kyle!

El rostro lacrimoso de tía Jane apareció en mi campo de visión. Junto a ella estaban Mike y Neal.

—Agua —susurré.

—Ah, sí —Mike desapareció de mi lado. Volvió con un vaso entre las manos. Me ayudó a incorporarme y vertió con cuidado el líquido en mi boca reseca—. ¿Te encuentras mejor?

Más o menos... Tenía una sensación extraña, como si acabara de despertarme de un largo sueño. Notaba el cuerpo pesado y la mente embotada. Tía Jane me pasó la mano por la mejilla. Sentí el tacto helado de sus dedos. Estaba pálida y, por un momento, me preocupé más por el aspecto de desfallecimiento que tenía ella que por mi malestar.

—Estoy bien —susurré para tranquilizarla.

—Esto ha sido peor que lo de Westlake —musitó Neal—. La próxima vez ahórrate estos numeritos, tío.

—¿Dónde está? —alcancé a decir.

Tía Jane apretó los dientes y mis amigos intercambiaron un gesto entre ellos. No hizo falta que ninguno de los tres dijera nada.

—Ha escapado —suspiré.

—Cuando llegamos a la azotea —explicó Mike—, Zero se había marchado. Solo estabais tú y ese hombre de la gabardina gris. Los dos inconscientes. Os bajamos hasta aquí para que Natalie os atendiera.

—Ya —sí, recordaba aquel olor a cloroformo...—. ¿Y Dimitri?

Neal señaló la entrada de Drayton. El detective estaba de pie junto a la puerta principal, hablando por su teléfono móvil. Llevaba la cabeza vendada y los brazos tachonados de rojeces y moratones. La pelea con Zero le había dejado hecho trizas.

—No ha dejado de llegar policía desde que ese tipo ha despertado. Estoy seguro de que ha hecho venir a todos los agentes que había disponibles a varios kilómetros a la redonda para que buscaran a Zero. Lawrence ha suspendido la recepción y la cena así que la mayoría de invitados ha vuelto a casa ya.

—No te preocupes, Kyle —se apresuró a decir tía Jane—. Le encontrarán. Ya lo verás.

Sabía que estaba intentando animarme. Aún así, sus palabras no consiguieron aligerar el abatimiento que sentía. Zero había escapado y yo no había podido hacer

nada por atraparle. Cerré mi mano, esperando que el contacto de la esfera aliviara mi decepción. Pero mis dedos apretaron el vacío.

—¿Y la esfera?

—¿Qué esfera? —preguntó Mike.

—La que tenía en la mano.

—No tenías nada, Kyle...

—¿Qué? No, imposible.

—Tal vez se te haya caído. Podemos buscarla, si quieres.

No, no se me había caído. Zero la tenía. Se había marchado, llevándosela consigo... Por eso me había dejado inconsciente. Quería hacerse con ella. Me cubrí la cara. Había perdido. Todo había sido en vano.

—Dejadme solo —susurré.

—Podemos pedirle a la policía que busque lo que hayas perdido...

—¡He dicho que me dejéis solo! —grité. Se quedaron un rato más junto a mí y, al final, se marcharon, cabizbajos, hablando entre susurros sobre mí. «Debemos dejar que descanse», decía tía Jane. No pasó mucho hasta que noté que alguien me daba en el hombro.

—¿Cómo te encuentras, Bradford?

Era Dimitri. Se sentó a mi lado con un gruñido de dolor.

—Bien. Supongo —contesté. En realidad, me sentía tan derrotado que no me apetecía ni levantarme del suelo en el que estaba tumbado—. ¿Y tú?

—He tenido días mejores.

—¿Lo han encontrado?

—No. Lo poco que sabemos es que escapó de Drayton después de dejarte a ti inconsciente —tiró de la venda que cubría su cabeza. Al comprobar que no cedía, dejó de intentarlo—. No lo entiendo. Desde que apareció Zero mis fracasos se acumulan uno tras otro. Cuando creo que le tengo acorralado, él siempre consigue escapar.

La última imagen que tenía grabada del ladrón regresó a mi mente.

—Zero se quitó la máscara delante de mí.

—¿Lo dices en serio? —exclamó el detective. Su rostro se encendió y sus ojos me miraron expectantes.

—Sí. Aunque no conseguí distinguir sus facciones —sin embargo aquella extraña sensación de familiaridad seguía latiendo en mi interior—. Me desmayé antes de que pudiera verle bien.

—Vaya —masculló. Su alegría se esfumó.

—Señor, hemos encontrado unas huellas frescas —anunció uno de los policías que pululaban por Drayton—. Justo detrás del internado.

Dimitri se puso de nuevo en pie.

—Será mejor que descanses, Bradford.

Extendió la mano para que se la estrechara. Lo hice.

—Sé que no sirve de mucho ahora pero... siento no haberte creído antes —a pesar de nuestras diferencias, sus palabras me sonaron sinceras—. Si lo hubiera hecho, nada de esto habría pasado. Mañana mismo pediré que retiren las cámaras de tu habitación. Yo me marcho esta noche a Los Ángeles para seguir persiguiendo a Zero. Podrás recuperar tu vida de antes.

—¿Significa eso que ya no soy su sospechoso número uno?

—Nadie que no fuera el auténtico ladrón de los cien millones habría podido robar lo que ha desaparecido de Los Ángeles. Y estoy seguro de que no has sido tú porque si hubieras puesto un pie fuera de Drayton para llegar a la ciudad, mis hombres te habrían atrapado. El internado estaba rodeado de agentes. Lo que aún no entiendo es cómo consiguió Zero engañarme.

—Así que es verdad. Ha estado robando en la ciudad.

—Sí, por desgracia. Todos los objetos que había en la lista. No nos dimos cuenta hasta hoy porque habían sido sustituidos por copias exactas.

Me dedicó una sonrisa de despedida y se alejó, renqueando. No fue hasta que le vi perderse por los jardines cuando me acordé de que no le había dicho lo que sabía de Len, ni de los mapas que había encontrado en su ordenador, ni tampoco del escondite que tenía el ladrón en Drayton... ¿Cómo se me había podido olvidar? Tenía que contárselo cuanto antes. Tal vez eso les ayudara a encontrar a Zero. Me incorporé para seguirle. Tía Jane apareció a mi lado al momento.

—¿Adónde crees que vas, jovencito?

—Se me ha olvidado decirle algo a Dimitri.

—No puedes levantarte.

—Tengo que hablar con él. ¡Es importante!

—¡Me da igual! —exclamó ella. Empezó a gimotear—. Podías haber muerto y a ti lo que te preocupa es hablar con ese hombre. ¡Necesitas descansar!

—Me encuentro bien y lo que tengo que decirle es importante.

—¿Cómo vas a estar bien si tienes todo el cuerpo magullado? Si necesitas hablar con él, estoy segura de que ese amable detective podrá venir a verte cuando ya estés más recuperado.

—Tía...

—Oh, Kyle —hizo un puchero—. ¿Cómo puedes ser tan desconsiderado conmigo?

Como le ocurría a la mayoría, no soportaba verla llorando.

—Descansaré un poco y más tarde iré a verle.

—Eso está mejor, cariño —se secó las lágrimas con un pañuelo blanco de puntillas—. Por cierto, Kyle. He hablado con Lawrence para que te de permiso y puedas volver unos días a casa. Allí te repondrás con más tranquilidad. Jack estará aquí en media hora para llevarnos a Los Ángeles. ¿Qué te parece si recoges tus cosas y nos vamos?

No iba a servir de nada que discutiera con ella. Empezaría a llorar de nuevo y yo

tendría que plegarme a sus caprichos para que dejara de hacerse la víctima. Además, en parte tenía razón. No me vendría mal salir del internado y cambiar de aires después de lo que había vivido en las últimas 24 horas. Me apoyé en su brazo para levantarme. Un ligero mareo me hizo vacilar pero conseguí mantenerme en pie.

—Haré el equipaje.

CAPÍTULO 75

Dejé a tía Jane en el jardín y me arrastré escaleras arriba, hacia mi habitación. No había nadie en el vestíbulo. Las mesas llenas de comida habían quedado abandonadas. Las guirnaldas caídas. En el suelo, justo en el centro del enorme recibidor, estaban los cristales de la bóveda. Miré hacia arriba. En lo más alto del techo había quedado un agujero por el que se veía el cielo nocturno. Todavía no podía creer que hubiera sido yo el que había salido volando por ahí.

Me pregunté si Len seguiría dormido. El somnífero de Gisella había sido lo bastante fuerte como para acabar con él en menos de cinco minutos. Dudaba mucho que hubiera podido escapar a algún lado con la modorra que tenía encima. Aunque aquella suponía apenas una pequeña victoria.

Quedaban muchas cosas de Zero que no comprendía. Me había dicho que no era mi enemigo e incluso había confiado en su palabra. Y, sin embargo, no había dudado un ápice cuando me tapó la boca con aquel trapo impregnado en cloroformo para dejarme fuera de combate. ¿Y qué ocurrió realmente en la Ópera? Dimitri vio mi cara. Por eso estaba convencido de que yo era el que se ocultaba detrás de la máscara de plata. ¿Cómo pudo el ladrón alterar tanto sus facciones para que su rostro fuera el mío?

Y también estaba esa esfera...

Al recordar su oscura superficie, el resplandor siniestro que desprendía y la sensación que me había provocado cuando la había tenido entre mis dedos, me estremecí. Zero no había querido decirme qué era pero una parte de mí sabía que existía una relación entre aquel objeto esférico, él y yo. Estaba seguro. Pero no conseguía discernir de qué forma podíamos estar unidos...

Tenía la sensación de que faltaba algo. De que me había dejado un fragmento importante por el camino. Metí las manos en los bolsillos de mi pantalón con un bufido de contrariedad.

Y entonces me di cuenta de que había algo dentro.

Lo saqué para ver qué era.

Una fotografía de un edificio antiguo, de fachada envejecida y ventanas enrejadas. ¿Cuándo había metido aquella instantánea en mi bolsillo?

Le di la vuelta. Detrás había un mensaje escrito.

—«Este fue el principio».

¿*El principio de qué?* Un poco más abajo aparecían unos números garabateados.

—120188 —leí con voz queda.

Aquello no me decía nada... ¿O sí?

Mis ojos se clavaron en los tres primeros dígitos. 1. 2. 0. ¿De qué me sonaban? Un fugaz recuerdo atravesó mi memoria. Len. La pared de ladrillo. Sus dedos acariciando las teclas del panel oculto. ¡Pues claro! Aquellos números eran los mismos que mi compañero de habitación introdujo en la capilla. Estaba seguro de

ello. Pero... Eso significaba que...

1. 8. 8...

Los tres números de la clave que sabía y los tres que desconocía...

¿Podía ser?

CAPÍTULO 76

Me detuve frente a la pared de ladrillo, con la camisa pegada al cuerpo después de la carrera que me había dado desde el internado hasta la iglesia. Perdía el tiempo. Lo sabía. Aquellos números no podían ser la contraseña. Aún así, tenía una corazonada. Había algo que me empujaba a intentarlo. No sabía muy bien qué era.

Tanteé la superficie hasta que localicé el ladrillo que Len había desplazado de su sitio. Lo empujé hacia dentro y el panel oculto apareció en el hueco. *Es solo una casualidad. No tiene nada que ver.* Mis dedos se acercaron a las teclas y empecé a introducir la sucesión de dígitos que había en el reverso de la fotografía. Cuando terminé me aparté unos centímetros.

El muro seguía en su sitio.

Lancé una risotada. ¿Qué esperaba? Me di la vuelta para marcharme. Pero antes de que pudiera dar un paso la pared empezó a retirarse hacia atrás. Se abrió por la mitad y se replegó hacia los laterales, como pasó la noche anterior. Me quedé boquiabierto, sin creer lo que estaba viendo.

Imposible...

Cuando el tabique terminó de abrirse, me aproximé al espacio que había quedado en su lugar. Un pasillo. Largo, bien iluminado, de paredes blancas. Eso era lo que había tras el muro. No había ventanas y de dentro salía un aire cálido, como si alguien hubiera puesto la calefacción a tope. Desde donde yo estaba no lograba ver el final porque el pasadizo descendía por debajo del nivel del suelo, perdiéndose de mi vista.

La pared comenzó a moverse de nuevo para cerrarse y, sin pensarlo, di un salto y atravesé la abertura antes de que se taponase.

Si aquello era una trampa, había caído en ella de lleno.

CAPÍTULO 77

Avancé por el pasillo. No podía hacer otra cosa. Había intentado accionar de nuevo el mecanismo pero no funcionaba. Por más que introducía los mismos números de antes, la pared no se movía. La única solución que me quedaba era seguir adelante y rezar para que hubiera una escapatoria en el otro extremo. Empezaba a pensar que meterme en un sitio del que no podía salir no había sido buena decisión.

El pasillo describió una curva y se hundió más en las profundidades. Seguí bajando. No había dejado de descender desde que había entrado. Debía a estar a varios metros por debajo de la iglesia y aún no veía el final.

Volví un recodo y me topé con una puerta de metal.

Abierta.

No estaba tan loco como para cruzarla así sin más. Eché una ojeada antes.

Al otro lado se abría una estancia circular. Lo más parecido a una sala de alta tecnología, plagada de aparatos electrónicos por los cuatro costados. En el centro, había una mesa de cristal con cinco sillas alrededor y, al fondo, unos armarios metálicos que tenían aspecto de ser blindados. A la derecha localicé una segunda puerta que, a diferencia de la primera, estaba cerrada y una escalera de caracol de bajada. A la izquierda, se extendía una ristra de ordenadores. Encendidos y en funcionamiento, mostrando en sus pantallas algoritmos y bases de datos con cientos de entradas.

No había nadie dentro.

Me acerqué a la mesa de cristal. Sobre la superficie estaban las listas de asistencia que robé de la sala de profesores...

—Empezaba a dudar que fueras a venir —me di la vuelta. Zero estaba de pie junto a la entrada. Sus ojos fijos en mí. No le había visto al entrar porque su cuerpo quedaba oculto tras un estante de metacrilato. Me había estado esperando. Después de todo, no había escapado de Drayton.

—¿Has sido tú el que me ha dejado esto? —pregunté. Alcé la fotografía que me había llevado hasta allí para que pudiera verla bien.

—Sí. La dejé dentro de tu bolsillo cuando perdiste el conocimiento. Aunque no estaba seguro de si ibas a entender el mensaje.

Tiré la instantánea al suelo.

—¿Por qué me has hecho venir? —pregunté—. ¿Qué estás tramando?

—Nada.

—No me lo trago. Te has tomado muchas molestias para que no descubriera este sitio, ¿y ahora me atraes a él? ¿Por quién me has tomado?

Zero se enderezó y caminó hacia mí. Se sentó en el borde de la mesa con las piernas cruzadas.

—Eso era antes. Ahora que todo ha terminado, no importa.

Desvió su atención hacia los ordenadores que estaban a mi espalda y se fijó en

uno de ellos, como si estuviera examinando algo. Era la primera vez que le veía bajar la guardia. Estaba tan concentrado que se había olvidado por completo de mí.

Yo, por el contrario, no me había olvidado de él.

Aproveché su despiste y corrí hacia donde estaba lo más rápido que pude. Captó mi movimiento pero no se movió un centímetro de su sitio. Tenía tiempo de sobra para esquivarme y los dos lo sabíamos y, aún así, esperó a que me aproximara. Me detuve a un palmo y agarré la máscara que escondía su rostro. Cuando tiré de ella para arrancarla de su sitio, Zero soltó una carcajada, divertido. Su risa me recordó a alguien y mis dedos se apartaron de inmediato de su cara.

—¿Qué pasa, Kyle? —volvió a reír.

—Nos conocemos —no era una pregunta.

—Por supuesto que sí.

Zero estiró los brazos, me envolvió con ellos y me empujó hacia a él. No me esperaba aquel movimiento. Me pilló tan de improviso que caí encima de él. Mi nivel de incomodidad se disparó. Me agarré a la mesa y me revolví para alejarme.

—¡Suéltame, tío! —exclamé mientras le apartaba. Puse algo de distancia entre ambos—. Oye, no vuelvas a tocarme. Me gustan las chicas, ¿vale?

—Eso ya lo sé.

Se llevó las manos a la máscara. La apartó de su cara, revelando, al fin, la identidad de Zero.

—Hola, Kyle —me saludó Miranda.

CAPÍTULO 78

No podía ser. No podía creerlo. La persona que había estado acosándome, poniendo patas arriba mi vida, enfrentándose a la policía era... ¿¡Miranda!? ¿Ella era Zero? ¿Ella, precisamente?

—Mi... ¿Miranda? —balbuceé.

—Vamos, no pongas esa cara —repuso, ofendida. Se echó la capucha hacia atrás y su melena rubia cayó sobre su espalda, esparciéndose por el traje negro de Zero. Tenía una de sus cejas apuntada hacia arriba, como si esperara otra respuesta de mí.

—Tú... tú... No... —no sabía ni qué decir—. Esto tiene que ser algún tipo de error. Tú no puedes ser... Tú...

Miranda lanzó un bufido y saltó de la mesa. Sus movimientos eran ágiles, los mismos que había visto en Zero. Muy diferentes, en cambio, de la forma que tenía de moverse en el internado, igual que si estuviera sobre una pasarela. Ni siquiera su manera de hablar parecía la misma de siempre. Esa voz suya infantil y desquiciante que tanto aborrecía había quedado sustituida por un tono firme y decidido. Una voz clara y preciosa.

Aquella Miranda era opuesta a la Miranda que yo conocía.

—¿Quién eres? —murmuré—. ¿Dónde está la verdadera Miranda?

—No querrás que finja siempre que soy la superniña pija insoportable de Drayton. En algún momento tengo que ser yo misma, ¿no te parece?

La miré como si se hubiera vuelto loca. Y tal vez así fuera. La situación empezaba a ser surrealista. Dio un paso hacia delante y yo reculé.

—No te acerques a mí —le advertí.

—Serás idiota —masculló. ¿*Idiota*? Espera un momento. ¿Acababa de decir idiota? Ni siquiera sabía que aquella palabra estuviera en su diminuto vocabulario.

—¿Eres alguna especie de clon maligno o algo así?

—Decididamente, esto te ha dejado muy trastornado.

—Ya es suficiente, Miranda —me volví sobre mí mismo. Len. Mi compañero de habitación. Estaba tan alucinado que ni siquiera le había escuchado entrar en la estancia y aparecer a nuestro lado—. Kyle no recuerda nada. Aún.

—¿No dijiste que estaba empezando a...?

—Solo cuando duerme.

Len me examinó de reojo, precavido.

—Me sorprende que te hayas recuperado tan pronto de los somníferos que tenías en el cuerpo —le dije.

—Aunque casi siempre seas un genio, otras veces resultas un completo estorbo —replicó él—. Te dije que no lo hicieras y no me escuchaste. Has estado a punto de echar por tierra nuestros planes.

—He tardado una hora entera en despertarle —contestó Miranda—. Podrías haber utilizado menos pastillas, por lo menos.

Aquello no andaba bien. Miranda estaba protegiendo a Len. La diva del internado, la reina de los populares, ¿estaba protegiendo a Len Lu, el friki más friki de Drayton?

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté. Miranda miró a Len en busca de la respuesta a mi pregunta. Yo, que no sabía muy bien qué hacer, miré también a Len. Y este se encogió de hombros como única contestación.

—No os preocupéis. Esto terminará muy pronto. No creo que tarde mucho en romperse el chip que tienes implantado.

CAPÍTULO 79

Un segundo... ¿Había dicho que tenía un chip implantado? No, no. Yo no tenía nada de eso metido dentro del cuerpo... Aunque a juzgar por las expresiones serias con las que me observaban Miranda y Len aquello no parecía ninguna broma. Un apretado nudo estranguló mi garganta.

¿¡Tenía un chip en alguna parte!?

¿Sería un rastreador para detectar mi posición sin necesidad de seguirme? ¿O sería en realidad algo más complejo? ¿Una bomba incrustada en mi cuerpo? Oh, no. Prefería no pensar que Len y Miranda habían perdido tanto el juicio como para hacerme estallar con tal de echarse unas risas.

Lo peor de todo es que no recordaba nada. ¡No recordaba cuándo o dónde me habían metido esa cosa de la que Len estaba hablando!

Apunté con el dedo a mi compañero de habitación.

—¿Qué me has hecho?

—Tienes que tranquilizarte, Kyle.

—¿Tranquilizarme? ¿¡Cómo quieres que me tranquilice!?! No entiendo nada de lo que está pasando aquí! Y encima me habéis metido un maldito chip para vete tú a saber qué.

—Eh. Yo no quería hacerlo. Y Miranda tampoco. Fuiste tú quien nos lo pediste. Al fin y al cabo, esto fue idea tuya desde el principio.

—¿Yo? —exclamé con una nota aguda al final de la frase—. Ni siquiera me diriges la palabra. ¿Cómo es posible que te pidiera algo así?

Mis palabras hicieron mella en Len. Una pizca de tristeza atravesó sus ojos.

—Parece que es cierto que aún no recuerdas nada —susurró.

—¿Qué tendría que recordar? —Len se agachó en el suelo y cogió la fotografía que yo había tirado al suelo. La puso en mi mano.

—El orfanato —contestó—. Allí empezó todo.

—¿Todavía no te acuerdas de lo que pasó, Kyle? —me preguntó Miranda—. ¿Nada?

Sí... había un recuerdo importante en el fondo de mi cerebro. Y Len y Miranda estaban relacionados con él. Pero no conseguía sacarlo a la luz. Era como si un muro de piedra estuviera bloqueándolo.

Y cuanto más me esforzaba por atravesar aquella pared invisible, más me dolía la cabeza. Una presión insistente que me perforaba la base de la nuca y ascendía por mi cráneo hasta mis sienes, taladrándome las neuronas.

—¡Kyle! —escuché que gritaba Miranda. Sus palabras sonaban distantes, como si estuviera a kilómetros de allí.

—¿Qué... está pasando? —murmuré. Todo a mi alrededor se difuminaba. Me agarré a la mesa.

—No tiene buen aspecto.

—Avisa a los demás. Tal vez necesitemos su ayuda.

Miranda salió disparada de la estancia, con su melena rubia ondeando detrás de ella. La cabeza me dolía tanto que tenía la impresión de que iba a estallar de un momento a otro.

—Aguanta, Kyle —Len me agarró para que no cayera al suelo. Lo hizo con delicadeza para no hacerme más daño del necesario. Era el mismo Len de aquella noche. El mismo que me hablaba con franqueza y me sonreía sin ironía—. El chip no tardará en romperse y entonces lo recordarás todo. Tienes que aguantar el dolor. Por favor... No me dejes. Por favor.

La presión que estrujaba mi cerebro incrementó. Lancé un grito de dolor. Len me sujetó con más fuerza, como si temiera que fuera a desaparecer de un momento a otro. No podía soportarlo. No podía...

—Por favor, aguanta —susurró Len—. Por favor...

—¡Kyle!

Era tía Jane. Estaba de pie junto a Miranda, detenida en el umbral de la puerta. Detrás de ella, vi el rostro afligido de Lawrence. Dos personas enmascaradas ayudando a Zero... Dos personas sujetándome. Dos... personas...

—Vosotros... vosotros erais los que estabais con Zero...

¿Por qué? ¿Por qué, tía Jane?

Cerré los párpados, agotado por el dolor que me estaba destrozando hasta la última terminación nerviosa del organismo. Lawrence se arrodilló en el suelo, junto a mí.

—Señor Blake —susurró. *¿Blake?*—. Dimitri se ha marchado con sus hombres creyendo que era inocente y mañana mismo empezarán a buscar a Zero fuera de Drayton. Ha ganado. ¿Me oye? Incluso hemos recuperado la esfera.

La imagen de la esfera negra acaparó mi mente. La observé, embelesado. Sí... aquella era la pieza que había estado buscando. La que faltaba para comprender.

—La esfera —repetí. Necesitaba tenerla cerca... Necesitaba... Aunque no sabía por qué la necesitaba...

—Nosotros te hemos ayudado en lo que nos pediste. Ahora depende de ti —dijo tía Jane—. Tienes que recordar, Kyle.

Hice un esfuerzo y abrí de nuevo los ojos. No podía dormirme. Si lo hacía, no estaba seguro de que pudiera despertar otra vez. Luché conmigo mismo para mantenerme despejado. Y en medio de aquella pugna, las imágenes empezaron a fluir. Primero, despacio. Luego, como un aluvión incontrolable.

Poco a poco, recordé.

Recordé aquello que había olvidado.

Recordé la verdad.

CUARTA PARTE

CAPÍTULO 80

Todo empezó la noche que murieron mis padres. Richard y Allison Blake. Los mismos que habían mandado construir la capilla del acantilado. Entonces, no me llamaba Kyle. Ni tenía relación alguna con la familia Bradford. Mi verdadero nombre era Jayson, en honor a mi abuelo paterno.

Recordaba cada minuto de aquel día, cada segundo, como si viera lo que ocurrió una y otra vez. El color intenso de las llamas y el calor sofocante que me ahogaba. El olor a quemado y los gritos de mi madre. La discusión. Los golpes de la pelea. Y los disparos. Uno, dos, tres.

Pero, sobre todo, recordaba sus caras. Las caras de los tres asesinos. Dos hombres. Una mujer. Los conocía. Eran los socios de mi padre. Habían venido a casa antes para cerrar negocios con él. ¿Sus nombres?

Dan Alec, el padre de Lauren.

Juliette Morrison, la madre de Neal.

Y, por supuesto, Adam Grossman. El padre de Mike.

Cuando vi llegar su coche desde la ventana de mi habitación supe que aquella gente no estaba allí para mantener una conversación amistosa. Tenían un brillo peligroso en la mirada. Y llevaban unos objetos plateados que no me gustaron.

Pistolas.

La puerta de mi habitación se abrió de golpe. Mi madre entró la primera. Me abrazó. No dijo nada. Solo me rodeó con fuerza mientras de fondo, se escuchaban unos violentos golpes en la puerta principal de nuestra vivienda. Había estado llorando. Sus ojos enrojecidos y su semblante pálido la delataban. Mi padre nos envolvió a los dos, con los labios convertidos en una fina línea trémula.

—Jayson, tenemos que marcharnos —susurró mi madre.

—¿Adónde? —no contestó. Abrió mi armario y cogió el primer abrigo que encontró. Me lo puso por encima y me obligó a meter los brazos por las mangas.

—Rápido, cielo.

—¿Qué está pasando?

Mis padres se miraron. Lo hicieron a la vez y en aquel momento me percaté de lo preocupados que estaban.

—Escucha, Jayson —intervino mi padre—. Algún día, cuando seas mayor, te lo explicaremos. Ahora, tienes que obedecernos, ¿de acuerdo? Vas a irte con mamá de viaje. Un viaje lejos de aquí. Conocerás un sitio nuevo y harás nuevos amigos. El avión de papá os está esperando en el aeropuerto para que salgáis de la ciudad esta noche.

—¿Y tú? ¿No vienes con nosotros?

—No, yo tengo que quedarme —sabía que aquello era un adiós y que no volvería a verle nunca más. Mi padre depositó algo en mi mano. Sentí un contacto gélido tocando mi piel y bajé la vista para ver qué era. Una esfera. De un negro profundo. Y

tan bonita que no pude apartar los ojos de ella—. No dejes que te la quiten jamás. No te deshagas de ella pase lo que pase. Y sobre todo no confíes en nadie.

Apreté la esfera entre mis dedos y la escondí en el interior del pijama que llevaba puesto.

—Buen chico —se puse en pie—. Tenéis que marcharos. Les distraeré lo que pueda para que podáis escapar.

No entendía nada. *¿Escapar? ¿De quién?*

Mi madre me cogió en volandas y corrió hacia las escaleras que llevaban al piso de abajo. Mi padre iba detrás de nosotros, cerrando la marcha.

No llegamos muy lejos.

Acabábamos de pisar el recibidor cuando una ensordecedora explosión nos lanzó por los aires, derribándonos a los tres en el suelo.

CAPÍTULO 81

Una densa nube de serrín y humo lo cubrió todo, haciendo que los ojos me lloraran y que la garganta me escociera. La detonación había arrasado la entrada de la casa. Los muebles habían quedado reducidos a astillas. Las paredes resquebrajadas. Solo veía ruinas y destrucción a mi alrededor. Los aspersores contra incendios se pusieron en funcionamiento, descargando una fina capa de agua.

El cuerpo de mi madre había quedado tendido sobre el mío, protegiéndome. Había perdido el conocimiento pero su pecho seguía subiendo y bajando. Mi padre se encontraba a unos metros de nosotros. Tenía el brazo derecho doblado en un ángulo extraño.

Tres siluetas se recortaron en el agujero que antes era la puerta principal. Entre el humo distinguí los rostros de Juliette, Dan y Adam. Grossman estaba ligeramente adelantado, con la mano cerrada alrededor de su arma.

—Juliette, ocúpate del niño y comprueba que la madre está viva —ordenó—. Nosotros nos encargaremos de Richard.

Ninguno contradijo sus órdenes. Asintieron y cada uno se encaminó hacia sus respectivos objetivos. Juliette avanzó hacia nosotros. Sabía que tenía que moverme. Debía escapar. Pero no podía. Tenía tanto miedo que me había quedado agarrotado y mi cerebro había entrado en modo *stand by*.

Mi madre recobró al fin el conocimiento. Se fijó primero en Juliette y, de seguido, en mí. Se enderezó como pudo y me escondió detrás de ella para mantenerme resguardado.

—No tiene por qué ser así, Allison —dijo Juliette. A pesar de sus palabras no soltó la pistola.

—Vosotros sois los que habéis decidido que esto sea así.

—No nos escuchasteis cuando deberíais haberlo hecho.

—Tampoco lo haremos ahora —afirmó mi madre.

Mientras, mi padre estaba peleando con Dan y con Adam. Había conseguido derribar a Alec. Grossman, en cambio, seguía en pie, plantándole cara.

—Perdéis el tiempo. Lo que buscáis no está aquí.

—Mientes —respondió Adam—. Te conozco, Richard. Sé muy bien que nunca te desharías de *ella*.

—La he llevado a un sitio seguro donde ni tú ni nadie podrá alcanzarla jamás.

—¿Y dónde se supone que está ese sitio tan seguro?

—Jamás te lo diré, perro cobarde.

—Tenía la esperanza de que entraras en razón. Ya veo que sigues igual que siempre.

Apretó el gatillo.

Vi cómo mi padre caía hacia atrás al recibir el primer disparo. Su cuerpo se convulsionó cuando Grossman volvió a disparar una segunda vez. Y otra más. Y otra.

Se desplomó en el suelo, con los ojos casi vidriosos y la respiración tan débil que parecía un leve susurro. Su sangre salpicaba las paredes.

Giró la cabeza. Sus ojos se encontraron con los míos y su boca pronunció una última palabra.

Corre.

Obedecí, asustado, y eché a correr todo lo rápido que me permitían mis piernas. Miré hacia atrás justo para ver cómo Adam Grossman disparaba a mi madre. Detrás de él había quedado el cuerpo inerte de mi padre, rodeado de un charco carmesí. No recuerdo si grité o si lloré. Lo único que sé es que, después de matar a mis padres, su asesino clavó sus oscuras pupilas en mí.

—¡Cogedle! —vociferó—. ¡Que no escape!

Aquella orden fue un latigazo para mí. Retomé mi carrera como un loco, con mis tres perseguidores pisándome los talones.

CAPÍTULO 82

Corrí y corrí hasta que llegué al precipicio en el que terminaba la finca que tenían mis padres en Cotton Hill. Aquel que había visto en mis pesadillas. No tenía escapatoria. Así que salté.

Me zambullí en las congeladas aguas del río. El impacto fue como si cientos de agujas se clavaran en mi cuerpo. Luché contra la corriente, braceando con fiereza y combatiendo el frío que me atenazaba. El esfuerzo me hizo perder el conocimiento. Cuando desperté, estaba en la orilla. Unos pescadores que andaban por la zona, me encontraron y me llevaron a la comisaría.

Los policías me reconocieron nada más verme. Sabían quién era. Me escucharon sin interrumpirme mientras explicaba entre lágrimas lo que acababa de pasar. Después, mandaron tres coches patrulla a mi casa.

Ya era tarde.

Para entonces solo quedaba una pira de llamas en lo que antes era mi hogar. No había ni rastro de los tres asesinos.

Tenía ocho años.

Tardaron más de una semana en recuperar los cadáveres de mis padres. El cuerpo de mi madre estaba tan calcinado que tuvieron que identificarlo mediante pruebas de ADN. De mi padre solo encontraron un brazo. El resto ardió hasta desaparecer, junto con las pruebas que demostraban el asesinato.

Adam, Dan y Juliette, los verdaderos culpables del crimen, dijeron a la policía que mi padre llevaba años trastornado y que estaba en tratamiento a base de antidepresivos. Sobornaron a su médico para que falsificara el historial médico y declararon ante el juez en su contra.

El caso se archivó muy pronto. Se culpó a mi padre de la muerte de mi madre y del incendio y su nombre quedó empañado por la mentira para siempre. Yo era el único que sabía la verdad pero como no tenía forma de demostrarla, nadie me creyó. Llegaron a la conclusión de que era la pena lo que me hacía inventar aquella versión de los hechos y me ignoraron.

—Esto es una auténtica tragedia. Aún no me explicó cómo ha podido ocurrir. Richard ha sido mi mejor cliente desde hacía años. Y pensar que era un asesino...

Mark Winslow, el abogado de mis padres, suspiró para acentuar su malestar. Aunque algo en él contradecía su aparente disgusto. Tal vez era la forma con la que consultaba la hora constantemente, como si estuviera deseando deshacerse de mí.

—Mi padre es inocente —sentencié.

—Ya, ya, bueno...

—¡Yo vi cómo les asesinaron! Él no fue quién mató a mi madre.

—Ya. Fue Adam Grossman quien les disparó y bla, bla, bla. Te he dicho cientos de veces que es imposible que el señor Grossman sea el culpable. Ya demostró a la policía con todo lujo de pruebas que él estaba en París cuando ocurrió el crimen.

—¡Está mintiendo!

Winslow pegó un puñetazo en la mesa.

—¡Estoy cansando de tus historias inventadas, niño! Olvídate de una vez de esas fantasías tuyas y concéntrate en lo que va a pasar a partir de ahora —se toqueteó el pelo. En la muñeca llevaba un ostentoso reloj de oro que hacía juego con los gemelos de diamantes que cerraban los puños de su camisa—. No voy a andarme con rodeos. Iré directo al grano. No tienes familiares vivos que puedan hacerse cargo de ti. El hermano de tu padre desapareció hace dos años mientras hacía escalada y tus abuelos llevan muertos desde antes de que tú nacieras. De la familia de tu madre tampoco queda nadie. A excepción de una tía segunda de más de 90 años que vive en un asilo. He intentado recurrir a los amigos de tus padres. El problema es que ninguno ha querido responsabilizarse de tu custodia por... distintos motivos. Ahora solo quedan los servicios sociales. Y después de la situación económica en la que te han dejado tus padres creo que sería la mejor solución...

No me gustó la forma con la que enfatizó la palabra «situación».

—¿A qué se refiere? —pregunté.

—Sí, eh, bueno, verás. Supongo que sabes que tus padres eran muy ricos. Tenían muchas propiedades y acciones en grandes multinacionales. De hecho, la Blake Company es una de las empresas más poderosas del país y el patrimonio total que poseían asciende a una cifra muy sustanciosa.

Sabía que detrás de aquello había algo que Mark Winslow no me estaba diciendo. Esperé a que continuara hablando.

—El problema es que en su testamento tu padre no te deja nada a ti.

—¿Cómo?

—Te desheredó, Jayson. Y eso significa que no te ha quedado un solo centavo.

—Mi padre nunca haría eso.

—He revisado el testamento y todo está perfectamente claro. Richard fue muy concienzudo. Puso por escrito qué se debía hacer con su patrimonio cuando él muriera pero en ningún momento te incluye a ti en esos planes. Y la ley es muy estricta con esto. Es imposible revocar su última voluntad aunque queramos.

No podía hablar. No podía pronunciar una sola palabra. ¿Por qué? ¿Por qué haría algo así mi padre?

—Lo siento, muchacho. No sé en qué estaría pensando. Aunque teniendo en cuenta que acabó metiéndole un tiro a su esposa...

—Él no lo hizo —susurré.

—¿Qué has dicho?

—¡Él no mató a mi madre! —grité. Me levanté de mi silla, derribándola en el suelo—. Mi padre no estaba loco. ¡Sois vosotros los que lo estáis! Y algún día os lo demostraré.

Me encaminé hacia la puerta, lleno de rabia y odio. Antes de salir, escuché la voz de Winslow una última vez.

—Pues espero que lo puedas demostrar desde los bajos fondos porque a partir de ahora se acabó tu vida de principito.

Y una sonrisa ladina destelló en su semblante.

CAPÍTULO 83

Los servicios sociales vinieron a buscarme en cuanto terminó el entierro de mis padres. No hubo nadie en la ceremonia. Tan solo el sacerdote y yo. Ninguno de nuestros viejos amigos se presentó. Supongo que mientras los féretros bajaban a las profundidades de la tierra, ellos estarían tomando el sol en las cubiertas de sus yates o en alguna fiesta privada.

Dos días después llegué al «Orfanato de California para niños desamparados», un lugar medio abandonado, desvencijado y triste, próximo a la ciudad de Redding, al norte del estado.

En aquellos tiempos, la señora Cass era quien dirigía el hospicio.

—¿Otro vástago perdido? —Me inspeccionó sin demasiado interés—. Déjenlo, ya lo acompaño yo dentro. No hace falta que se molesten.

Me empujó hacia el interior del orfanato. No llevaba maleta. Entre otras cosas porque no tenía nada que meter dentro. La ropa me la había dado la mujer de los servicios sociales y me estaba dos tallas más grande. Incluso los zapatos habían sido un regalo. Lo poco que quedaba de mi antigua vida era la esfera negra...

—Aquí tenemos unas normas que hay que cumplir. No se puede hablar durante las comidas y tampoco durante las clases. Cada infracción supone medio día sin comida...

Cuando la lista de prohibiciones llegó a su fin y la señora Cass desapareció de mi vista, me quedé solo, en una habitación estrecha, llena de literas, con los más de cincuenta pares de ojos que había en la estancia clavados en mí. Me observaban como si fuera lo que, en definitiva, era: «el nuevo». Fui hacia la cama que me habían asignado, justo al final del dormitorio. Tuve que desfilas ante mis nuevos compañeros. Algunos de ellos me empujaron sin disimulo y me insultaron cuando pasé junto a ellos.

Llegué hasta mi litera, me escurrí en el interior y me hice un ovillo, procurando hacer oídos sordos a las burlas y los motes que me había granjeado en los pocos minutos que llevaba en mi nuevo cuarto. Me entraron ganas de llorar. No lo hice. No derramé una sola lágrima. Me prometí a mí mismo que, a partir de aquel momento, no volvería a llorar nunca más.

El propietario de la cama de arriba se asomó por el borde. Al principio, creí que él también me iba a insultar pero no lo hizo. Se limitó a sonreírme con timidez.

—Hola. Me llamo Len Lu. Bienvenido.

CAPÍTULO 84

A sí fue como conocí a Len. Sus padres no habían muerto como los míos. Trabajaban en una minúscula tienda de electrónica que no conseguía vender lo suficiente para mantener a toda la familia. El gobierno les había quitado la custodia de su hijo y habían mandado a Len al orfanato para que se ocuparan de él.

Ya entonces tenía un don especial para manejar cualquier trasto electrónico.

Por las noches le oía gritar en sueños. Me acostumbré a despertarle y a consolarle. Cuando dejaba de llorar, nos quedábamos hablando entre susurros hasta que volvía a dormirse, más tranquilo que antes.

Un mes después de que llegara al hospicio, la señora Cass vino a buscarme.

—Jayson, tienes visita.

¿Una visita para mí? ¿Quién podía ser? Winslow no había vuelto a dar señales de vida desde aquel día que salí de su despacho. Y el resto de los amigos de mis padres habían desaparecido aún antes.

—¿Es la policía? —Len me miró de reojo. Debió de sorprenderle mi pregunta, en parte porque no le había contado la verdad sobre la muerte de mis padres. Aún así, no hizo ningún comentario. Eso era lo que más me gustaba de él. No te agobiaba nunca. Dejaba que fueras tú el que hablara cuando estuvieras listo.

—Si quieres saber quién es ve tú mismo, mocoso —me espetó la señora Cass.

Y eso fue lo que hice. Dejé a Len arreglando una vieja tostadora y me encaminé hacia el despacho de la directora. Abrí la puerta. Dentro, sentado en una silla, había un hombre. Estaba de espaldas. En cuanto me escuchó entrar se dio la vuelta en su asiento hasta que quedamos frente a frente.

—Cuanto tiempo sin verte, Jayson.

Me quedé clavado en el sitio. Era él... El asesino de mis padres. Adam Grossman.

—Tú...

—Veo que todavía te acuerdas de mí.

Se puso en pie. Llevaba un refinado traje blanco que le hacía parecer un respetable hombre de familia. Pero a mí no me engañaba. Yo sabía lo que era. Un criminal de igual calaña que los que se pudrían en las cárceles del país. El resentimiento empezó a borbotear en mi interior.

—¿Has venido a matarme como hiciste con mis padres?

—En realidad, estoy aquí para preguntarte algo...

Su mano se cerró alrededor de mi garganta. Me levantó dos palmos del suelo y me estampó contra la pared.

—Dime dónde está y no te pasará nada. Dímelo y te dejaré libre.

—No sé de qué me estás hablando —abrí la boca para que el oxígeno no dejara de llegar a mis pulmones.

—No te hagas el tonto. Lo sabes muy bien.

—No... sé... nada.

Acercó la boca a mi oído.

—La esfera... Quiero la esfera.

Me quedé atónito y, durante unos segundos, no supe muy bien qué decir. ¿Estaba en el orfanato solo porque quería aquella bola de cristal que me dio mi padre? Había dado por hecho que su regreso tenía que ver más bien con rematar lo que empezó en Cotton Hill... Me volví hacia él, sin poder ocultar mi confusión.

—¿Dónde la tienes? —insistió.

Rocé con mis yemas el bolsillo de mi chaqueta. Allí estaba. Escondida, bien oculta para que no reparasen en ella. Siempre la llevaba conmigo. Le prometí a mi padre que no me separaría de ella y eso es lo que había hecho desde que ellos murieron. Nadie la había visto desde que entré en el orfanato, ni siquiera Len.

Si se la daba a Grossman me libraría de aquella garra que me estaba estrangulando. A cambio, rompería la promesa que le hice a mi padre... La decisión fue fácil. Dejé caer el brazo para que el asesino de mi familia no sospechara que lo que buscaba estaba delante de sus narices.

No iba a entregar la esfera. No iba a romper mi juramento pasara lo que pasase.

—Yo no la tengo —no me tembló la voz. Nadie hubiera dicho que mentía—. Mi padre no tuvo ocasión de darme nada antes de que aparecierais vosotros.

—¿Estás seguro? —Sus dedos se cerraron con más fuerza alrededor de mi cuello. Sollocé.

—Sí.

—Tengo un hijo de tu edad y no me gustaría matarte. Pero si no me haces caso, te aseguro que no dudaré en acabar contigo ahora mismo.

—Pues te sugiero que vayas empezando. No tengo ni idea de dónde está la esfera. Grossman entornó los párpados.

—Eres tan desafiante como Richard. Tienes la misma mirada provocadora y orgullosa que tanto odiaba de él —escupió con repulsión—. Y por lo que se ve también has heredado su estupidez.

Volvió a estrujar mi garganta. Noté que la cabeza empezaba a zumbarme y que un pitido me atravesaba los tímpanos.

—No voy a descansar hasta que consiga esa esfera, ¿lo entiendes? Y si sigues así, acabarás cometiendo el mismo error que tu padre, muchacho. Te mataré igual que hice con él por culpa de ese trozo de cristal.

Aquella última frase se repitió en mi interior con un tintineo. *Te mataré igual que hice con él... por culpa de ese trozo de cristal. Por culpa de...*

Me había obligado a borrar de mi memoria lo que había visto el día que mis padres murieron para no seguir sufriendo, para hacerme más fuerte. En ese momento, mientras luchaba por respirar, mis recuerdos regresaron. Las imágenes de aquella noche arrasaron como un torrente mis pensamientos y vi de nuevo a los tres asesinos entrando en mi casa, el rostro de preocupación de mi madre... Escuché también las palabras que dijo mi padre antes de morir. *Perdéis el tiempo. Lo que buscáis no está*

aquí... La he llevado a un sitio seguro donde ni tú ni nadie podrá alcanzarla jamás...
Aquellas frases empezaron a cobrar sentido dentro de mí.

—Por eso les matasteis —susurré—. Buscabais la esfera.

—Sí. Sabíamos que Richard la tenía en su poder y queríamos conseguirla a cualquier precio. Intentamos negociar con él. Hacerle entrar en razón para que nos la diera por las buenas. Al final, descubrió de la peor forma posible que no es bueno interponerse en nuestro camino.

—¿Por qué queréis conseguirla? ¿Qué tiene de especial?

Mi interlocutor torció el gesto, como si dudara entre decirme la verdad o callar. Optó por responderme.

—El mal —su contestación, el tono con el que habló, consiguió arrancarme un escalofrío—. Y ahora contéstame de una vez. Sé que la tienes tú porque tu padre no la escondió entre sus pertenencias. Hemos revisado cuanto poseía y no hemos dado con ella. Solo puedes tenerla tú.

—¿Qué? Eso es imposible. No habéis podido tocar nada. Las propiedades de mi padre... —Grossman se percató de mi desconcierto.

—Ah, vaya... parece que el pequeño Blake no sabe qué pasó en realidad con su herencia —rio entre dientes—. Después de que cayeras por el precipicio, volvimos a la casa y la pusimos patas arriba para encontrar la esfera. No dimos con ella. Estábamos convencidos de que Richard la había escondido en otro sitio así que falsificamos su testamento para que todo pasara a nosotros. Cajas fuertes, propiedades... No podíamos permitir que tú o cualquier otra persona encontrara antes que nosotros la esfera. Y como no sabíamos dónde podía estar, decidimos no arriesgarnos.

—Winslow...

—Winslow nos ayudó a falsificar el testamento, sí. El bueno del abogado... Siempre dispuesto a lo que sea por algo de dinero.

Maldije a Winslow. Había traicionado a mi padre a cambio del dinero sucio de Grossman.

—Por desgracia, no la hemos encontrado aún. Tal vez porque Richard se la dio a alguien antes de morir... ¿a su querido y tierno hijo, por ejemplo?

—Os equivocáis. Debió de esconderla en algún sitio que no habéis mirado.

—Imposible —más presión. El zumbido de mi cabeza se incrementó.

—Jamás llevó esa esfera de la que hablas a casa.

—¿En serio? —La vista se me nublaba. Casi no podía ver el semblante de Grossman. No iba a aguantar mucho más... Agarré la muñeca de captor y clavé mis uñas en su piel con desesperación.

—¡Yo no la tengo! —grité con todas mis fuerzas. El asesino no aflojó su presa pero algo en su expresión cambió. Sus músculos se destensaron. Me evaluó para saber si estaba diciendo la verdad. Mantuve la barbilla alzada y mi rostro invariable.

—Si descubro que me has mentado, vendré de nuevo a por ti y acabaré contigo

como hice con tus padres.

Con la diferencia de que para entonces le estaría esperando. Y no le resultaría tan fácil matarme.

—Te he dicho lo que sé —decidí llevar mi mentira un poco más allá—. Si no confías en mí, puedes revisar mis cosas. No tardarás mucho. Gracias a ti soy más pobre que las ratas y lo poco que tengo ahora es un par de pantalones prestados.

Aquello terminó de convencerlo al fin y me dejó caer al suelo. Cuando me vi libre, acaricié mi cuello dolorido al tiempo que aspiraba desesperado bocanadas de aire.

—Recuerda lo que te he dicho. La esfera o tu vida. Es así de simple —me dejó tirado y se dirigió hacia la puerta.

Lo que Grossman ignoraba era que en el mes que llevaba en el orfanato había aprendido muchas cosas. Pelear era una de ellas... En cuanto se giró, me puse en pie y me encaramé de un salto a su espalda. Empecé a arañar cuanto encontraba en mi camino mientras el asesino de mis padres se debatía entre imprecaciones.

Los gritos alertaron a la señora Cass y a la mitad del orfanato. Hicieron falta tres personas para separarme de él y cuando lo lograron, su rostro parecía un cojín de gato, arañado y magullado.

—¡Este niño es un hijo del demonio! —berreó la señora Cass—. Encerradle abajo en el sótano y no le dejéis salir hasta que yo lo diga. Así aprenderá a comportarse con educación.

CAPÍTULO 85

Acabé en el sótano, acompañado por los roedores que habían hecho del almacén que me servía de celda su dulce morada. Olía a comida podrida. Había suciedad acumulada en cada rincón. Y las paredes tenían manchas de moho envejecido. No era el lugar más acogedor que había visto.

Me hice un ovillo en una esquina y saqué la esfera.

Después de lo que me había dicho Adam Grossman no pude evitar mirarla con odio. Había causado la muerte de mis padres. Había perdido mi vida entera por su culpa. Si aquella cosa nunca hubiera existido, nada de lo que pasó habría ocurrido. Eso seguro. Grossman no habría entrado en nuestra casa. No habría disparado.

La apreté con fuerza entre mis dedos. Quería destrozarla. Quería hacerla pedazos y borrarla de la faz de la tierra para siempre.

Estaba a punto de estrellarla contra la pared, cuando vibró entre mis dedos. Fue apenas una ligera sacudida aunque yo la sentí como si fuera mi propio cuerpo el que temblaba.

Me volví para mirarla... y lancé un grito. Dentro había algo escrito. Unas letras doradas, trazadas con una caligrafía pulcra y estilizada, bailaban en el interior, caracoleando como si flotaran en agua oscura.

He estado esperando mucho tiempo.

Las letras desaparecieron y en su lugar surgieron otras nuevas.

Pero la espera ha merecido la pena.

Noté que el frío de la esfera calaba en mi mano, traspasándome. Aquel aliento gélido se extendió desde la punta de mis dedos hasta el resto de mi ser, congelando cada célula, entumeciendo mis miembros, helándome poco a poco. El dolor me hizo gritar sin que sonido alguno saliera de mi garganta. Mis pulmones dejaron de bombear oxígeno y el corazón me dio una sacudida antes de pararse. Dejé de sentir. Mi organismo entero falló.

A la vez, el sótano empezó a oscurecerse. Las sombras de la sala se hicieron más lóbregas e insondables en el rincón en el que yo me encontraba. Las tinieblas se arremolinaron en torno a mí, envolviéndome, cercándome, aprisionándome. Parecía como si la propia negrura de la esfera estuviera contagiando la atmósfera que respiraba. ¿O era tal vez al revés? Era un imán que atraía la oscuridad. Solo de pensarlo, temblé. Aterrorizado. Intenté levantarme pero no pude. Fui incapaz de moverme.

Ignoro cuánto tiempo pasó después de aquello. Solo recuerdo que de repente la

esfera palpitó con fuerza y mi cuerpo reaccionó a su movimiento. La sangre empezó a fluir de nuevo por mis venas. El aire entró a mis bronquios y mis sentidos revivieron. Tosí, agarrándome a la pared, doblado sobre mí mismo, convertido en un indefenso ovillo humano.

Y mientras me recuperaba danzaron en mi cabeza las palabras que había dicho Adam Grossman.

¿Qué tiene de especial?

El mal...

CAPÍTULO 86

Me quedé dormido, acunado por las tinieblas. Cuando desperté lo primero que hice fue comprobar que la esfera seguía en mi mano. Sí, ahí estaba. Como si hubiera echado raíces alrededor de mis dedos. Parecía observarme. Igual que si tuviera unos penetrantes ojos que me taladraban hasta lo más hondo.

Mi pequeña cárcel seguía tan oscura como antes. Y yo sitiado por las mismas sombras alargadas. Pero, curiosamente, me sentía cada vez más a gusto entre aquella negrura. Era agradable... Me daba la impresión de que formaba parte de mí. De alguna manera...

Aún así, extrañaba a Len. Si, al menos, él estuviera conmigo... ¿Cuándo pensaba la señora Cass sacarme de aquel sótano abandonado?

La esfera tembló en cuanto formulé aquella pregunta en mi mente y las mismas letras doradas de antes surgieron en su interior.

La señora Cass ha decidido hacerme una visita. Dudo mucho que se arrepienta de haberme metido aquí dentro porque pretende dejarme en el sótano hasta mañana. ¿¡Hasta mañana!?! Y encima no deja de repetirme que estar encerrado me ayudará a recapacitar sobre lo que he hecho. Vieja bruja...

¿Huele a comida? ¡Es Len! Y trae una bandeja con mi cena. Parece que la directora no quiere matarme de hambre. Aunque a juzgar por el aspecto que tienen las verduras que hay en el plato tal vez sea ese su objetivo precisamente.

La señora Cass empuja a Len. Odio la forma que tiene de tratarnos. Como si fuéramos ganado en venta...

¿Qué significaba aquello? No entendía nada. ¿La señora Cass? ¿Comida? ¿Len? Releí las frases una vez más y agité la esfera para que desaparecieran. No lo hicieron. Siguieron flotando, remolineando como si estuvieran hechas de oro fundido.

El ruido de unos pasos acercándose al sótano me hizo apartar la vista de aquellas enigmáticas palabras. La puerta se abrió con un lamento metálico y la silueta de una mujer se perfiló en el umbral. La reconocí.

Era la señora Cass.

Al verla, lo que había leído en la esfera regresó a mi mente. ***La señora Cass ha decidido hacerme una visita...***

—Ya sé que este sitio es horrible. No hace falta que pongas esa cara. ¡Por el amor de Dios! ¿Cómo se te ha ocurrido atacar a ese buen hombre que ha venido a interesarse por ti? Te quedarás aquí hasta mañana, ¿entendido? Y deberías darme las gracias. Después de la vergüenza que me has hecho pasar tendría que dejarte

encerrado un mes. Este sitio te ayudará a recapacitar. Porque es eso lo que necesitas. Pensar en lo que ha pasado...

No deja de repetirme que estar encerrado me ayudará a recapacitar sobre lo que he hecho. Un espasmo me recorrió desde la base de la nuca hasta los talones. La esfera... la esfera...

—¿Y ahora que te pasa, mocoso? No sé de dónde has salido. Jamás he visto a nadie tan extraño como tú. Solo espero que no tengas ninguna enfermedad contagiosa ni nada de eso. Lo último que le falta a este lugar es una epidemia —chascó los dedos como si estuviera llamando a un perro—. Eh, Len, espabila y dale algo de cenar a tu amigo antes de que se nos quede más flaco de lo que ya está.

Len se asomó por el quicio de la puerta. No supe si alegrarme o no. Sobre todo cuando reparé en lo que llevaba en las manos. Un plato con comida de aspecto nauseabundo... **¡Es Len! Y trae una bandeja con mi cena. Parece que la directora no quiere matarme de hambre. Aunque a juzgar por el aspecto que tienen las verduras que hay en el plato tal vez sea ese su objetivo precisamente.** La llegada de la señora Cass. Len... ¿Cómo... cómo...? Mi mandíbula empezó a temblar.

—¿A qué esperas? —rugió la señora Cass. Empujó a mi amigo de malas maneras—. No tengo todo el día. ¡Aligera de una vez!

La señora Cass empuja a Len. Odio la forma que tiene de tratarnos. Como si fuéramos ganado en venta... Miré a Len mientras la señora Cass le vapuleaba. Como si fuéramos ganado en venta.

Cuando la puerta se cerró de nuevo y volví a quedarme solo, estaba tiritando.

Ahora lo entendía. Ahora entendía por qué era tan importante. Y porque la quería encontrar Adam Grossman. No se trataba de un simple objeto inservible. No... Había anticipado todo. Incluso las palabras de la señora Cass.

Te mostraba lo que iba ocurrir.

La esfera predecía el futuro.

CAPÍTULO 87

Pasé toda la noche poniendo a prueba la esfera, comprobando si realmente podía prever lo que iba a hacer antes de que lo hiciera. Y no falló ni una sola vez. En cuanto formulaba una pregunta, me respondía con una predicción. ¿A qué hora voy a volver con los demás? *En cuanto amanece, la señora Cass viene a por mí. Al fin podré salir de este lugar...* ¿En qué pensaré dentro de cinco minutos? *No puedo quitarme de la cabeza las palabras de Adam Grossman. El mal. El mal. ¿Por qué diría eso?...* Incluso me había avisado de que si comía la cena que me habían traído, estaría varios días enfermo. Por supuesto, no probé bocado. Por si acaso...

Nada más salir del sótano busqué a Len. Tenía que contárselo. No sabía muy bien cómo explicárselo pero se lo enseñaría. Le mostraría de lo que era capaz la esfera. Estaba deseando ver qué cara ponía. Le contaría también la verdad sobre la muerte de mis padres y sobre sus asesinos. Le diría que ahora sabía por qué habían muerto.

Nunca llegué a hacerlo.

Escondí como siempre hacía la esfera en el bolsillo de mi chaqueta y fui derecho al piso de arriba para ver si mi amigo estaba en los dormitorios. No había hecho más que entrar en el cuarto cuando alguien me agarró de la nuca. Me revolví para liberarme. Detrás de mí, rodeado de un corrillo de niños que salían de lo peorcito del orfanato, estaba Robert Griffith.

Tendrían que pasar muchos años antes de que una pareja de ancianos y acomodados funcionarios le adoptaran, a él y a su hermana, y le dieran un sitio en Rockland. Aunque ya entonces, mientras estábamos en el hospicio, hubo algo entre nosotros que no sintonizó. Él no soportaba que yo me convirtiera en el centro de atención y que me granjeara la amistad de cualquiera sin esfuerzo. Y yo no aguantaba su despotismo y su arrogancia.

—Por lo que veo, ya te han sacado del sótano. ¿Lo has pasado bien allá abajo?

—¿Acaso te importa? —espeté.

—Me han dicho que te encerraron después de que golpearas a alguien. ¿Es verdad?

—Puede ser.

—Seguro que mientes. Tú no serías capaz ni de matar un mosquito.

—Yo que tú no estarías tan seguro.

—¿Me estás amenazando?

—Qué perspicaz...

—Ándate con ojo, Jayson. Aquí soy yo el que manda. Más te vale hacer lo que yo digo.

Me soltó un empujón que no pretendía ser suave y mi espalda rebotó contra la pared. No me di cuenta de que la esfera se había salido unos centímetros de mi bolsillo hasta que vi los ojos de Robert clavados en ella. Me la arrebató sin darme oportunidad a detenerlo.

—¿Qué es esto?

—No es nada —me apresuré a decir. Intenté quitársela. Él fue más veloz y la apartó de mi alcance.

—Para no ser nada importante, tienes mucho prisa por recuperarla.

—Devuélvemela.

—¿Y si no quiero? —Lanzó la esfera hacia arriba y la atrapó en el aire—. ¿Me vas a decir qué es?

—Ya te lo he dicho. No tiene importancia. Es solo...

Las poderosas zarpas de Robert se cerraron en torno a la esfera, dispuestas a desintegrar el cristal. De repente, mi pierna dejó de moverse. Algo me aplastaba el muslo. Intenté liberarme. Luché contra el peso que me inmovilizaba. No pude.

Griffith estaba tan concentrado que ni siquiera reparó en mí. Tampoco lo hicieron el resto de sus amigos. Uno de ellos se acercó a nosotros con una piedra.

—Eh, ¿por qué no la rompes con esto?

Robert recibió aquella propuesta con una exclamación de júbilo. Soltó la esfera y, al momento, me liberé de la fuerza invisible que aprisionaba mi extremidad.

—¡Bien pensado!

—No... —susurré—. Por favor...

Di un paso hacia delante. Tenía que detenerle. Si no lo hacía... Otro paso más. Y otro. Vamos.

¡Rápido!

Robert golpeó la esfera. Escuché el crujido que provocó el impacto... Y, casi a la vez, un dolor insoportable me atravesó. Como si la piedra me hubiera dado a mí, machacando mi cuerpo y haciendo crujir mis huesos. Grité. Grité con todas mis fuerzas hasta que caí inconsciente.

Durante días me debatí entre la vida y la muerte. Tenía el brazo fracturado y una fuerte conmoción cerebral. Los pulmones encharcados y la mitad de las costillas rotas. Estuve en coma una semana entera.

Robert y sus amigos encubrieron lo sucedido diciendo que me había caído de una escalera. Les creyeron. Ni siquiera la señora Cass puso en duda su versión de los hechos. Lo único que me dejaron fue mi esfera. La abandonaron en mi mano cuando me desmayé, antes de salir corriendo para que nadie pudiera culparles de lo que había pasado. Y allí se quedó, envuelta entre mis dedos. Los médicos que me operaron de urgencias para salvarme debieron de pensar que era algo importante para mí y no la tocaron. Permaneció a mi lado mientras yo luchaba por sobrevivir.

Luego, llegó la larga recuperación en el hospital. La soledad y la impotencia. Las heridas y el dolor. Dos interminables meses ingresado. Según iba sanando, la esfera también se fue recuperando. La mella que le había hecho Robert con la piedra se fue cerrando hasta que su superficie quedó intacta. Como el primer día que la vi. Reluciente y perfecta.

Así fue como aprendí, de la forma más cruel posible, que su poder no era gratuito.

Tenía un precio.
Mi vida.

CAPÍTULO 88

Después de salir del hospital ninguno de los niños del orfanato quería acercarse a mí. Decían que era raro, que estaba poseído por el demonio y que, por eso, había sufrido aquella misteriosa caída que me había postrado en una cama durante meses. Dejaron de hablarme. Nadie volvió a invitarme a su mesa a la hora del almuerzo. Ni siquiera querían dormir en la misma habitación que yo así que la señora Cass me cambió de dormitorio para que me mantuviera lejos del resto.

Ella también recelaba de mí a su manera. Siguió tratándome como siempre aunque algo en su actitud cambió. De vez en cuando la descubría mirándome de reojo con desconfianza. En otras ocasiones daba media vuelta para evitar cruzarse conmigo. Al final, acabé acostumbrándome a aquellos desplantes.

Solo Len siguió conmigo a pesar de lo ocurrido.

Nos trasladaron a los dos a un cuarto polvoriento en el ático. Hacía un calor espantoso en verano y un frío horrible en invierno. Las cucarachas estaban a la orden del día y de vez en cuando subía un olor a cañería que ponía a prueba nuestros estómagos. A cambio, nos ahorrábamos los cuchicheos malintencionados de los demás y podíamos hablar por las noches hasta que quisiéramos.

—Eh, ¿cuántos días nos quedan para salir de aquí? —le pregunté a Len una tarde.

Mi amigo revisó los números que tenía anotados en el cabecero de su cama. Más de una vez me había reído de él por llevar aquella cuenta. El número de años y días que nos faltaban para cumplir los 18.

—Según mis cálculos... 9 años y 46 días —respondió. Había desatornillado la lámpara del techo para arreglarla y su colcha estaba llenas de tuercas y tornillos—. ¿Qué harás cuando salgamos de aquí?

—No lo sé —y era cierto. No me lo había planteado todavía. No tenía un hogar al que volver y tampoco dinero para construir uno. Mis perspectivas para dentro de 9 años y 46 días no eran muy optimistas.

Tal vez la esfera me dijera algo pero no había vuelto a utilizarla desde que regresé del hospital. En parte, tenía miedo. ¿Y si la cogía y se me resbalaba? Prefería no pensar en lo que me pasaría. Tampoco le había contado a Len la verdad sobre lo que había ocurrido con Robert. En el fondo, temía que él también acabara tratándome como los demás.

—Podrías venir conmigo a Sacramento. Seguro que a mis padres no les importaría. Trabajaríamos en la tienda. ¿Qué te parece?

¿Qué me parecía? Era la mejor oferta que podían hacerme. Además, no quería separarme de Len cuando tuviéramos que irnos del orfanato.

—¿Y a tus padres no les importará?

—¡Para nada! —La lámpara emitió un ligero chispazo y se encendió. Aplaudí el logro de Len.

—Vaya, buen trabajo, señor Enchufe.

—A partir de ahora tendremos siempre luz.

No estaba mal. A eso le llamaba yo una habitación con lujos.

—Espero que me enseñes a hacer eso cuando vayamos a Sacramento.

—Por supuesto. Aunque no creo que lo necesites. Con lo bien que se te da tratar con la gente, seguro que consigues clientes sin necesidad de mover un dedo.

—Vamos, estás exagerando...

Unos gritos, seguidos de unas voces apresuradas, acallaron nuestra conversación. Provenían del piso de abajo, aunque a juzgar por el estrépito en aumento de pasos y golpes, parecía que se estaban aproximando al ático.

La señora Cass irrumpió en nuestra habitación unos minutos después, arrastrando a una cría que no dejaba de chillar y patalear. Las chicas dormían en un edificio diferente al nuestro por lo que casi nunca nos cruzábamos con ninguna dentro del orfanato, excepto a la hora del almuerzo y durante las clases. Len y yo nos la quedamos mirando con curiosidad.

—¡Estate quieta! —La niña hincó los dientes en la muñeca de su captora y esta soltó un alarido de dolor—. ¡Me ha mordido! ¡La muy salvaje me ha dado una dentellada!

La señora Cass se echó a un lado antes de que pudieran volver a morderla y empujó a la chiquilla dentro de nuestro dormitorio. El empujón la hizo tropezar con sus propios pies y caer al suelo. Para cuando quiso levantarse para reanudar su ataque, la directora había salido de la estancia, cerrando la puerta con llave.

—Es la primera vez que veo a alguien morder a la vieja bruja —murmuré, impresionado. Len analizó a la recién llegada sin decir una palabra. También él estaba asombrado aunque no lo dijera. La niña se puso de pie y empezó a golpear con los nudillos la puerta mientras vociferaba a pleno pulmón que la sacaran de allí—. Eh. Por mucho que grites no van a hacerte caso. Te sugiero que te pongas cómoda y disfrutes de tu estancia en la *suite* del ático.

Se volvió y dio un respingo al vernos a los dos observándola con tanto interés.

—¿Quiénes sois?

—Yo soy Jayson. Y este es Len. ¿Y tú eres...?

Nos miró, reacia a presentarse. ¿Tal vez pensaba que éramos un par de locos o algo así? Al final, debió de llegar a la conclusión de que éramos de fiar porque acabó presentándose.

—Me llamo Miranda.

CAPÍTULO 89

Aunque le aseguré que no conseguiría nada, Miranda siguió aporreando la puerta. Era de ideas fijas. La dimos por imposible y la dejamos hacer. Cuando se cansó se sentó junto a nosotros con los nudillos enrojecidos.

—¿Qué? ¿Ya te has cansado? —pregunté. Me recompensó con un miradita hosca. La chica tenía carácter. Eso seguro.

—No voy a dejar de golpear la puerta hasta que me saquen de aquí —repuso con cabezonería.

—Eso no me convence demasiado, ¿sabes? Entre otras cosas porque quiero dormir en paz y si estás chillando no voy a poder pegar ojo.

—¡Tú no lo entiendes! Esa bruja me ha robado el medallón de mi madre y quiero recuperarlo. No voy a descansar hasta que me lo devuelva.

—¿Robado, dices?

—Sí. Me lo ha quitado esta mañana —la voz de Miranda se fue apagando—. Nos desvalija lo que quiere. Y, encima, si nos quejamos nos encierra en el sótano o nos castiga.

Miré a Len y este se encogió de hombros. A nosotros nunca nos había robado nada porque no teníamos *nada*. Aunque no era la primera vez que escuchábamos aquella historia. Las pertenencias de cierto valor que tenían los huérfanos caían en poder de la señora Cass tarde o temprano. Y sin vuelta posible.

—¿Por eso estás aquí?

Miranda jugueteó con el dobladillo de su manga.

—Por eso y porque cuando me ha quitado el medallón le he pegado una patada para que me lo devolviera.

Por lo que se veía Miranda no era tan dócil como el resto de niñas a las que les quitaban sus cosas y se quedaban calladas. Aproveché para fijarme mejor en ella. Llevaba un vestido descolorido y harapiento que le llegaba a la altura de las rodillas y el pelo, de un castaño suave, recogido en una trenza. Lo que me llamó más la atención de ella fueron sus ojos, de un verde esmeralda intenso.

Su historia no era mucho mejor que la de Len o la mía. Llegó al orfanato poco después que yo. Su madre había muerto dos semanas antes en un accidente de tráfico y su padre se había arruinado en la bolsa. Al igual que la familia de Len, Peter Williams era incapaz de mantener a su hija. La única solución que se le ocurrió para que saliera adelante fue mandarla a un orfanato.

—Ese medallón es lo poco que me queda de mi madre —susurró Miranda. Se alejó de nosotros para que no la viéramos llorar—. ¿Por qué no le dan su merecido a esa mujer?

Tenía razón. La señora Cass se portaba mal con nosotros y nadie hacía nada para evitarlo. Desvié la vista hacia mi cama. Debajo del colchón, estaba escondida mi esfera. Tal vez sí hubiera una forma de enseñar a la directora una lección...

CAPÍTULO 90

Aquella misma noche, cuando las luces del orfanato se apagaron, saqué la esfera negra de su escondite. Formulé mi pregunta en voz baja. *¿Podré recuperar el medallón de Miranda?* Las letras doradas emergieron de las oscuras entrañas para darme la respuesta, retorciéndose como serpientes.

Espero junto a la puerta de mi habitación a que la señora Cass termine su ronda nocturna. Recorre el pasillo. Sus tacones hacen eco cada vez que golpean el suelo. Va hacia su dormitorio.

Les hago una señal a Len y a Miranda para que salgan de sus camas y abro la puerta. Empiezo a bajar de puntillas las escaleras que llevan a la planta de abajo. Mis amigos me siguen en silencio.

Nos detenemos al llegar a la habitación de la señora Cass. Agarro el pomo y lo giro despacio. Estoy sudando. Tengo miedo de que alguien nos escuche. Por fin, la puerta se abre.

La señora Cass duerme, con el pelo recogido en un moño. Me acercó a ella. Es más fea sin maquillar. Y parece más vieja. Con la piel arrugada y marchita. Algo reluce en su cuello. Me inclinó hacia delante para verlo mejor. Es el medallón de Miranda.

Sin hacer ruido, lo cojo entre mis dedos.

—Bien —sentencié. Parecía sencillo...

Como había anticipado la esfera, les hice un gesto a mis dos amigos para que salieran de sus camas.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto? —preguntó Len, atemorizado.

—Por supuesto que sí —afirmé, sin dudar.

—Si alguien nos descubre, nos quedaremos un mes entero en el sótano.

—Tranquilo, no acabaremos en el sótano.

No estaba muy convencido aunque acabó cediendo. Miranda ni siquiera abrió la boca para quejarse.

Hicimos el recorrido como la esfera había previsto. Bajamos las escaleras. Atravesamos el pasillo. Y nos detuvimos junto a la puerta cerrada del dormitorio de la señora Cass. Estaba nervioso, sí, y también sudaba, por cierto. Tanto que ni siquiera podía asir el picaporte. Hasta en eso no habían fallado las predicciones.

Cuando conseguí abrir la puerta, nos colamos dentro de la estancia como tres sigilosos espectros.

Me acerqué a la cama. La señora Cass roncaba, con la boca media abierta.

—¡Es espantosa! —susurró Len.

El medallón colgaba de su cuello. Aferré el frío metal y tiré de él con suavidad

para romper el broche. Ya estaba. Solo quedaba volver por donde habíamos venido y... La esfera vibró. La miré extrañado, aún con el colgante en la mano.

Había cambiado. Sus vaticinios no eran los mismos de antes.

Len tropieza con la mesilla de noche y tira al suelo la lámpara que hay sobre ella.

El estruendo despierta a la señora Cass. Empieza a gritar como loca. Ve que tengo el medallón y me da una bofetada que me tira al suelo.

Estoy haciendo las maletas. Nos han expulsado del orfanato por robar. Len y Miranda tienen que regresar con sus familias y a mí me mandan a otro hospicio en el extremo opuesto del país. No creo que vuelva a verles nunca más.

Tragué saliva para diluir, sin éxito, el nudo que se había formado en mi garganta. La señora Cass nos iba a encontrar en su habitación. Nos expulsaría. No volvería a ver a mis amigos. Ese era el futuro que me esperaba...

—¿Qué pasa? —susurró Miranda en mi oído.

Estaba a punto de darme la vuelta para advertirles cuando, en esa fracción de tiempo, Len retrocedió y su pie golpeó la mesilla. La lámpara que había sobre ella, se bamboleó de un lado a otro y se precipitó hacia el suelo.

CAPÍTULO 91

Era como ver una película que ya habías visto antes a cámara lenta. Len tropezando. La lámpara tambaleándose. Y... cayendo. Mi cerebro reaccionó antes de que la última predicción se hiciera realidad. Alargué el brazo y detuve la caída. La lámpara no llegó a estrellarse.

—Pero ¿qué...? —empezó a decir Len. Todo había sucedido tan deprisa que él no había tenido opción de moverse del sitio—. ¿Cómo sabías...?

No respondí. La esfera estaba vibrando de nuevo.

Len tropieza con la mesilla de noche de la señora Cass y tira la lámpara que hay sobre ella. Me doy cuenta a tiempo y detengo la caída. Nos salvamos por poco.

Salimos de la habitación de puntillas y corremos por el pasillo de vuelta a nuestro dormitorio.

Llegamos a la escalera que conduce al ático y empezamos a subir. No hemos llegado a la mitad cuando noto que algo me agarra el tobillo y tira de mí. Ruedo hacia abajo, golpeándome con los escalones. Aterrizo a los pies de la señora Cass. «Lástima para vosotros que mi sueño sea tan ligero, ladronzuelos». Y sonrío. Con una mueca desdentada, cargada de perfidia.

Estoy haciendo las maletas. Nos han expulsado por robar. Len y Miranda tienen que regresar con sus familias y a mí me mandan a otro internado en el extremo opuesto del país. No creo que vuelva a verles nunca más.

¡Oh, no! Aunque había cambiado la predicción de antes, la esfera me estaba avisando de que no llegaríamos a nuestra habitación sin que nos descubrieran.

Tenía que cambiar su vaticinio de nuevo.

Cogí a Len y a Miranda y los arrastré fuera de la habitación. Corrimos por el pasillo pero en vez de ir hacia las escaleras que conducían al ático, tiré de ellos para que siguieran avanzando.

—¿Por qué vamos por aquí? —preguntó Len—. Tardaremos el doble en llegar a nuestra habitación.

—Si vamos por las escaleras, la señora Cass nos encontrará.

—¿Cómo lo sabes?

—Confía en mí.

En cuanto dejamos atrás la escalera, la esfera se agitó entre mis dedos.

Llegamos a las escaleras que llevan al ático y pasamos de largo. La señora Cass nos ha oído y sale de su habitación enfurecida. «¿Quién

está fuera de su cama a estas horas?». Empieza a perseguirnos.

Encuentro la puerta de la despensa abierta y empujó a Len y a Miranda dentro. En cuanto entramos, cierro detrás de nosotros. Todo está oscuro.

La directora sigue recto.

Estamos salvados.

Esta vez no había que cambiar el futuro. Solo tenía que hacer lo que la esfera había anticipado. Aún así, aunque sabía que la señora Cass aparecería de un momento a otro, me asusté cuando escuché su voz detrás de nosotros.

—¿Quién está fuera de su cama a estas horas?

Len lanzó un gemido y Miranda se apretó más contra mí. No dejé que se pararan y seguimos atravesando el pasillo a la carrera.

Al fondo, localicé la puerta abierta de la despensa. Nos metimos dentro y cerré detrás de mí. Un minuto después, escuché los pasos de la señora Cass. Mi pulso martilleaba en mis sienes. El sudor humedecía mi espalda. ¿Y si la esfera se había equivocado? ¿Y si había conducido a mis amigos a un callejón sin escapatoria? Revisé una vez más las predicciones. No habían cambiado. Seguían igual que antes.

Respiré hondo.

Decidí confiar mi futuro y el de Len y Miranda a aquella misteriosa bola y aguardé en silencio a que su augurio se cumpliera.

Por supuesto, se cumplió.

Después de lo que a mí me pareció una eternidad, la señora Cass se alejó. Sus zancadas se perdieron en la lejanía y el silencio se impuso en nuestro pequeño escondrijo.

—No os preocupéis. No va a encontrarnos.

Len se alejó de mi lado.

—¿Cómo lo sabías? —me preguntó—. ¿Cómo has descubierto dónde teníamos que escondernos, cuándo se caería la lámpara y cuál era el mejor camino para huir? ¿¡Cómo!?

Era la primera vez que veía su tranquilo semblante tensionarse de aquella forma. Estaba asustado. Y yo era la causa. No consulté la esfera para saber qué debía hacer. Me senté en el suelo de la despensa y empecé a hablar.

Había llegado el momento de contarles la verdad.

CAPÍTULO 92

Cuando terminé, Miranda me miraba como si fuera la primera vez que me veía y Len parecía estar reproduciendo mis palabras en lo más profundo de su cerebro para asegurarse de que me había escuchado bien.

—O sea que la esfera predice el futuro —resumió Miranda.

—Yo más bien creo que anticipa lo que va a ocurrirme a mí en los próximos minutos —expliqué. Al menos, esa era mi suposición, sobre todo después de lo que había pasado aquella noche—. No puede decirme qué va a hacer Len. Sin embargo, si sus acciones me afectan a mí, como ha pasado antes con la lámpara, la esfera me avisa. Tampoco es que funcione siempre. Tengo que formular primero una pregunta. Solo así hace sus vaticinios y vibra cada vez que hay algún cambio.

—De todas formas, sus pronósticos no son inamovibles —intervino Len—. Se pueden alterar.

—Sí, eso parece. Hoy hemos cambiado el futuro que marcaba varias veces.

—Esto es una locura —apuntó Miranda—. Si no lo hubiera visto con mis propios ojos pensaría que estás loco, Jayson.

—Aún así, el precio que has tenido que pagar es demasiado alto —susurró Len—. Tu familia murió por culpa de la esfera y ahora cada cosa que le ocurra, repercutirá en ti.

—Lo sé —miré la superficie cristalina. Parecía tan frágil...—. Tendré que tener cuidado a partir de ahora.

—¿Crees que tus padres sabían lo que era?

—Puede ser. Mi padre me la dio la noche que murió y me dijo que no me separara de ella jamás. Tal vez porque sabía de lo que era capaz. Al menos, sé que Grossman y los demás sí conocen su poder. Si no, no se habrían tomado tantas molestias para hacerse con ella.

—¿Te das cuenta —empezó a decir Len—, de que te puede ayudar a acabar con ellos?

Apreté la esfera contra mi pecho. Sí... Mi amigo tenía razón. Adam Grossman seguía libre, paseando por la calle o leyendo un libro junto al mar mientras mis padres llevaban años bajo tierra. Ahora yo podía cambiar eso... *Venganza...*

Negué con la cabeza.

—Matarles no serviría de nada. Mi familia no volverá aunque yo acabe con sus asesinos.

—¿Entonces? ¿No piensas utilizarla? —inquirió Miranda.

Por primera vez desde que salí de la mansión Blake, me planteé qué era lo que quería hacer con mi vida. Tenía una esfera con un poder increíble. Si no iba a utilizarla para vengarme, ¿de qué me valdría?

—Puedo usarla para reconstruir mi vida —susurré—. Los asesinos de mis padres falsificaron el testamento para despojarme de mi herencia y encontrar así la esfera.

Yo me quedé sin nada y ellos, en cambio, son aún más ricos. Pero ¿y si intento recuperarlo todo? Igual que he hecho hoy con el medallón de Miranda.

Aquella idea había aparecido en mi mente de pronto aunque al decirla en voz alta no me resultó tan absurda. Len se mordisqueó el labio inferior, como si estuviera descifrando un complejo enigma.

—Si no he entendido mal, lo que pretendes es robar aquello que fue de los Blake.

—No. Yo no robaré nada. Lo *recuperaré* —le corrigió—. Grossman, Alec y Morrison son los verdaderos ladrones. Ellos fueron los que se llevaron lo que era mío.

No obstante, a ojos del mundo yo sería el único ladrón. Me convertiría en un fantasma. Diría adiós a la vida normal que había disfrutado hasta ahora. Invertiría años enteros en reunir el patrimonio de mis padres. Sería, siempre, un criminal al que la policía perseguiría.

¿Estaba dispuesto a aceptar aquello?

Sí... Ni siquiera lo dudé. Estaba dispuesto. Y al final lo conseguiría. Levantaría el imperio Blake una vez más.

—¿Y qué pasará si Grossman y sus socios han vendido las pertenencias de tu familia? —preguntó Len. Eso no lo había pensado. Y era un inconveniente, obviamente. Tal vez las posesiones de mis padres estuvieran ahora repartidas por los cinco continentes...

—No importa. Será más difícil y tal vez tarde más. Pero lo conseguiré.

—¿Y piensas hacerlo tú solo? —preguntó Miranda.

—Supongo que sí.

—Es imposible que lo consigas si no tienes algo de ayuda, ¿verdad, Len?

—Eso creo yo. Por suerte para ti, nos tienes a nosotros.

—Exacto.

—¡Ni hablar! Si me atrapan, me encerrarán en la cárcel. Y no quiero que vosotros acabéis igual.

—Oye, Jayson —me interrumpió Len—. Somos amigos, ¿recuerdas? Te ayudaremos a recuperar lo que es tuyo.

—No...

—Jayson —susurró Miranda con suavidad.

—Somos amigos —repitió Len. Me zarandeó con suavidad—. Además, tú no serías capaz de *hackear* los ordenadores de seguridad tan bien como yo. La acción te la dejo a ti. Yo me encargaré de ayudarte con la parte electrónica.

—Y yo te echaré una mano cuando tengas que pelear con alguien —intervino Miranda.

Nos miramos y los tres comprendimos que aquel plan era una locura. A pesar de ello, ninguno se echó atrás.

Y así fue como Zero nació en la oscuridad.

CAPÍTULO 93

U nas semanas después, la señora Cass irrumpió en el comedor mientras desayunábamos. Tras la «misteriosa» desaparición del medallón, estaba más irascible que nunca. Nos gritaba por cualquier tontería y no dejaba de imponer castigos cada vez más severos. Sin embargo, aquella mañana una sonrisa de oreja a oreja iluminaba su semblante.

Se adueñó del micrófono que utilizábamos para acompañar las comidas con alguna lectura de la Biblia, y se aclaró la voz antes de hablar.

—Queridos, acabo de recibir una noticia excelente —nadie se interesó en lo que decía y la mayoría seguimos comiendo como si no estuviera allí—. La señora Bradford acaba de hablar conmigo. Está muy interesada en hacer una contribución económica a nuestro hospicio. Y dado que su familia es una de las más ricas del país, su ayuda nos viene muy bien a todos. Por eso, quiero que le damos hoy una calurosa bienvenida cuando venga a vernos. Las clases se suspenderán. Así podremos vestirnos en condiciones antes de recibirla.

Len y yo soltamos una risa. ¿Vestirnos en condiciones? Solo teníamos un par de pantalones y un jersey y ya lo llevábamos puesto. Aún así, la señora Cass no reparó en aquel detalle y, después de alabar hasta la saciedad la fortuna de los Bradford, empezó a espolearnos para que termináramos de desayunar lo antes posible.

Jane Bradford llegó dos horas más tarde. La señora Cass nos colocó a todos por edades en la escalera principal del orfanato, como si fuéramos un expositor de productos gratuitos, y abrió ella misma la puerta para recibir a nuestra visitante.

—Oh, dios mío, este lugar es divino —su voz sonaba tan artificial y pomposa que me chirrió nada más escucharla. Tampoco me gustaban sus movimientos cursis. Me recordó a una cómica sobreactuando, en versión pretenciosa y pedante.

—Bienvenida, señora Bradford —se apresuró a saludarla la señora Cass—. Es un placer tenerla aquí.

—Ah, el placer es mío. He oído hablar mucho de este orfanato.

—¿E... en serio?

—Sí —paseó la vista por el grupito de niños. Me pareció que buscaba a alguien pero su atención regresó a su anfitriona sin que me diera opción a confirmarlo—. Debe estar orgullosa. Este lugar es una maravilla.

—Gracias —la señora Cass parecía dispuesta a deshacerse allí mismo.

—¿Qué te parece a ti, querido amigo? ¿No es estupendo?

Hasta aquel instante no me había dado fijado en que la señora Bradford no estaba sola. A su derecha había un hombre. Bajito, regordete, calvo como una bellota. Le reconocí en seguida.

Era Dan Alec.

Habían pasado casi dos años desde que mis padres fueran asesinados. A pesar de ello no había olvidado el rostro de ninguna de las tres personas que participaron en su

muerte. Ni la de Adam Grossman. Ni la de ninguno de sus compinches. Por eso supe sin ningún atisbo de duda, que se trataba de él.

Después de tanto tiempo...

Cerré las manos en dos apretados puños. Len y Miranda, que estaban de pie junto a mí en la escalera, se percataron de que algo iba mal.

—¿Qué pasa? —preguntó Miranda.

—Es uno de los asesinos de mi padre —contesté. Mi amiga dejó escapar un gritito ahogado.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

Mientras tanto, la señora Bradford no dejaba de ensalzar la decoración del orfanato, para regocijo de nuestra directora.

—Qué tipo de mobiliario más chic. Es una mezcla entre art decó y *grunge*. Estoy segura de que el estilo causaría furor en Los Ángeles. Precisamente tengo una amiga a la que le volvería loca. ¿Tú que crees, Dan? Es una maravilla, ¿verdad? Oh, qué desconsiderada soy. Señora Cass, este es mi buen amigo. Dan Alec. Ha tenido la gentileza de acompañarme esta mañana para...

—Este sitio es espantoso. Y además hace un calor horrible —gruñó Alec. Se abanicó malhumorado. En el dedo meñique de su mano derecha llevaba un anillo. De oro macizo con cinco zafiros incrustados en el centro. Se lo había visto a mi padre cuando vestía sus mejores galas o tenía alguna reunión con los accionistas de la Blake Company. Aquella era una de las muchas joyas que habían sido robadas después del asesinato de mi familia...

—Le traeré un vaso de agua, si lo desea —decía en un segundo plano la señora Cass.

—¡No necesito agua! —respondió Alec. Hablaba arrastrando las palabras—. Me vendría mejor una copa de *whisky*.

—No tenemos alcohol en el orfanato.

—¿Qué? —rugió Alec. Jane Bradford lo agarró del brazo.

—Dan, querido, ya has bebido bastante por hoy...

—¡Cállate, Jane! Qué sabrás tú.

La irritación crecía en mi interior.

No podía dejar que el anillo de mi padre siguiera en poder de aquel individuo. Tenía que recuperarlo. El problema era que no podía abalanzarme sobre él y arrancárselo sin más. Acabaría en el sótano como había pasado cuando atacé a Grossman y Alec se marcharía haciéndose la víctima. Aunque... También había otra vía...

Palpé la esfera negra, que permanecía escondida dentro del suéter que llevaba puesto. Una peligrosa sombra atravesó mis ojos. Había llegado el momento de comprobar si mi plan podía funcionar.

Señalé mi dedo meñique y seguidamente al acompañante de la señora Bradford.

Mis amigos entendieron lo que quería decirles a la primera y estudiaron desde la distancia el anillo.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —preguntó Len. Analicé nuestras posibilidades. No podríamos acercarnos a Alec sin que la directora nos viera. Y los dos guardaespaldas que acompañaban a la señora Bradford se movían a nuestro alrededor como perros sabuesos, vigilando cuanto ocurría en el vestíbulo.

—Aquí es imposible.

—¿Entonces?

El propio Dan Alec nos dio la respuesta.

—¿Este cuchitril tiene por lo menos algún retrete donde pueda evacuar el vino que me he tomado o es que acaso no tienen dinero suficiente para pagar un servicio decente?

La señora Cass se apresuró a atender la petición de su ilustre invitado.

—Sí, sí, por supuesto que tenemos aseos a su disposición, señor Alec. Avisaré a uno de los profesores para que le muestre...

—No, puedo ir solo. ¿Con quién se cree que está hablando? No soy uno de sus famélicos niños que no pueden ir al baño sin la compañía de un adulto.

—No, yo solo...

—¡Dígame de una maldita vez dónde está el lavabo!

—P... por supuesto... —Había que reconocer que era bastante divertido ver a una persona tan altiva como la señora Cass quedar reducida a un obediente sirvienta de Alec—. Siga recto por ese pasillo. Es la penúltima puerta a la derecha.

Alec lanzó un resoplido y se encaminó hacia el lugar que le había indicado la directora.

Solo.

—Marchaos ahora —nos dijo Miranda—. Yo les distraeré mientras tanto.

—¿Estás segura? —le pregunté.

—Claro que sí. Es el momento de demostrar tu potencial como ladrón, genio.

Se puso de puntillas y me dio un beso en la mejilla. Luego, se abrió paso hasta llegar al extremo opuesto del grupo. Intercambió una mirada fugaz con nosotros y, como si fuera la mejor actriz de Hollywood, fingió que se desmayaba. Cayó encima de Robert Griffith. Este resbaló en uno de los escalones cuando intentaba sujetarla y provocó una caída en cadena. No tardó en formarse un revuelo entre nuestros compañeros. Los adultos, incluidas la directora y la señora Bradford, se acercaron para ver qué ocurría.

Estaban tan ocupados con Miranda que nadie se fijó en que dos niños se separaban discretamente del resto y se adentraban en el pasillo por el que se había perdido Dan Alec.

CAPÍTULO 94

No tardamos en dar con él. Andaba arrastrando los pies, sujetándose a las paredes para no caer. Fue haciendo eses por el pasillo hasta llegar a la puerta cerrada del servicio. Le costó abrir. Después de varios intentos, lo logró.

—Está como una cuba —comentó Len cuando Alec se perdió en el interior del lavabo.

—Mejor para nosotros —contesté. Me acerqué a la puerta e intenté abrirla. Estaba cerrada desde dentro con el pestillo interior.

—Espera. Déjame a mí —Len se inclinó sobre la cerradura y trasteó con el pomo—. Es pan comido. No te preocupes.

Sacó la cajita de herramientas que siempre llevaba acuestas. Dos minutos después el cerrojo cedía y se abría con un ligero clic.

—Listo —sentenció—. ¿Y ahora?

Empujé la puerta. Dan Alec estaba de espaldas a nosotros, orinando. El sonido de algo líquido cayendo en el retrete hizo que Len y yo arrugásemos la nariz asqueados.

—Quédate aquí y vigila. Si viene alguien, avísame.

Entré en el servicio. Antes de hacer cualquier movimiento, saqué la esfera y formulé mi pregunta. *¿Voy a poder recuperar el anillo de mi padre?*

Dan Alec se abrocha la bragueta y se da la vuelta. Sus ojos se encuentran con los míos. Me reconoce. «Eres el hijo de Blake...», susurra. «¿Aún sigues con vida, maldito mocoso?».

Me acerco a él para arrebatarse el anillo. Está borracho aunque no lo suficiente como para resultar una presa fácil. Atrapa mi brazo y me lo retuerce hacia atrás. Suelto un grito de dolor.

Es demasiado fuerte. No consigo librarme de él. Por mucho que lo intento no lo logro... Me agarra por la nuca y estrella mi cráneo contra el borde del urinario. Oigo un crujido y la sangre empieza a brotar.

Vuelve a golpearme y esta vez el dolor que me atraviesa es tan intenso que pierdo el conocimiento. La sangre sigue resbalando por mi cara. La esfera cae al suelo. No veo nada más. El tercer golpe de Alec me mata en el acto.

Si no hacía algo pronto, Dan Alec me descubriría y me mataría. Tenía que evitar que aquella predicción se cumpliera. Examiné el aseo con rapidez en busca de algo que pudiera utilizar para defenderme. El cenicero de cristal de la señora Cass descansaba sobre el lavabo. Era el que utilizaba cuando creía que nadie la miraba. Bien, podría ser de utilidad. Lo cogí, cerré la puerta y apagué la luz de golpe.

Aquello sorprendió a Alec.

—¿Quién anda ahí?

La esfera vibró de nuevo. A pesar de que el lavabo estaba sumido en la penumbra, las letras doradas se recortaban con claridad en la oscuridad. Las predicciones habían cambiado. Las leí una por una. Cuando terminé, sonreí satisfecho. No solo habían variado a mi favor sino que, además, sabía cuáles iban ser mis movimientos y cuál sería el resultado final.

Arranco el anillo del dedo de Dan Alec.

Perfecto... Ya había descubierto lo que necesitaba.

Esperé a que mis ojos se acostumbraran a la falta de luz y me deslicé por el interior del lavabo, acercándome poco a poco a Alec. A diferencia de mí, él no se había desplazado un ápice y seguía apostado junto al retrete. Cuando estuve a su lado, percibió mi presencia. Pero la negrura ocultaba mis facciones. No podía ver quién era. Mejor...

—¿Qué quieres? —preguntó nervioso. Estaba asustado. Podía notarlo en el tono titubeante de su voz—. Tengo dinero si es eso lo que buscas. Mucho dinero. Puedo darte lo que me pidas si no me haces daño...

¿Cómo podía ser tan patético?

—No quiero tu dinero —respondí, con la voz más grave y distorsionada que pude crear—. Quiero recuperar lo que me pertenece.

—¿Qué...? ¡Yo no tengo nada tuyo!

—Sí lo tienes. El anillo de mi familia está ahora en tu mano.

Alec dejó escapar un chillido agudo.

—No... puede ser... Eres... eres... Richard Blake. ¡Eres el espíritu de Richard Blake! —tartamudeó. Puse los ojos en blanco. Aquel imbécil me había confundido con el fantasma de mi padre. Fantástico... Aunque tal vez pudiera aprovechar aquello en mi propio beneficio... Una buena ocasión para mandarle un mensaje a Grossman. Me devané la cabeza para buscar la frase correcta. Al final, di con ella.

—Dile a tus amigos que los fantasmas del pasado siempre vuelven. Y que yo volveré a por vosotros algún día —murmuré con una voz aún más cavernosa que antes—. Y, ahora, dame lo que es mío.

En lugar de hacerme caso, Alec intentó propinarme un puñetazo. Sabía que haría aquel movimiento porque la esfera me lo había advertido así que no fue muy complicado esquivarlo. No llegó a darme.

—¡Deberías estar muerto! Te matamos. Acabamos contigo aquella noche. ¿Por qué has vuelto?

Volvió a lanzar su puño contra mí. Por segunda vez, no acertó. Al darse cuenta de que sus ataques eran inútiles, Alec cambió de táctica. Se dio la vuelta y corrió desesperado hacia la puerta. Fui tras él y le asesté un golpe certero en la nuca con el cenicero. Su cuerpo inconsciente se desmoronó en el suelo antes de que pudiera

alcanzar la salida.

Al escuchar el estrépito, Len dejó a un lado su política de no violencia y entró en el lavabo como un torbellino. Encendió la luz y yo entrecerré los ojos, cegado por el repentino fogonazo.

—¿Qué ha pasado? —soltó un chillido al ver el cuerpo de Alec—. ¿Está muerto?

—No le he golpeado tan fuerte —repuse, con tranquilidad. La sobredosis de adrenalina me había dejado en las nubes. Dejé el cenicero en lugar en el que estaba antes—. Creo que solo ha perdido el conocimiento.

—¿¡Creo!?! —gritó Len.

Le hice una señal para que bajara la voz.

—¿Estás loco? —dije—. ¿Es que acaso quieres que nos oigan?

—Demasiado tarde —replicó alguien desde la puerta del servicio.

CAPÍTULO 95

Me di la vuelta para encarar a la persona que nos había descubierto. La elegante y consentida señora Bradford. Len se refugió detrás de mí como si mi cuerpo fuera un escudo infranqueable.

—Jamás pensé que tuvieras el valor de golpearle —no hablaba con el mismo deje superficial de antes ni su rostro mantenía la expresión atolondrada con la que había entrado en el orfanato. Era como si se hubiera transformado. Miró el cuerpo de Dan Alec y después a mí. A los ojos. No aparté la vista—. ¿Por qué lo has hecho?

—Tenía algo que era mío —contesté. Mis palabras sonaron tan ásperas que hasta a mí me sorprendieron. Jane se agachó en el suelo y arrancó el anillo de mi padre de la mano de Alec.

—¿Esto?

Al ver que no contestaba, se acercó a nosotros.

—¿Sabes cuándo compró tu padre este anillo? Fue cuando murió tu abuelo. El mismo día que el viejo Blake falleció, Richard se gastó una pequeña fortuna en esta joya. Decía que era una forma de recordarle que la muerte nos aguarda por muy poderosos y ricos que seamos.

—¿Cómo sabe eso?

—Porque yo estaba con él cuando murió tu abuelo y también cuando compró el anillo —me asió de la barbilla y me hizo levantar la cara—. Tienes los ojos azules de tu padre y el pelo negro de tu madre. Una curiosa combinación.

¿Aquella mujer conocía a mis padres? Dejó caer el anillo en mi mano.

—Ya has conseguido lo que querías. ¿Qué harás ahora?

—Reunir lo que falta hasta que tenga todo lo que me robaron.

—Un objetivo ambicioso que, sin embargo, dudo mucho que puedas conseguir algún día. Hoy has tenido suerte aunque no siempre será así. Te atraparán. No tienes ninguna posibilidad.

—Ellos me quitaron a las personas a las que quería y la vida que me pertenecía. Me da igual si tardo años —Jane asintió. Aquella parecía ser la respuesta que estaba esperando.

—En ese caso, vas a necesitar algo más que tu ingenio —dijo—. Eres muy inteligente, más que tu padre. Has sabido mantener la calma incluso cuando has visto a Alec en el vestíbulo y has calculado hasta el último de tus movimientos para atraparle. El golpe con el cenicero no me ha parecido demasiado caballeroso... Aunque supongo que en el fondo se lo merecía.

—¿Usted sabía que él era uno de los asesinos de mis padres?

—Por supuesto que sí. Por eso le he invitado a que viniera conmigo hoy. Quería ponerte a prueba para saber cómo ibas a reaccionar cuando le vieras.

—¿Una prueba? —repetí. Len contempló con más curiosidad que antes a mi interlocutora—. ¿Quién es usted?

Jane abrió los brazos como si quisiera abarcarnos a los dos.
—La persona que te va a ayudar a conseguir lo que quieres.

CAPÍTULO 96

Me quedé callado, esperando que, en cualquier momento la señora Bradford empezara a reírse de mí y me dijera «bobo, ¿de verdad te lo has tragado?». Pero su rostro no cambió. Se mantuvo igual de firme que antes.

—¿Per... perdón?

—Te voy a ayudar a recuperar el patrimonio de tus padres —repitió Jane—. Tendremos que empezar con algo de entrenamiento físico. Si quieres ser un ladrón de élite has de ser más fuerte y ágil que los demás y eso no es fácil de conseguir. Tu paso por el orfanato te ha dejado en los huesos y te costará convertir esos palillos que tienes por extremidades en lo más parecido a un músculo.

—Eh...

—También está tu amiguito —el dedo de Jane apuntó hacia Len—. He visto la facilidad con la que ha abierto la cerradura de la puerta. Con un poco más de formación, podrá ayudarte a entrar hasta en el Banco Mundial. Y no creas que me he olvidado de tu amiga, esa que ha fingido desmayarse en el vestíbulo. Habrá que mejorar sus dotes de interpretación. De eso no hay duda.

—¿Por qué? —murmuré, entre todo aquel torbellino de información que estaba cayendo sobre nosotros—. ¿Por qué quiere ayudarme?

Jane detuvo su retahíla.

—Tu padre y yo éramos muy amigos. En los últimos años tuvimos nuestras diferencias y por eso permanecí alejada de él. Pero cuando me enteré de su muerte... —Cogió aire y lo soltó con lentitud—. Tus padres no se merecían morir. Y tú no tendrías que haber acabado aquí. Por eso voy a hacer lo necesario para ayudarte. Puedo incluso sacarte de aquí.

—¿Cómo?

—¿Qué te parecería ser mi hijo adoptivo?

Aquella era la última propuesta que esperaba escuchar así que me quedé desconcertado. Volvimos a tantearnos. Había algo en aquella mujer que me gustaba cada vez más. Era como si existiera una conexión especial entre los dos.

—No podrás salir de aquí hasta que cumplas los 18 y para entonces habrás desperdiciado muchos años de tu vida encerrado en este tugurio. ¿Estás dispuesto a eso? Y, por supuesto, están tus amigos. Yo puedo ayudar a sus familias económicamente para que puedan mantenerles sin tener que recurrir a este orfanato.

Len se removió. Yo permanecí quieto, examinando a Jane Bradford. ¿De verdad aquella mujer estaba dispuesta a mantenernos a Len, a Miranda y a mí solo porque quería compensar la muerte de mi padre? Demasiada generosidad a cambio de nada. Tenía que estar escondiendo algo bajo aquella propuesta tan desinteresada.

—No me lo creo. Nos está mintiendo —zanjé. Rodeé su cuerpo y me dirigí hacia la puerta. Jane me agarró del codo.

—Eres un niño precavido. Parece que has heredado algo más que el pelo de tu

madre. Ella siempre sabía ver la verdad debajo de una mentira.

—¿Qué parte de lo que ha dicho es mentira?

—En realidad nada. Estoy dispuesta a cumplir con todo lo que he prometido. Solo hay un pequeño detalle que no te he comentado. Tus padres no han sido las únicas víctimas de esos tres desalmados. En realidad, yo también he sufrido su ambición, aunque no de forma tan obvia, claro está. Ellos tienen algo que yo quiero y que tú conseguirás por mí a cambio de mi ayuda.

—¿A qué se refiere?

Los dedos de Jane rozaron mi mano, la que sujetaba aún la esfera. Me aparté para que no pudiera tocarla.

—Hace años yo era como tú, ¿sabes? Una niña sin hogar que no tenía una familia que cuidara de mí ni amigos. Hasta que un día me hicieron un regalo inmejorable que cambió para siempre mi vida.

—¿Se refiere a...?

—Exacto. Yo también fui portadora de una de las Esferas del Destino.

Len y yo nos quedamos de piedra. Aún así, no estaba tan impresionado como para pasar por alto el «fui» de su frase.

—¿Qué pasó con su esfera?

Jane echó el cuello hacia atrás.

—Ellos me la robaron.

—¿Grossman y sus compinches?

—Sí. Entraron en mi casa un día y me la quitaron. No pude protegerla. Hice lo posible pero, al final, ellos ganaron. Siempre ganan tarde o temprano. He estado fingiendo durante años, acompañándoles en sus comidas y en sus derroches, aparentando que no les guardo rencor para averiguar dónde la tienen. Y, aún así, no he conseguido nada... —El rostro de Jane se crispó—. Grossman se dedica a perseguir a los portadores como nosotros para hacerse con sus esferas. Sabe de lo que son capaces y está dispuesto a cualquier cosa con tal de conseguirlas todas. Es él quien está detrás de cada movimiento que dan Alec y Morrison.

—¿Todas? ¿Cuántas esferas hay?

—Antes había cientos. Ahora solo queda una docena repartidas por el mundo. Algunas escondidas. Otras en poder de sus portadores. Tú eres uno de los pocos que aún conserva la suya.

—Mi padre...

—Richard tuvo la mala fortuna de toparse con tu esfera en uno de sus viajes. La encontró en una tribu africana mientras estaba de cacería y ellos se la dieron. Pero nunca llegó a vincularse con ella. Las esferas tienen que elegirte. La tuya no le eligió a él sino a ti.

—No lo entiendo. ¿Para qué querría Grossman las esferas? ¿De qué le valdrían?

—No lo sé. Ninguno de nosotros lo sabe, en realidad. Pero sí puedo decirte algo —bajó la barbilla y su mirada se ensombreció—. Vive obsesionado con ellas. Para él

no hay nada más importante.

Las palabras de Jane me dejaron como anestesiado.

—Lo que quiere es que recupere su esfera, ¿no es eso?

—A cambio te daré lo que necesitas para levantar de nuevo el imperio Blake. Incluido, por supuesto, el dinero y la influencia social que necesitarás para lograr tu plan.

—¿Y si...? —empezó a decir Len. Era la primera vez que hablaba desde que Jane había entrado en el servicio—. ¿Y si Grossman ha destruido su esfera como ha hecho con las otras?

—Eso es imposible —dijimos Jane y yo a la vez.

—Si la esfera se destruye, nosotros morimos con ella. Y si ella está viva, significa que su esfera no ha sido destruida. Tiene que estar en algún lado.

—Veo que te has aprendido muy bien la lección.

—¿Y por qué no intenta conseguir la esfera por sí misma? —inquirí, todavía suspicaz—. Tiene dinero suficiente como para contratar a un ladrón profesional sin necesidad de recurrir a mí.

—Oh, querido. Solo otro portador podría recuperarla. Existe una unión invisible entre nosotros que nos permite sentir la presencia de una esfera ajena si nos acercamos lo suficiente a ella. ¿Por qué crees si no que te he encontrado? A ti te falta todavía algo de práctica pero acabarás aprendiendo como yo. Cuando llegue el momento serás capaz de sentirla. Y solo así podrás devolvérmela —extendió la mano hacia mí—. Hagamos un trato. La fortuna de tu familia a cambio de mi esfera. ¿Te parece bien?

Por mucho que me molestara admitirlo, Jane tenía razón. Sin ella, tardaríamos el doble en recuperar el legado de mis padres. Eso sin contar con las dificultades que podríamos evitar si teníamos su respaldo económico y la ayuda que le brindaría a mis amigos...

—Trato hecho —dije.

Y estreché su mano.

CAPÍTULO 97

Las promesas que hizo Jane se cumplieron. Pagó a la señora Cass una auténtica fortuna para que firmara los papeles de defunción y se me diera por muerto. Hizo correr la noticia en los medios de comunicación de que el hijo de Richard y Allison Blake había fallecido de forma repentina y alteró los documentos oficiales para que se perdiera mi rastro. Cualquier conexión con mi antigua familia desapareció. El nombre de Jayson Blake quedó en el olvido.

Con una nueva identidad, Jane recurrió a sus contactos para acelerar mi adopción y, legalmente, me convertí en su hijo en un tiempo record, pasando a ser Kyle Bradford en apenas unos meses. De cara a los demás, fingimos que me había adoptado después de que mis padres murieran en un accidente de tráfico. Nadie sospechó. Nadie hizo preguntas incómodas. Y la alta sociedad me recibió de nuevo con los brazos abiertos.

El mismo día que llegué a la mansión de Jane en Los Ángeles, empecé a entrenar y a estudiar con los mejores profesores. En cuatro años, conseguí ser cinturón negro de kárate, taekwondo, judo y otras diez artes marciales más. Dominé todas las disciplinas de la esgrima. Derroté a los maestros ajedrecistas con los que me enfrentaba. Aprendí a moverme sin hacer ruido y a ser más rápido que cualquiera. Asimilé los conocimientos suficientes para sintetizar mis propios venenos y abrir cerraduras sin necesidad de ayuda.

Las personas que me enseñaron en aquellos años desaparecieron más tarde en circunstancias extrañas. Algunos murieron de manera accidental. Otros se suicidaron. Al final, ninguno de ellos quedó con vida. Sabía que Jane tenía algo que ver aunque nunca me atreví a preguntarle. Tal vez porque temía la respuesta...

Miranda regresó con su familia después de que a Peter Williams le tocara la lotería un buen día. Antes de eso, fui con ella a comprar el boleto y, en cuanto formulé mi pregunta, la esfera me indicó exactamente qué números serían los agraciados. Su padre recuperó el patrimonio que perdió cuando se arruinó en la bolsa y la custodia de su única hija.

En cuanto a Len, Jane adquirió participaciones en la hundida tienda de electrónica de la familia Lu y les ayudó a transformarla en el establecimiento más rentable de Los Ángeles. Gracias a mis ideas y a la habilidad de mi amigo para construir cualquier dispositivo, aquella tienda se convirtió posteriormente en la Lu Corporation, la más grande multinacional de electrónica de los EE. UU., de la que, por cierto, yo era el socio mayoritario junto con Len.

Así, los tres salimos del orfanato para nunca más volver. Creo que, en alguna parte recóndita de su corazón, la señora Cass se alegró cuando nos vio partir. No le guardo rencor. Aún sabiendo que intentó convencer a Jane por activa y por pasiva de que adoptarme no era «demasiado recomendable, querida señora Bradford».

Además de ser los dueños absolutos de la empresa de mi familia, los asesinos de

mis padres se habían convertido en individuos poderosos, rodeados de amistades que elegían siempre con cuidado. La única forma que tenía de llevar a cabo mi plan era aproximarme a ellos todo lo posible. Y para eso necesitaba descubrir sus puntos débiles y atacar.

—¿Drayton? ¿Y por qué quieres ir allí? —me preguntó Jane cuando le entregué los papeles de admisión del internado—. No necesitas ir a ese colegio. Puedo contratar a los mejores profesores para que te den clases particulares, si es lo que quieres.

—No. Quiero ir a Drayton.

—¿Y se puede saber que hay en ese lugar para que tengas tanto interés en dejarme de forma tan repentina?

—Fácil —respondí—. Los hijos de mis tres enemigos estudian en ese colegio.

Una semana después, estaba haciendo las maletas para entrar en el prestigioso internado privado de Drayton College. Len y Miranda fueron aceptados unos días después que yo.

Llegué con un solo objetivo: hacerme amigo de Mike Grossman y de Neal Morrison. Les odié desde el primer momento que les vi, es cierto. Eran tan autoritarios y despectivos como sus padres y cada vez que les miraba veía en ellos un reflejo de las personas que acabaron con mi familia. Aún así, perfeccioné el arte de la mentira y escondí mis verdaderos sentimientos bajo llave. Me gané su confianza y me integré en su exclusivo círculo. Logré meterme en sus vidas. Como recompensa, conseguí información privilegiada sobre Juliette Morrison y Adam Grossman.

Miranda se hizo pasar por la repelente y atontada diva de Drayton para mantener vigilada a Lauren Alec y filtrar, a la vez, cualquier cosa que pudiera interesarnos sobre su padre. Len se quedó en las sombras, donde le gustaba estar, protegiéndonos a ambos.

Pero Drayton guardaba una sorpresa más que ninguno habíamos previsto.

—Déjeme decirle que me alegra recibir al hijo de Jane Bradford —dijo Sebastian Lawrence en cuanto bajé del coche que me había llevado hasta el internado. Me estrechó la mano con tanta efusividad que me desatornilló la clavícula de su sitio.

—Gracias.

—Permítame —uno de sus ayudantes apareció junto a nosotros y mi maleta voló de mi lado antes de que pudiera negarme—. Y ahora, si es tan amable, le enseñaré Drayton. Como sabrá, esta institución tiene fama de ser el colegio más ilustre del mundo. Seguro que se encontrará como en casa.

Lo dudaba... Estaba allí porque *tenía* que estar. No porque me gustara aquel sitio. Iba a entrar en el internado para hacer el *tour* de rigor cuando Lawrence hizo algo que me dejó mudo. Comprobó que estábamos solos, me acercó a él y me abrazó.

—Esto... —balbuceé, un tanto incómodo.

—No sabe lo mucho que me alegra conocerle al fin, señor Blake —murmuró con voz temblorosa por la emoción. Me puse a la defensiva. Le di un empujón y le aparté

de mi lado.

—¿Cómo sabes quién soy?

—No se preocupe. No pretendía asustarle. Discúlpeme. No era esa mi intención ni mucho menos.

—Contéstame —exigí. El orfanato me había vuelto más hosco con los desconocidos de lo que era en su día.

—Antes de convertirme en director de Drayton, fui el secretario de su padre en la Blake Company. Mi familia ha servido a la suya durante generaciones. Mi bisabuelo estuvo trabajando con su abuelo, y su padre antes que él con su tatarabuelo. Yo estuve con Richard hasta... el final. Por eso le he reconocido en cuanto le he visto. Se parece mucho a él.

—Pues yo no me acuerdo de ti.

—Es natural, señor. Era muy pequeño cuando su padre le llevó por última vez a la compañía.

Examiné de arriba abajo a Sebastian.

—¿Cómo sé que lo que estás diciendo es verdad?

Mi pregunta dejó pensativo a Lawrence.

—¿Conoce la capilla que mandó construir su padre en Drayton?

CAPÍTULO 98

Me llevó hasta la iglesia. Entonces, no estaba abandonada. Se oficiaban Misas en su interior y se cuidaba con esmero para que se mantuviera siempre impecable. Mi padre había financiado su construcción cuando terminó de estudiar en el internado y desde entonces había permanecido abierta. Lo que pocos sabían era que había modificado la estructura original antes de que yo naciera, añadiendo dos naves laterales al edificio primigenio. Y que una de aquellas naves conducía a un sótano secreto al que solo mis padres y Lawrence tenían acceso.

—En realidad, fue su madre la que convenció a Richard para que hiciera la ampliación —me explicó Sebastian—. Cuando estaba embarazada se volvió muy protectora. No quería que nada malo le ocurriese ni usted ni al señor Blake así que le pidió a su marido que construyera un lugar donde poder refugiarse en caso de que algún día lo necesitaran. Siempre me he preguntado si la preciosa Allison intuía la muerte que le esperaba a ella y a su marido.

El sótano llevaba tiempo desatendido. Estaba sucio y polvoriento. Desprovisto de muebles. Solo había una vieja fotografía colgada de la pared en la que aparecían mis padres, Sebastian Lawrence a la derecha y un pequeño bebé recién nacido, que supuse sería yo, en el centro. Arranqué la imagen y la contemplé.

—La noche que ellos murieron, su padre me llamó. Me dijo que debía ir al aeropuerto de Los Ángeles para recogerlos a usted y a su madre. Tenía que traerlos aquí lo más rápido que pudiera porque corrían peligro. Le juré que lo haría aunque me costara la vida —Lawrence dejó de hablar y miró él también la fotografía. Así que aquel era el lugar al que íbamos a escapar la noche que ellos murieron...—. Ni usted ni su madre llegaron nunca al aeropuerto. Me enteré de lo que había pasado a la mañana siguiente, cuando la noticia salió en los periódicos. Fui al entierro y le vi allí, junto a los féretros. Quería explicarle lo que había pasado, decirle que podía contar con mi ayuda incondicional... pero no pude.

—¿Por qué no?

—Fallé a su padre. No pude protegerlos. Sentía que de alguna forma había traicionado su confianza y no me atreví a presentarme ante usted. No tuve valor... —Lawrence cerró los ojos y apretó los párpados con tanta fuerza que se le formaron arrugas en el entrecejo—. Discúlpeme, señor Blake. Fui un cobarde.

Puede que sí hubiera sido un cobarde aunque, al menos, sabía que Sebastian era alguien en quien mi padre confiaba. No le habría pedido que nos protegiera a mi madre y a mí si no se fiara de él. Y tenía la llave del sótano. Lo cual significaba que le habían revelado la existencia de su refugio antes de que los asesinaran.

—¿Sabes cómo murieron mis padres en realidad?

—Jamás creí que el señor Blake pudiera matar a su esposa. Ni tampoco suicidarse. Alguien los mató.

Volví a colocar la fotografía en su sitio.

—Tu familia ha servido a la mía desde hace generaciones, ¿no es cierto?

—Así es. Y yo estoy dispuesto a seguir con esa tradición. Si me lo permite, por supuesto.

Con Lawrence de nuestro lado, las puertas de Drayton se abrieron para nosotros. Instalamos un escondite dispuesto con la más alta tecnología de la Lu Corporation en el sótano de mis padres. Sebastian se encargó de difundir rumores sobre leyendas y fantasmas y, poco después, la iglesia se cerró para que nadie se acercara allí nunca más.

Cada principio de curso se aseguraba de que yo compartía dormitorio con Mike para que pudiera vigilar día y noche al hijo de mi peor enemigo. Nos encubría cada vez que teníamos que salir del internado fuera de los horarios permitidos y era el que más se preocupaba cuando volvía de alguna de mis escapadas nocturnas con algún arañazo.

El día que cumplí diecisiete años, cometí mi primer robo como Zero. Seis meses después, llevaba más de veinte hurtos, valorados en la friolera de cien millones de dólares.

Tal y como temíamos, Grossman y sus amigos habían vendido muchas de las pertenencias de mis padres por lo que no siempre robaba en los mismos sitios ni a las mismas personas. Ni siquiera en el mismo país.

Por el día me hacía pasar por Kyle Bradford, el popular alumno de Drayton al que todos admiraban y que formaba una piña indestructible con Mike Grossman y Neal Morrison. Por la noche, me transformaba en Zero. Salía de Drayton bajo el más estricto secreto y me dedicaba a infiltrarme en mansiones, museos, bancos y en los lugares más insospechados para conseguir lo que quería, ayudado por un misterioso *hacker* informático que descriptaba cualquier sistema de seguridad, una compañera de robos demasiado *sexy* y una esfera negra que predecía mis movimientos.

Esa fue mi principal coartada. La única barrera que protegía mi vida. Nadie hubiera dicho que Kyle Bradford era en realidad Zero... hasta que llegó aquella noche en la que se estrenó la ópera de Macbeth.

CAPÍTULO 99

Moví mi caballo negro e hice desaparecer del tablero a la reina de Miranda. Perder su pieza más preciada no le hizo mucha gracia así que me dio una patada suave por debajo de la mesa.

—Acabamos de empezar la partida y ya he perdido casi todas mis piezas —se quejó.

—Bueno, tranquila aún te quedan unas cuantas más por perder —me burlé.

—¡No tiene gracia, Kyle! Contigo es imposible jugar al ajedrez. Siempre me derrotas.

—Eso es porque Kyle es muy bueno —intervino Len. Estaba sentado a nuestro lado, trasteando con su ordenador. De vez en cuando sacudía la cabeza como queriéndole decir a Miranda «no tienes nada que hacer».

—Vale. No hace falta que me hundas más la moral —replicó ella. Repasó las piezas blancas que todavía sobrevivían sobre el damero y suspiró desanimada—. ¿Y qué se supone que estás haciendo ahora, Len?

—Terminando el diseño del nuevo detector de calor.

—¿No teníamos uno de esos ya? —Miranda miró indecisa su torre y luego su alfil, sin saber muy bien qué pieza mover para evitar que mis peones terminasen con su partida.

—Mueve la torre, Mir —la insté—. Si mueves el alfil, mi caballo acabará con él en mi siguiente turno.

—Sí, bueno, pero este es más preciso —comentó Len. Miranda movió su torre y yo tuve que hacer retroceder mi caballo para protegerlo—. Te permite captar el calor humano incluso a través de los materiales más resistentes. Lo he diseñado para que no nos pase como en el anterior robo.

—Ah, sí. Ese vigilante nos pilló desprevenidos, ¿eh?

—Y qué lo digas. Menos mal que la esfera avisó a Kyle. Si no... habríamos estado en un aprieto.

Era cierto. Sin mi esfera muchos de nuestros robos habrían fracasado. Sus predicciones nos habían salvado de la cárcel en más de una ocasión. La contemplé. Descansaba en mi regazo, apoyada entre mis piernas. Nunca me cansaría de su belleza sobrenatural... Ni de su poder... *¿Cuándo perderá Miranda la partida?*

Miranda mueve su último peón. Mi torre lo elimina en el siguiente turno. Le quedan solo tres piezas. Necesito dos turnos más para derrotar a su rey con mi alfil. ¿No le tocaba a ella limpiar los platos si perdía?

Voy a firmar mi jaque mate cuando mi teléfono móvil suena. Es Mike Grossman. Me llama para preguntarme si voy a ir a la Ópera para ver el estreno de Macbeth. Maldito niño mimado... Estoy a punto de contestarle

que no cuando me dice algo interesante...
Tendré que aplazar el final de la partida.

—¿Qué dice? —preguntó Miranda. Iba a estirar la mano para agarrar su peón. La detuve sin apartar los ojos de la esfera.

—Vas a perder si mueves esa pieza.

—¡Odio cuando haces eso, Kyle!

—¿No dice nada más? —inquirió Len.

—Mike me va a llamar. La esfera no especifica con exactitud qué va a contarme aunque parece que puede interesarnos.

—¿Algo sobre algún objeto que podamos robar?

—Tal vez.

Cuando por fin sonó mi teléfono móvil los tres desviamos la vista hacia el aparato al unísono. Miranda lo cogió de la repisa en la que estaba y me lo lanzó desde la esquina opuesta de la estancia. No miré la pantalla porque ya sabía qué nombre aparecía en ella.

—Veamos qué información valiosa nos ofrece el imbécil de Michael Grossman —descolgué la llamada—. ¡Mike, amigo! ¿Cómo estás?

—Eh, Kyle. Estoy estudiando para el examen de recuperación de Química —dejó escapar un bufido de aburrimiento—. Si vuelvo a suspender estoy seguro de que tendré que decir adiós a mis vacaciones en Los Hamptons. ¿Qué tal lo llevas tú?

—¡Estupendo! Estoy seguro de que esta vez lograré aprobar.

En realidad, no había estudiado nada... Había estado demasiado ocupado aquella tarde, robando en la caja fuerte de su papaíto.

—Oye, te llamo para preguntarte si vas a ir al estreno de Macbeth.

Precavido, jugueteé con mi esfera antes de contestar.

—¿Por qué lo preguntas?

—Eh, verás, mi madre quiere que vayamos a verla y me ha obligado a acompañarla. Y estaba pensando que tal vez podrías venir conmigo y así no estaría tan solo y aburrido, ¿qué te parece?

Fruncí el ceño. ¿Acompañarle a la Ópera? Vamos... ¿Eso era todo lo interesante que tenía que decirme? Antes preferiría quedarme en mi casa mirando una pared blanca durante horas. Iba declinar su oferta cuando Mike volvió a hablar.

—Ya sabes cómo es mi madre. Le encantan este tipo de eventos sociales. Está tan entusiasmada que va a ir mañana al banco a sacar la diadema que mi padre le regaló en su aniversario para lucirla durante el estreno. Quiere ser la envidia de las demás, como siempre.

¿Una diadema?

—Vaya, pues sí debe ser especial, ¿no? Tu madre tiene muchas joyas y si tiene tanto interés en esa, será por algo.

—Por lo visto, es una pieza única. Creo que la ha llamado la diadema Emperatriz

o algo así.

Cogí el portátil de Len y busqué en la base de datos que teníamos con las propiedades de mis padres el nombre que acababa de decir Mike. Emperatriz... Emperatriz... El buscador se detuvo en una preciosa diadema de rubís engarzados, diamantes y esmeraldas. Era una de las joyas de mi abuela materna. Mi madre la llevó el día de su puesta de largo.

—Ya sabes que no me gusta mucho la ópera, Mike —me quejé. Le pasé el ordenador a Len y le pedí mediante gestos que me consiguiera el plano de la Ópera de Los Ángeles.

—Kyle, por favor.

—No sé, amigo... ¿No puede acompañarte otra persona?

—Neal se ha ido a pasar unos días a Suiza y mi padre odia la ópera. Ya lo sabes.

Len chascó los dedos. El plano. Dejé que Mike siguiera con sus quejas y me centré en el mapa que acaparaba la pantalla del portátil. Si no recordaba mal, los asientos que alquilaban los Grossman todas las temporadas estaban en el sector más caro, justo frente al escenario. Apunté mi dedo índice hacia allí. No hizo falta nada más. Miranda se hizo cargo del resto. Reservó a través de su teléfono móvil dos butacas en aquella misma zona.

—Vale, está bien. Iré contigo —acepté finalmente, como si aquello fuera el mayor suplicio que tenía que hacer en la vida.

—¡Gracias, Kyle! Te debo una enorme.

—Sí, sí, ya lo sé.

Después de otros tres gracias por parte de Mike, conseguí cortar la conversación y volver a lo que realmente me importaba. La diadema Emperatriz.

—¿Tienes alguna idea ya? —me preguntó Miranda.

—Es posible...

—¿Mando entonces el aviso a la policía?

Me levanté de mi silla y me despecé.

—Por supuesto. La diadema Emperatriz será el próximo objetivo de Zero y no sería lo mismo si la policía no acudiera para verlo.

CAPÍTULO 100

Aquella noche, la Ópera de Los Ángeles estaba desbordante de gente. Los estrenos eran siempre un acontecimiento social al que se acudía más para dejarse ver que por afición musical así que toda la *jet set* de la ciudad se había congregado allí, luciendo sus mejores galas preveraniegas.

—¡Qué alegría encontraros aquí! —exclamó la madre de Mike en cuanto nos vio. Marissa Grossman era una mujer poco agraciada, de grandes cejas y nariz puntiaguda. Ni siquiera las operaciones de cirugía estética por las que había pasado habían conseguido mejorar en algo su aspecto. Tía Jane la abrazó como si estuviera encantada de verla. Pura falsedad. Nunca se habían llevado bien—. Vaya, sí que has crecido, Kyle. Estás más alto que Mike.

—Muchas gracias, señora Grossman —mis ojos bailotearon hasta posarse en su cabeza. Se había recogido el pelo en un moño alto que parecía una alcachofa deformada de diez centímetros. Coronando aquel extraño peinado había una preciosa tiara. La diadema Emperatriz. Con sus piedras preciosas reluciendo bajo las lámparas de la Ópera.

—Ah, Jane me encanta tu bolso. Es precioso —comentó Marissa Grossman. Tía Jane acarició el Hermes que pendía de su hombro. En comparación con la minúscula cartera que llevaba la madre de Mike, resultaba tres veces más espectacular.

—Es una edición exclusiva.

—¿En serio? —preguntó Marissa, enrabiada porque alguien tenía algo único que no estaba en su armario. No le gustaba quedarse por debajo así que decidió soltar una puntilla adicional—. Tal vez es un poco grande para venir a la Ópera, ¿no crees?

—Es perfecto para una noche como esta —contestó tía Jane. Por supuesto, solo yo entendí el doble sentido que escondían sus palabras...

Mike me dio un empujón amistoso.

—Eh, tío, gracias por venir.

—No ha sido nada —respondí. Los espectadores no dejaban de llegar y el murmullo de voces y risas empezaba a ser un jolgorio. Me fijé en las cámaras de seguridad que había junto a la entrada principal. A estas alturas, Len ya se habría hecho con el control de todas ellas—. ¿Qué te parece si vamos subiendo?

—Claro. ¿Dónde estáis sentados?

Le enseñé mis entradas a Mike.

—¡Qué casualidad! Estáis muy cerca de nosotros.

—¿No me digas? —pregunté como si aquella fuera una increíble coincidencia.

—Por cierto, ¿te has enterado? Alguien ha reservado entera la segunda planta, la que está un piso más arriba de la nuestra.

—¿En serio?

—Tal vez sea alguno de esos nuevos ricos que quiere aparentar delante de los demás.

—Es posible...

Cuando por fin me deshice de Mike y me senté junto a tía Jane en mi butaca, saqué mi teléfono y marqué el número de Len.

—¿Qué tal vais? —preguntó mi amigo desde el otro lado de la línea.

—Por aquí bien. ¿Y tú? —procuré hablar lo más bajito que pude para que nadie me oyera.

—Listo para empezar —escuché que tecleaba en su ordenador y le imaginé pegado a la pantalla de su portátil—. El mejor momento es en el descanso, entre el primer y el segundo acto. Tendrás... hmmm... cinco minutos a lo sumo. ¿Será suficiente?

—Sí. No hay problema.

—Perfecto. Desconectaré los sistemas de seguridad antes para que no salte ninguna alarma.

—Los guardaespaldas de Marissa Grossman se han quedado fuera así que no tendremos que preocuparnos por ellos. Ah, y el peinado que lleva...

—¿Qué pasa con él?

—Nada. Solo que nos beneficiará bastante. Está tan cardado que no creo ni que se entere de que la diadema ha desaparecido de su cabeza.

Me despedí de Len y me recosté en mi asiento.

—Empieza el *show*, Jane.

Mi madre adoptiva sonrió como respuesta.

CAPÍTULO 101

La representación se me estaba haciendo eterna. Lo único que quería era que llegara ya el descanso. Ni siquiera estaba prestando atención a la brillante actuación de los actores ni al bonito decorado que los acompañaba. Solo tenía ojos para la diadema Emperatriz.

Cuando por fin cayó el telón, me levanté de mi asiento el primero. Tía Jane apretó mi brazo antes de que me alejara. Al principio, cuando Zero empezó a actuar, se ponía histérica cada vez que salía de casa, preocupada por si volvería. Ahora, sobrellevaba su nerviosismo con más entereza. Puede que me adoptara para mantener el acuerdo que sellamos en el orfanato pero en los casi 10 años que llevamos juntos habíamos aprendido a respetarnos y, sobre todo, a querernos.

Me acerqué a los Grossman. Marissa estaba de pie aún, aplaudiendo como una loca con sus enguantadas y enjoyadas manos. Mike, a su lado, se desperezaba, medio adormilado.

—¿Aburrido? —le pregunté.

—Más que aburrido, dormido. He visto tan solo la primera escena. Poco más.

Miranda apareció a nuestro lado en ese preciso instante. Llevaba un vestido rojo carmesí escotado que le llegaba hasta los pies y el pelo recogido en un elaborado peinado que dejaba al descubierto sus hombros desnudos. Me quedé tan boquiabierto como Mike al verla.

—¡Qué casualidad que estéis los dos aquí! —soltó, con aquel tono de niña tonta que tan magistralmente sabía fingir—. Me podríais haber avisado. Habría venido antes a saludaros. Mi padre y yo estamos sentados un poco más atrás.

—Vaya, estás... estás muy guapa esta noche —balbuceó Mike.

—Ah, gracias. El vestido me lo compré en Rodeo ayer. ¿Verdad que es una divinidad?

Me obligué a apartar la atención de mi amiga y me concentré en lo que tenía que hacer. ¿Qué era? Ah, sí...

—Voy a saludar a unos amigos de mi tía antes de que empiece el segundo acto —anuncié.

—Te esperamos aquí —repuso Mike. Ni siquiera se levantó para acompañarme. Estaba demasiado ocupado devorando a Miranda con la mirada.

En cuanto me alejé, saqué mi esfera. *¿Algún obstáculo de camino al segundo piso?*

Hay un acomodador junto al ascensor. Me pregunta adónde voy... ¿Qué le digo ahora?

Por el ascensor descartado. Me dirigí hacia las escaleras y subí los escalones de

tres en tres.

El segundo piso estaba vacío. Ninguno de los asientos de aquella planta tenía ocupante porque, tal y como había dicho Mike, todos habían sido reservados por un misterioso aficionado a la Ópera que no era otra persona que yo mismo.

Una forma altruista de ahorrarme miradas indiscretas...

Me detuve junto a una de las butacas de la primera fila y me asomé por la balaustrada para echar un vistazo a la planta inferior. Marissa Grossman estaba sentada justo debajo. Situada casi en paralelo con mi posición.

Bien. Mis cálculos habían sido correctos.

Escondida en un rincón, había una funda alargada que parecía haber quedado allí olvidada por su propietario. En realidad, tres horas antes del estreno de Macbeth, un sujeto enmascarado vestido de negro había entrado en la Ópera para dejar en aquel lugar, en aquel espacio concreto, el paquete sin que nadie reparase en ello.

Abrí la funda. Dentro, estaba uno de los muchos inventos de Len: un preciso gancho de titanio de cuyo extremo pendía un fino hilo de nylon que terminaba en un agarrador con forma de hoz. Saqué el gancho de su funda, lo ensamblé y lo acoplé en el suelo. Desenrollé varios metros del hilo y lo dejé caer hacia abajo.

Volví a llamar a Len.

—Hecho.

—3 minutos y 40 segundos. Te has superado.

—¿Debo entender eso como un halago?

—Claro que sí, Zero.

Colgué la llamada sin decir nada más y guardé el teléfono. Revisé mi esfera una última vez.

Es el momento de volver. Por suerte, no me encuentro con ningún acomodador.

Me esfumé de allí tan rápido como había aparecido.

—Ah, Kyle, ya has regresado —dijo Miranda cuando reaparecí junto a ellos. Mike seguía donde le había dejado. Ni él ni su madre se habían movido de sus butacas. En realidad, la señora Grossman estaba tan ocupada atusándose el moño para que la diadema Emperatriz se viera bien que no parecía interesada en nada más.

—No has tardado nada —comentó Mike. Noté un ligero resquemor en su voz. ¿Tal vez habría preferido que tardara más para que él pudiera flirtear con Miranda a sus anchas? *Pues lo siento por ti, perdedor.* Me interpuse entre los dos para que hubiera más distancia entre ambos.

—Sí, ha sido solo una visita de cortesía.

—Ya.

Miré de reojo a mi amiga y señalé con disimulo el hilo traslúcido que colgaba sobre nosotros para que se percatara de su presencia.

—No me había fijado lo bien que se ve el escenario desde aquí —dijo, de repente. Nadie se dio cuenta del casi imperceptible movimiento que hizo cuando agarró la hebra y escondió el gancho con forma de hoz entre sus dedos.

—Estas butacas son las mejores de la Ópera. La visibilidad del escenario es excepcional —contestó la señora Grossman, sin humildad alguna—. Mi marido las reserva cada año para que vengamos cuando queramos. ¿Verdad, hijo?

—Sí, mamá —respondió Mike, sin prestarla mucha atención. Miranda la miró como si fuera su ídolo.

—Señora Grossman, quiero ser como usted cuando sea mayor.

—¡Querida! Eres un auténtico encanto.

—Sí, sí, hablo en serio. No solo tiene los mejores asientos sino que además sus joyas y sus vestidos son siempre los más espectaculares. La diadema que lleva esta noche, por ejemplo. No he visto nada más bonito hoy.

—¿Verdad que sí? Esta joya es única.

—¡Es maravillosa! ¿Me permite verla más de cerca?

—Por supuesto.

Ahí estaba la respuesta que queríamos. Miranda, todavía con el hilo de nylon bien amarrado, se acercó a ella.

—Es tan hermosa —susurró. Fingió que acariciaba las impresionantes piedras de la tiara. En realidad, estaba colocando el agarrador con forma de hoz en la estructura metálica. Seguí su maniobra sin perder detalle. Cuando terminó, se alejó de Marissa y volvió a adularla sin reparos. La madre de Mike, que se recreaba sin mucho esfuerzo en su propio yo, encajó los piropos con un gorgorito.

—Será mejor que regrese junto a tía Jane antes de que empiece el segundo acto —le dije a Mike.

—Oh, sí, yo debería hacer lo mismo. Mi padre estará esperándome —se apresuró a decir Miranda. Se despidió de Marissa y me siguió. En cuanto nos alejamos de los Grossman, resopló—. Ha sido demasiado sencillo. Esa mujer se quiere tanto que podría haberle quitado la diadema mientras la halagaba.

—Y Mike estaba tan pendiente de ti que estoy seguro de que no se ha enterado que he subido a la segunda planta. Todo ha salido mejor de lo que habíamos pensado —aunque, al recordar la forma con la que el hijo de Grossman había mirado a mi amiga sentí una creciente irritación. *¿Quién se creía que era?* Bufé, molesto. No hacía falta que la radiografiara así, como si... como... Miré de soslayo a Miranda, deteniéndome en lo bien que le quedaba aquel vestido rojo. Había que reconocer que estaba preciosa aquella noche... Un calor repentino me subió desde el estómago y me recorrió el cuerpo hasta la garganta.

—¿Pasa algo, Kyle?

Parpadeé con rapidez.

—No... eh, yo... No es nada.

Solté una risa forzada y me separé de ella como si no nos conociéramos. Me senté

de nuevo en mi butaca.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó tía Jane.

—Sin problemas.

—Kyle...

—¿Sí?

—Tienes las mejillas sonrojadas.

—¿Qué? ¡No! Son imaginaciones tuyas. Ah, mira, ya va a empezar el segundo acto.

CAPÍTULO 102

Mientras seguía con falso interés el principio del segundo acto, recreé lo que estaba ocurriendo lejos del escenario. Len ya habría accionado por control remoto el gancho que yo había montado en el piso de arriba. Cuando el mecanismo se activara, el hilo de nylon que Miranda colocó en la tiara empezaría a replegarse, levantando poco a poco la diadema Emperatriz de la cabeza de Marissa Grossman mientras ella presenciaba distraída la representación que tanto le estaba gustando.

Aquello sería suficiente para arrancar la joya de su emplazamiento actual y ascenderla hasta la planta superior. La penumbra que reinaba en el recinto sería el mejor escudo para encubrir la operación. Y el peinado que la madre de Mike había elegido inocentemente serviría para que ella no notara nada. Una pequeña ventaja que la señora Grossman nos había regalado sin querer.

No había transcurrido ni media hora cuando recibí un mensaje de Len.

—«Toda tuya».

Me puse en pie, procurando no molestar demasiado a los que, a diferencia de mí, sí querían disfrutar de Macbeth, y salí de la sala. Esperé a que los acomodadores que pululaban por el pasillo se dieran la vuelta y me encaminé una vez más hacia las escaleras que llevaban al piso de arriba.

La diadema Emperatriz pendía del gancho de titanio, balanceándose sin su propietaria en el vacío. La desenganché y acaricié su enjoyado contorno. Miranda tenía razón. Había sido insultantemente fácil hacerse con ella. Me entretuve un poco más admirando las piedras preciosas que la adornaban antes de esconderla dentro de la chaqueta de mi traje. Me acuclillé en el suelo, desmonté la grúa y la guardé en el interior de su funda.

Seis minutos después, estaba sentado de nuevo en mi asiento. Como si nunca me hubiera ido. Dejé caer con disimulo la diadema y la funda con el gancho de titanio dentro del bolso de tía Jane. Para algo venían bien las grandes dimensiones del Hermes.

Luego, todo ocurrió muy rápido. No habíamos llegado a la mitad del segundo acto cuando la madre de Mike empezó a gritar como loca en medio de la representación. Los actores se quedaron congelados en el escenario y los espectadores empezaron a murmurar entre ellos.

—Robado... mi ¡diadema!

No tardó en formarse revuelo. Las luces se encendieron y los acomodadores corrieron en tropel hacia los Grossman. Después llegaron las llamadas a la policía y los avisos por megafonía.

—Estimados señoras y señores, por motivos ajenos a la organización, la representación se cancela. Con mucho gusto les reembolsaremos el importe de sus localidades para que puedan asistir otro día...

Tía Jane y yo nos acercamos a Mike y a su madre para ver qué había ocurrido.

Marissa estaba en su butaca, medio inconsciente. Su hijo la abanicaba con el folleto del programa que daban en la entrada. Alrededor de ellos, el director de la Ópera y su camarilla de ayudantes revoloteaban como un enjambre de abejas.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, con mi rostro de preocupación más convincente.

—Han robado la diadema Emperatriz —contestó Mike.

—¿Qué? ¿Durante la representación?

—Sí. Ni siquiera sabemos cómo ha sido.

—La policía está en camino, señor Grossman. Ellos se encargarán de... —explicó el director de la Ópera. Mike pegó un puñetazo en su butaca.

—¡Cállese! Nada de esto hubiera pasado si la seguridad de este antro fuera más efectiva de lo que es.

Siguió increpando al pobre hombre, subiendo la voz cada vez más y plagando su discurso de insultos y palabrotas. Yo aproveché la ocasión para escabullirme de su lado junto a tía Jane. Antes, por supuesto, dejé caer una moneda de plata bajo la butaca de Marissa. La que siempre firmaba mis robos, con mi frase preferida grabada en el borde. «Los fantasmas del pasado siempre vuelven». Así sabrían quién se había llevado la diadema.

Nada más llegar al pasillo, cogí el bolso de tía Jane y me deslicé entre la gente hasta llegar a los camerinos. Me escondí en un rincón, entre pelucas y atuendos de época, y abrí el Hermes. Dentro, no solo estaba la funda con el gancho de titanio y la diadema Emperatriz. También la máscara de plata y el traje de Zero, ocultos bajo un falso fondo que había preparado con Miranda antes de salir de casa.

—Es hora de la aparición estrella de la noche.

CAPÍTULO 103

Nada tendría que haber salido mal aquella noche. De hecho, todo marchaba mejor que nunca. El bolso de tía Jane estaba de vuelta con su dueña para que nadie pudiera sospechar de su ausencia. Y los *flashes* de los periodistas me apuntaron en cuanto aparecí en la azotea de la Ópera, con la diadema Emperatriz en la mano.

Estaba tan seguro de que me encontraba a salvo que no consulté mi esfera. Al fin y al cabo, lo que quedaba era la parte sencilla del plan. Lo peor ya había pasado. No necesitaba su ayuda. Pero cuando me giré y me topé con aquella silueta recortándose en la noche supe que había cometido el error más garrafal de mi vida.

—Por fin nos encontramos en persona.

No era la primera vez que Dimitri y yo nos veíamos. Desde que el gobierno le encargó la captura de Zero, nuestros caminos se habían cruzado en más de una ocasión. Aunque siempre en bandos opuestos y a una distancia más larga de la que teníamos en aquel momento.

—Es un placer conocerte al fin, detective —repose. No correspondió a mi saludo. Sacó su pistola y me apuntó.

—Me temo que este va a ser nuestro primer y último encuentro. Me ha costado dar contigo aunque al final lo he conseguido.

—Podríamos decir que soy poco sociable con la policía.

—Llevas robando medio año a gente inocente y todavía tienes el descaro de seguir con tus bromas —me hizo una seña para que caminara hacia él—. Ya puedes ir acercándote para que te ponga las esposas. Y no intentes nada raro.

—¿Por qué debería intentar algo raro? —respondí con irónica indiferencia. Aunque, en realidad, sabía que estaba en una situación delicada. Él tenía un arma y yo no. Si tuviera que apostar quién tenía más probabilidades de perder, no tendría ninguna duda en elegirme como principal candidato. Intenté no perder la calma. Aún me quedaba tiempo para improvisar algo.

—¡Levanta las manos de una vez! —gritó Dimitri al ver que me estaba haciendo el remolón. Le hice caso—. Ahora, empieza a andar si no quieres que te dispare.

Antes de dar un solo paso, miré de soslayo el bolsillo derecho de mi traje. Si tan solo hubiera preguntado, la esfera me habría avisado de lo que iba a pasar y no estaría metido en semejante embrollo... Chasqué la lengua, contrariado.

—¡Vamos! —gruñó el policía. Avancé hasta que quedamos separados por apenas unos metros—. Bien. Se acabó, por fin.

—Me temo que no —le di una patada a la pistola. El arma escapó de su dueño y se perdió entre las sombras. Me desplazé a la derecha con rapidez, agarré del cuello a Dimitri y le inmovilicé. Me moví tan deprisa que no tuvo oportunidad alguna de contraatacar—. Creo recordar que me estabas comentando algo de que me tenías atrapado o algo así.

—Eres rápido.

—No sería el ladrón de los cien millones de dólares si no lo fuera.

—Eso es cierto pero tienes, sin embargo, un fallo que supera tu rapidez.

—¿Ah, sí? —pregunté—. ¿Y cuál es ese fallo?

—La excesiva confianza que tienes en ti mismo —me golpeó de lleno en el estómago. Me pilló por sorpresa así que solté su cuello como un acto reflejo y me encorvé—. ¿De verdad pensabas que iba a ser tan fácil?

Alcé la vista, más furioso que antes. A pesar de la aparente seguridad que demostraba, una ligera turbación cruzó el semblante del detective. Pude sentir su nerviosismo como si fuera algo palpable.

Me temía.

No dejé pasar mi oportunidad. Me abalancé sobre él, le cogí del brazo, hice un giro sobre mi propio eje y lo lancé por encima de mi espalda. Cayó de costado, con un sonoro golpetazo. Un aterrizaje duro, sí señor.

—No tendrías que haberte interpuesto en mi camino.

—Mi deber es detenerte. A ti y al resto de criminales que son como tú.

—Yo no soy como los demás.

—Sí, creo que eso lo he descubierto esta noche.

—Será mejor que dejes de perseguirme, detective. Al final, el que saldrá herido serás tú.

—Eso tiene una fácil solución. Deja de robar, entrégate y no te volveré a molestar.

—Me temo que eso no es posible. Yo...

En ese instante, en esas poco más de dos milésimas, vi la esfera. En el suelo. A los pies de Dimitri. Se me olvidó lo que iba a decir y un estremecimiento me recorrió la espina dorsal.

CAPÍTULO 104

Me llevé la mano al bolsillo. Estaba vacío, con un desgarrón en uno de los extremos. Debía haberse roto durante la pelea y la esfera había caído del interior. Maldición. ¿Cómo no me había dado cuenta?

—¿Qué pasa? Parece que te has cansado de pelear —dijo el detective. Se levantó del suelo y su pie se acercó peligrosamente a mi esfera.

—¡No! —exclamé.

Se paró en seco, perplejo por mi reacción. Siguió la dirección de mi mirada hasta detenerse en el objeto esférico que relucía impoluto junto a él.

—¿Qué demonios es esto? —Se agachó en el suelo y lo cogió. Mi cuerpo entero se puso alerta.

—No lo toques —rugí, desde lo más hondo de mi ser. Estaba enfurecido... y preocupado. Si algo le ocurría...—. ¡Suéltalo!

Salté sobre Dimitri. Mi cuerpo colisionó con el suyo con más fuerza de la que había calculado y el choque hizo que la esfera resbalara. Seguí su trayectoria como si hubiera entrado en una especie de trance. La vi ascender en la nada y caer, sin que pudiera sujetarla.

El cristal impactó con la dura superficie de la azotea y yo solté un grito de dolor. Una bocanada de sangre escapó de mi boca. El sabor metálico inundó mi paladar y todos mis músculos se retorcieron. Me agarré el pecho en un pobre intento por mitigar el daño. Pero era insoportable. Cerré los párpados con fuerza. No podía casi ni respirar.

Dimitri se quedó a unos pasos de distancia. No sabía qué hacer. Desconocía el poder de la esfera y el nexa que nos unía. Ignoraba la verdad. Creía que estaba fingiendo. Por desgracia para mí, no estaba simulando nada. El dolor que sentía era muy real.

—Maldito policía entrometido —farfullé. Mi cabeza empezó a dar vueltas sin control. El detective me sostuvo para que no me cayera.

—Atención, al habla el agente Cooper —avisó por su transmisor—. Necesito un equipo sanitario. Repito. Necesito un equipo sanitario. Tengo un civil inconsciente en la azotea de la Ópera de Los Ángeles.

—¿Quién dices que está inconsciente? —Busqué mi esfera. Estaba a unos metros de mí... Di un paso hacia ella.

—Ni se te ocurra moverte —Dimitri me detuvo sin esforzarse demasiado—. Ya te dije que este iba a ser nuestro primer y último encuentro.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Me temo que no te has visto en un espejo. Dudo mucho que puedas escaparte tal y como estás.

Tenía razón. Estaba herido. Atrapado. Mi esfera, lejos. Y la policía de Los Ángeles dirigiéndose hacia mí. Era mi fin. Y el fin de Zero.

Dimitri se acercó más a mí y me observó. Parecía estar pensando algo... Sus manos se cerraron en torno a los enganches que mantenían la máscara de plata sujeta a mi cara. Me di cuenta de lo que pretendía. Me revolví como una fiera para alejarle de la única cosa que protegía mi identidad.

—¡No me toques!

—¿Tienes miedo de que descubra la verdad?

Los seguros de titanio cedieron y la máscara se descolgó de su sitio, dejando al descubierto mi cara. Los ojos de Dimitri se abrieron, con el asombro cincelado en ellos.

—No puede ser... Yo te conozco...

El miedo y la rabia me invadieron. Dejé de sentir dolor y me cegó la furia. Solo así conseguí sacar fuerzas donde no me quedaban.

Extraje la pistola de dardos tranquilizantes que llevaba escondida en la pernera de mi traje, sujetándola a ciegas por el cañón. Antes de que el detective dijera mi nombre, le clavé un dardo en el cuello que le hizo caer inconsciente. Luego, me agaché en el suelo. Recuperé mi máscara y la ajusté en mi rostro de nuevo.

Pero sabía que ya era tarde.

Seis agentes irrumpieron en la azotea y me apuntaron con sus armas. A uno de ellos le conocía. Era el teniente Brown, el mismo al que Miranda solía enviar los avisos antes de que cometiéramos un robo. Qué irónico...

—¡Ponga las manos donde podamos verlas!

Hice caso omiso a aquella orden. La esfera... ¿Dónde estaba mi esfera? No tardé en dar con ella, tirada en el suelo, muy cerca de los policías. No podría recuperarla sin que me disparasen. Eso seguro. Pero si me daba la vuelta y huía... ¿Qué debía hacer? En cualquiera de los dos casos mi vida estaba en juego.

Tuve que optar por la salida menos arriesgada.

Tiré una de las bombas de humo que utilizaba solo en casos de necesidad.

Una nube grisácea se extendió por la azotea, sepultándonos bajo una bruma tupida. Aproveché aquel manto incorpóreo para desaparecer. Mas con cada paso que daba en dirección opuesta a la esfera, sentía que una parte de mí quedaba atrás.

Había perdido mi tesoro máspreciado.

CAPÍTULO 105

Me quité la máscara y la arrojé contra la pared. Rebotó y fue a parar a los pies de Jane que me observaba con el semblante rígido, apostada en el centro del salón principal de la mansión Bradford. Len, medio oculto en una esquina de la estancia, se encogió sobre sí mismo.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó Miranda. Sus ojos se detuvieron en la sangre que manchaba mi barbilla—. Estás... herido.

—¡Ha sido ese maldito Dimitri! —rugí. Les resumí cuanto había ocurrido y los tres me escucharon sin abrir la boca, demasiado aturcidos para pronunciar palabra.

—¿Estás seguro de que te ha reconocido?

—¡Sí! —contesté. Golpeé con el pie una indefensa mesa que había a mi derecha y los papeles de encima cayeron al suelo formando un abanico. Los pocos que quedaron no tardaron en unirse a sus compañeros. Los empujé, sin poder contener las ganas de destrozar todo que sentía.

—Esto es un serio inconveniente —susurró tía Jane.

—Yo diría que es algo más que un serio inconveniente —me pasé la mano por el pecho. Todavía me dolía el cuerpo como si me hubieran dado la paliza de mi vida. Había tenido que llegar a casa casi a rastras.

—Tenemos que pensar en algo para desviar la atención de la policía.

—¿Y qué se te ocurre? Te recuerdo que ese detective ha visto mi cara.

—Aunque te haya visto, no tiene ninguna prueba concluyente en tu contra. Necesitará algo más que su propio testimonio si quiere llevarte a juicio y ganar. Mis abogados son los mejores del país. No le resultará tan fácil como crees.

—¿Y qué pasa con mi esfera? Mi vida está a merced de que a alguien se le ocurra romperla o destruirla porque la considera inútil —y no solo eso. Desde que nos habíamos separado un espacio enorme se había abierto en mi interior. Un espacio que parecía un abismo sin fin. La necesitaba. Desesperadamente. No podía ni imaginar lo que debía sentir tía Jane después de tantos años sin la suya.

Estuvimos una hora entera debatiendo, intentando buscar una solución. Pasadas las diez de la noche recibimos una llamada de Sebastián Lawrence. Tía Jane le escuchó en silencio. Cuando por fin colgó el teléfono, su rostro estaba más lívido que antes.

—¿Qué ocurre? —pregunté. Al ver que no decía nada, me acerqué a ella y volví a repetir mi pregunta—. ¿Qué es lo que ocurre?

—Era Sebastian.

—¿Qué quería?

—Dimitri ha conseguido una orden judicial para instalar cámaras en Drayton. Quiere mantenerte bajo vigilancia hasta que cometas un desliz y pueda detenerte. Él mismo se desplazará allí una vez que empiece el curso. En cuanto vuelvas al internado, no podrás dar un paso sin que él lo sepa —hizo una pausa—. Y ahora sin

la esfera, serás incapaz de evitarle.

Me cubrí la cara. Mis peores temores se confirmaban. La policía me vigilaría hasta el agotamiento, me perseguirían, me seguirían. Y, por muy cuidadoso que fuera, tarde o temprano, acabaría dando un paso en falso y ellos tendrían la prueba que necesitaban para encerrarme durante los próximos cincuenta años, por lo menos. Todo por cuanto había luchado, se desvanecía. Jamás conseguiría recuperar la fortuna de los Blake con Dimitri al lado.

—¿Qué vamos a hacer, Kyle? —preguntó tía Jane. Su voz sonó insegura.

—Puedo intentar sabotear las cámaras de seguridad —propuso Len—. No creo que sea muy complicado.

—Eso no solucionará el problema —dije—. Nos quitaremos las cámaras de encima pero no a Dimitri. Y él es el que verdaderamente me preocupa.

—¿Y si huyes? —preguntó a su vez Miranda.

—Sí —terció tía Jane—. Podemos sacarte del país esta misma noche.

Len descartó aquella opción.

—Si hace eso, será lo mismo que reconocer que él es Zero delante de todos. Le estaríamos dando la razón a Dimitri.

Empecé a pasear por la estancia como un animal enjaulado. *Vamos, Kyle. Tiene que haber una solución.* Me detuve junto al tablero de ajedrez que había junto al ventanal. Cogí la pieza del rey negro y la volteeé entre mis dedos. *No voy a dejar que me ganen. Aún no.*

Necesitaba demostrarle a Dimitri que Kyle y Zero eran dos personas diferentes para que sus sospechas desaparecieran. Después, no sería tan complicado recuperar mi esfera. Pero por muy buen actor que fuera dudaba que pudiera controlar mi carácter intempestivo sabiendo que me estaban pisando los talones.

Pensé en una infinidad de alternativas posibles. Ninguna resultaba demasiado esperanzadora. Acabarían descubriéndome tarde o temprano. A menos que...

—Len, en la Lu Corporation... ¿Podemos hacer cualquier tipo de dispositivo electrónico en nuestras fábricas?

—Casi cualquiera, sí.

—¿Podríamos incluso hacer microchips?

—Sí. No es algo complicado. ¿Por qué...?

Dejé el rey negro en el centro del tablero de ajedrez con un golpe seco.

—¿Incluso uno que sirviera para suplantar los recuerdos de alguien?

CAPÍTULO 106

Len entendió lo que pretendía sin necesidad de que le diera más explicaciones. Su rostro pasó de la extrañeza a la incredulidad. Y de ahí al enfado. Empezó a negar con la cabeza de forma tan enérgica que su negra cabellera se transformó en un torbellino azabache.

—¡No! ¡Ni hablar, Kyle! No pienso seguir escuchándote.

—Es la única solución, Len.

—¡No, no y no! Es una completa locura —hacía mucho que no le veía alzar la voz de aquella forma. Por lo general, era yo el que perdía los nervios y me ponía a gritar mientras él permanecía impasible. Por alguna razón, las tornas se habían invertido—. Te he ayudado en cuanto me has pedido desde que salimos del orfanato. He construido lo que me has pedido por muy loco que me pareciera. Pero no pienso hacerte caso en esto, Kyle. ¿Me has oído?

—¿Qué es lo que quiere hacer? —preguntó tía Jane.

—Quiere fabricar un chip para modificar su memoria.

Yo no lo habría explicado mejor. Y, sin embargo, la reacción de Jane y de Miranda no fue mejor que la de Len.

—¡No!

—¿¡Qué!?! —exclamó Miranda—. ¿Es que te has vuelto loco? Lo que propones es un disparate.

—Y no hay garantías de que salga bien —añadió Len.

—Es la única opción que tenemos —dijo—. Si construimos un chip que implante unos recuerdos falsos en mi cerebro, mi actuación en Drayton será creíble y podremos engañar a Dimitri.

—Parece que no has pensado en que el riesgo es muy alto. Si algo sale mal, puedes sufrir un daño irreparable. Y, en cualquier caso, el chip durará poco. ¿Y si no consigues engañarle para entonces?

—Vosotros lo conseguiréis.

—¡Ni hablar! —ahora era Miranda la que estaba chillando—. Encontraremos otra forma.

—No hay otra forma. ¿Creéis que no lo he pensado?

Las posibilidades de éxito eran una entre un millón pero ¿qué otra opción tenía? Si Dimitri descubría la verdad, Len, Miranda y tía Jane serían los siguientes en seguirme a la cárcel y lo último que quería era arrastrarles conmigo. Además, no estaba tan loco como para cometer semejante temeridad si no confiara en la Lu Corporation y en las máquinas que había en su interior.

A pesar de ello Len no dio su brazo a torcer.

—¿Es que acaso sabes lo que me estás pidiendo? —me increpó—. No solo es una locura que posiblemente no funcione sino que puedes morir en el intento. ¡Maldición, Kyle! Eres mi mejor amigo, ¿de acuerdo? Si algo sale mal, si nos equivocamos con

algún cálculo... Morirás. Y lo sabes.

—¡Voy a morir igualmente! Dimitri tiene mi esfera y si alguien la daña estoy acabado.

—Que la tenga no significa que vaya a destruirla.

—Tampoco estamos seguros de que vaya a guardarla durante años.

—No voy a hacerlo —repitió con tozudez Len.

—Si hay alguien que puede hacer un chip de esas características eres tú.

—¡He dicho que no voy a hacerlo!

—¡Necesito que lo hagas!

Tía Jane se había quedado al margen. Miranda no sabía qué decir para apaciguarnos.

—Escucha, Len —procuré hablar con más serenidad que antes—. Tengo que recuperar la esfera y alejar a Dimitri de nosotros. Si no lo hacemos, Zero será historia. Nosotros seremos historia.

Cerró los ojos.

—No... no puedo hacerlo, Kyle. Si te pasa algo...

—Tenemos que intentarlo —zanjé. Me acerqué a él y apoyé mis manos sobre sus hombros—. Confío en ti.

CAPÍTULO 107

Tras varias discusiones en las que estuvimos gritándonos hasta que nos cansamos, Len accedió a fabricar el chip. Teníamos poco tiempo para tenerlo todo listo antes de volver a Drayton y enfrentarnos a Dimitri por lo que ninguno durmió mucho aquellas semanas.

Cancelamos nuestras vacaciones en Los Hamptons y nos quedamos en Los Ángeles. La versión oficial, la que le conté a Mike y a Neal, fue que tía Jane no se encontraba bien para viajar. La extraoficial era que necesitábamos quedarnos en la ciudad para preparar nuestro contraataque.

Len se encerró con los mejores ingenieros de la Lu Corporation en los laboratorios para fabricar el microchip que iría en mi cerebro. Debí de adelgazar por lo menos cinco kilos porque no probó casi bocado hasta que terminó los bocetos y tuvo el diseño definitivo en su poder. Lo preparó para que fuera un simulador de tal forma que, cuando lo tuviera dentro, mis recuerdos quedarían sustituidos por aquellos que él había construido de manera artificial.

Olvidaría el asesinato de mis padres, mi paso por el orfanato, la existencia de la esfera y la identidad de Zero. Solo quedaría una versión impostada de Kyle Bradford. A cambio, no recordaría a mis amigos... Tampoco que había crecido con ellos. Ni lo que habíamos pasado juntos.

Mientras Len trabajaba en el laboratorio, Miranda y yo nos encargamos de los preparativos que encubrirían aquella farsa. No valía con engañar a la policía. Tenía que engañarme a mí también para que me convirtiera en el principal valedor de mi coartada.

Si hacíamos creer al mundo que Zero me había utilizado para salirse con la suya, Kyle Bradford se convertiría en la víctima, en el pobre e indefenso adolescente que se había visto obligado a enfrentarse a todos para demostrar su inocencia. Nadie creería que yo era, al mismo tiempo, el perseguidor y el perseguido. Y, de esta forma, enmascararíamos el error que había cometido en la Ópera dando a entender a Dimitri que había sido parte de un engaño. Le haríamos dudar de lo que vio.

Sin embargo, esa iba a ser la parte más complicada.

Lo primero fue conseguir papel vitela. No podíamos volver a nuestro escondite en Drayton para coger el que guardábamos allí. La policía estaba instalando las cámaras de vigilancia y los nuevos dispositivos de seguridad y nos vería en cuanto pusiéramos un pie dentro. Así que tuvimos que cambiar de estrategia.

Decidimos llamar a Sally el mismo día que empezó el nuevo curso para que nos consiguiera varios pliegos de vitela. Miranda se encargó de recoger el paquete horas más tarde, antes de que yo llegara al internado. Escribió la primera nota y se la dio a Len. Fue él quien la dejó sobre mi cama mientras yo estaba con Mike y Neal en el vestíbulo. Utilizaron ese mismo papel para cada uno de los mensajes que yo recibí después.

Alteramos también el teléfono móvil de Miranda para que pudiera mandar los SMS que llevaban la firma de Zero sin que el número quedara reflejado. Eso no nos costó mucho esfuerzo aunque perdimos más de una hora decidiendo qué palabras pondríamos para que nada se descubriera antes de lo previsto.

Por último, planeamos los robos que se cometerían en el internado para que no hubiera fallo. Sobre todo, elegimos los lugares en los que era menos probable que Dimitri nos descubriera y las vías de escape más seguras en caso de que algo saliera mal. No pudimos ir tan lejos como para elegir qué objetos se robarían pero no hizo falta.

Miranda se encargó de ello.

Mientras Lawrence daba su tradicional mensaje de bienvenida por megafonía y nos avisaba del nuevo toque de queda, entró a escondidas en las habitaciones de Mike, Neal y Lauren aprovechando que ellos estaban en el comedor cenando y revisó una por una sus pertenencias. Fotografió los objetos de valor que llevaban en sus maletas y esa misma noche se reunió con Len. A través de nuestra base de datos buscaron coincidencias. Una gargantilla que perteneció a una tía de mi madre. Un reloj de mi abuelo paterno. Y una estilográfica de oro que fue el regalo que le hicieron los accionistas de la Blake Company a mi padre cuando cumplió treinta años.

¿Y los robos de Los Ángeles? Ah, esos fueron obra mía. Me encargué de las diez piezas que servirían para culminar nuestro plan y de sustituirlas por falsificaciones antes de que me pusieran el chip y volviera al internado para encontrarme con Dimitri. Tuve apenas unas semanas para cometer los diez hurtos.

Tía Jane fue la que se ocupó de confeccionar el traje y la máscara que llevaría Miranda para que pudiera hacerse pasar por Zero sin levantar sospechas. Solo ella podía representar mi papel con cierta credibilidad. Corría más rápido que yo y sabía pelear. Podría enfrentarse a mí si se daba el caso. Cuando la vi enfundada en el traje de Zero, con el pelo escondido bajo la capucha y la máscara de plata sobre la cara, supe que nadie se daría cuenta jamás de la diferencia. Ni siquiera yo.

Por supuesto, Lawrence también jugó un importante papel en nuestros planes. De cara al exterior, debía mostrarse complaciente con Dimitri y ayudarle en cuanto necesitara. Pero cuando el detective se diera la vuelta, borraría cualquier imagen incriminatoria que las cámaras hubieran grabado de mí.

—Sigo diciendo que esto no me convence —refunfuñó Len de camino al quirófano que había en los sótanos de la Lu Corporation. Faltaban dos días para que empezara el nuevo curso en Drayton. Solo quedaba sedarme y meterme el chip... Estaba helado. No sé si era porque solo llevaba puesta una bata verde.

—Puede salir bien —contesté.

—¿Puede? —repitió Miranda.

—Aunque salga bien, como dices, el chip no es infalible —apuntó Len—. Es posible que algunos recuerdos aparezcan de vez en cuando. O que incluso tengas

jaquecas muy fuertes cuando intentes recordar algo.

—No os preocupéis. Vosotros aseguraos de vigilarme bien. En todo momento. El verdadero enemigo de este plan seré yo. No Dimitri.

Así que, en realidad, nunca me había enfrentado a Zero. Kyle Bradford había competido contra Kyle Bradford en una partida gigante diseñada para salvarme y recuperar al mismo tiempo mi esfera. No existían coincidencias. Todo era parte de un cuidadoso plan en el que habían intervenido las personas a las que más quería.

Ahora, sabía la verdad. Sabía quién era. Sabía cuál era el auténtico rostro que se escondía bajo la máscara de plata del ladrón más infalible de la historia.

Porque yo, Kyle Bradford, soy Zero.

CAPÍTULO 108

Len, Lawrence, Miranda y tía Jane estaban junto a mí. Seguía en nuestro escondite en Drayton, recostado en el suelo, aunque ahora lo veía con otros ojos. Los ordenadores guardaban información detallada sobre el patrimonio de mi familia, incluida su ubicación exacta. La escalera del rincón conducía a una segunda estancia en la que estaban los objetos que había robado en los últimos seis meses. Y la mesa de cristal tenía cinco sillas a su alrededor porque eran cinco las personas que conocían la identidad de Zero.

—Parece que lo hemos conseguido, ¿no? —tercié. Miranda soltó una risita y Lawrence dejó escapar un suspiro. Tía Jane me ayudó a levantarme.

—No pienso volver a hacerte caso —dijo Len con seguridad. Le temblaban hasta los párpados. Tuvo que agarrarse a la pared para recuperar la compostura.

—Vamos, no seas tan melodramático. Lo más grave que ha pasado es que te he dado una sobredosis de somníferos.

—Te olvidas de que por poco no sales de esta. El dolor de cabeza que tenías antes era porque el chip se estaba desintegrando. Has estado a punto de morir, Kyle.

—Déjale tranquilo, Len. Lo importante es que ha regresado —intervino Miranda. Nos miramos. Y sonreímos a la vez. Sin aquella pose suya de niña mimada era aún más guapa. Se acercó a mí y me abrazó. Sentí un hormiguelo cuando tuve su cuerpo junto al mío—. Estábamos preocupados por ti. No sabíamos si el plan iba a funcionar.

—La mayoría de mis planes acaban saliendo bien aunque sean una locura.

—Sin lugar a dudas, este ha sido el más loco de todos.

—De todas formas —volvió a la carga Len— deberíamos hacerte una revisión para comprobar los posibles daños de la corteza cerebral...

—¡Vamos, Len!

—No. No. Esto es muy grave. El chip... —dejé que mi amigo siguiera relatando por su cuenta, apuntando lo cerca que habíamos estado de no lograrlo, y me volví hacia la persona que tenía a mi derecha—. ¿Qué tal, Sebastian?

—Señor Blake. Me alegra verle de nuevo en plena forma.

—Siento los problemas que te he causado estos días.

—No se preocupe por eso. Ya sabe que mi deber es servirle —volvió la vista hacia Jane. Se había quedado rezagada en una esquina, al margen del jolgorio que estábamos armando nosotros—. Ha estado muy preocupada por usted. Me llamaba cada día y, esta tarde, cuando le ha visto tan demacrado... Tal vez debería hablar con ella.

Me puse en pie, ayudado por Sebastian, y me acerqué a Jane. Cogí sus manos entre las mías y las estreché con delicadeza.

—Ya estoy de vuelta.

—Sabía que lo conseguirías.

—No lo habría logrado sin vuestra ayuda —sus manos apretaron con más fuerza

las mías.

—No puedes ni imaginarte el miedo que me has hecho pasar. Si algo malo te hubiera ocurrido... —su voz se quebró. Se dio la vuelta para que no advirtiera el temblor de su mentón y abrió uno de los armarios metálicos que había empotrados en la pared del fondo. Se retiró a un lado para que viera el contenido. Dentro estaba mi traje y mi máscara de plata. El atuendo de Zero. El verdadero. Tía Jane cogió la máscara y me la tendió—. Esto te pertenece.

La di la vuelta y la coloqué en mi cara, sin poder ocultar la satisfacción que me embargaba en aquellos momentos. Sí... Una vez más, Zero resurgía de la oscuridad.

—Te queda mejor a ti que a mí —reconoció Miranda—. Yo era incapaz de respirar con eso puesto.

—Esa máscara está hecha con los mejores materiales de Lu Corporation —protestó Len—. Es imposible que no pudieras respirar, Miranda.

—Pues yo sigo diciendo que es muy incómoda —contestó ella, en sus trece. Me cogió del codo—. ¿Cómo te sientes, genio?

—Mejor que nunca —respondí. Tendría que pasar de nuevo por el quirófano para quitarme los restos del chip pero eso ya no me preocupaba. Había recuperado mis recuerdos y a mis amigos. No había nada más importante.

—Yo no puedo decir lo mismo —Miranda hizo una mueca—. Me has dado un buen puñetazo antes, ¿eh?

—Lo siento —murmuré. Seguro que tendría el cuerpo entero magullado por mi culpa después de la pelea en la azotea—. Aunque pensaba que las damiselas delicadas como tú no sentían el dolor.

—Da la casualidad de que yo no soy ni una damisela ni delicada.

—Es cierto. Casi había olvidado que *lady* Drayton no sabe nada de moda y que odia las peluquerías.

—Y tú eres un patético actor. ¡A poco más le dices a Dimitri lo que sabías! ¿Cómo se te ocurre?

Tenía razón. Casi lo arruinaba todo en el último momento. Al menos tía Jane me había detenido antes de que metiera la pata.

—Eso sin contar el original escondite en el que ocultaste la estilográfica de Neal, la gargantilla de Lauren y el reloj de Mike —Miranda hizo un aspaviento—. ¿En la cisterna de un servicio? Por favor, Kyle. Estoy segura de que no había otro lugar peor en Drayton.

—¿Y qué querías que hiciera? Tuve que ingeniárselas como pude. Menos mal que no lo escondí en mi habitación. Piensa en lo que hubiera ocurrido si Dimitri llega a verlos cuando hizo el registro.

—El registro —repitió Len con un escalofrío—. Aquello sí que no estaba previsto. Yo no sabía qué hacer para proteger mi ordenador. Por suerte, ese entrometido policía pasó de largo sin verlo. Si lo hubiera encontrado... Habríamos estado en problemas.

—Es cierto. Todos nos temimos lo peor esa vez —afirmó Lawrence—. Estuvimos a punto de revelarles la verdad cuando nos dimos cuenta de que corría peligro.

—Vaya. Y yo que pensaba que lo de hurgar entre mis cosas había sido idea tuya, Sebastian... —bromeé.

—¡Señor Blake! Yo no tuve nada que ver. Fue Dimitri quien propuso hacer el registro. Intenté que cambiara de idea para que no pasara a su habitación pero no pude. Y no podía prohibirle la entrada sin que resultase sospechoso así que tuve que dejarle hacer. Aunque... —Un fulgor relampagueó en sus ojos— si le hubiera puesto un dedo encima, me habría encargado de él. Ya lo sabe.

—Siempre procurábamos dejarte los objetos robados bien resguardados para que solo tú pudieras encontrarlos. Por eso metí la gargantilla de Lauren en aquel libro. Sabía que ese poli estaba siempre pegado a ti y tenía miedo de que viera el collar. Pero aquella vez todo se fue al traste —intervino Miranda. Se cruzó de brazos—. Menos mal que te las apañaste tú solo y evitaste que te descubriera.

—Supongo que, aunque no recordaba nada, una parte de mí seguía siendo Zero —comenté—. ¿Y que pasó en Westlake? Me refiero a la pelea con Robert.

—Ah, eso —Len hizo un ademán—. El chip falló. Durante unos minutos no pudo retener tus recuerdos y por eso recordaste lo necesario para defenderte y acabar con los de Rockland con tanta facilidad.

—Bueno... era imposible que saliera a la perfección el 100% del plan —contesté. De pronto, recordé lo que ocurrió en casa de Patrick—. Un segundo. Si Miranda estaba conmigo en el cumpleaños, ¿quién robó el reloj de Mike?

—Yo —rezongó Len—. No queríamos dejarte solo en casa de los Neville después de los problemas que nos estabas causando. Y dado que yo no podía ir contigo, Miranda tuvo que acompañarte. Cambiamos cuanto habíamos preparado en el último momento.

—¿Descubristeis por qué tenía tanto interés en reunirme con Charles Neville?

—No —respondió Miranda—. Y tampoco pudimos enterarnos de lo que ocurrió en el estudio. Solo alcancé a ver a Patrick llorando en una esquina del pasillo. ¿Tuviste algo que ver con eso?

—Sí... Y hay algo que no os he contado aún —dije. Me quité la máscara de la cara—. Patrick sabe la verdad.

—¿Qué?

—Sabe que yo soy Zero. Se dio cuenta de quién era cuando me vio pelear con Robert Griffith y su grupito de matones.

—¿Estás seguro? —preguntó Jane—. Tal vez te estaba poniendo a prueba.

—No, no. Su habitación es un santuario de información de Zero. Lo sabe todo de mis robos. Incluso tiene copias de las grabaciones de seguridad de los sitios en los que he entrado.

—Tendremos que hacerle un visita, entonces —murmuró Len. Tecleó un par de códigos en los ordenadores. La casa de Charles Neville apareció en una de las

pantallas, vista desde el satélite de la Lu Corporation—. Cuando me digas, desconecto el sistema de seguridad para que puedas entrar.

—Ah, por fin, volvemos a la acción en vez tener que estar vigilando a genio-amnésico-Kyle —comentó Miranda.

—Esperad. Aún queda algo más por hacer antes de visitar a Patrick.

Me acerqué a la puerta cerrada que había al fondo de la estancia. Aquel era el espacio mejor protegido de nuestro escondite. Lo había mandado construir con un sinfín de dispositivos de seguridad para que nadie pudiera entrar. Jamás. Posé el dedo índice en el detector dactilar que había junto al portón acorazado. El pulso se me aceleró. Sabía lo que había al otro lado. Lo sabía muy bien.

El lector reconoció mi huella.

Los seguros se descorrieron.

Empujé la puerta.

—¿Enciendo las luces, señor? —me preguntó Lawrence.

—No.

No era necesario. Di un paso hacia delante y me adentré en la sala que había al otro lado. Circular, con las paredes ligeramente cóncavas. No había nada dentro. Solo un pedestal en el centro. Mis pies se encaminaron hacia allí, sin que fuera necesario que mi cerebro diera la orden.

Sobre la peana, reposando en un colchón de terciopelo carmesí, estaba mi esfera.

Acaricié su superficie negra. Por fin... Después de tanto tiempo volvíamos a estar juntos. Una vez más. Noté cómo se agitaba bajo mis dedos, al compás de mis pulsaciones. Armonizados, como si fuéramos un solo ser. La oscuridad de la sala se arremolinó en torno a mí y las tinieblas me dieron de nuevo la bienvenida. Cerré los ojos y mis labios se curvaron en una sonrisa.

Al menos, Dimitri había acertado en algo. En esta historia, yo no era el héroe.

Era el villano.

EPÍLOGO

Dimitri contemplaba la calle desde la ventana de su pequeño apartamento, a las afueras de Los Ángeles. Su sueldo de detective no le permitía trasladarse a un barrio mejor o comprar una vivienda más grande. Tampoco lo necesitaba. No tenía familia y su única pasión era su trabajo. Su piso suplía sus necesidades con creces.

Apoyó la espalda en la pared y se frotó el puente de la nariz. Llevaba toda la noche en vela. No podía dormir. Y la razón era la misma de siempre.

Zero.

Había perdido dos meses de su vida encerrado en Drayton College solo para ver como su archienemigo se burlaba de nuevo de él.

Al menos, ahora estaba seguro de que Kyle Bradford no tenía nada que ver con el ladrón. El chico era inocente. Incluso había revisado las grabaciones de las cámaras para asegurarse. Debía rendirse a la evidencia: había perseguido a la persona equivocada. Sus esfuerzos habían sido en vano.

Tampoco había podido descubrir qué era aquella misteriosa esfera negra. Ni qué valor tenía para que el ladrón estuviera tan desesperado por recuperarla. Estaba convencido de que no se trataba de algo corriente. Igual que el propio Zero. Ambos tenían la misma esencia. Oscura. Sobrenatural. Extraña... Como si compartieran un alma única. Aún así, ignoraba qué conexión existía entre ambos. Y tal vez nunca lo descubriría ya.

Agotado, se dejó caer en el sofá. Prefería no pensar en lo que tendría que escribir en el informe que le pedirían sus superiores al día siguiente. Zero se me ha vuelto a escapar. Fin. A pesar de sus años de experiencia y sus éxitos laborales, tenía la impresión de que nunca conseguiría atraparlo. Tal vez había llegado el momento de la jubilación...

Unos golpes en la puerta le arrancaron de aquellos pensamientos. Miró el reloj que colgaba de la pared del salón. Eran más de las doce de la noche. ¿Quién le molestaba a aquellas horas? Se levantó, con la esperanza de que fuera alguno de los policías que patrullaban la ciudad en busca de Zero. Tal vez trajeran noticias.

Atravesó la casa y abrió la puerta de entrada del apartamento. Solo encontró el felpudo. El descansillo estaba vacío. Se asomó fuera. Nada. No había nadie. Se habían debido de equivocar. Cerró y regresó al interior de la vivienda.

Pero, cuando llegó al salón, al momento se dio cuenta de que la estancia no estaba como él la había dejado.

Una de las ventanas, la que se encontraba justo detrás de su escritorio, estaba abierta de par en par.

Las cortinas revoloteaban al son del viento que entraba del exterior, agitándose como espectros, y los papeles de su mesa se debatían entre salir de allí volando o

quedarse donde estaban.

En el alfeizar había alguien sentado.

Tenía la cabeza apoyada en el marco. Su mano derecha descansaba sobre su rodilla y la izquierda sostenía un objeto redondeado. La esfera negra. Una inconfundible máscara plateada ocultaba su rostro.

—Buenas noches —le saludó Zero.

—Tú... —balbució Dimitri—. ¿Has venido a reírte de mí otra vez?

—No. Solo estoy de paso, agente.

—Ya. Haciendo una visita de cortesía, supongo.

—Así es —se quedaron callados. Evaluándose con la mirada, como hicieron aquella noche en la Ópera de Los Ángeles.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo al fin Dimitri.

—Prueba.

—¿Por qué tengo siempre la impresión de que hay algo en ti... diferente?

Zero tardó en responder unos segundos.

—Eso es porque, en verdad, soy diferente. Sin embargo, no estoy dispuesto a revelar mis secretos a ningún policía. Menos aún al que está tan desesperado por encerrarme en la cárcel.

—Secretos, ¿eh? Supongo que el lugar en el que has escondido lo que has robado estos días también es un secreto.

—Buen intento —Zero soltó una carcajada—. Verás, Dimitri, soy bastante exquisito con mis robos. Lo cual significa que no robo cualquier objeto ni a cualquier persona. Aquello que me he llevado debía haber estado en mi poder desde hace mucho. Así que no voy a devolvérselo a nadie.

—Algún día pagarás por lo que estás haciendo.

—Tal vez... Antes déjame darte un consejo. Abandona este trabajo y búscate algo un poco más... tranquilo.

—Si hago eso, tú seguirás robando sin que nadie te detenga.

—En eso te equivocas. Yo no robo nada. Solo recupero lo que es mío. Porque ya sabes lo que dicen. Los fantasmas del pasado siempre vuelven.

En cuanto terminó de pronunciar aquellas palabras, Zero dio un salto y se precipitó al vacío. El detective corrió hacia la ventana.

Pero ya no había ni rastro del ladrón de los cien millones por ningún lado.

Había desaparecido en la noche como una sombra.

###



Morgan Dark nació en Miami el 4 de junio de 1988. De padres españoles pero nacida en Estados Unidos pasó gran parte de su infancia en Norteamérica, donde vivió hasta que cumplió los 10 años. Actualmente, reside en Nueva York, donde tiene su estudio de escritura. Poco más se sabe de su vida privada, debido a la reticencia de la autora a revelar su verdadera identidad.

Ganadora de varios certámenes literarios y finalista en otros tantos, su éxito entre los lectores empezó en 2010 gracias a los relatos breves que la propia autora subió de forma anónima a las redes sociales y a plataformas abiertas como Wattpad, donde consiguió millones de visitas en apenas unos meses. Firmó todos sus relatos bajo seudónimos diferentes pero su estilo tan particular le valió el apoyo de los lectores que siguieron sus relatos desde más de veinte países diferentes. A mediados de 2014 la autora anunció a través de su página web que estaba trabajando en su primera novela larga, de la que solo se filtró el título de la misma: *Zero*. El proceso de edición se mantuvo bajo un absoluto secretismo y fue la propia autora la que reveló los días 4 de cada mes detalles sobre la novela a través de su página web.

Zero es la primera novela de Morgan Dark. En una entrevista, la escritora contaba cómo surgió la idea de este libro: «Antes de que empezara a escribir *Zero* estaba trabajando en una novela completamente diferente que ya tenía casi acabada. Una editorial internacional me había ofrecido un contrato para publicarla y lo poco que me quedaba era pulir el manuscrito final. Pero un día, después de volver de un viaje, unos ladrones robaron en mi apartamento de Nueva York. Cuando entré, la casa estaba patas arriba y la mayoría de mis objetos de valor habían desaparecido, entre

ellas, mi anillo preferido (que había sido un regalo de mis padres cuando cumplí los 18 años). Tuve que mudarme con una amiga mientras la policía registraba mi apartamento, hacer un inventario de las cosas que me habían quitado... Fueron días caóticos. Cuando todo pasó y pude volver a mi casa me dio por pensar. No dejaba de preguntarme quién sería el ladrón, cómo sería... Me obsesioné tanto que me olvidé de la novela en la que había estado trabajando y empecé a escribir una nueva que tenía a un misterioso ladrón enmascarado como protagonista. Ni siquiera mi editor lo sabía. Cuando terminé el manuscrito, se lo mandé. Me llamó unas horas más tarde para decirme que le había encantado y que quería publicarlo costara lo que costase. Y así fue cómo surgió *Zero*. La historia creó mucha expectativa entre los lectores y se convirtió pronto en un tema viral dentro de las redes sociales aún antes de que se publicara. Lo curioso es que cuando la novela estaba ya terminada y casi en imprenta, me llegó por correo postal un sobre negro sin remitente. Dentro estaba el anillo que los ladrones se habían llevado de mi casa meses atrás».

En su primer día en preventa, *Zero* se situó como uno de los libros más vendidos en Amazon, superando incluso a *Divergente* de Verónica Roth.

Morgan Dark es una escritora que siempre ha estado rodeada de controversia y misterios. Nadie hasta la fecha conoce el verdadero nombre de la autora y las pocas entrevistas que ha concedido han estado amparadas bajo la confidencialidad.

Todos sus relatos y obras llegan al equipo editorial con la que trabaja en sobres negros cerrados y firmados con una *M* blanca en la solapa.